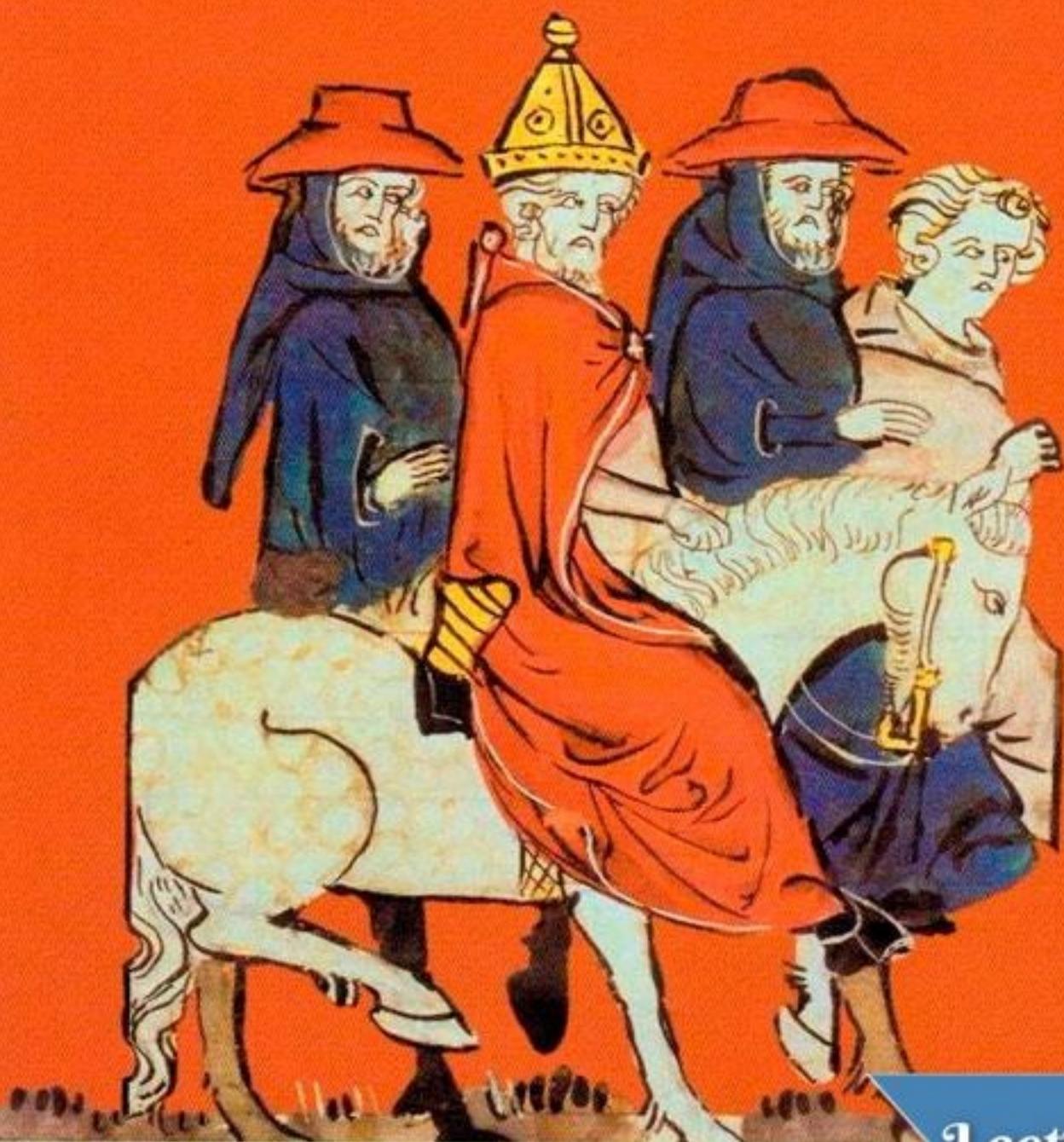


EL LEGADO DE LOS CÁTAROS

Georg Brun



En busca de lo eterno

Lectulandia

Isabel y Sebastian Lemaitre, los dos hijos del senescal Quéribus, viven en la agitada Occitania del siglo XIII, en plena guerra santa contra la herejía cátara. Sebastián emigra con la ambición de conquistar el mundo, lucha en tierra santa y viaja por toda Italia, para regresar finalmente a combatir contra los invasores franceses. Mientras tanto, Isabel participa en el desafío espiritual de los cátaros.

Lectulandia

Georg Brun

El legado de los cátaros

En busca de lo eterno

ePub r1.0

Titivillus 29.08.18

Título original: *Das Vermächtnis der Katharer*
Georg Brun, 2001
Traducción: J. A. Bravo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Querida Marlene,

Paseábamos juntos por la feria cuando al llegar delante de una de las casetas exclamaste: «Mira, papá, ¡esto te servirá para tu novela de caballerías!». Eran espadas de madera, y escudos medievales, y un casco negro de cartón piedra con visera y todo. «Has de comprarlo, papá, te dará ideas». Un poco más adelante, otra caseta con animales de trapo rellenos de arena. Allí te gustaron los lagartos y las serpientes, y dijiste con malicia:

«¿Vas a escribir un libro sobre serpientes, papá?».

Tenías cuatro años.

Ahora tienes seis y la «novela de caballerías» está terminada.

Te la regalo.

Siendo así que entre los elementos el fuego es el más eficaz en cuanto a consumir lo perecedero, la eliminación de las cosas que no deben perdurar en adelante es de razón que se producirá por el fuego. Por eso dice también nuestra fe que el mundo será purificado por el fuego en el fin de los tiempos, y no sólo de las cosas corporales y perecederas sino también de la mancha que lo afeaba por ser morada de pecadores, y de ahí que esté escrito que «este cielo y la tierra toda reservados están para el fuego».

TOMÁS DE AQUINO

Despertar en Quéribus

En el cielo azul, una nube tapaba el sol. Isabel, echada sobre la hierba en una hondonada detrás del bosquecillo de alcornoques, respiraba el aire estival, denso de aromas de tomillo a los que una suave brisa sumaba otros más sutiles de romero y espliego. Ella agitó sus largos y negros cabellos, y arrugó la nariz. En las tierras del Aude todos los prados estaban encantados y los olores transpiraban una sabiduría profunda. Qué tierra tan poderosa. La Madre Tierra, Isabel la amaba. No tardaría en escucharse el canto de los grillos. Un ocre suave recubrió el paisaje y atenuó los ásperos contornos de la montaña. Hasta el castillo escondía sus almenas y se pegaba a las rocas. Visto desde abajo, desde el prado lleno de perfumes encantadores, la fortaleza se hubiese dicho irreal: Quéribus alzaba al cielo, altísima, la poderosa torre hecha para ver. Desde allí arriba, la vigía dominaba todo el Fenouillèdes desde las cimas nevadas hasta el mar. Como por milagro, de momento la comarca se salvaba de las hordas francesas que, espada en mano, venían dispuestas a someter la Occitania. Isabel temía por su patria y se angustiaba pensando en su hermano Sebastián, que tumbado junto a ella contemplaba también el desfile incesante de las nubes. Aún parecía un muchacho, aunque hiciese dos años que despuntaba el primer bozo y le faltaba uno para ser armado caballero. ¿Quizá entonces tendría que cabalgar y arriesgar la vida en defensa de las libertades occitanas, y tal vez lo perdería, y a sí misma también?

Tantas dudas, desde que el Papa Inocencio III convocara en 1209 la cruzada contra los albigenses. El fragor de la lucha cruel por la conquista de las ricas ciudades meridionales llegaba hasta los más apartados valles pirenaicos y angustiaba los corazones de las doncellas y de los donceles. El tiempo de la despreocupación había terminado.

—¿Qué sentido tiene la vida? —Se volvió hacia Sebastián sacándolo de una profunda abstracción.

Él la miró con expresión de estupor, e Isabel repitió la pregunta poniendo más énfasis en la voz. Había una mirada despierta en sus ojos color avellana claro, con un iris como palo cortado de cerezo, y el rubor de sus mejillas armonizaba con aquella

coloración suave.

—El de agradar a Nuestro Señor, para merecer la salvación en el último trance — contestó Sebastián de mala gana.

Escuchada en su propia boca sonaba mal aquella fraseología de clérigo. Si tomaba la cruz, no sería sino para pelear. Como ya dijera Ovidio: «No desperdicies tu tiempo en oraciones».

Ella sonrió. Sabía de antemano lo que iba a contestarle y conocía su aversión a las frases solemnes. Por eso mismo cedía a la tentación de provocarlo, como queriendo poner a prueba su temperamento. Su semblante cobraba una animación violenta cuando estaba enfadado y se encendía de rubor. A ella le gustaba contemplarlo entonces, pareciéndole imponente y vulnerable al mismo tiempo; un profundo afecto se sumaba al respeto admirativo que Isabel sentía por el zagal. En aquellos momentos se sentía muy cerca de Sebastián, casi como si fuesen hermanos mellizos. Aunque en realidad se llevaban alguna diferencia, poco menos de dos años. Espantaba a veces aquel deseo de sentirse unida a él en carne y sangre. Era una sensación casi corporal que dejaba como un dolor hondo y lejano. Intuía que iba a perderlo y se le encogía el ánimo pensando en el porvenir. Cuánto le habría gustado seguir teniendo a su hermano como amigo y confidente, como antes de que lo hicieran paje sustrayéndolo a la tutela de sus progenitores. Desde entonces se veían con menos asiduidad, aunque no tan poca que semejantes excursiones por los alrededores del castillo suscitaran la extrañeza de nadie. ¿Para cuánto tiempo todavía?

—¿Sebastián? —susurró Isabel con un temblor de miedo en la voz.

—¿Qué? —respondió él, no muy seguro de que ella no quisiera tomarle el pelo otra vez.

—¿Crees que tardarás mucho en tener que ir a la guerra?

Sebastián se incorporó hasta quedar sentado en el suelo y abrió las manos con las palmas hacia arriba.

—No lo sé. Quéribus no ha tomado partido por ahora.

—¿Es que nuestro amo y señor no piensa como los demás caballeros de Occitania? —insistió Isabel, no queriendo creer que su señor Bertrán de Quéribus soportase con indiferencia la invasión de los franceses.

—Nuestro marqués ha jurado fidelidad bajo el pendón de la cruz —contestó su hermano después de pensarlo un instante.

—Entonces, ¿por qué no empuña la espada contra Ramón de Tolosa? —replicó ella.

—Porque eso sería una traición contra Occitania —se indignó su hermano, e Isabel escuchó complacida aquella reacción de amor a su tierra.

—Pero si estuviese a favor de Occitania, debería cabalgar con el conde de Tolosa contra los franceses —continuó hurgando—. ¿O acaso el señor de tan altivo castillo tiene miedo? ¿Estará demasiado anciano para esgrimir la espada? ¿Le faltan fuerzas al brazo para enristrar su lanza?

—Bertrán es todavía un poderoso caballero, hermana mía, pero desea la paz para nuestra tierra y para eso debe seguir neutral.

—¿Crees que lo conseguirá por mucho tiempo?

—No —replicó Sebastián, rascándose el cogote—. No lo conseguirá y todos tendremos que empuñar la espada. Algún día Occitania y sus señoríos van a poner en juego su destino en una batalla decisiva.

—¿Y tú estarás en ella, hermano mío?

—Así lo deseo —asintió Sebastián.

Isabel calló y se quedó mirando el paisaje, porque era momento de reflexión. Las rocas del Corbières se teñían de un ocre más denso, y el verdor de los bosques se oscurecía sosegando la vista, como si el Creador hubiese anunciado el perdón de todos los pecados. Todas las hierbas del prado proclamaban la indulgencia divina. La vida era bella, al menos allá en el Aude.

Cuando el crepúsculo empezó a extenderse sobre las cimas Isabel se sintió llena de paz y alegría. Tiró de la mano a Sebastián para ayudarlo a levantarse y tomó la delantera para enfiar el sendero. Le agradaba notar la mirada de él fija en su espalda y disfrutaba la seguridad que confería su presencia. Llegaría a ser un poderoso guerrero y lucharía por su país: como si ella lo supiese todo, como si fuese capaz de prever el futuro.

Entonces se sacudió la pesadumbre y echó a correr por la senda cada vez más empinada, hasta llegar a los peldaños por donde se accedía a la barbacana. Sintió como siempre un leve escalofrío al cruzar el puente levadizo que daba a otra escalera, ya dentro de la muralla. Sí, el puente levadizo...; en caso de que alguna vez un enemigo asaltase la fortaleza, los defensores tirarían del cordaje y en menos de lo que se tarda en contarlos se abriría ante aquéllos el abismo del foso. Lástima que nadie viese sus caras de asombro cuando cayeran envueltos en la oscuridad. Y mientras tanto, los defensores cerrarían el portal herrado de la fortificación, cuyos muros eran inexpugnables. Desde los adarves, Quéribus haría llover sobre aquéllos una granizada de piedras y de flechas. Los más atrevidos, cuando intentasen escalar la muralla, quedarían sumergidos en una catarata de pez hirviendo. Isabel se frotó las manos muy contenta. ¡Ningún francés entraría jamás allí! Quéribus pertenecía a los occitanos.

Subió tomando los peldaños de dos en dos y corrió impetuosamente por el largo pasillo que conducía al recinto interior, hasta tropezarse con un joven hidalgo que se disponía a salir en aquel momento.

—¡Hola! —exclamó el sorprendido transeúnte, al tiempo que daba un paso atrás.

Ella bajó la cabeza con intención de pasar de largo, como si no hubiese reparado en el galán, pero la sonrisa de éste la detuvo. ¿Cuándo se habían visto dientes tan blancos, ni labios tan turgentes? Ni, sobre todo, unos ojos tan chispeantes, de color entre verde y avellana. ¿Por qué sentía ella como si se cerrase una mano sobre su

corazón, o le quemase la piel un aceite ardiente? ¿Y aquel cosquilleo hasta en las yemas de los dedos?

—Disculpad mi torpeza —dijo Bernard del Congost, a quien no había pasado desapercibida la confusión de Isabel—. Os he cerrado el paso. Indigno soy por no haber adivinado que vuestra merced tomaría este camino. Doblemente indigno, por no traer conmigo nada con que obsequiaros, y tres veces indigno porque se me olvidan las rimas en contemplando vuestra gracia.

De nuevo retrocedió para ceder el paso, con una inclinación, e iba a continuar hacia la escalera cuando Isabel despertó de su estupor.

—Habláis con poesía, aunque no rime —susurró, y aventurando una sonrisa—: Confío en hallaros mejor dispuesto la próxima vez.

Él alzó casi imperceptiblemente la ceja izquierda, asintió e hizo ademán de adelantarse.

—¿Quién me lo pide, si tenéis a bien decírmelo?

—Isabel Lemaitre, la hija del senescal de Quéribus.

Cuando él repitió el nombre sonó a música celestial en los oídos de Isabel.

—Estaré preparado —prometió, y se alejó a paso rápido.

Pensativa, Isabel cruzó una sala alargada, cuya única claridad provenía de una tronera, y entró en las estancias para encaminarse a su habitación. Era una celda en donde apenas cabían el camastro y un baúl, pero suya exclusivamente. La luz entraba a través de un ventanuco estrecho y debajo de éste habían construido una repisa sobre la cual podía situarse un arcabucero y dominar a la perfección el pie de la muralla. Isabel se encaramó en esta especie de saetera para mirar abajo. Aunque no vio nada, o tal vez sí: un torbellino de polvo al pie del despeñadero. Tenía la cabeza llena de visiones que giraban vertiginosamente: una torre que rozaba el cielo, una sonrisa ambigua, la reverencia elegante del desconocido, una azucena de fuego como una llama solitaria en medio de un matorral de espliego, el gesto cordial de una mano vigorosa y una mirada penetrante. Isabel se estremeció. Ni siquiera sabía el nombre del forastero. Pero ¡qué ojos tan maravillosos!

Isabel soñaba. Veía a sus pies la hondonada del Agly bañada en una suave luz ocre. Sobre el paisaje, como una neblina que suavizaba todos los contornos y daba un matiz femenino a la comarca de Fenouillèdes tendida desde allí hasta el mar. «Cuando veo la alondra que aletea feliz bajo el calor del sol», susurró Isabel. Qué bella tonada. Más de una vez había escuchado a Sebastián mientras la cantaba. Cuando se creía a salvo de observadores, ensayaba textos conocidos, porque era tan torpe enhebrando versos como hábil con las torres y los alfiles sobre el tablero de ajedrez. Ella sintió a menudo deseos de abrazarlo cuando él rememoraba, desafinando

y equivocándose, la *canzone* del amor no correspondido. Era de esperar que el forastero compareciese mejor dispuesto que su hermano, y que acertase el tono como lo había acertado en la reciente conversación.

—¡Allá! —exclamó, y señalaba con el dedo una polvareda cada vez más lejana, al fondo del valle.

Con el índice sobre los labios, siguió el rastro del jinete hasta que el polvo del camino se confundió con la niebla del crepúsculo.

Una llamada a la puerta la sacó de sus cavilaciones y al volverse vio que era su padre. Parecía fatigado, y se le antojó a Isabel que su mirada expresaba un poco de incertidumbre. No era frecuente que Simón Lemaitre visitara el aposento de su hija.

—Quiero hablar contigo —anunció no sin algún titubeo—. Como ya sabes, las cosas no marchan bien desde que Simón Montfort d'Epéron, ese verdugo, se dedica a asolar nuestro país al servicio del rey francés Felipe Augusto, que pretende apoderarse de la Occitania en nombre de la cruz.

Isabel asintió y le dirigió una mirada interrogante. Ni el momento ni el lugar parecían los más oportunos para una charla política.

—Lo de ahora no es más que un respiro, hija mía —continuó Simón Lemaitre—. Mientras el Papa no consiga todavía juntar un nuevo ejército contra nosotros los occitanos. Pero no creo que logremos recuperar Tolosa, que nos quitaron los franceses. Muy al contrario, tarde o temprano nos alcanzará la cólera del rey.

Los ojos de Simón se volvieron a la lejanía como pasando revista a la historia de su tierra durante los últimos ocho años, desde que se proclamó la cruzada contra los albigenses. Todo cobraba un giro dramático. Muchas ciudades habían caído, y comarcas enteras estaban arruinadas. Uno tras otro cayeron los feudos en manos de los franceses, amos nuevos a quienes allí no estimaba nadie. En los del norte todo era desagradable, incluso el habla. Aquellos acentos tan fríos, tan desprovistos del calor meridional, como si aquellos señores de París pasaran todos los días en negociaciones con ingleses y alemanes. Qué diferentes los de *langue d'oc*, el tierno lenguaje de los artistas que llamaban a su país *terrae linguae occitanae*. Aquellos otros, en cambio, ni sabían hablar, ni tenían modales. Los franceses eran ordinarios y codiciosos; si se miraba bien, apenas se encontraría ningún hidalgo entre aquella chusma. El afán de enriquecerse rápidamente los reunía bajo la enseña de la cruz que el pontífice agitaba, llamando a la guerra contra los herejes occitanos. Todo lo saquearon. Perdidas las riquezas de Béziers, destruida la magnificencia de Carcasona. Pero en vez de desfilar llevándose su botín, aquellos miserables aventureros se quedaron, tal vez esperando que brotaran nuevos premios de la cornucopia meridional. La diosa Fortuna no sonreía a los del Aude. Indescriptibles los estragos de los franceses en Béziers, sólo porque los habitantes no quisieron sacar afuera a los herejes como exigían los legados del Papa. Desafiaron a los sitiadores y prefirieron compartir el sino de aquellos pobres rezadores, antes que evacuar las casas. Béziers, la Orgullosa, cayó bajo el furioso asalto de los cruzados y el legado pontificio se plantó delante de la ciudad y

dijo, sanguinario: «Matadlos a todos, Dios conocerá a los suyos». Fue entonces cuando los mercenarios del Papa los pasaron a cuchillo a todos, católicos y herejes, y por primera vez Occitania supo lo que era el miedo. Simón miró a su hija con aire apesadumbrado.

—Son tiempos difíciles, hija mía. Necesitas amparo —tenía un nudo en la garganta—. Necesitas un marido.

Isabel soltó la carcajada.

—Está bien que seas comprensiva.

Ella meneó la cabeza.

—No he querido decir eso. Todo depende de quién sea el marido.

—Alfonse de Olmes —murmuró Simón Lemaitre como si le diese vergüenza el decirlo—. Todo el mundo le tiene por un caballero sin tacha, que ha participado en más de una batalla y ha salido vencedor de muchos torneos. Y tampoco es mal trovador, si no mienten los rumores. Por sus rentas contribuye al ejército del conde Ramón con dos acémilas y cinco mesnaderos de a pie. Además, es hombre apuesto. Te agradará.

—Alfonse de Olmes —repitió Isabel en tono de incredulidad, y se quedó boquiabierta.

Simón Lemaitre asintió.

—Ha solicitado tu mano.

—¿Te refieres a ese barbón canoso que se ha quedado sin un solo cabello en la cabeza?

Simón Lemaitre bajó los ojos antes de contestar con un gesto afirmativo.

—¡Pero si tiene edad para ser mi padre!

Esta vez Simón Lemaitre levantó la mirada al cielo raso.

—¿Serías capaz de hacerme eso, padre? —balbució Isabel.

—No es mal partido, hija mía —replicó su padre al tiempo que empezaba a batirse en retirada—. Piénsalo bien.

Dicho lo cual, salió de la estancia.

Isabel regresó a la ventana y empezó a tamborilear con los nudillos sobre la repisa. Buscaba en su interior el recuerdo de la sensación experimentada ante la presencia del desconocido caballero. En esa impresión tierna y luminosa se entremezclaba la fría y severa evocación del viejo marqués de Olmes. Entonces cobraron vida de repente las contradicciones que tantos trovadores habían descrito en sus letras. Y aunque ella creyó siempre que no eran más que un rito cortesano, de súbito comprendió que el germen del ideal arraigaba en la realidad. Cierta que también Isabel ansiaba más el amor que el matrimonio. Mientras esa polaridad hurgaba en su corazón, los ojos todavía buscaban en el horizonte por si atisbaban algún rastro del joven hidalgo. Pero el crepúsculo confundía todos los indicios e Isabel se halló

reducida al mundo del ensueño. Tumbada en la estrecha yacija, cerró los ojos. La silueta del desconocido se confundió con la del padre. Enseguida Isabel se vio en medio de un torneo en el que Simón Lemaitre tomaba parte y peleaba con ardor. Ella, sentada en el regazo de su madre, jaleaba a su padre mientras éste rompía lanzas sobre su corcel bien cepillado y enjaezado. Cuando cayó el adversario ella profirió agudos chillidos de contento, pero cuando su padre se quitó el casco apareció el semblante de Bernard del Congost. ¿Si regresaría y cantaría para ella? O mejor aún, ¿cantaría una *canzone* compuesta expresamente, a su nombre o bajo nombre supuesto, respetando el pudor de la doncella? Sintió un calorcillo alrededor del corazón al pensar que un joven caballero compusiera para ella con la sinceridad de un sentimiento auténtico. No un texto cortesano, sino como un beso entre amantes; que los corazones latiesen al unísono importaba más que la forma y la tradición. El formulismo pesaba demasiado últimamente, expulsaba el sentimiento y convertía la *canzone* en un simple género para lucimiento de los trovadores, sin apenas necesidad de inspirarse en amores de damas realmente existentes. Isabel lo lamentaba, al tiempo que recordaba los versos de su padre, en otro tiempo tan acertados como sus mandobles, y que habían sabido conquistar con sabias palabras el corazón de su madre. De eso hacía casi cuarenta años. Entonces los textos tenían vida, pasión y hasta una chispa de ingenio, en ocasiones, todo lo cual había llegado a faltar en los pasatiempos cortesanos. A veces, cuando corría el vino en las cenas íntimas de familia, alguien recordaba los agitados orígenes de la trova occitana y el juglar Baldovinos recitaba los versos de las viejas canciones. No así el padre, que no había vuelto a cantar desde el día de su boda. Para él habían dejado de tener objeto las canciones dirigidas a la amada lejana, de momento que veía cumplidos los deseos amorosos. Pero Baldovinos sabía cantar muy bien, pese a ser torpe de lengua cuando hablaba normalmente. En su voz las canciones del padre devolvían a aquella época que Isabel sólo conocía a través de los relatos de su madre. Entonces la mirada de la hija se volvía hacia el senescal, que sonreía ensimismado, y hubiese querido darle un abrazo para agradecerle sus palabras y sus hechos.

¡Ay, padre mío!, jadeó. Tú que has creído en el amor y lo has conocido, ¿en serio querrás exigir la obediencia de tu hija a esas leyes cortesanas que hacen del matrimonio un contrato legal y del amor un fruto prohibido? Tú conoces mi manera de ser, lo mismo que la de mi madre, y sabes lo que me pides. ¡No me reclames esa promesa, padre! ¡Te lo suplico!



En vez de seguir a Isabel, Sebastián aflojó el paso conforme se acercaban a los peldaños esculpidos en la roca. Pasaba revista a lo hablado con su hermana y pensando en las inminentes batallas contra franceses se ponía en tensión su virilidad. Era como una fiebre, o como cuando ajustaba la flecha a la cuerda para apuntar a un venado: todas las fibras del cuerpo enfilando un único objetivo. Ahora no se puede

fallar, ahora debe caer la presa. Enseguida sale disparada la flecha, un leve silbido cruza el aire. Un golpe seco, el venado se ladea y cae. Al mismo tiempo escapa del pecho el aire hasta entonces contenido. Alivio, alegría, un «sí» balbucido casi en voz alta. Eso es lo agradable, lo que tranquiliza, aunque sólo un instante, enseguida hay que correr a donde la bestia caída, contemplar la herida, extraer la flecha, ordenar al criado que cargue con el botín. Durante el camino de regreso, orgullo y satisfacción. Conscientes de la propia fuerza y perseverancia, anticipamos el elogio paterno, el banquete con los amigos. Será menester hallar las palabras justas para cantar la proeza del cazador. Sebastián notaba dentro de sí su hombría como una agitación permanente, o mejor dicho un caudal. La fuerza le henchía el pecho. Anhelaba la acción, deseaba ponerse a prueba. Estaba impaciente por combatir.

Absorto en tal género de pensamientos iba a abordar la escalera de acceso cuando se le acercó de improviso un hidalgo vestido de negro y le preguntó si él era el paje Sebastián Lemaitre, a lo que él asintió con la cabeza.

—Entonces, prepárate para dejar pronto este castillo —le anunció el desconocido.

—¿Y eso? —preguntó Sebastián.

—Calma, calma. Tu señor te lo explicará todo y volveremos a vernos. Confío en que sea pronto. Entonces hablaremos de los detalles. Por ahora, ¡adiós! —Y corrigiéndose a sí mismo, agregó cuando ya se había vuelto a medias para marcharse —: ¡Ah! Espera... Me llamo Bernard del Congost, eso no voy a ocultártelo.

Dicho lo cual, continuó escalones abajo y abandonó con celeridad el castillo por la puerta principal. El sorprendido Sebastián repitió en voz baja el nombre del forastero y reemprendió la ascensión hacia la torre del homenaje. Arriba encontró, tal como esperaba, al amo del lugar. De pie en medio del *donjon*, miraba hacia el sol poniente y escuchaba las palabras de Baldovinos con el entrecejo fruncido.

No se podía escuchar a Baldovinos de otro modo sino con esfuerzo, porque las palabras le brotaban a trompicones, como el agua del manantial de Fontestorbes, que sale con fuerza durante un rato y luego se reduce a un hilo, con ritmo invariable. En su discurso se entrecortaban por momentos el sentido y la ilación, y entonces rayaba en el absurdo, eructaba una sarta de necedades. Además, se tragaba una de cada tres sílabas y tenía una noción muy personal de la gramática. Por eso apenas se le hacía caso más allá de un par de minutos. En la oportunidad, sin embargo, estaba contando la visita de Bernard del Congost y el amo lo escuchaba con gran atención.

—En Brindisi, pues, en septiembre, embarcan para Tierra Santa los que toman la cruz. Como la otra vez, se ha visto la lluvia de estrellas en el cielo y qué caramba, es mejor que la cólera de los cruzados caiga sobre los musulmanes y no sobre los bravos que adoramos sinceramente al Señor. Pronto ha de terminar la lucha fratricida, los sabios acaban de leerlo en las estrellas, el sur se reconciliará con el norte y un gran ejército embarcará en Brindisi para liberar a Jerusalén... ¡Oh, mis señores!, tan cierto

como que me llamo Baldovinos, mis ojos contemplan la Jerusalén celeste con sus murallas y sus plazas consteladas de piedras preciosas, y con esas puertas de zafiro que proclaman a lo lejos la divinidad del lugar, y cuánta nobleza por parte del joven Bernard del Congost que ha vuelto la mirada hacia Jerusalén, precisamente ahora que Inocencio nos deja sin haber culminado su obra y que entrando en razón, si me está permitido el decirlo, se aparta de nosotros los bravos para volverse contra los bárbaros en nombre de Mahomet...

En verdad resultaba fatigoso escuchar a Baldovinos. Lo que se sacaba en limpio era que algunos caballeros de Saintes-Maries-de-la-Mer, hartos del eterno dilema y conflicto entre distintos juramentos de vasallaje —norte contra sur, conde contra rey—, habían cavilado poner tierra por medio, seguir el llamamiento de Inocencio III y marchar como cruzados a los Santos Lugares. A tal objeto buscaba más aliados Bernard del Congost. Hizo preguntar si Bertrán de Quéribus estaría dispuesto a tomar la cruz, o por lo menos armar un cruzado. La convocatoria de Inocencio era inusual en el sentido de que la cruzada quedaba abierta para todos los creyentes, como lo estuvo la primera, la de Urbano. Sólo que Inocencio no los llamaba a todos, sino que, contando con la aprobación del concilio, instituía para los hidalgos la redención de la promesa. El que pagase el equipamiento de otro quedaba dispensado. Así tomaron la cruz muchos pajes e incluso algún que otro labrador. Ambos se beneficiaban de la bula: el patrocinador que se limitaba a pagar, y el cruzado que emprendía la partida efectiva.

—No está mal esa idea de Bernard —comentó el amo del castillo al cabo de un rato, cortando la verborrea de Baldovinos, mientras salía con Sebastián a los adarves—. Para mí, sería la posibilidad de cumplir con la Santa Sede sin tener que enfrentarme a los meridionales. Una patente especial de neutralidad, podríamos decir... ¿A ti qué te parece?

—Excelente, mi señor, excelente.

—Estás deseando probar tu valentía en la batalla, ya lo sé —sonrió el marqués, y apoyó una mano en el hombro de Sebastián antes de proseguir—: Yo también pensaba así antes. Pero luego, y sobre todo desde que cayó sobre nosotros Simón de Montfort con su campaña de exterminio, me he vuelto más prudente y preferiría evitar la guerra.

Hizo un ademán hacia el paisaje nocturno que los rodeaba.

—Para defender la patria, hay que alejar las espadas. No veo otra solución.

Miró a Sebastián. Éste guardaba silencio.

—Lo pensaré detenidamente —concluyó Bertrán de Quéribus en tono de fatiga—. Debo fidelidad a Roma por mis juramentos, pero mi corazón late por Occitania. Me parece que os enviaré a Jerusalén, y valga esa treta para salvar el país.

Pocos días después Bernard del Congost se presentó en Quéribus con cuatro

acompañantes, dispuesto a agilizar los preparativos de la cruzada. Bertrán los recibió en el patio de armas. Tras las reverencias iniciales, Bertrán de Quéribus se adelantó unos pasos, con los brazos abiertos, y palmeó los hombros de Bernard en un abrazo paternal.

—Bienvenidos a Quéribus.

Luego se quedó contemplando a los recién llegados. Llevaban calzones sencillos de color gris, camisa de hilo y jubón negro sobre la cota de mallas que desde hacía varios años se habían acostumbrado a usar todos los caballeros de Occitania, aun cuando viajaban en son de paz. Las hordas del vesánico Simón de Montfort acechaban en los caminos. Los viajeros tomaban sus precauciones. Sin embargo aquellos hombres venían con el semblante alegre, inquiriendo novedades. El barón observó las miradas atrevidas, los ademanes de impaciencia.

—Hablemos con detenimiento de vuestros planes. No están los tiempos para decisiones precipitadas. Estamos dispuestos a daros alojamiento para quince días.

—Importa parlamentar, desde luego —replicó Bernard con una sonrisa—. Pero no descuidemos la búsqueda de más compañeros de armas.

—No temáis, amigo mío. He enviado un mensajero a Peyrepertuis y en el plazo de una semana supongo que saludaremos aquí a algunos camaradas.

—En ese caso, aceptamos con gusto la hospitalidad que nos ofrecéis —concluyó Bernard.

Bertrán palmeó la espalda de su anfitrión y entró en la sala del homenaje. Allí se habían instalado mesas largas y bancos. Los caballeros tomaron asiento y las criadas colocaron dos jarras de vino y copas, cuya aparición fue saludada con un hola general. La sed hizo apurar las primeras copas. Era un vino del terruño, abocado, que mereció la aprobación de todos. Las cosas no podían comenzar mejor, por cuanto las muchachas regresaron enseguida con panes y varias fuentes de asado. Los hombres arrimaron los bancos a las mesas y clavaron los cuchillos de monte en la madera, dispuestos a comenzar el banquete. Voces alegres invitaron a los caballeros y los pajes de Quéribus, que entraron en la sala y eligieron asientos. Casi todos se conocían por haber competido en los torneos, y quienes aún no habían peleado el uno contra el otro, al menos habían cantado juntos.

Sebastián fue a sentarse frente a Bernard del Congost y simpatizó enseguida con él. Tenía los ojos chispeantes entre pardos y verdes, casi como los del padre de Sebastián, el mirar franco, la sonrisa deslumbradoramente blanca. La nariz ancha y los pómulos altos le conferían una expresión maliciosa, de pícaro, y la barbilla firme indicaba su carácter decidido. Sebastián pensó que no sería mal compañero de armas.

El resto del banquete fue apareciendo en la mesa. Grandes pedazos de asado, perdices, codornices y faisanes, huevos a la vinagreta, pepinillos y berenjenas, guisantes y zanahorias, pan blanco y pan moreno, sin olvidar la terrina de hígado ni la cabeza de cerdo en gelatina. Todo ello regado por aquel vino de sabor arcilloso en panzudas jarras. Que no faltase nada a los invitados. El señor del castillo se

consideraba obligado a demostrar que pese a las correrías de los franceses, en Quéribus nadie pasaba apuros. Lo cual consiguió Bertrán plenamente. Al poco se escucharon los primeros eructos satisfechos de los hombres. Comieron y bebieron cuanto se les sirvió con sano apetito, y tras escupir en el suelo se dedicaron por completo al vino. Pronto creció el alboroto. Caballeros y pajes cambiaban chanzas de subido color.



Las risas de los hombres se escuchaban en el aposento de Isabel. Cuánto le habría gustado a ella poder asistir, sentada a la mesa, en vez de acechar los rumores de la sala encerrada en su habitación. Intentó distinguir entre las voces la del forastero, confiando en que estuviese entre los hombres. Se le aceleraba el pulso con sólo imaginarlo allí, tan cerca de ella. A nadie, ni siquiera a Sebastián, había contado lo mucho que deseaba volver a verlo. ¡A saber si sabría entender los anhelos de su corazón! O tal vez se alinearía con la opinión de su padre y querría verla casada con el marqués de Olmes. En aquella época de confusión, ¿quién adivinaría las ideas de su hermano? Así que prefirió guardar el secreto de sus deseos.

En estos pensamientos estaba cuando llamaron a la puerta con fuertes golpes.

—¿Quién es?

—Soy yo —anunció Sebastián al tiempo que ella abría—. Sal al patio, que quiero contarte una cosa.

Isabel se echó un pañuelo al cuello y siguió los pasos de su hermano.

Varios criados se afanaban alrededor de la fogata, donde asaban un cochinillo al espetón. Las jarras de vino circulaban. Marco el herrero se daba grandes palmadas en los muslos, y los demás reían.

—Ya lo ves —explicó Sebastián—. Es la impaciencia de la partida. Se les nota.

—¿Qué partida? —preguntó Isabel para disimular su excitación. Menos que nunca le convenía traicionar sus sentimientos.

—Vamos a tomar la cruz y a liberar Jerusalén —le soltó Sebastián sin poder contenerse.

Isabel se quedó mirando a su hermano con los ojos muy abiertos. Así que era verdad, se dijo mientras le daba lentamente la espalda.

—¿Es que no te alegras? —La tomó de los hombros—. Tendré ocasión de pelear y de mostrar mi valor. Pronto seré todo un hombre y armado caballero.

—¡Ah, sí! —suspiró Isabel, esquivando las manos de Sebastián—. ¡Batallas! ¡Nunca pensáis en otra cosa!

Apartándose de la hoguera, aguzó el oído para tratar de distinguir la presencia del que su corazón anhelaba. Pero por más que escuchaba la barahúnda de las voces que salían de la sala del homenaje, no pudo reconocer la de él. Palabras y ruidos, ráfagas

de frases y risas formaban un torrente sonoro sin sentido, envuelto además en el sollozo del viento. Mientras Sebastián regresaba a la alegre compañía, Isabel se encaminó poco a poco hacia su celda.

Asomada a la ventana, siguió escuchando los ruidos, distraída. El viento calaba en las grietas de los muros y en las almenas. Arriba repicaban algunas tejas. Con los ojos cerrados imaginaba el fragor del mar; la rompiente sobre la playa, una ola tras otra. Trueno sobre las rocas y suspiro sobre la arena. El movimiento uniforme del agua revestía forma poética, norma severa, invariable. Para el *troubadour* la forma no es finalidad en sí misma, pero tampoco mero juego. Sólo gracias a ella la expresión alcanza la plena fuerza y las distintas partes de la poesía su trabazón las unas con las otras. La forma y el contenido deben ser puros y perfectos para que se considere logrado el poema. Isabel asintió a sus propios pensamientos. Cuánto le habría emocionado ser destinataria personal de un verso perfecto, escuchar una *senhal*, uno de aquellos seudónimos misteriosos que convertían a una dama en la Amada Lejana. Lirio blanco de los montes. Isabel rió. No se sentía llena de candor, en absoluto.

Silencio. Se adormeció la tormenta y con ella todo el castillo. La pálida luz de la luna entraba por la ventaja y pintaba sombras desvaídas en la pared, sobre la yacija de Isabel. Aturdida todavía, se frotó los ojos. Algo la había sobresaltado arrancándola del sueño. ¿Una pesadilla? Pero ¿cuál? Su memoria estaba como una pizarra en blanco. Ni un palote de tiza.

O tal vez sí. ¿Acaso era una vibración lo que rompía la quietud del aire, un leve temblor, como un grillo avergonzado de su violín? Era una nota tenue y clara, como si el grillo se hubiese extraviado en un llano, lejos de la madriguera que le servía de caja de resonancia. No lo había soñado. Algo se oía.

*Ruiseñor que vas a donde ella mora,
Vuela, ve a decirle a mi dama
El estado en que yo me encuentro
Y que ella te diga la verdad de su verdad,
Así sabré yo lo que ella siente.*

Al ritmo fluido de la canción, como transportadas por el aleteo del ruiseñor, subían las palabras desde el pie de roca. Un secreto amable que cabía en la palma ahuecada de una mano. Era un suspiro apenas el verso que recién pronunciado se desvanecía en lontananza.

Isabel se incorporó y se acercó a la ventana, alzando con cautela el marco de la tela impregnada que cubría la espillera. Encaramada sobre el repecho, se asomó para tratar de ver al cantor. Demasiado oscuro el abismo, ni siquiera pudo distinguir dónde terminaba el fundamento de roca y empezaba a alzarse la muralla. Algo debió significar, sin embargo, la aparición de su frente en la ventana. De nuevo se elevó la vibración de una nota suave hacia el espacio de blanca luz lunar y se repitió el verso.

Y como si la irradiación se concretase en medio de ese espacio, Isabel casi creyó ver el ruiseñor. O su imagen.

Cuando se extinguió el último sonido y la visión se desvaneció, cayó sobre Isabel una tristeza sofocante. Todo estaba oscuro y mudo. Rebuscó febrilmente en su imaginación qué prenda podría arrojar por la ventana para enviar una señal, una muestra de asentimiento. Pero no tenía nada allí, ni anillo ni medallón, únicamente su camisa de dormir... Se sonrió al representarse la cara de asombro que habría puesto el cantor si se hubiese caído semejante prenda sobre su cabeza.

Dos veces voló el ave, luego se hizo el silencio. Que ningún oído profano escuchase la canción esa noche. Al amparo de la oscuridad florecería el secreto. La mañana siguiente tal vez los versos fuesen del dominio público, pero la identidad de la dama quedaba protegida por la *senhal*. Lirio blanco de montaña.

Cerró sin hacer ruido, embriagada de luz de luna, y se tendió para sumergirse en los sueños que el ruiseñor había traído prendidos de su plumaje. Ocultos para todo el mundo, ahora sus sueños y su fantasía continuaban el ancho vuelo hasta el punto en que los ásperos labios de su caballero se unían a la boca suave de la doncella.

Cinco noches se repitió la tímida canción, cinco noches en que resonó siempre dos veces la misma estrofa. Como para hacer recordar las palabras, pero tan quedas que nadie más las oyese. Cinco noches de luna creciente a llena, pictóricas de anhelos y de promesas que la trastornaban y la llenaban de satisfacción. Durante la jornada, sin embargo, el cantor no se dejaba ver y aunque no se hablaba de otra cosa en todo Quéribus sino de los caballeros que iban a Tierra Santa, para Isabel eran inabordables. Bien veía los corceles en el establo, y las mozas de la cocina podían dar cuenta de si comían poco o mucho. Incluso llegó a ver dos cotas de malla en la herrería, que estaban reparándose y limpiándose para el viaje. Pero nunca conoció en persona a ninguno de los cruzados. Faltábale también las visitas de Sebastián, y como no deseaba participar aquellos sentimientos y esperanzas a su madre, no le quedaba más remedio que esperar a la noche. De manera que al atardecer recorría el castillo caminando de un lado a otro sin fijarse en lo que hacía, expectante, en espera de la inminente oscuridad. Apenas encendieron las chimeneas buscó el refugio de su cámara. Se subió a la repisa y miró afuera. La luna llena insinuaba la revelación del secreto; casi parecía que fuese posible distinguir los detalles de la lejana hondonada...; pero no. Eran sombras nada más las que fingían promesas sobre lomas y cañadas, cimas y repechos. Pero tales promesas nunca se cumplían. Peor aún, la canción no salió aquella noche de plenilunio.

Inquieta, Isabel cambió varias veces de postura sobre el alféizar. Tomó entre los labios un mechón de su cabello para mordisquearlo y en vista de que así tampoco se remediaba, empezó a pasear la habitación, cuatro pasos arriba, cuatro pasos abajo. Luego se asomaba otra vez a la aspillera, a mirar y escuchar, llena de tensión. Pero

nada, y otra vez las idas y venidas, unas veces rápidas, otras a paso lento, o balanceándose como si un movimiento más agitado hiciese transcurrir el tiempo más pronto, o acelerar la aparición de la nota esperada. Pero ya el disco plateado se retiraba detrás de las cimas, dejando el valle sumido en la oscuridad. Pronto sería demasiado tarde para que volase el ruiseñor. Incapaz de continuar confinada en su habitación, Isabel se echó una capa sobre los hombros y salió con sigilo. Se encaminaba hacia las cuadras. Todos los caballos estaban allí, por consiguiente, los caballeros seguían en el castillo. Isabel suspiró de alivio y aprestó el oído. Quéribus dormía.



En el ínterin los caballeros andantes Bernard del Congost y sus compañeros pasaron a formar parte de la vida cotidiana. Hasta el sábado, al octavo día de su estancia en el castillo. Baldovinos salió al patio poco antes de mediodía. Llevaba su laúd y cuando hirió las cuerdas, las notas vibrantes rebotaron en los muros de piedra llamando a la gente. Pronto se halló Baldovinos rodeado de una gran muchedumbre. La curiosidad se leía en todos los semblantes.

—¡Oíd! —Alzó la voz al tiempo que rasgueaba con las uñas, sacando de la caja de su instrumento un sonido agrio y atormentado. Algunos de los oyentes torcieron el gesto—. ¡Oíd! —repitió haciendo sonar esta vez un arpegio—. Escuchad la canción que he encontrado al pie de nuestra muralla.

Hubo algunas risas y muchos se acercaron cerrando el corro.

—Al pie de nuestra muralla encontré una canción —empezó a declamar Baldovinos con voz clara—. Una canción que busca vuestros oídos, y que se escribió para el blanco lirio de montaña que el peregrino atento sabe encontrar en estas tierras.

Baldovinos repitió este prelude tres veces, con ligeras variaciones, apoyándose en la melodía de un coral conocido de todos. El patio iba llenándose con todos los caballeros y pajes, damas y doncellas del castillo. Todos se apretaban alrededor de su juglar, cuyas ocurrencias a menudo les costaba seguir, pero cuya música todos admiraban. Y también estaba Isabel allí, palpitante, abriéndose paso hasta la segunda fila donde estaba su hermano. Tenía acelerado el pulso y la respiración agitada. El blanco lirio de montaña: ése debía ser el nombre oculto, la *senhal* para ella.

—Escuchad lo que me ha dicho el viento sobre un caballero hecho a servir y práctico en adorar —pulsó con rapidez un prelude dramático e impostó la voz:

*Gran placer tengo en llegarme a ella
De rodillas, viniendo de tan lejos
Para reconocer si ella consiente
Que me acerque, juntando las manos
En señal de reverencia y pleitesía
Como debe hacer el servidor ante su ama.*

Con la última sílaba repitió el tema inicial a manera de estribillo, para aguijonear

todavía más la curiosidad del público. Baldovinos los tenía pendientes de su canción, disfrutaba contemplando las caras expectantes. El cantor escrutaba con astucia los rostros femeninos, a ver si descubría una señal o por lo menos una sospecha de reconocimiento. Tocó un acorde y una nota brillante. Limpia y clara, echó de nuevo el vuelo la canción desde los labios de Baldovinos. Las palabras entraban por los oídos y los cerebros. Isabel sintió que el corazón le dolía en el pecho y creyó que todo el mundo se daría cuenta del súbito rubor que la invadía, pero supo dominarse y se contuvo mejor que muchos de los escuderos que sujetaban los caballos de sus señores. Los ojos impertinentes de Baldovinos, su curiosidad descarada, no supieron descubrir la agitación interior de Isabel.

*Ruiseñor que vas a donde ella mora,
Vuela, ve a decirle a mi dama
El estado en que yo me encuentro
Y que ella te diga la verdad de su verdad,
Así sabré yo lo que ella siente.*

Magia en la voz de Baldovinos. Isabel cerró los ojos y notó la energía de aquellas seis noches pictóricas del canto del ruiseñor al pie de la muralla. Una sonrisa aleteaba alrededor de sus labios, y su boca formó un mohín caprichoso, como invitando a ser besada. Pero nadie se fijaba en ella. Todos estaban pendientes de los labios de Baldovinos, en espera de escuchar los atrevidos versos de la estrofa siguiente...; o casi todos: sin duda el desconocido, por cuenta de quien actuaba el ave canora, estaría atento a la mímica de quien sólo él sabía. Baldovinos transmitía con inimitable sentimentalidad la esencia del mensaje del *troubadour*. Isabel echó los brazos al cuello de su hermano. Éste abrió mucho los ojos y la miró con severidad, apartando los brazos. A lo que ella sonrió un poco avergonzada y susurró «perdón», mientras Baldovinos rasgueaba las cuerdas y exigió en tono imperioso:

*Quien deposite su esperanza en el amor
Que no titubee mucho tiempo
Mientras el amor le ofrezca oportunidad,
Lo blanco pronto amarillea: en la rama
Suele marchitarse la flor
Por lo que es mucho mejor
Que la dama haga lo que cumple
Antes de que algún otro cuidado la distraiga.*

Isabel asintió, pensativa, dando la razón al cantante. Al que nunca se atreve a nada, la vida se le escapa en oportunidades perdidas. No se daba cuenta de que su gesto estaba siendo observado. Ella creyó que lo suyo era un deseo secreto. Que el caballero de sus sueños hallase el camino de la habitación de ella. Y que adoptase para ello la figura de su hermano. Así no llamaría la atención..., pero sería preciso que se desprendiese de semejante disfraz antes de pasar el umbral. Entonces ella se entregaría a la figura verdadera con todo el anhelo de la mujer cuyos sentidos acaban

de despertar. Y mientras soñaba ese primer encuentro, sus ojos velados vueltos hacia su hermano vieron en los rasgos de éste algo que la sobresaltó: una decisión férrea y la arruga vertical del entrecejo, presagio de un porvenir desgraciado. De una manera vaga, pero espantosamente real, como si apenas una ligera neblina de otoño la separase de lo que estaba viendo, atisbo a su hermano en una sangrienta batalla. Luego le oyó jadeante de fiebre sobre un camastro, con la herida llena de asquerosas lombrices blancas. Saboreó la sal de sus lágrimas mientras él se despedía de una mujer de cabello negro. Tembló de cólera con él frente a las burlas de un rival en el torneo. Lo vio entregado a la bebida, rodeado de compañeros de baja condición. Y arrodillado en el suelo, llorando, y caminando con los hombros hundidos a través de eriales interminables. Y lo vio aturdido, de pie delante de un hombre asesinado. En una palabra: contempló ante sí toda la vida de Sebastián, como quien pasa revista a unos hechos pretéritos.

De nuevo Baldovinos atacó una melodía dramática y repitió la estrofa inicial, su voz hecha un clarín anunciador del amor. Isabel, aterrorizada por las visiones de sus sueños diurnos, se desmayaba en brazos de Sebastián.



Jerusalén, conjuro mágico, dominaba los pensamientos de Sebastián desde el momento en que Baldovinos pronunció ese nombre por primera vez. Encrucijada de perdidos y esperanzados, centro del mundo, sede del Paraíso hecha de una gema celestial, donde se alza el trono de Dios entre los bienaventurados y a donde suben los elegidos. Todo eso era Jerusalén, la terrestre y la celeste confundidas daban una imagen inseparable de gloria perfecta. ¿Podía concebirse empresa más alta que liberarla de manos de los bárbaros mahometanos? Y tanto más sublime, por cuanto la peregrinación se hacía en armas, bajo la enseña de la cruz, para que pusieran a prueba sus fuerzas los caballeros; no era ya una simple empresa, sino un designio sagrado, ¡por eso concedía tantas indulgencias el Papa! Riesgo máximo a favor de una causa justa, combatir por Dios y por la Cristiandad con denuedo, con valor inteligente, con la astucia que la guerra exige: en eso consistía sin duda la prueba que necesitaba el paje para armarse caballero.

Con la mención de la santa Jerusalén, era como si hubiese terminado la juventud de Sebastián. Él quería tomar la cruz para luchar, para esgrimir la espada por la causa justa. En ello veía su destino y ¿quién sino Bernard del Congost podía conducirle a él? ¿No había reconocido Sebastián en Bernard, desde el primer momento, desde que se halló sentado frente a él durante el banquete de recepción en la sala del homenaje, al guía y amigo de más edad? La serenidad y la fuerza que irradiaban aquellos ojos de color entre verde y avellana habrían persuadido hasta al más indeciso. Por tanto, Sebastián no dudó que podía confiarse a sus manos, y suplicó tanto a su padre como al maestro armero que lo equipasen para servir de escudero a Bernard mientras durase la cruzada.

Bertrán de Quéribus titubeaba, y aún dio largas un par de días más, fiel a su idea de salvaguardar la tranquilidad de sus posesiones evitando definirse por un bando o por otro. Por último, concedió que salieran de Quéribus rumbo a Jerusalén un caballero y tres pajes o ayudantes..., entre ellos Sebastián. El mismo Bernard le eligió escudero suyo y prometió armarlo caballero tan pronto como hubiese pasado el bautismo de sangre. En prenda de ello llevaban a Guillaume, que asumiría entonces las funciones de segundo escudero.

Precisamente Guillaume le caía muy bien a Sebastián. Un año más joven, aquél había sido compañero de juegos infantiles y de reyertas, de las que ambos, aliándose con astucia frente a los pajes de más edad, más de una vez habían logrado salir airosos. Era Guillaume el único, además de Sebastián, que se había molestado en aprender a leer y escribir, en adquirir una cultura literaria, y en ocasiones se le escapaban dichos que parecían producto de la sabiduría de un anciano. Y no era que buscase recibir elogios por su agudeza, al contrario: cuando no estaba en el círculo de los íntimos, solía mostrarse el más callado y reservado. Tampoco daba importancia a su don poético, y eso que con su radiante aspecto tenía condiciones para llegar a ser el mimado de las damas. Alto, de rasgos claros, ojos negros de mirada maliciosa bajo las pobladas cejas, y boca sensual que atemperaba la severidad de la firme mandíbula, era de los que suscitan la atención de las damas y los cuchicheos de las mozas. Pero Guillaume no se fijaba en nada de eso.

Orgullosa e impaciente, Sebastián no veía llegado el momento de partir, y sin embargo el tiempo volaba para él, porque lo llenaba con la infinidad de preparativos que la peregrinación exigía. Los aprendices del herrero adaptaron para él un casco y una cota de mallas. El maestro en persona templó la espada que Sebastián recibió de su padre y le colocó una empuñadura nueva para equilibrar mejor el peso de la hoja y poder esgrimir el arma con una sola mano. También afiló la hoja y ensanchó el vaciado con objeto de reducir todavía más peso. El ebanista torneó la empuñadura siguiendo las instrucciones de Sebastián, y la pulió hasta adaptarla perfectamente a la mano. El talabartero también tuvo trabajo a manos llenas, y cuando se presentó el tejedor del pueblo para ofrecer a los cruzados mantas para los caballos, todo el patio de armas retumbó de discusiones y regateos comerciales. Además de proveer lo necesario en cuestión de armamento, armadura y cabalgadura, era preciso llenar la mochila de ropa, y llevar también algunos objetos de valor que pudieran venderse o trocarse en caso de necesidad. Se sabía que eran muchos los que, dispuestos a sacar algún beneficio de los peregrinos, se echaban a los caminos por donde se iba hacia los Santos Lugares. Sólo una de las disposiciones exigidas al caballero Roger de Quéribus se le ahorró a Sebastián, y ello con motivo de su juventud: la de hacer testamento. Por eso mismo, quizá, se le ocultó a su imaginación la enormidad de la peripecia que significaba aquella «peregrinación en armas». Mientras Roger

aprovechaba cualquier momento para reunirse con su familia y muchas veces fue visto en la capilla con su mujer y sus hijos, todos sumidos en ferviente oración, Sebastián apenas hacía caso de sus mayores, prefiriendo la compañía de los caballeros y los demás pajes. Como distracción, practicaba sobre el tablero de ajedrez las artes del ataque y la defensa.

Lo que más le agradaba era acompañar a Bernard del Congost. Conforme pasaban los días, sin embargo, empezó a notar en éste un cambio cada vez más acentuado y que sólo en parte lograba explicarse. Cuanto más se aproximaba el día de la partida más se impacientaba el impetuoso caballero. Esto, por un lado. Pero por otro lado, cada mañana se presentaba más trasnochado y de humor gruñón. Apenas tomaba parte en los banquetes de los demás hombres. Hacia mediodía se retiraba a un rincón tranquilo de los establos. Sebastián le acechaba y observó cómo, provisto de pluma, tintero y pergamino, y sentado de espaldas a la puerta, escandía versos a media voz. Una vez Sebastián incluso se atrevió a entrar con el pretexto de dirigirle una pregunta, pero Bernard replicó desabridamente que deseaba estar a solas. Tanta fue la brusquedad que Sebastián nunca más se atrevió a intentar otra aproximación.

Bernard componía versos y Sebastián se devanaba los sesos, sin poder imaginar a quién iría encaminada la devoción del caballero. Fue entonces cuando, al día siguiente de la primera noche de luna llena, que era sábado, Baldovinos convocó en el patio a todos los habitantes del castillo mediante los acordes de su laúd. No necesitó Sebastián más que escuchar la primera estrofa para comprender que Baldovinos hacía de intérprete de otro. Los versos que recitaba eran, sin duda, los mismos cuyo borrador se había compuesto en apartado lugar de los establos. Por lo que se quedó mirando fijamente a Bernard, en espera de cualquier ademán o reacción involuntaria que permitieran adivinar su secreto, descubrir la clave de la *senhal* que encubría la identidad de la dama. ¿O tal vez ella misma se descubriría en un primer movimiento de sorpresa? Sebastián tuvo que contenerse para no dar saltos de impaciencia.

Cantaba maravillosamente Baldovinos. ¡Qué sentimiento!, ¡qué entrega! Y con un sentido de caballerosidad, de nobleza en la actitud adorante y apasionada, todo ello expresado de manera magnífica. Escuchándolo, Sebastián se distrajo y olvidó su propósito. Así que no se dio cuenta de que Isabel estaba a su lado, ni vio el mohín de sus labios. Y cuando el cantor declamó el verso a la dama admirada, e Isabel le dio aquel abrazo impetuoso y por sorpresa, poco le faltó para perder los estribos. Pero no en vano había recibido el paje una educación cortesana, y así supo dominarse y se quitó de los hombros, sin violencia, los brazos de la hermana. Todavía estaba mirando los ojos color avellana de ella, cuando observó una leve elevación de cejas en el semblante de Bernard. ¡Isabel!, comprendió enseguida Sebastián, lleno de orgullo y celos. Orgullo por la belleza de su hermana, celos del hombre que tal vez, a

no tardar, echaría a perder la relación entre los hermanos y alcanzaría más importancia en la vida de Isabel que él mismo, Sebastián. Por unos instantes se desentendió de la canción de Baldovinos, y aún no sabía cuál de aquellos sentimientos encontrados iba a prevalecer cuando Isabel se desmayó, sin motivo aparente, cayendo de nuevo en sus brazos. Sebastián la alzó en vilo y se la llevó a la habitación.



En el patio, la multitud seguía festejando a Baldovinos y así rendía homenaje, sin saberlo, al poeta desconocido. Mientras tanto, en la penumbra de la habitación de Isabel, ésta se recobraba poco a poco de su desfallecimiento, asistida por su madre.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

—Tuviste un desmayo, hija mía —contestó Leonor Lemaitre al tiempo que apoyaba la palma de la mano en la frente de Isabel—. ¿Te encuentras mejor ahora?

Isabel arrugó la frente y se quedó mirando el techo como si buscara la respuesta en las piedras.

—No lo sé, madre. ¿Tú has visto alguna vez el futuro?

—No te entiendo.

—Tuve como una visión de las cosas que están por venir —confesó Isabel en un susurro.

Leonor tomó la mano de su hija y se dispuso a contestar midiendo con cuidado sus palabras. Hubo un breve silencio. Madre e hija se sintieron unidas por una confianza mutua.

—Por tus venas corre sangre muy antigua —dijo al fin Leonor—. La familia de tu abuelo era oriunda de la Bretaña y se dice que hubo varios druidas en ese linaje. En nosotros dormita la sabiduría ancestral, conocemos las virtudes de las hierbas, las influencias de la luna vieja y de la luna nueva, lo que anuncia la marcha inexorable de las estrellas. En todo se manifiesta el poder de Dios, así en las piedras como en las plantas, en los animales y en los humanos, porque el Todopoderoso es más grande de lo que nuestra imaginación puede concebir. La Iglesia teme la grandeza de la Creación y pone vallas por todas partes. A los que tienen la ciencia los llama brujos y hechiceros, obligándolos a ocultarse, hasta que llegan a perder la antigua sabiduría. Es como si se tapase de tierra y cantos rodados un brazo del Aude. Con el tiempo, el matorral crece y el peregrino que pasa nunca llega a saber que por allí discurría una corriente. A veces, sin embargo, aflora el agua escondida y se abre paso hasta la superficie. Como burbujas en un pantano, de vez en cuando el porvenir sale a flote, aunque no sea más que una breve visión que espanta a quien la recibe.

Dicho esto, quedaron en silencio, mirándose fijamente a los ojos.

Más tarde, cuando Leonor se despidió aconsejándole que procurara descansar, Isabel

trató de recordar, verso a verso, la canción que había entonado en su honor Baldovinos. La primera estrofa la sobresaltó al recordar que el admirador desconocido utilizaba exactamente la misma *senhal* que ella había intuido en sus ensoñaciones, e[^] lirio blanco. Así pues, ¿lo del caballero desconocido era una predestinación? Pero ¿dónde se habría metido? No lo había descubierto entre la multitud, ni tenía ya posibilidad de verlo, confinada como estaba en su habitación. ¡Qué lástima! Ella se lo habría dado todo al que supo hallar palabras tan halagadoras y conmovedoras para ganarse su favor. ¿Por qué le enviaba siempre, quienquiera que fuese, una visión que la privaba de sus sentidos en los momentos más inoportunos? ¿Acaso el destino quería negarle la consumación del amor, o simplemente le marcaba un largo rodeo? ¿La vería otra vez su caballero? Preguntas y más preguntas.

Alumbraba una luna de plata cuando Isabel se incorporó con precaución hasta quedar sentada en el camastro. Sintiéndose despierta y de nuevo en posesión de todas sus fuerzas, se acercó a la ventana. Yacía tranquilo el valle a la sombra de las crestas. Se le llenaban los ojos de lágrimas a Isabel, como si llorase el día perdido durmiendo. Llegaban a sus oídos fragmentos de conversaciones de los mozos que bebían en el patio; demasiado pronto comprendió que la partida de los peregrinos sería a la mañana siguiente. Oyó entonces que cantaban los caballeros en la sala. A juzgar por la posición de la luna, era bien entrada la noche y sin duda habría circulado más de una jarra de vino. Los caballeros en su sala y los criados en su patio se hacían amigos, se achispaban y ya no eran de este mundo. Mientras tanto la vida roza el mundo de los sueños y da alas a los hombres..., sólo que éstos rara vez aciertan a usarlas.

Al principio creyó Isabel que la engañaban sus sentidos. Pero no, alguien llamaba con cautela a la puerta. La segunda vez que llamaron se le antojó más real, de manera que se acercó a la puerta y abrió. La negra sombra del forastero llenaba todo el umbral. Entró no sin algún titubeo e Isabel se apresuró a correr el pasador.

—Bien dispuesto me hallo —susurró Bernard, la rodilla hincada en tierra—. Había depositado toda mi esperanza en el trabajo de mi..., de tu *canzone*. Contra la regla que manda componer en loor de una ensoñación cortés, yo puse en ella corazón y sentimiento verdadero. Desde que he visto la luz de tus ojos mi sueño se ha poblado de extrañas fantasías de perfume y vigor. Tus ojos tienen aroma de romero y tu boca respira tomillo. Tus labios prometen la felicidad. Has entrado dentro de mí y soy prisionero tuyo, que tiembla en tu presencia.

Se apoderó de la mano de ella y la retuvo con fuerza.

—Cuánto me gustaría cantar ahora —continuó tras breve interrupción—. El que pone sus esperanzas en el amor no debe demorarse. Pero me abandonan las fuerzas. La rosa cogida prematuramente se marchita pronto. La doncella ha de conservar su flor y el cortesano sincero ha de aprender a ser paciente. Y yo, aunque sea capaz de quebrar las reglas haciendo poesía de mis sentimientos, quiero ser un buen cortesano.

—¿No eres tú el que ha cantado que la flor debe cogerse sin pérdida de tiempo? —replicó Isabel, y se sobresaltó enseguida, espantada de su propia osadía.

—Cierto, pero eso fue en el poema.

De súbito él tomó la cabeza de Isabel entre las manos y la besó en la frente. Luego descorrió el pasador, abrió y desapareció en la oscuridad.



A primera hora de la mañana un grupo formado por siete caballeros y seis pajes emprendía el descenso de la empinada escalinata exterior de Quéribus. Llegados al fondo del valle del Agly, el que guiaba se detuvo y alzó la cabeza para echar una larga mirada peña arriba, hacia los torreones altísimos. La roca y la muralla se ofrecían bajo una claridad lívida como si le faltasen colores al crepúsculo matutino. Y también echaba en falta Bernard del Congost la alegría emocionada de la partida, pese a ser aquélla la aventura más grande.

En cuanto a Sebastián, le costaba quitar los ojos del castillo, comprendiendo que aquella despedida era distinta de todas las anteriores. Estaba muy serio y solemne, aunque no sabiendo que tardaría muchos años en volver, y en obvio contraste con su anhelo de lanzarse a una vida de aventura y de pelea. Su madre le había dado un beso en la frente y había murmurado una bendición. Su padre lo había ennoblecido con fuerte espaldarazo sobre el hombro derecho y fijó en su jubón un broche con cruz de oro. Isabel le dio un abrazo sin decir palabra, y lloró. Pero cuando él se desprendió de sus brazos dispuesto a girar sobre sus talones, ella le pidió en voz baja, pero clara, que no olvidase nunca a su hermana ni que algún día ella precisaría de su protección. Que obedeciese a la voz de la sangre y que jurase volver. Lo cual él hizo.

Las dos jornadas primeras fueron tranquilas y los peregrinos estaban casi descansados cuando avistaron Saintes-Maries-de-la-Mer, donde se les unieron otros tres caballeros y cinco pajes. Sin embargo, las noticias que llegaban de Arlés y de Aviñón no presagiaban nada bueno. El Languedoc estaba cada vez más invadido por las tropas papistas que llegaban del este y que dificultaban la travesía a todos los procedentes de Occitania. Por lo que Bernard celebró un consejo con sus cruzados y llegaron a la conclusión de que convenía viajar sin ser vistos, a cuyo efecto cruzarían a través de la región de los pantanos hasta alcanzar el Ródano por donde se avistaban los acantilados de Les Baux. Allí un barquero los pasaría a la otra orilla y se hallarían a salvo de las hordas de saqueadores.

No estaba mal concebido el plan, pero su ejecución se reveló sumamente difícil. El río bajaba muy crecido y la subida del nivel convertía las marismas en trampas peligrosas. Los vados conocidos por los guías servían para burros y mulos no muy cargados. En cambio, los corceles de batalla y los caballeros con su pesado armamento no encontraban suelo firme. Aún no había transcurrido una hora de marcha cuando los hombres tuvieron que echar pie a tierra para llevar del ronzal a sus cabalgaduras. Las botas se hundían en el lodo del fondo, y a cada paso entraba más agua en los borceguíes, hasta que el cuero, la piel, la tierra y el agua se confundían en una sola masa. Se sentían casi como los romeros que solían peregrinar descalzos por

la Camargue. Para empeorar todavía más la situación, caía sobre ellos un sol de justicia. El sudor brotaba de todos los poros. Los flancos de los caballos echaban vaho. Al mismo tiempo cayó sobre hombres y bestias la plaga de mosquitos, tábanos y moscas. Aun antes de alcanzar el último brazo fluvial por donde se salía de las marismas a los arenales de la playa, caballeros y pajes quedaron tan agotados como si acabaran de reñir enconadísima batalla. Y luego tampoco se les mostró más favorable la suerte. La crecida se había llevado la barcaza. Hombres y caballos tuvieron que vadear el río casi a nado. Cuando por fin sintieron de nuevo la tierra firme bajo los pies, improvisaron un campamento y bebieron codiciosos el vino de sus pellejos. La brisa del mar refrescó un poco el ambiente. Al anochecer los cruzados se animaron un tanto.

Por eso, cuando Roger, que se había ocultado al otro lado de una duna, gritó solicitando socorro, a los demás sólo se les ocurrió pensar en una broma de dudoso gusto. Hasta que Bernard fue a ver, y se volvió enseguida con grandes aspavientos. Semidesnudo y tumbado en la arena, Roger se sujetaba el bajo vientre con ambas manos y se retorció de dolor.

—Una serpiente —balbució con voz sofocada por la angustia, al tiempo que volvía hacia la arena sus ojos dilatados.

Había un rastro, en efecto. Apenas diez pasos más allá, uno de los guías que los acompañaban desde Saintes-Maries aplastó el reptil, que se había ocultado bajo un montículo de arena. Era una serpiente de dos varas de largo y de cuerpo grueso casi como el brazo de un hombre, color pardo claro con un dibujo en zigzag sobre el lomo.

Bernard y dos compañeros levantaron a Roger y lo acercaron a la hoguera del campamento. Le dieron a beber vino. Roger sollozaba. Mientras andaban todos preguntándose qué le habría pasado se acercó el guía con el feo cadáver del ofidio.

—Que Dios se apiade de su alma —murmuraron los oriundos de Saintes-Maries-de-la-Mer, porque conocían sobradamente la eficacia del veneno, así como las costumbres del reptil que suele acechar a sus presas semienterrado en la arena, apenas visible.

Roger se había despojado de su armadura hasta quedar en camisa, para bajarse los pantalones y agacharse al amparo de la duna, sin reparar en la presencia de la serpiente. Hubo un silbido y la cabeza triangular se disparó como un relámpago para morder. En cualquier otra circunstancia, y sobre todo con cualquier otra especie de reptil, las carcajadas habrían atronado el campamento entero. De los que rodeaban a Roger de Quéribus, sin embargo, nadie tuvo deseos de reír. Irremediablemente habría pasado a la circulación de la sangre el veneno, inyectado por el áspid en aquellos órganos vitales donde se concentra la fuerza de la virilidad. Ya Roger se arqueaba sobre sí mismo, como preveían los avezados a tal tipo de incidente, presa de dolor insoportable y sujetándose los bajos con una mano. Aún no se había puesto del todo el sol cuando le salieron en la ingle unos bubones de color cárdeno. Sollozaba con

voz débil. Sebastián seguía dándole vino a aquel caballero que era casi pariente suyo, mientras Guillaume le enjugaba el sudor de la cara con un pañuelo. Roger deliraba de fiebre. Al poco rato vomitó y una diarrea sanguinolenta anunció la proximidad del fin. Murió cuando todavía la luna no había alcanzado el cénit.

Dos días después arribaron a Marsella los peregrinos conducidos por Bernard del Congost. Fatigados, buscaron acomodo en una posada del barrio portuario. Las cuadras eran poco espaciosas y la paja no estaba en buenas condiciones. A ellos los colocaron en una buhardilla donde no tuvieron más remedio que apretujarse para soportar el frío. La comida infame y el vino agrio redondeaban la hospitalidad de la casa. Mal que bien durmieron en aquel ambiente viciado hasta la mañana siguiente. Sebastián tuvo una pesadilla en la que se le apareció Roger y ambos peleaban contra una multitud de monstruos con cabeza de reptil. Despertó varias veces cuando estaba a punto de recibir la mordedura letal. Cuando oyó cantar el gallo se levantó verdaderamente aliviado, e hizo intención de salir a explorar el puerto tan pronto como despuntase la claridad. Tal vez conseguiría algún barco para Ostia o Nápoles, escala que habría abreviado el viaje hasta Brindisi y además era muy de recomendar, en vista del estado de agitación reinante en el norte de Italia.

Mientras se revestía la cota de mallas Sebastián recordó la pesadilla y se entristeció por haber perdido a tan buen compañero. Se preguntaba si aquella desgracia tendría algún significado especial. Tal vez era la indicación de que no habían tomado buen camino. ¿No habría sido mejor quedarse en la patria, en la región de Aude, esperando la oportunidad de alzarse contra el francés opresor? ¿Habría acertado Bertrán con su designio de guardar la neutralidad para evitar complicaciones, o acabaría Quéribus en manos del de Montfort como tantas otras? Las dudas atormentaban a Sebastián. Eran demasiadas las preguntas para las que no se encontraba respuesta. Recordó la última mirada de Isabel, que llevaba grabada en la memoria, el fulgor de sus ojos bajo el crepúsculo. Había en ellos un secreto y una advertencia, una exhortación, un presentimiento, y creyó volver a escuchar la voz de su hermana:

—No me olvides, y recuerda que algún día necesitaré tu protección.

Inquieto, Sebastián se sacudió aquellos pensamientos y echó a andar hacia el puerto como quien sale a dar un paseo. En dos muelles al abrigo del viento y del oleaje se agolpaba más de una docena de naves. Cerca de la bocana se balanceaba una galera de veloz aspecto, sin duda destinada a la escolta de las expediciones comerciales, y junto a ella tres barcazas de las que se usaban para el transporte de grano. Más interés le merecieron a Sebastián cuatro estupendas carabelas que alzaban, airosas, los castilletes de popa y la proa. En los puentes saltaban de un lado al otro los marineros, y tenían cubierta corrida para defensa del pasaje y de las mercaderías. Las bodegas parecían espaciosas y las naves mismas, aunque

seguramente medirían ochenta pies de eslora y más de veinte de manga, se le antojaron a Sebastián muy maniobreras, a cuya impresión contribuía no poco el colosal timón de popa. En la panza de tales navíos, pensó, bien podía haber un pequeño ejército de peregrinos rumbo a los Santos Lugares. Se propuso llevar la noticia a Bernard. Las carabelas le parecían más indicadas para tan larga singladura; en cambio, cuando contemplaba los siete u ocho laúdes amarrados en el puerto no veía posible viajar a bordo de aquellas frágiles embarcaciones..., aunque un caballero armado prefiere siempre pisar la tierra firme bajo los pies y las herraduras.

Tres días llevaban ya en Marsella, y sin encontrar capitán que llevase peregrinos a Italia, ni mucho menos a Palestina. Tampoco se tropezaron con otros peregrinos en las tabernas, ni en el puerto, ni nadie esperaba que acudiesen. Pocos sabían que el Papa hubiese convocado la cruzada. Bernard, que había contado con unirse a otros grupos de cruzados en Marsella, empezaba a dudar de su misión, pero se guardó sus dudas y propuso continuar viaje por tierra, a lomos de caballo. De esta manera llegaron a Génova sin mayores incidentes. Una vez allí oyeron que estaban armándose tres naves con rumbo a Alejandría, y que tal vez estarían dispuestas a tomar pasaje. Bernard no quiso dejar pasar esta ocasión sin examinarla al menos, de modo que buscaron habitación en una posada de mercaderes.

Bernard salió a buscar la escribanía del legado pontificio. Sebastián, Guillaume y los escuderos de Saintes-Maries-de-la-Mer se quedaron escuchando en la posada a un pasante de Génova, quien contaba la historia de los siete mil niños que quisieron liberar Jerusalén. Capitaneados por el obispillo elegido en la festividad de los Santos Inocentes, aquellos infelices oriundos de diversos lugares de Alemania echaron a andar hasta llegar a aquella ciudad costera, convencidos de que las olas del mar se abrirían a su paso y ellos seguirían caminando en dirección a Tierra Santa. De manera que se acercaron al puerto, seguidos de una gran multitud deseosa de presenciar el prodigio. Pero los mismos que admiraron la fe de los niños y los acompañaron en sus oraciones suplicando que se obrase el milagro, cuando vieron que no sucedía nada fueron los primeros en echarse a reír y hacer mofa de aquéllos. Y como apenas hubo mercader ni capitán que quisiera llevarlos, la mayoría prefirió abandonar la ciudad. Algunos fueron a Pisa, y otros a Roma para solicitarle al Papa que los dispensara del voto. Unos cuantos, sin embargo, sí lograron embarcarse en las naves de un capitán de dudosa reputación, llamado Veridocci o algo parecido. Zarparon en siete laúdes, siguió contando el pasante, y agregó que circulaban los más tristes rumores acerca del destino final de aquellas criaturas. Que dos de las naves habían naufragado frente a Cerdeña. Que los pasajeros de las demás habían sido vendidos a los turcos como esclavos, y que Veridocci había regresado convertido en hombre rico. En cuanto a él mismo, concluyó el pasante su narración que le valió dos jarras de vino, jamás querría tener nada que ver con gentes de mar, antes prefería llegar a Brindisi caminando descalzo.

Todavía estaban los escuderos pensativos meditando sobre la suerte de los

piadosos niños, cuando regresó Bernard, que acababa de entrevistarse con un prelado, y anunció que todos los peregrinos armados debían concentrarse en Brindisi y Mesina. Allí el Papa en persona bendeciría las naves que iban a zarpar rumbo a Tierra Santa. Aunque no se consideraba de los más crédulos, Sebastián respiró con alivio. De momento continuaban a caballo.



Sentada en un peñasco desde donde se dominaba el castillo, expuesta al viento, contempló el paisaje de Fenouillèdes. Valles saturados de verde intenso y rientes viñedos; despeñaderos cortados como a pico; hacia el sur, la masa ciclópea de los Pirineos, cubiertas de nieve las paredes occidentales de las cimas, allí donde sólo habitan monstruos y espíritus. Mientras respiraba los aromas que subían del valle empujados por la brisa vespertina, la mirada buscaba el horizonte más allá de las montañas y al otro lado del mar, como esperando encontrar un signo.

—Lirio blanco —susurró.

Sin embargo, ni los escasos cúmulos levantados por el calor del sol, ni los tenues cirros desflecados por el Pie de Malearas se asemejaban a su *senhal*. Por lo demás el cielo estaba claro desde las almenas de Quéribus y hacia el Peyrepertuis; ni siquiera se divisaba ningún milano cuyo vuelo circular sirviese para alguna interpretación. El firmamento no enviaba ningún indicio, corneja ni grajilla ni alondra; en cuanto a los meandros del Agly, quedaban demasiado lejos para aportar al menos las indicaciones de la garza o de la cigüeña. Nada. A sus pies, un país soñoliento y olvidado incluso por Simón de Montfort. Tan atenta estaba Isabel a todo cuanto la rodeaba que acabó por escuchar dentro de sí misma, donde resonaban una y otra vez las mismas palabras: Ruiseñor que vas a donde ella mora, vuela, ve a decirle a mi dama.

Tres semanas habían transcurrido desde la despedida, pero el verso de Bernard y su último eco resonaban todavía como si acabase de declamarlo. Sílabas a sílabas escuchaba su voz acariciante y al mismo tiempo algo áspera, una voz que subyugaba el corazón y aceleraba el pulso. La evocación del sonido arrastraba la del semblante: la boca atractiva y risueña, los ojos, el cabello azabache, que ella no se cansaba de mirar. Y qué comportamiento tan caballeroso... Al principio ella se sintió desairada, ofendida por la reserva masculina, como si los encantos de ella no fuesen lo bastante atractivos o no le excitasen, no viendo en ella más que a una muchacha inocente todavía. Pero el que canta a la amada lejana no coloca una invitación directa en la última estrofa como había hecho él. Y mientras su cuerpo ardía de anhelo insatisfecho, brotaba al mismo tiempo un maravilloso consuelo interior, como un calorcillo: en efecto, habría sido fácil cortar la flor, comer el fruto. Un estremecimiento de la epidermis y poco más. Y muy difícil, en cambio, la renuncia, que aplaza la satisfacción y con ello enciende más la pasión y ennoblece el deseo.

Éste no es ya la vela que se consume sino el fuego solar que arde eternamente.

Poco a poco iba comprendiendo Isabel estas cosas. La sensación de rechazo desaparecía reemplazada por la convicción de ser amada, y ésta se fortalecía casi con temple de acero. Salvo ocasionales dudas, naturalmente. Bernard era joven y su empresa, descomunal. ¿Sobreviviría a su peregrinación? ¿Se acordaría de volver al lado de ella, y lo haría libre de corazón aún? Preguntas graves, que herían como puñaladas. Las apartó y expulsó de su mente las dudas. Quedaba un poco de temor y mucha nostalgia. Sentada en su nido de roca sobre Quéribus, siguió oteando el horizonte.

De improviso, un cuervo que se ocultaba en una grieta de la roca echó a volar y pasó casi rozando sobre la cabeza de Isabel, que tuvo un sobresalto, para desaparecer al poco en la umbría del despeñadero, todo ello sin el menor ruido. ¿Adónde vas, mensajero de la muerte?, se dijo ella para sus adentros. Tenía las palmas de las manos sudorosas y una fuerte opresión en el pecho, que apenas la dejaba respirar. Cerró despacio los párpados y concentró todos sus pensamientos en un punto único, el centro de la mano derecha. Caliéntate, pensó al tiempo que se llevaba la mano al corazón. La tensión y la angustia remitieron enseguida. Tranquilizada, pasó de nuevo revista a las preguntas que la preocupaban desde hacía algún tiempo.

¿Quién soy?, se preguntaba, y sobre todo, ¿por qué? ¿A quién podría proponer semejantes preguntas y quién querría contestarlas? No a Sebastián, que sólo pensaba en guerras y expediciones. ¡Bernard del Congost! Tal vez, pues se adivinaba que Bernard tenía pensamientos profundos; así lo daban a entender sus versos. Pero estaba lejos y nadie sabía cuándo volvería. Sin embargo, las preguntas flotaban ya en el aire, exigían una contestación. ¿A quién acudir? ¿Hablar con un sacerdote, tal vez? Le habían mencionado a Isabel un *bonhomme* de Tolosa que servía de ejemplo a todos los *hombres buenos* de Occitania; pese a la cruzada de los franceses, crecía el número de sus seguidores. Decían que el seguimiento de los «puros» también incluía mujeres y que algunas de éstas incluso habían alcanzado grado de *parfaites*, aunque la mayoría optaba por seguir las enseñanzas de los *bonshommes* desde la categoría de *croyants*, pero sin pretender la unción de los elegidos. Se decía que los *buenos cristianos* creían en la transmigración de las almas. Los que no alcanzaban las cotas más altas de la fe renacían a una nueva vida en este mundo con objeto de perfeccionarse en el acercamiento a Dios. Algunos *parfaits* predicaban que este mundo no es de Dios, sino del demonio. Lo más curioso era que Isabel no conocía a ninguno de los *buenos cristianos* pese a que los había en muchas poblaciones. En no pocas aldeas toda la población eran *croyants* seguidores de los perfectos, pero Quéribus permanecía fiel a la Iglesia romana, con la que tenía vínculos de vasallaje y obediencia. De ahí que la plaza no hubiese atraído el interés de ninguno de los *bonshommes*, o más bien se hubiera dicho que éstos la rehuían, o que el lugar

quedaba para ellos como una isla remota. En realidad, Isabel no creía que los *buenos cristianos* tuviesen mejores respuestas que los católicos, pero con tal de poder preguntar a alguien lo mismo le daban aquéllos que éstos.

Al fin y al cabo, también el asunto de su futuro matrimonio quedaba en espera de una solución. Desde aquella visita en su cámara, el padre de Isabel no había vuelto a insistir con lo del marqués de Olmes, aunque el pretendiente estrechaba el cerco cada día más e Isabel no sabía cómo librarse del compromiso. Ciertamente su corazón pertenecía al cruzado del Congost, su caballeroso trovador, y pensaba demostrárselo tan pronto como se ofreciese la primera oportunidad. Aunque, ¿sería realmente un obstáculo el estar casada con otro? ¿No decían que precisamente un matrimonio de conveniencia era la condición preliminar indispensable para el amor verdadero, que sólo en la clandestinidad alcanzaría su pleno desarrollo aquel sentimiento íntimo? Motivo por el cual la condesa de Champagne había escrito, dos generaciones atrás, «decretamos y proclamamos definitivamente que el amor entre esposo y esposa es incompatible con la verdadera plenitud». Y además, ¿qué podía objetar nadie contra un desposorio suyo con Alfonse de Olmes? Éste era hombre de mundo, rico y bien educado en las costumbres de Occitania. Así procuraba Isabel pensar razonablemente, pero su corazón tropezaba y anunciaba otras preferencias: el camino que habían elegido sus padres al casarse por amor. De manera que se entregó de nuevo a sus ensoñaciones deseando que el poeta regresara al término de sus aventuras como cruzado. Encontraría a su doncella esperándole allí, por muchos cuervos negros que revoloteasen.



Bernard y sus peregrinos arribaron a Pisa sin mayores dificultades para viajar y sin reñir con nadie, ni los unos con los otros. Incluso el tiempo se les mostró favorable, soleado, pero no demasiado caluroso, las sendas y los caminos sin barro, pero con hierba en las cunetas para que pacieran los caballos. Bernard impuso marchas de seis horas diarias, no más, pues prefería conservar las fuerzas. Lo cual, aunque bien pensado para el bienestar de las cabalgaduras, fue contraproducente para los jinetes y los pajes. El excesivo descanso encendía los ánimos. Sobre todo, los jóvenes de Saintes-Maries-de-la-Mer, Alexandre y Bixente, andaban impacientes por correr aventuras. Por las venas de Bixente corría sangre aragonesa y no pasaban dos días sin que colgase un escudo de la rama baja de un árbol para embestirlo con su lanza. Pronunciaba discursos cada vez más acalorados y procuraba desafiar a los compañeros, a ver si rompían una lanza juntos.

Bernard estaba casi decidido a promulgar una jornada de descanso y buscar una campa donde celebrar la *Tjoste*, cuando al salir de una garganta se tropezaron con un grupo de hombres a caballo que les cerraban el paso.

—¿Adónde vais por este camino? —preguntó el jefe en latín apenas inteligible.

—A liberar Jerusalén —contestó Bernard.

—Por aquí no se va a Jerusalén —meneó la cabeza el barbicano, y apuntó en la dirección de donde procedían Bernard y los suyos—. Volveos por allá y embarcaos. Aquí no sois bienvenidos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bernard, que no deseaba el choque con los caballeros toscanos, pero tampoco parecer pusilánime en presencia de sus hombres.

—Nosotros somos los amos aquí, y nosotros hacemos las preguntas —gruñó el barbicano, con expresión bastante feroz.

—Sin embargo, éste es el camino real. El único para ir a liberar Jerusalén —insistió Bernard poniendo énfasis en la voz para disimular su inseguridad.

—Está cerrado para vosotros —replicó el barbicano con acritud, al tiempo que bajaba la lanza apuntando con el hierro al escudo de Bernard.

—Pues entonces, ¡lucharemos! —gritó Bixente en occitano.

El jefe de la partida lo entendió y cambió unas palabras en voz baja con sus acompañantes.

—De acuerdo —dijo el barbicano—. Al pie de mi castillo hay un prado. Por la tarde se ventilará allí la cuestión, en combates singulares de tantas parejas como caballeros vais ahí. Del número de victorias que os apuntéis dependerá si os dejamos pasar o no.

Bixente asintió entre risas y Alexandre dio una palmada de júbilo. Los demás se limitaron a asentir y siguieron a los desconocidos caballeros. No tardaron en salir del valle y se vieron en un prado bastante extenso dominado por una fortaleza de modestas dimensiones. El barbicano tendió la mano para mostrarles un lugar donde acampar, con provisión de leña seca y hoguera toscamente delimitada mediante un círculo de pedruscos. Enseguida prendió el fuego, y teniendo en cuenta que la tarde no alcanzaría para los nueve duelos a disputar, plantaron las tiendas de campaña.

—No me gusta este lugar —se volvió Guillaume hacia Sebastián, hablando en voz baja—. No deberíamos acampar aquí.

Pero Sebastián, contagiado de la excitación de los demás, rechazó sus palabras con un ademán como otras tantas moscas molestas. Su ardor viril se inflamaba. Lástima que sólo estuviese permitido a los caballeros el medir sus fuerzas. Éstos ardían de impaciencia por entrar en acción y se armaron con rapidez. A la hora tercera de la tarde, cuando el barbicano salió de su castillo, los hombres de Bernard lo esperaban ya montados en sus corceles bellamente enjaezados. Sebastián sujetaba las riendas del suyo, dispuesto a intervenir en la pelea si fuese necesario y deseándolo. En cambio, Guillaume, aprovechando que todos estaban pendientes de los preparativos de la *Tjoste*, desmontó las tiendas de campaña y se puso a cargar las acémilas. Lo mismo hizo con las posesiones de Bernard y las prendas de algunos

más. Aún no habían empezado los combates y ya la recua de los occitanos quedaba casi en orden de marcha.

Sin pérdida de tiempo partieron el campo y echaron los emparejamientos a suertes. Los caudillos de cada bando serían los últimos en enfrentarse. Se combatiría a lanza y espada, prohibiéndose el uso de los puñales.

Pierre de Peyrepertuis, sobrino del castellano, salió el primero y fue a colocarse en su línea, exudando pura confianza en sí mismo. Sus compañeros le jalearon cuando aflojó riendas e hincó las espuelas al corcel para ponerlo al galope. Valía la pena haber ahorrado fatigas a las cabalgaduras. Los jinetes corrieron el uno al encuentro del otro, lanzas en ristre y apoyando todo el peso del cuerpo. En la primera acometida se cruzaron sin acertar siquiera. Llegado cada uno a su fondo de pista, volvieron grupas. Pierre guiaba su caballo con las riendas flojas sobre el cuello. Esta vez las lanzas acertaron en los escudos y ambos jinetes cayeron derribados. Pierre quedó algo aturdido y cuando iba a levantarse, su adversario estaba ya sobre él, espada en mano. Le asestó un planazo en el casco que lo dejó completamente flojo. Empuñando la espada con ambas manos, el toscano apuntó a la garganta. Pierre gritó y el hierro se clavó en el suelo sin dejar apenas resquicio al lado del yelmo. Todavía continuaba tumbado en el suelo Pierre cuando Bixente clavó espuelas, los ojos echando chispas. La impaciencia del joven quedó frenada en seco a la primera carrera: la lanza del adversario le acertó de lleno en el escudo de madera, perforándolo e hincando la punta en su antebrazo. Bixente gritó de dolor y cayó desazonado. Luis y Carlos sacaron ventaja con las lanzas, pero resultaron vencidos por los toscanos en la esgrima con la espada. De manera que éstos se habían anotado cuatro victorias contra ninguna cuando montó Alexandre. Revestido de su armadura y con su mueca furiosa, era de esperar que su presencia le metiese miedo, al contrario, porque si también perdían los peregrinos aquel duelo se verían obligados a volver grupas, derrotados y humillados. Alexandre lanzó a su yegua con tanto ímpetu que la alzó de manos como si no llevase jinete. Lleno de las más malévolas intenciones, Alexandre enristró y mientras galopaba, cruzó adrede metiéndose en el terreno del contrario. El hierro de la lanza eludió el escudo y se clavó en el pecho del toscano, que cayó al suelo con sordo golpazo. Alexandre frenó la cabalgadura, desmontó de un salto, desenvainó la espada y apuntó con la punta al cuello del oponente. Pero ya no había gracia que otorgar; el rival estaba muerto.

El barbicano se acercó al galope, y al comprobar lo sucedido rugió de furor. Enseguida le hicieron costado sus acompañantes y cargaron contra los peregrinos. Se luchaba ahora a vida o muerte. Llovían estocadas y mandobles, y de no haber llamado Sebastián a los pajes mandándoles tomar lanzas, espadas y mazas, los hombres de Bernard habrían quedado en inferioridad irremediable, aunque sólo fuese por el número. Con las prisas, Sebastián recogió el hacha de guerra de Bernard, un arma tal vez demasiado pesada para él. Pero cuando se arrojó al tumulto y vio que asaltaban a Bernard dos adversarios a la vez, se puso a hacer molinetes con aquélla y

tuvo la satisfacción de ver que uno de los atacantes caía y el otro emprendía precipitada fuga. Hombro con hombro cargaron contra los toscanos Bernard y Sebastián, con intención de hacer prisionero al barbicano. Bernard demostró su maestría con la espada y Sebastián empezó a encontrar de su agrado el hacha que había elegido. Así tumbaron a más de uno y socorrieron a aquellos de los suyos que se veían en mayor aprieto. Pero echaron de ver en seguida que no tenía sentido seguir combatiendo, porque comenzaban a salir los del castillo para acudir en refuerzo de su bando. A una señal de Bernard, todos se volvieron y echaron a correr hacia el valle de donde habían salido horas antes.

Gracias a la previsión de Guillaume, encontraron las acémilas ya preparadas para la huida. El astuto mozo, cuando vio que Bernard daba la señal de retreta, se había lanzado el primero al fondo del valle. De manera que montaron en un abrir de ojos y galoparon, llevándose toda la impedimenta, hasta que se hizo de noche, en cuyo momento hicieron alto en un bosquecillo. Sólo entonces pudo echar Bernard la cuenta de las bajas. Quedaban seis caballeros y siete pajes. De los vencidos en el torneo sólo salvaban a Bixente. Los demás quedaron en el campo y con ellos sus pajes, que habían permanecido fieles al lado de sus amos y lucharon para defenderlos... en vano, según resultó.

Con la primera claridad del amanecer reanudaron la huida y torcieron hacia levante. Bernard puso mucha atención a no pasar demasiado cerca de Florencia. Todo el mundo decía que los florentinos eran poco hospitalarios con los forasteros. Así que continuaron por sendas escondidas, ocultándose en las quebradas del terreno y escalando desfiladeros hasta que al cabo de tres días divisaron el Adriático y decidieron alojarse en una humilde aldea. Bixente necesitaba descanso, tenía fiebre y su brazo presentaba una hinchazón cárdena de feo aspecto. Tenía la mirada vidriosa. Necesitaba una cura, o no sobreviviría.

Era menuda, rolliza y vivaracha, de pelo negro rizado, mofletuda, con grandes ojos negros encendidos como carbones. Los dedos rechonchos, quizá demasiado cortos, la mano carnosa. El busto desaparecía bajo la camisa, y las piernas bajo los refajos; quizá no estaba tan redonda como parecía. Pero no fue eso lo que preocupó a Sebastián al ver por primera vez a Juditha. Le habían dicho que era una sanadora. Cuando le preguntó si conocía plantas para las heridas, ella asintió, mirándole a los ojos con desafío, o quizá con cierto descaro. ¿El romero? Es un tónico para el corazón, ¿a qué venía semejante pregunta? ¡Claro que lo sabía! Y donde uno padeciese la fiebre de una herida, no sería mala idea darle romero. El tomillo tonifica el ánimo y los espíritus, lo cual es útil para un desánimo, pero no remedia la inflamación. En su lugar ella daría fricciones con una infusión de geranio. Si querría ver al herido, le preguntó Sebastián, y se notó su propia voz extrañamente sofocada por la angustia. En presencia de Juditha perdía su aplomo. Y no porque le gustase,

bajita y rechoncha como era. Sin embargo, cuando le dirigía la palabra se le formaba un nudo en la garganta y no sabía dónde guardarse las manos. Pero era necesario. Bixente necesitaba que alguien le ayudase, ni que fuese una bruja hechicera.

Con hábil movimiento Juditha se echó a la espalda una alacena de la que asomaban atados de hierbas de distintas clases. Hizo un enérgico ademán y Sebastián la condujo hasta el catre del herido, que estaba en una sencilla cabaña a las afueras de Marotta. Hallábase Bixente entre ayes y convulsiones de dolor. Bernard y Guillaume recibieron con visible alivio a los recién llegados y salieron de la cabaña. Juditha descansó la alacena en el suelo, se acercó al herido y le alzó el párpado del ojo derecho hasta descubrir casi todo el globo. La esclerótica se veía amarillenta, estriada de venillas rojas. La sanadora tomó la mano sana de Bixente y sujetó la muñeca entre el pulgar y los demás dedos. Movía los labios como contando, y sus facciones iban poniéndose cada vez más serias. Luego quitó los trapos húmedos que envolvían el antebrazo izquierdo de Bixente y expuso la herida llena de pus. Sebastián se estremeció al verla y Juditha murmuró unas palabras ininteligibles, aunque el tono a él le pareció tranquilizador. Ella extrajo de la alacena un saquito y después de espolvorear la frente del enfermo con un producto verde, friccionó para que penetrase bajo la piel. Al cabo de pocos minutos los gritos de Bixente se convirtieron en un quejido tenue y acabó por enmudecer del todo. Había una interrogación en sus ojos y Sebastián se dio cuenta de que el herido quería decir algo, pero le fallaban las fuerzas.

—No te preocupes, Bixente. Esta mujer es una sanadora y te pondrá bien.

Él guiñó un ojo en señal de conformidad y se limitó a seguir con la mirada los movimientos de la desconocida, asombrado ante el rápido alivio que le proporcionaba. Ella mezclaba en un cuenco de barro varios líquidos de olor punzante, añadió dos clases de polvos diferentes, removiéndolos con un bastoncillo y se lo dio a Bixente para que bebiera. Al primer sorbo el infeliz tuvo un fuerte acceso de tos. Juditha le puso la palma de la mano sobre el pecho para tranquilizarlo y le obligó a apurar la pócima. El rostro anteriormente pálido se puso colorado, y jadeó con fuerza.

—No tardará en dormirse —gruñó la sanadora, y le hizo una seña a Sebastián.

Ambos salieron de la cabaña para reunirse con Bernard y Guillaume. Los llamó con otro ademán. Bernard iba a preguntar algo, pero ella se adelantó diciendo en tono decidido:

—Ese brazo hay que cortarlo.

—¡Santo cielo! —exclamó Bernard—. Un soldado manco ni es soldado ni es nada.

—Y un soldado muerto, menos todavía —replicó Juditha—. Queda poco tiempo y el éxito no es seguro. A vos os toca decidir.

Poco más tarde Guillaume soplaba la lumbre de una pequeña fogata de carbón y

ponía al rojo unas tenazas, un cuchillo y una placa de metal. Junto al camastro, Sebastián sujetaba a Bixente por los hombros mientras la sanadora le pinchaba con una aguja en la parte de las carnes todavía sana. El herido no reaccionaba. Por último, Juditha le aplicó un torniquete cerca de la axila, y friccionó la piel desde ahí hasta el codo con un líquido turbio. Ella acercó el cuchillo con el filo al rojo. Sebastián contuvo el aliento. Con un agudo silbido, el acero cortó la carne y transcurridos apenas unos segundos la incisión dejó al descubierto el hueso blanquecino. Sebastián tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para inmovilizar a Bixente sobre la yacija. El chirrido del serrucho torturaba los nervios y daba dentera. Bixente gritó. Parecía que no iba a terminar nunca la cruenta operación. La víctima lanzó un último aullido de dolor y perdió el conocimiento. Por fin se oyó un crujido. La sangre salpicaba por todas partes.

—¡Los instrumentos! —gritó Juditha.

Sebastián acercó los trastos puestos al rojo. Parecía una escena del infierno. Dios mío, pensó al tiempo que le pasaba las tenazas. Ella aferró un objeto que parecía una lombriz, blanco y ensangrentado, y cortó con la herramienta. Hubo un chasquido. Enseguida tomó la placa metálica y la colocó de plano sobre el muñón como si fuese un sello. El olor a carne quemada hirió el olfato de Sebastián.

—Tira eso —mandó ella indicándole con un ademán el brazo cortado.

Apenas hubo salido afuera Sebastián vomitó, doblado sobre sí mismo. Ella oyó sus arcadas y salió para ofrecerle un vaso, que él bebió. Era absenta, de graduación fortísima. Sebastián tosió y se sintió un poco mejor. Volvió a entrar y vio que Juditha empapaba de unguento el muñón y lo vendaba cuidadosamente con unas telas limpias.

—Padre Nuestro que estás en los cielos... —Rezaba la curandera.

Sebastián la dejó a solas con el amputado.

Los caballeros celebraron consejo. Pasarían semanas antes de que Bixente estuviera en condiciones de cabalgar. Un tiempo precioso, que comprometía la posibilidad de embarcarse con tiempo para recibir en Brindisi la bendición a los peregrinos. Bernard veía en peligro el éxito de su cruzada y los demás caballeros tampoco querían renunciar a la aventura. Pero, por otra parte, no podían abandonar a Bixente. No lo habría consentido su sentido del compañerismo. Alexandre titubeaba. Estaba muy unido a su amigo, pero ansiaba pelear por Jerusalén, sentía la necesidad de probar la suerte, de arriesgar la vida en una apuesta. La temeridad, rasgo común de tantos caballeros, le rezumaba a Alexandre por todos los poros. Exigirle que se quedase haciendo de enfermero habría sido demasiado para él. Por último, Sebastián y Guillaume declararon que ellos se quedarían para atender a Bixente y que cuando éste se hubiese restablecido, si se daba el caso, intentarían dar alcance a los demás en Brindisi. Viendo que Sebastián apenas lograba disimular su decepción, Bernard le

dijo:

—Mañana por la mañana, antes de partir hacia el sur, te armaré caballero por el valor que demostraste en el combate, y Guillaume será tu escudero.

Mientras los demás se enroscaban en sus catres, Sebastián puso un escabel a la puerta de la cabaña donde yacía Bixente, y se quedó contemplando el cielo constelado de estrellas. ¿Cuál sería la que gobernaba el destino de Sebastián? Y si Dios Padre tenía su residencia más allá de las esferas estrelladas, ¿estaría viéndole a él, velando por su paradero? ¿O tiraba más el demonio desde abajo para apuntarse la conquista de su alma? El que tomaba la cruz estaba obligado a continuar la peregrinación hasta llegar a Jerusalén; quebrantar el voto era el pecado más grave. El haber aceptado la guarda del enfermo, ¿le impediría cumplir? ¿O tal vez pecaba incluso por avenirse a ello? Por otra parte, Dios no querría que ninguno fuese armado caballero hallándose su alma en estado de pecado mortal. Los acontecimientos demostrarían si la consagración contaba con la anuencia divina. Estaba pensando esto Sebastián cuando una lluvia de estrellas fugaces dejó un rastro plateado en el cielo nocturno.



Las cumbres rocosas inspiraban serenidad; desde su observatorio, Isabel envió sus pensamientos a pasear por el mundo, convencida de que ellos sabrían encontrar el destino predeterminado. A los anhelos de las pasadas semanas se sumaba ahora el miedo. El cuervo había volado y ella se quedó con ese miedo a la pérdida. Además, el día anterior se le había anunciado una vez más la visita del marqués de Olmes y ella temía el desvalimiento de la mujer frente al varón. El cortejo del marqués se hacía cada vez más insistente. El padre de ella deseaba aquella unión; la madre no decía nada, al menos en presencia de su hija. Ni contaba Isabel con socorro de nadie. Se le había concedido tiempo para que lo pensara, pero se esperaba que acabaría por someterse a la voluntad paterna y, para cubrir además las apariencias, fingir que lo hacía de buen grado. Sin embargo, en las semanas transcurridas se había fortalecido en ella la decisión de no inclinarse ante los decretos de la condesa de Champagne: ella no desterraría de su matrimonio el amor sino al contrario, emularía a sus padres y trataría de alcanzar la unión de los corazones. Para lo cual, desde luego, Alfonse de Olmes no era el hombre adecuado, ya que el corazón de ella latía por Bernard del Congost. Por tanto, no podía dar su consentimiento al matrimonio de conveniencia. Por tanto, debía oponerse a los deseos de su padre. Buscaba alguien que la comprendiera, y no hallándolo lanzaba al mundo entero su grito desesperado pidiendo socorro.

En ese día pudo creerse favorecida por la Providencia, cuando vio hacia levante una

pareja de golondrinas que se cruzaron dos veces en vuelo y luego se lanzaron juntas hacia el hueco de la muralla donde tenían su nido. Ese nudo parecía bien fácil de desentrañar y mientras ella se disponía a interpretar el presagio, vio unos arrecifes y un navío de formas macizas que embarrancaba en plena tormenta. Del casco salieron varios hombres que lograron llegar a tierra firme, salpicados de espuma. Hubo un murmullo de oraciones en acción de gracias y ella creyó distinguir una voz conocida. Apareció entonces una quimera, un pájaro-dragón de dos colas que se llevó a los náufragos en su lomo hacia un huerto florido lleno de frutos. Isabel quedó convencida de que la salvación estaba cerca.

Feliz y contenta, bajó saltando los peldaños excavados en la roca hasta regresar al castillo. Antes de entrar se detuvo en el puente levadizo para sentir el acostumbrado estremecimiento, y al mismo tiempo la sensación de la invulnerabilidad de Quéribus... que para ella significaba, en cierto modo, la de ella misma. Siguió corriendo, ligera, sonriente, como el día que se tropezó con Bernard y sus sueños se abrieron como guisantes maduros.

—Estáis de buen talante —rugió una voz a su lado, sobresaltándola al tiempo que reconocía ser la de Alfonse, marqués de Olmes—. Confío en que mi presencia tenga algo que ver con eso.

—Sí, marqués —replicó ella, riendo con despreocupación.

El marqués se puso colorado. Isabel se dio cuenta de que le faltaban palabras con que expresarse. Su rostro contraído por el esfuerzo adoptaba una expresión bastante estúpida, hasta que ella se compadeció de su apuro y le apoyó la mano en el antebrazo.

—No hace falta que digáis nada, Alfonse.

Era la primera vez que le llamaba Alfonse. Súbitamente aliviado, se le alegró el semblante y antes de que Isabel pudiese adivinar lo que se disponía a hacer, hincó la rodilla en tierra, se llevó las manos al pecho y dijo con un sollozo en la voz:

—Me hacéis tan feliz, Isabel, que yo..., yo...

Tartamudeaba lamentablemente, lo cual restaba dramatismo y altanería a la escena que de por sí se prestaba no poco al ridículo. Pero tampoco era cuestión de tomarlo a la ligera, como si fuese una farsa cómica para mover a risa. Isabel procuró reprimir su hilaridad pero finalmente no pudo evitar que reventase un poco. Y como no quería ofender al marqués, lo abrazó para hurtarle la cara. Él se sintió transportado al séptimo cielo y cuando volvieron a separarse casi espantados de lo que estaban haciendo, ella vio que estaba mirándola con ojos llenos de adoración.

—Gracias —susurró Alfonse—. Os prometo que no os arrepentiréis.

Dicho lo cual, empezó a bajar los peldaños de espaldas, sin fijarse casi en lo que hacía y sin apartar los ojos de Isabel. Algo avergonzada, ella no supo qué hacer, sino que continuó sonriendo y cuando él llegó al pie de la escalera, lo despidió saludándole con la mano antes de que desapareciese por la esquina.

En su fuero interno Isabel estaba espantada, pues no dejaba de intuir el compromiso que implicaba tal encuentro. Por eso fue grande su alivio cuando se eclipsó el marqués de Olmes. Ella corrió a su habitación y fue a colocarse junto a la ventana. Pensativa, se quedó contemplando el paisaje. El estío reseca la vegetación y las laderas claras de las peñas parecían embestir el cielo de un azul purísimo. Abajo el arroyo era apenas un hilo de agua y el verdor de los prados y los matorrales parecía recubierto de un fino polvillo gris. Un temblor se alzaba en la atmósfera dibujando espejismos de lejanos minaretes y de cúpulas dobles. En la neblina se hubiera dicho que relumbraban las espadas de los cruzados, castigo de Dios lanzado contra sarracenos. En el hervor de la batalla Isabel distinguió el rostro de Bernard y supo que volvería a verlo.

Una mano blanda y cálida vino por detrás a apoyarse en su nuca. Palidecía en el horizonte la figura del Boyero. Abarcaba la nuca en una caricia más bien vigorosa y luego bajó buscando entre los omoplatos. Sebastián llevaba el jubón desabrochado. Notó el roce de una respiración junto a la mejilla. Una mano se deslizó con suavidad hacia su axila. Las puntas de los dedos, suaves como terciopelo, jugaron con el vello sedoso, rozaron los músculos y acariciaron el hombro para bajar luego a buscar la tetilla. Un estremecimiento de vigor indica que dentro del muchacho crece un hombre. Sebastián sentado, inmóvil, dejando hacer, sintiendo la excitación que sube a partir del centro, que acelera la respiración y el pulso. Mejilla contra mejilla, luego un leve giro lleva a coincidencia labios sobre labios. Suaves, deliciosos los de ella sobre los suyos. Furtivamente ella encabalga su pierna, se arrodilla entre los muslos de él. Como sacerdotisa que sostiene el cuenco sagrado, ella le toma la cara entre ambas manos y aplasta su boca sobre la de él. Entrebrea los labios tan despacio como la luna que asoma detrás del horizonte. El aliento vital se mezcla. La firme lengua de ella roza los labios de él, enciende sus ingles. La flecha apunta, el arco se tensa. La caza. Contener el aire, no temblar. Anudados como serpientes. Descansan, aliento con aliento, las bocas superpuestas, inmóviles.

¿Quién no ha visto el estallido de una tempestad? La rápida carrera de las nubes en aproximación, la acumulación que se eleva al cielo mientras abajo, en la tierra, álamos y chopos se inclinan, hojas secas y briznas de paja revolotean en círculos, y los animales buscan cobijo. Hasta que parece que va a quebrarse el cielo, entre chispazos de los rayos y rugir de los truenos. Y como por un milagro, luego todo se inmoviliza. Como si no hubiese pasado nada. Pero enseguida descarga la lluvia, el mundo se hunde..., la pasión hace estragos. ¡Oh, dioses, qué grande es vuestro poder!

Mientras tiembla todavía de pasión el cuerpo juvenil, la sombra suave se desprende y se desliza furtiva hasta desaparecer en la oscuridad. Bajita y maciza, de pelo negro y carirredonda, se aleja la tempestad. Cuando volvió en sí, Sebastián creyó haber soñado. Pero le quedaba aquel contacto caliente y suave iniciado en su nuca. A

esta sensación se unía, esfumándose tan lentamente como desaparece la luna detrás del horizonte, la imagen de unos ojos negros, tan oscuros que relucían como carbones encendidos. Y notaba todavía la chispa entre una piel y otra cuando se rozan sin llegar a tocarse.

Sebastián sonreía. Gracias, musitó mientras sus ojos buscaban una señal en el cielo estrellado, satisfecho y sosegado. En su fuero interno escuchaba un cántico: «Temprano se levantó mi adorada, hela aquí que se acerca tan bella la que se ha adornado bajo la enramada», etcétera. Sí, era verdad. Existía el amor a primera vista. Pero no fue el caso de Juditha. A primera vista no había apreciado belleza en ella, y una segunda mirada no había tenido oportunidad de echarle. Durante la tormenta nocturna no hizo más que tocar y ser tocado. Ahora Sebastián sabía lo que no cantó ningún poeta: el amor al primer contacto, y es de los que calan más hondo.

Bixente aún dormía cuando Bernard y los compañeros ensillaron los caballos. Antes de montar, Bernard apoyó con solemnidad la mano derecha sobre el hombro de Sebastián, mientras Alexandre le ataba el cinturón con la espada de Bernard en vistoso tahalí.

—Yo te ciño con esta espada —dijo Bernard—, en señal de mi gratitud por la valentía con que me salvaste la vida frente a los toscanos. Ha llegado antes de lo que quizá te figurabas el momento de armarte caballero. Sé honrado, fiel y valiente en toda circunstancia, y justo con todos, pero más especialmente con los pobres y los desvalidos. Y procura servir a Dios y a tu amo en la medida de tus fuerzas.

—Si no lo cumpliero, que Dios me lo demande —respondió Sebastián.

Bernard empuñó las riendas y se alzó a horcajadas sobre la silla.

—Cuando os veáis en disposición de viajar, seguidnos. Os esperaremos, o dejaremos noticia de nuestro paradero.

Tras despedirse con un ademán, los jinetes dieron espuelas a los caballos mientras Sebastián los seguía con la mirada hasta que desaparecieron detrás de un otero. No sabía si sentirse contento o no, puesto que se veía armado caballero, pero cada vez más lejos del sueño de liberar Jerusalén. Cualquiera sabía cuándo podrían abandonar Marotta y si conseguirían reunirse con los peregrinos. La abnegación, sin embargo, figuraba entre las cualidades de que debía hacer gala un caballero. Atendiendo al herido haría demostración de su fidelidad. Además, estaba Juditha, a la que no conseguía apartar de sus pensamientos.

—Regresemos —dijo Guillaume, sacando a Sebastián de su estado ensimismado—. ¿Crees que sanará Bixente?

—Con la ayuda de Dios... y de la curandera.

—Pero, aunque sobreviva, ¿qué será de él? Jamás podrá volver a combatir.

—Un carpintero hábil le pondrá un brazo de palo que le permita sostener el escudo. Hace algún tiempo me hablaron de un caballero manco y decían que era no

poco peligroso en el combate.

—¡Será posible!

—Hay en el mundo muchos secretos —replicó Sebastián al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de su escudero—. Tú y yo lo veremos —y con estas palabras lo empujó al interior de la cabaña, donde se sentaron junto al camastro del herido y guardaron silencio.

Poco después entró Juditha y mandó que Sebastián sujetase los hombros del herido; en cuanto a Guillaume, le significó que permaneciese atento a las señas e instrucciones que ella le diese. Con mucha precaución empezó a quitar la venda para inspeccionar el muñón. Entre los tejidos carbonizados asomaba carne nueva cicatrizada de color cárdeno. Sebastián apartó la mirada para evitar las náuseas. Juditha sacó de su alacena una planta que de tan verde se hubiese dicho venenosa, y con mucha delicadeza recubrió de hojas el muñón antes de fijarlo todo con una gasa. Sobre ésta goteó un poco de su ajeno turbio. Toda la cabaña se llenó de fuerte olor a anís. A continuación, siguió vendando la herida. Bixente gimió, pero no hizo intención de incorporarse. Juditha puso en la mano de Guillaume un trapo empapado de ajeno para que enjugase de vez en cuando la frente del enfermo.

—¡Ven! —dijo volviéndose hacia Sebastián, y salió de la cabaña.

Bordeando la aldea, se encaminaba hacia un olivar cercano. Sebastián la siguió dócilmente mientras ella, sin volverse, se internó entre los árboles y desapareció detrás de un seto. Recorrida una senda estrecha, se abría en el matorral un claro diminuto, y allí le esperaba Juditha con los brazos abiertos. Sebastián se arrodilló delante de ella, que le recibió en sus brazos y oprimió la cabeza de él contra su pecho. Se sintió protegido.

Sí, allí sería posible olvidar a los compañeros, y con esta idea levantó el rostro despacio buscando con sus labios la boca de ella. Un beso aterciopelado caldeó los recuerdos de la noche anterior y aguijoneó la pasión. Pero Juditha no entreabrió los labios, sino que apoyó la mano en la frente de él y se apartó lo justo para mirarle a los ojos, color pardo muy oscuro los de ella, iris verde claro los de Sebastián. Sonriendo, ella se alejó un paso y se sentó en el suelo cruzando las piernas. Él la imitó, y se quedó mirándola. En ese momento le gustaron las facciones de ella. Tenía bonitos dientes y cutis suave como piel de melocotón. ¡Cómo no se había dado cuenta enseguida!

—Yo soy la curandera aquí y me siento muy sola —dijo ella.

Sebastián apenas lo entendió. Sin embargo, le gustaba escucharla mientras hablaba. Tenía una voz de contralto muy femenina. Poco a poco fue conociendo su manera de hablar y su vida anterior.

Alumna de una sanadora, llegó a conocer las plantas y sus efectos. Siete años tardó en aprender a coger la raíz de la mandrágora con luna llena, antes del amanecer,

para que les subiera la leche a las madres y las amas de cría, o las hierbas abortivas que se han de cortar antes de medianoche, con todas las demás propiedades de las plantas que curan o embrujan. De manera que sabía tratar toda clase de dolencias. Cuando Chiara murió sin dejar descendencia, ella quedó depositarla de la ciencia secreta de la salud y la enfermedad en Marotta. Suyos eran los secretos de la hierba de san Juan y del beleño, del estramonio y de la siempreviva, de la cuscuta y del diente de león, de la salvia y de la oreja de fraile. Juditha sabía remedios para reparar virginidades y para renovar virilidades alicaídas, cómo evitar embarazos y cómo hacer que concibieran las mujeres yermas. En sus siete años de aprendizaje también aprendió a conocer la situación y articulaciones de los huesos, los pulsos de las partes blandas y la circulación de los fluidos vitales. Bocios y bubas, gota y reumatismo, nada escapaba de sus poderes. Hasta que Chiara despidió a su discípula, se metió en su casa y murió. Y así Juditha se convirtió en la sanadora y aunque muchos acudían a ella cuando la necesitaban, habitualmente le tenían miedo y la evitaban, por el halo de magia y misterio que la rodeaba.

—Estoy sola, por eso quiero que sepas un poco de mí y me comprendas — concluyó su relato Juditha, y se quedó mirando a Sebastián largo rato.

Luego dijo que iba a contarle una historia, a ver cómo la interpretaba él. Como embrujado por su voz, él asintió en silencio.

—Un joven granjero tenía varias vacas en un prado de montaña y cada vez que subía al refugio para fabricar los quesos hallaba todo el trabajo hecho, y así un mes tras otro. Hasta que llegó el otoño, y entonces decidió quedarse para ver quién se ocupaba a escondidas de sus asuntos. Entonces vio que era una niña que salía del bosque, entraba en la cabaña, encendía la chimenea, desnatava la leche, fabricaba la mantequilla, barría el suelo y luego lo dejaba todo como si no hubiese pasado nadie por allí. El campesino salió de su escondite y la muchacha huyó. Lo he estropeado todo con mi impaciencia, pensó él, pero la siguiente vez que subió al monte, de nuevo lo encontró todo maravillosamente ordenado y hecho: los quesos en sus moldes, la nata batida, y todo lo demás. El campesino cavilaba día y noche cómo hacerse dueño de la muchacha.

Cautivo de las palabras de Juditha, le parecía a Sebastián que estuviera siguiéndole los pasos al granjero mientras éste compraba cinco jarras del mejor vino y las dejaba en la cabaña. Junto a los barreños de la leche dejó una escudilla con migas empapadas en vino y una cuchara. Al mismo tiempo había llevado los zapatos de la abuela y los ató el uno con el otro, pero dejando los cordones flojos de manera que pudiese calzárselos sin desatarlos. Y los puso al lado de las jarras de vino, después de lo cual se escondió en el desván para espiar a la niña del bosque. Gran oportunidad para que Juditha prolongase la narración demorándose en la descripción artística, como si quisiera retener a Sebastián toda una noche, mientras él seguía enfrascado en el cuento de la ninfa del bosque sin darse cuenta del tiempo que transcurría ni reparar en su pulso acelerado por la presencia de Juditha. Con todo y

por mucho que adornase el relato, finalmente se produjo la aparición esperada. La criatura entró y se dedicó enseguida a la labor de fabricar queso y mantequilla, pero después de hacer la limpieza se acercó a las deliciosas migas con vino, que había visto y olfateado desde el primer momento. Las probó con precaución y quedó seducida por el vino, cuyos peligros desconocía. La salvajilla bebió con gusto del vino y una vez achispada sintió despertar su curiosidad. Por cuyo motivo quiso probarse los zapatos. Pero como estaban atados, con el primer paso cayó al suelo, momento que aprovechó el campesino para salir de su escondite y abalanzarse sobre ella. Por mucho que se debatió y pataleó la ninfa, él le aseguró que no pensaba soltarla. Al cabo de un rato ella se tranquilizó y prometió quedarse, bajo la condición de que él usara con ella de la caridad y el amor al prójimo que nos dejó mandados a los humanos nuestro Señor Jesucristo. Y habiéndolo prometido así el granjero, ella se quedó y convivió con él como esposa cristiana durante muchos años, cuidando a las mil maravillas de su hogar y su granja. Hasta un otoño en que él bajó al valle con el fin de comprar provisiones para el invierno. Lo cual le llevaba generalmente una semana, pero sucedió que el invierno se adelantó. Y la ninfa, cuando vio las primeras tormentas y olfateó la nieve, se apresuró a recoger toda la cosecha, aunque era un trabajo ímprobo y el grano aún no estaba maduro del todo. Y aunque lo hizo para evitar que se estropease y se perdiese toda la cosecha, cuando regresó el hombre montó en cólera porque no estaba madura, y la riñó y amenazó con golpearla. A lo que ella se puso en pie de un salto y huyó.

—Y nunca más el granjero volvió a verla —terminó Juditha, ofreciéndole la mano a Sebastián—. Regresemos a ver cómo sigue el herido.

Él sintió una amarga decepción viendo que iban a abandonar el escondrijo confortable sin haberse besado ni una vez siquiera. Además, sentía la opresión en la entrepierna, como un arco tensado al máximo, que ni los hombres más robustos pueden soportar mucho tiempo. Aún no se había extinguido el eco de su desencanto cuando sobrevino otro sentimiento que hasta entonces sólo había conocido en relación con su hermana, la confianza. Intuía muy próxima a Juditha, lo cual compensaba la desilusión momentánea. Y además traía un poco de aquel espíritu caballeresco que cantaban los trovadores proponiéndolo como ejemplo para quien rindiese pleitesía a una dama. El amor verdadero no busca la propia satisfacción, no se contempla a sí mismo. Hizo mal el granjero cuando se empeñó en capturar a la ninfa, pero ya que lo hizo, debía comportarse como dicen las Sagradas Escrituras: el amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso; no es grosero ni egoísta. El amor, se decía Sebastián a sí mismo, es caballeroso y sabe renunciar. La renuncia agudiza el deseo y abrasa la piel y el alma; la renuncia ennoblece la pasión. Y mientras iba pensando esto —sin saber que pocos días antes Isabel se había persuadido casi de lo mismo—, se sintió libre. En vez de la decepción, experimentó alegría y confianza, en espera de lo que les reservase el porvenir.

De momento, sin embargo, Bixente reclamaba todas las atenciones. La fiebre

subía. Cada hora Juditha le envolvía las pantorrillas en trapos empapados de agua tibia. Empapaba el muñón inflamado con una infusión espesa de alquimila. Preparaba también un té más claro de lo mismo y le daba una taza dos veces al día. De esta manera bajó la fiebre; después de tres días de vela con sus noches, la mirada de Bixente se aclaró y él volvió en sí. Cuando contempló su muñón se echó a llorar y sus compañeros apenas conseguían consolarlo. Sin embargo, acabó encontrando prodigioso refugio en la oración. Para Sebastián empezaba la época de cosechar, pues Juditha consideró que el amor de ambos tocaba a su madurez.



Tras una noche llena de pesadillas con muchos vuelos cruzados de golondrinas y repetidos naufragios, Isabel despertó. Los miembros le pesaban como si los tuviera de plomo. Anduvo con fatiga hasta la cocina y bebió de la infusión que había dejado preparada una de las criadas en una jarra barriguda. El brebaje le aclaró un poco los sentidos y la ayudó a ordenar las ideas trastornadas por las visiones nocturnas. Veía con más claridad que nunca el semblante de Alfonse de Olmes y notaba todavía su gratitud por las palabras de la víspera, ¡cómo se equivocaba al interpretarlas! ¿Dónde se encontraría la verdad en este mundo, cavilaba Isabel, cuando una palabra dicha en un momento de irreflexión llega a alcanzar tanto significado? Intuía la importancia de esta interrogante y por un momento tuvo la sensación de que la certeza, el conocimiento de lo auténticamente verdadero, llegaría a ser el factor determinante de su vida. Pero fue una impresión fugaz y no consiguió aferrarla; enseguida sus pensamientos quedaron prendidos de la circunstancia mientras ella intentaba ponerse en el lugar del marqués de Olmes. La actitud de Isabel, el día anterior, ¿no debía tomarse como de consentimiento definitivo, en lo tocante al matrimonio, y, por tanto, equivalente a una promesa formal? ¿Qué palabras le quedaban a Isabel, o qué excusa aduciría para deshacer el equívoco de un modo plausible? O acaso sería preferible dejar que subsistiera, ante Dios y ante los hombres, la apariencia a que ella había dado pábulo con sus palabras y sus gestos, por más que hubiese ocurrido involuntariamente. No quise ofenderlo, se decía Isabel. Que no se diese cuenta de que me burlaba de él. Cuando lo abracé no tenía la menor intención de declararme; sólo trataba de ocultar mis verdaderos sentimientos. Fue sólo que estaba demasiado ridículo, a decir verdad, plantado delante de mí, tartamudeando y poniéndose colorado. No debía herirle, sino tomar en consideración sus sentimientos, los cuales, desde su punto de vista —y al pensar esto Isabel sintió un leve dolor en su fuero interno—, eran sinceros. Se diría incluso que le movía un verdadero afecto hacia mí, o como si me quisiera, incluso. ¿Podía burlarme de él, por consiguiente? ¿Acaso no me vi obligada a hacer lo que hice? En modo alguno podía desengañarlo en ese momento, intentaba justificarse Isabel todavía. No, lo habría ofendido gravemente, meneó la cabeza. Hoy, en cambio, sí estaría dispuesta a revelarle la reserva íntima que provocan en mí sus solicitudes, incluso en el momento del abrazo más cordial.

Pero las disposiciones ocultas y las rectificaciones a toro pasado, meneó de nuevo la cabeza, no surten eficacia. Hay que decir sí, o no, y ser constantes, no tornadizos. Lo que el interlocutor ha entendido, eso es lo único que cuenta.

—De manera que estoy prometida —dijo Isabel a media voz, pero lo dijo con horror y poniéndose pálida—. ¿Cómo es posible que ayer haya visto otros auspicios? ¿Quizá miente el vuelo de las aves?

No, el vuelo de las aves no mentía. Hacia el final de la tarde halló la confirmación Isabel, aunque no la que ella hubiese supuesto. Sucedió que Alfonse de Olmes, embriagado por aquella felicidad del primer contacto, salió con su caballo al galope tendido. Durante un rato, el corcel supo encontrar el camino por sí mismo, pero al salir de un recodo, detrás de una peña se tropezó con un árbol caído, atravesado en la senda. Espantada, la bestia se empinó, ensayó el salto, pero enredándose una mano con las ramas, por lo que trastabilló, cayó y revolcó al jinete. Éste, con la espuela enganchada en el estribo, quedó bajo la barriga del caballo. Antes de perder la consciencia aún tuvo tiempo para notar que le faltaba el tacto en las piernas y un breve pinchazo en la espalda, como si le hubieran introducido una aguja al rojo. Enseguida la Providencia se apiadó de él y lo envolvió en una niebla algodonosa. «Padre nuestro que estás en los cielos —pensó— llévame en la hora de mi mayor felicidad. O tal vez dijo verdad aquel perfecto —y esta interrogación quedó colgando en el aire— cuando me anunció que volvería a nacer».

La mañana siguiente, cuando pasó por la senda un labriego con su burro y descubrió a Alfonse, éste se hallaba ya totalmente rígido.

Isabel lloró cuando supo lo sucedido con Alfonse. El padre de ella apenas daba crédito a la noticia y se sintió algo culpable. Creyó que Alfonse había salido del castillo desalentado y dispuesto a buscarse la muerte porque él, Simón Lemaitre, acababa de aplazarle una vez más el consentimiento matrimonial, diciendo que Isabel necesitaba otro período de reflexión. Y también le remordía la conciencia porque él, que se casó enamorado y se vio aceptado por amor, quiso prescindir del amor en esa oportunidad. Por lo cual juró que nunca más trataría de forzar la voluntad de su hija, sino que dejaría que ella se saliera con la suya.

De nuevo sentada en su roca favorita, Isabel reflexionó sobre los caprichos de la fortuna. Percibía una libertad nueva, cuyas posibilidades para su amor se intuían. Poniendo todos los anhelos en su pensamiento, los envió en dirección a Oriente, hacia Roma, Brindisi, Jerusalén. Estaba convencida de que algún día encontrarían el camino adecuado y serían escuchados. Sólo era cuestión de paciencia.

En Brindisi no encontraron a nadie que hubiese tomado la cruz, excepto algunos grupos despistados. Ciertamente que Honorio había asumido la causa como propia, lo mismo que Inocencio antes de él, pero no era el nuevo Papa hombre que poseyera decisión ni energía para llevar a buen puerto semejante empresa. Sus proclamas apenas eran escuchadas, y puesto que ningún soberano temporal se empeñaba en la liberación de Jerusalén, el seguimiento resultó más bien escaso. Para mayor infortunio también carecía de habilidad. Cuando Bernard llegó a Brindisi oyó decir que las naves pontificias zarpaban desde Mesina. Creyendo que iba a faltarles tiempo, Bernard y los suyos continuaron el viaje sin demora. El sol del estío cocía la arcilla y los peregrinos lo pasaron mal por el camino de Tarento: la sed abrasaba sus gargantas y el hambre atormentaba sus estómagos. No encontraron alivio hasta entrar en la región montañosa de las cercanías de Cosenza. Viendo que allí no eran bienvenidos los caballeros, abandonaron tras breve descanso dicha plaza comercial. Lograron avanzar hasta las playas del Tirreno, los caballos agotados, ellos mismos al límite de sus fuerzas. Una vez en Amantea aprovecharon la oportunidad y se embarcaron en un mercante que hacía el cabotaje hasta Mesina. Una pulsera de oro entregó Bernard en pago del pasaje, pero consideraron que había valido la pena. Con el descanso, los caballos se repusieron y los hombres recobraron la fuerza y el lustre de tanto comer pescado.

A manera de asalto por sorpresa, la tempestad hinchó las velas y una corriente maligna empujó la embarcación hacia alta mar, donde se encabritaba el oleaje. Unos nubarrones negros se tragaron el sol, y una cúpula color gris oscuro hizo noche en pleno día. El mercante se bamboleaba a ciegas entre montañas de agua coronadas de espuma. De vez en cuando, un golpe de agua barría toda la cubierta y el negro casco escoraba tan pronto de un lado como del otro. Aquello era un remolino y una tångana incesante, un subir y bajar hasta que nadie supo ya dónde quedaba el levante y dónde el poniente, ni arriba ni abajo. El barco perdió el timón y el mástil se rajó por la mitad. Entregada por completo a la furia de los elementos, la embarcación se veía arrojada de aquí para allá como el barquito de corcho de un niño. El rayo y el trueno celebraban consejo en el firmamento y las tinieblas de la noche se enseñorearon de todo. Ni principio ni fin, la tormenta parecía eterna: rugidos, estrépito, estampidos continuos cerca y sordo rodar lejano. Los caballos habían saltado todos por la borda y nadie sabía si continuaban embarcados todos los hombres. Bernard abrazó los restos del palo mayor y rezaba implorando la salvación. Hacía ya rato que no se oían gritos pidiendo socorro, ni se veía nada excepto la negrura del agua y la blancura de la espuma. Era como estar completamente solo, entregado al furor del monstruo.

Hubo un crujido, un chasquido. Volaron astillas por el aire y el golpe de mar arrojó a Bernard por la borda. El agua embravecida se adueñó de él, se lo llevó

flotando como un madero y luego se lo tragó hacia las profundidades, para arrojarlo enseguida contra unos peñascos, afilados como cuchillos. Él se agarró como una lapa, trepó a fuerza de brazos en busca del aire. Silbando fuertemente, la resaca alargó hacia Bernard sus dedos de espuma. Pero él trepó un poco más arriba. Donde antes lo cegaban los torrentes de agua, ahora no veía más que una neblina de salpicaduras, como un hervor, como si el agua se confundiese con el fuego. Respiró hondo y se le llenó la boca de salitre. Más arriba. Por última vez la fiera lame el pie de Bernard. Éste se incorpora. La roca, masa gris oscuro, resiste todos los embates. De momento Bernard puede considerarse salvado.

Al amanecer la tormenta se disipó y se reveló una isla envuelta en lo que parecía una serenidad perpetua. Bernard apenas veía nada porque tenía los ojos inflamados. Con todo, la neblina que los velaba se disipó lentamente y fue con júbilo como advirtió que Alexandre se hallaba allí cerca, y también Roland, que temblaba aferrado a la roca. En el ir y venir del oleaje se columpiaban los restos de la nave, que había embarrancado en aquella costa. Perdido. Todo perdido, fue lo que graznó cuando quiso hablar. No tardó en aclarársele la voz y sus compañeros al oírlo saludaron a Bernard con alegres aspavientos. Juntos treparon a tierra firme. Aquella parte del país era un erial.

Estaban en una isla sin duda alguna, y constaba de una montaña de forma cónica que había escupido en derredor un pedregal de oscuro basalto. Una boca de la tierra, un sombrío volcán. El fin del mundo. Boqueaban procurando llenarse de aire y celebraban su salvación milagrosa. Enseguida emprendieron la búsqueda de alguna habitación humana. Fatigoso el camino ladera arriba, ladera abajo tratando de rodear el volcán, mientras caía sobre ellos un sol que partía las piedras. Los náufragos sudaban la gota gorda. Así caminaron durante horas sin atisbar siquiera un manantial en donde refrescarse. Al mismo tiempo, la constante contemplación de la resaca sobre las playas centuplicaba la sed. A los tres se les veía en la cara el temor que los embargaba a haber recalado en una isla desierta y estéril. Cuanto más les apretaba el calor más desesperaban de la negra suerte.

Por fin divisaron una cala con algunas casuchas y una playa estrecha donde unos hombres y mujeres andaban ocupados remendando sus artes de pesca. Cuando divisaron a Bernard y acompañantes abandonaron la tarea llenos de curiosidad para congregarse alrededor de éstos. Todos los pescadores daban voces al mismo tiempo. De aquella algarabía ininteligible sólo se sacaba en limpio la palabra Stromboli, muchas veces repetida. Ninguno de ellos hablaba latín. La comunicación se estableció, mal que bien, a gritos, aspavientos y gestos de manos y pies, pero les sirvió para enterarse de que existía una posibilidad de salir de allí. Lo cual fue de mucho consuelo para los peregrinos, y cuando los isleños los condujeron amistosamente hacia la casa del que parecía alcalde o principal de la aldea, y se

vieron sentados a una mesa abundantemente provista de alimento y bebida, entonces sí dieron gracias a Dios por su salvación.

Pero aquella hospitalidad era preciso merecerla. Aún no habían acabado de quitarse el hambre atrasada Bernard, Alexandre y Roland, cuando los hombres más robustos de la aldea estaban ya reunidos, y aún no habían vaciado la última jarra de vino cuando el principal les dio a entender, con ademanes amistosos pero decididos, que deseaban ser conducidos al lugar del naufragio. La esperanza del botín daba alas a los pescadores. Una barca de vela contorneó los arrecifes, atenta a las señas que se hacían desde la costa. Hubo un hurra general cuando divisaron los restos del mercante encallado entre los arrecifes. Varios hombres botaron rápidamente una barca de remos para acercarse a los restos de la nave; cuando estuvieron cerca saltaron al agua y algunos incluso bucearon. En efecto se encontraron algunas cosas, entre ellas las alforjas que habían sido del caballo de Roland, con algunos objetos de plata. Sin embargo, poco duró la alegría de Roland por la recuperación de sus bienes. Los pescadores dieron a entender con expresivos gestos que consideraban suyos los pecios hallados en sus costas, con independencia de que los propietarios anteriores siguieran vivos o no. Los caballeros callaron, pues no ignoraban que en algunos países los restos de los naufragios únicamente pasan a propiedad de quienes los rescatan cuando los náufragos han perecido..., por lo cual no es de extrañar que se les niegue el socorro a éstos, en ocasiones, cuando se intuye que hay algo de valor para rescatar.

De manera que dos días más tarde, cuando los peregrinos arribaron a Messina, iban bien ligeros de equipaje. Vagabundearon por el puerto como mendigos durante varios días más, hasta que se convencieron de que no zarpaba de allí ningún barco rumbo a los Santos Lugares. El párroco se echó a reír cuando Bernard le explicó que Honorio había anunciado una gran ceremonia de bendición de las naves en Mesina, antes de que éstas zarparan rumbo a Jerusalén, y lo desengañó: el Papa no acudiría. Que no se podía fiar en la palabra de Honorio. En aquellos momentos monseñor Giorgio Baldi ni siquiera sabía en qué grado decía verdad con aquellas palabras. De momento, lo que empezaban a sacar en claro los viajeros fue que la cruzada estaba probablemente destinada al fracaso. Con todo, el cura los acogió durante tres días en la pastoral, y antes de despedirse dio a cada uno un hatillo con provisiones para el camino.

A partir de entonces se convirtieron en auténticos peregrinos, pero inválidos como cruzados y, por tanto, condenados a emprender el retorno con la sensación de fracaso, de no haber cumplido los votos apenas.

—Deberíamos regresar pasando por Roma —se volvió Bernard hacia sus desanimados acompañantes—. Para poder solicitar la dispensa del Papa.

Sus amigos asintieron y todos se pusieron en marcha. Conocieron, en su nueva

calidad de humildes peregrinos, no pocas experiencias inéditas para ellos, que estaban acostumbrados a contemplar el mundo desde la altura de sus corceles, como dominadores. Cuanto más se acercaban a Roma, el tráfico se intensificaba y ellos sentían con más vergüenza su situación de peatones. Los carreteros eran desvergonzados y arreaban sus bestias, bueyes o mulas, sin consideración para los demás viandantes. Éstos, como más débiles, se veían obligados a prestar atención para echarse a la cuneta cuando hiciese falta. Esto, hasta llegar a las puertas de la ciudad. Una vez dentro de ella, todavía peor. Entre empujones y carreras por las calles abarrotadas era demasiado fácil caer debajo de las ruedas de algún carruaje. Al fin se consideraron afortunados por haber encontrado alojamiento en un apestoso hospital de los benedictinos. La mañana siguiente sin pérdida de tiempo se presentaron en la cancillería lateranense, en el que antaño fue palacio del emperador Constantino. Allí fueron recibidos por un opulento prelado que les ordenó en tono hosco:

—Id a cualquier capilla de Santa Maria dell’Anima y decid una oración. Luego cruzaréis tres veces el portal de San Juan, que está al lado, y con eso quedáis absueltos. Por la tarde comulgaréis en la capilla y así recibiréis la dispensa definitiva.

Ellos lo cumplieron todo tal como se les había dicho y la mañana siguiente volvieron a emprender su camino hacia el norte, sintiéndose muy aliviados. Por los callejones de la ciudad circulaban sujetos de muy dudosa catadura, y siempre se corría el peligro de verse uno metido en cualquiera de los incontables altercados que estallaban en todo momento entre los que se hacinaban en aquellas casas insalubres. Y también los grandes de la ciudad tenían el arma siempre a punto, dispuestos a zanjar sus muchas cuestiones pendientes. Valía más no mezclarse en semejantes reyertas, sobre todo cuando uno era un peregrino desarmado. Bernard, Alexandre y Roland soñaban con el día en que volvieran a ser hombres de a caballo y a ceñir espada.

Avanzaban poco a poco. El calor del estío consumía las fuerzas y las corrompidas marismas romanas hicieron el resto. Aún no habían llegado a Pisa cuando Alexandre se vio obligado a guardar cama, víctima de tremenda fiebre. Tan pronto temblaba de frío como ardía. Llamaron a un bañero para que le pusiera paños mojados en las piernas, pero no sirvió de nada. Alexandre se consumía en el purgatorio de la fiebre. Y cuando su compañero hubo recibido los sacramentos y lanzó una última y turbia mirada al mundo, Bernard se sintió atacado de gran melancolía. Escondido debajo de una adelfa, se negó a admitir comida. Únicamente consentía recibir un vaso de agua. ¿Dónde estaba la sanadora que con unas palabras mágicas lo sumiera en un sueño profundo? Le habría agradado confundirse con el arbusto, desaparecer, esconderse del mundo. Casi se diría que había perdido la razón, como aquel caballero Lanzarote de la leyenda que, cuando le nació Galahad, se volvió loco y vivió tres años refugiado

en los bosques.

El vuelo del ruiseñor

Después de la desgracia de Alfonse, Isabel se volvió más pensativa. Leía un devocionario escrito con letra uncial en un formato pequeño, lo cual le permitía llevárselo a su habitación en lo alto del castillo. Persuadida de que los destinos son impenetrables, optaba por depositar el suyo en manos de un Dios misericordioso. Pasaba alguna que otra hora rezando con fervor, y algunas veces tuvo la sensación de estar conversando con el Altísimo. Su fe se fortalecía conforme iba contándole a Dios sus cuitas y sus esperanzas. Le preguntaba acerca de esto y lo otro, y más especialmente sobre el significado de los sueños que parecían apuntar a sucesos venideros. Veía una columna de humo negro sobre Quéribus. Con frecuencia soñó una peña muy alta en cuya cima se hallaba un recinto amurallado. Adivinaba el cerco, intuía el hambre y la sed en medio de la niebla, sentía el pánico multitudinario. Un ejército de caballeros se aproximaba y situaba la ciudad. Máquinas de guerra lanzaban proyectiles contra gentes indefensas. Hombres a caballo, esgrimiendo espadas, cargaban contra las mujeres y los niños. Estos sueños recurrentes dejaban a Isabel inquieta y llena de zozobra. ¿Cómo permite Dios tantas tribulaciones? ¿Por qué no impera el bien? ¿Es que el Todopoderoso no se compadece de tanta miseria e infelicidad? Un Dios bondadoso debería condenar el pecado y perdonar a los seres que Él mismo creó. Interrogantes plausibles, pero difíciles, a las que Isabel no encontraba respuesta. Por lo general se consolaba diciéndose que el mundo es como es. Pero tampoco podía evitar el caer una y otra vez en tales cavilaciones. Quizá le habría bastado tener la seguridad de que Bernard iba a regresar algún día, y de que la amaba. Sin embargo, esta cuestión, la que más le concernía personalmente y en su corazón, no le inspiraba ninguna visión durante el sueño.

El temor a una tribulación colectiva no era mera aprensión imaginaria. Simón de Montfort y sus franceses no gastaban contemplaciones. En las comarcas sometidas, cuando algunos se declaraban seguidores de los *bonshommes* no tardaban en aparecer aquéllos para celebrar sus autos de fe. Los pasaban a espada o los quemaban vivos;

quienes hubiesen prestado apoyo veían confiscados sus bienes y eran perseguidos y desterrados. Cuando Ramón hijo intentó recuperar el condado de Tolosa, la guerra cobró un carácter aún más despiadado. Simón no desaprovechaba oportunidad para golpear a los occitanos. Isabel suspiró al hallar el pasaje bíblico oportuno: hay un tiempo para cada cosa de las que ocurren bajo el cielo: un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para matar y un tiempo para curar, un tiempo para buscar y un tiempo para perder, un tiempo para amar y un tiempo para odiar.

—Sí —musitó—. Cada cosa tiene su momento.

Ensimismada en estos pensamientos iba por la escalera cuando poco antes de salir se tropezó con un hombre. Llevaba una capa de estameña y se cubría con una capucha. En su semblante flaco destacaban los ojos, hundidos, de intenso color azul. Quién sois y adonde vais, lo interpeló ella al tiempo que escuchaba su pesado jadeo. De Lagrasse, dijo, y que venía huyendo de los esbirros de Simón. Tras haber vivido tantos años en buena vecindad y compañía, pocas semanas antes los benedictinos habían movido querella. Después de una discusión pública en la que había participado el hablante, lo amenazaron con el prendimiento. Hacía cuarenta y ocho horas se habían presentado los legados del Papa con varios hombres armados; por fortuna, un vecino de buena voluntad le avisó a tiempo y pudo emprender la fuga para no ser encarcelado. Hablaba con calma, en tono ecuánime, sin reproche ni sombra de amargura en la voz. Isabel se dijo que nunca había conocido a un hombre tan pacífico. Enseguida supo que se hallaba en presencia de un *elegido*, uno de los ungidos de entre los *bonshommes*, y de buena gana le significó que no tendría inconveniente en acompañarlo.

Los centinelas los dejaron pasar, y fueron recorriendo los numerosos tramos de escalera hasta llegar al *donjon*. Isabel dio una voz llamando a su padre, quien se presentó enseguida. El *parfait* solicitó acogida para la noche, lo cual concedió el senescal. Un criado condujo al santo varón hacia una cámara vecina de los establos. Antes de despedirlo, Isabel le preguntó si por la mañana querría contestarle a algunas preguntas, que ella había oído algunas cosas, pero le quedaban muchas dudas. El *perfecto* sonrió.

—En todo momento serás bienvenida, hija mía.

Jadeante, Isabel se precipitó hacia la ventana y buscó en el cielo. Haz que vea estrellas, Dios mío, suplicó, el corazón palpitándole con fuerza. ¡Qué sueño el que la había espantado, qué pesadilla la que aún oprimía su ánimo! Veía un punto apenas más grande que la punta de un alfiler, pero de un resplandor tan intenso que casi la cegaba. Alrededor de él, sin embargo, la oscuridad era tan densa como no hay tiniebla comparable en el mundo entero. Y resonaba en el espacio una voz tan poderosa que

sólo podía describirse como sobrenatural. Por si no bastase con eso, el aire se llenaba de aroma a incienso y mirra. Del punto diminuto irradiaba también una corriente acariciadora como si mil niñeras mimasen a un príncipe real. Lo visto, lo escuchado, lo olfateado y lo palpado, concentrado en un solo punto material y, al mismo tiempo, expandido hasta llenar todo el espacio.

—Ahora —ordenó Dios.

El punto salió disparado con fuerte detonación cruzando el vacío y llenó una extensión infinita de luz brillante, blanca, y calor. Un rugido potentísimo, inconcebible, barrió el espacio y el tiempo. La claridad de la luz lo sumergía todo, convirtiéndolo en invisible y misterioso. Cuando Isabel recobró la vista contempló una esfera azul a sus pies, envuelta en velos blancos y con algunas manchas de color pardo.

—Está bien —dijo el Señor.

El globo estaba más cerca, se abría como una flor. La soñadora se vio envuelta en la niebla y cayendo hacia un bosque verdeante. Pero una brisa caliente frenó la caída y se halló de súbito sentada en un prado. En el cielo azul una nube ocultaba el sol amarillo claro. El aire estaba denso de aromas a tomillo mezclado con romero y un sople de espliego. Sobre una montaña escarpada, un castillo alzaba las torres al firmamento.

El Señor acababa de crear el mundo y había puesto en su lugar a Isabel, la doncella de sangre antigua. Pudo resultar estupendo, pero el tiempo no se detenía, y engendraba monstruos. Los dragones y las furias volaban como tempestades sobre el país. Pájaros de plata escupían fuego desde el cielo y alzaban en la tierra estelas de fuego y hongos de humo. Las tinieblas devoraban el mundo; la oscuridad lo abarcaba todo y en el espacio oscuro desaparecían y se disolvían en la nada hasta los puntos de luz más diminutos. Entonces azotó el aire un zumbido y los puntos de luz procedentes de todas partes se arremolinaron alrededor de la durmiente, lanzando destellos, y giraban cada vez más veloces hasta que el vórtice se coloreó de rojo y se calentó, y todo rugía y presionaba y tronaba y relucía hasta cegar la vista, ensordecir y entumecer. Y cuando cesó el deslumbramiento la luz se encogió de nuevo hasta concentrarse en un punto diminuto, y el calor desapareció. Estaba todo frío y oscuro. El principio. Hedía, ensordecía, dolía. La vista, el oído, el olfato, el tacto eran un dolor en todo el espacio único y una voz terrible clamó: «Ahora está bien». Del infinito salieron unas tenazas al rojo proyectadas hacia Isabel que iban a arrancarle la cabeza, y despertó sobresaltada antes del instante definitivo. Poniéndose en pie de un salto, se asomó la ventana y rezó:

—Dios mío, haz que vea el sol.

Y le fue concedido.

Qué bendición el despuntar del día cuando la claridad de la mañana vence al temor de

la caída hacia el firmamento convertido en un abismo. Isabel respiró con alivio al divisar el primer hilo plateado a levante. Por la noche, al contemplar el cielo estrellado había tenido la sensación, el vértigo de caer en el infinito sin límites atravesando todas las esferas. Lo cual no era posible, naturalmente, pero tranquilizaba más el contemplar la bóveda azul bajo la luz del sol que todo lo alegra. En el transcurso del día los terrores del sueño iban disipándose. Isabel se convencía a sí misma de que muchos de sus sueños no eran más que imágenes confusas sin sentido alguno. Por más que el sentido trasluciese con facilidad; alguna noción tenía, al fin y al cabo, de lo que es el universo. Comparable a un huevo, la gotita de grasa era la Tierra; la yema, el aire, y la clara, el éter, todo ello envuelto en el firmamento tal como la cáscara envuelve y protege el huevo..., ¿o tal vez no? Otra pregunta: ¿Si el solitario cátaro sería capaz de resolver tantos enigmas?

—Sí puedo responderte, mi querida niña —contestó el anciano en tono benigno cuando Isabel irrumpió en sus pensamientos con las cuitas de su presente—. Aunque no sea de importancia principal el conocimiento de este mundo.

—¿Por qué no?

—Porque este mundo no es de Dios.

La sorpresa dilató los ojos de Isabel y el *elegido* sonrió.

—No me crees, y lo entiendo perfectamente. Pero, mira, si el mundo fuese de Dios, ¿cómo podría existir el mal? Pero el mundo es malvado. Si el mundo fuese de Dios, ¿cómo hay necesidad y miseria? Pero existen. Así pues, ¿de dónde proviene el mal? Esa cuestión se la planteó ya el sabio Lactancio: «O Dios quiere quitar el mal del mundo y no puede, o puede y no quiere, o no puede ni quiere, o sí puede y quiere. Si quiere y no puede, ésa es una imperfección que contradice la esencia de la divinidad. Si puede y no quiere, sería malicia y eso también resulta incompatible con Su naturaleza. Si no quiere ni puede, es debilidad y malicia todo en uno. Pero si quiere y puede, siendo éste el único caso que conviene a la esencia divina, ¿de dónde procede el mal que hay en la tierra?». Es decir, si el mundo fuese de Dios, ¿no estaría libre de mal?

Isabel asintió.

—Ya lo ves —remachó el monje al tiempo que describía un gran círculo con el brazo—. Por eso digo que este mundo no es de Dios.

—¿A quién pertenece entonces?

—Al diablo.

—¿Cómo es eso?

—Él lo creó para desafiar a Dios. Pero el mundo es tan diminuto e insignificante que el Todopoderoso no se ocupa de él. A nosotros nos cumple vivir en Cristo para escapar de esta esfera del diablo y llegar hasta Dios.

Isabel suspiró. Nunca había escuchado una explicación tan clara y sencilla en

cuanto al origen del mal. Las afirmaciones del viejo le parecían un tanto atrevidas, pero le faltaron argumentos que oponerle. El anciano le puso una mano sobre la de ella para tranquilizarla.

—No tengas miedo. No importa quién sea el creador del mundo, la redención está en Dios. Debes rezarle a Él y obedecer a su Hijo, con eso te bastará para alcanzar la salvación.

Tras lo cual permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Una persona humana puede ver el porvenir? —preguntó Isabel sin más rodeos.

—¡Hum! —Gruñó el perfecto—. Hay profetas, pero no surgen a menudo. Y cuando lo hacen, la humanidad no los escucha.

—A veces veo el futuro en sueños.

Él sonrió de nuevo.

—¡Ah, sí! Es un caso difícil el de los profetas... Mira, yo tuve tres maestros y sin duda todos ellos eran iniciados, y sabios, pero cada uno de ellos tenía diferente opinión acerca del don de profecía. Para el uno los profetas no eran sino como las ranas que croan en el estanque, y voceros del diablo. Porque Satán lo puede todo, y sugiere visiones hasta a las piedras. El otro creía que quienes profetizan en nombre de Jesucristo eran partícipes del hálito divino. Y el tercero veía en ellos a unos ángeles, enviados por Dios Todopoderoso a este mundo para anunciar la sabiduría y la verdad —volvió las palmas de las manos hacia arriba—. Lo mejor será escuchar con atención para saber qué es lo que dicen. Por el contenido del discurso, el sabio reconoce al sabio.

—Mi madre dice que es porque tengo sangre antigua.

—Es posible. Este mundo es más grande de lo que imaginamos. Pero la Iglesia teme esa generalidad y predica sólo algunos particulares. De los sabios hace hechiceros, brujas y herejes, para obligarlos a esconderse, y así la humanidad va perdiendo la sabiduría secreta. Eso es malo porque, si bien el mundo pertenece al demonio, la caridad y la sabiduría son de Dios.

Isabel se quedó mirándole largo rato. Había utilizado casi las mismas palabras de su madre para referirse a la ciencia secreta. Lo que decía se le antojaba razonable y conciliador. Su semblante corroboraba esa impresión; se veía que era hombre bondadoso, sin duda. Simpatizó con él, y con su manera de ser, lo cual predisponía favorablemente a aceptar su fe.



Pocos días después Bixente sufrió una segunda crisis febril. Juditha y Sebastián se relevaron a su cabecera día y noche hasta que se repuso. Al cabo de una semana el muñón había cicatrizado, aunque Sebastián nunca fue capaz de contemplar la herida sin que se le revolviere el estómago. Seguía teniéndolo muy sensible y Juditha insistió en que aún necesitaba cuidarse; en cuanto a las fatigas del viaje hasta

Brindisi, que eran doce jornadas, ni pensarlo siquiera. En cambio, la curandera no tuvo nada que objetar contra la práctica de ejercicios y así Bixente aprendió a esgrimir el hacha, a enristrar la lanza, a montar y a combatir como en otros tiempos, pero con una sola mano. Sebastián y Bixente lucharon con bastones, y Guillaume los ayudaba sirviendo de escudero a ambos.

Pese a estos éxitos, Sebastián notó que el espíritu de Bixente estaba muy lejos de la resignación. ¿Quién se tomaría en serio a un soldado manco? Si quedaba vencedor en las batallas, ¿sería porque los adversarios se hubiesen caído de los caballos, muertos de risa? ¿Le alcanzarían las fuerzas y la habilidad para un combate en serio? Montar a caballo, correr lanzas y esgrimir la espada, todo resultaba diferente cuando uno tenía sólo un brazo. Más aún, el brazo le faltaba a Bixente para todo, y muchas veces le dolía como si todavía lo tuviese. Bixente era todo lo contrario de un hombre pensativo; a diferencia de Bernard, tampoco tenía ningún sentido poético. Sin embargo, se veía que lo atormentaban éstas y otras dudas. Lo cual entristecía a Sebastián, en vista de que no podía ayudar a su compañero. Por lo mismo, no se daba descanso, y multiplicaba las prácticas para tratar de fortalecerlo.

Durante la estancia en Marotta, el consuelo de Sebastián fue Juditha, por quien había cobrado gran afecto y pasión ardiente. En ella, que apenas le había llamado la atención a primera vista, contemplaba sublimado el misterio de la Creación. Y mucho le habría gustado cantar a su bella con elevados versos, pero su facilidad de palabra no corría pareja con su habilidad para las armas. Y se tranquilizaba diciéndose que, de todas maneras, Juditha no habría entendido un elogio conforme a todas las reglas del arte poética. Sebastián se sonrió. Los convencionalismos de la trova cortesana, Juditha los habría desdeñado, y quién sabe, tal vez incluso se burlaría de un poema formalmente perfecto. ¡Qué sensualidad irradiaba aquella mujer! Parecía hecha expresamente para el goce. En las largas noches que Juditha solía pasar en el monte, o andando por los bosques donde hallaba sus hierbas, sus bulbos y sus raíces, Sebastián intentaba dar expresión al placer y a la pasión que le embargaban despreciando las reglas de los *troubadours*. «En mayo cuando los días se alargan me agrada escuchar el dulce canto lejano de lasavecillas y pienso en mi amada —susurraba—. En verano cuando los días se alargan me gusta contemplar la redondez de sus pechos y abarcarlos con ambas manos». Y se complacía imaginándose a sí mismo durante el recitado de semejantes versos, acompañados de suaves arpegios, en la corte del señor Ramón, ¡menudo escándalo! Aunque no eran más que el prelude de todo un coral de ardorosas intimidades: «¡Juditha! ¡Tus senos los formó Dios tan rotundos y turgentes, que en ellos reside toda la abundancia del amor!», iba entusiasmándose a medida que componía, con la inspiración que le comunicaba el recuerdo de los buenos ratos pasados.

Aunque hallaba gran placer en el torrente de la expansión amorosa, Sebastián

gustaba todavía más de los momentos de descanso, los ratos de relajación en que el cariño encontraba ocasión de manifestarse. La caricia espontánea, los besos lentos y sabrosos, las conversaciones sosegadas el uno en brazos del otro, las cosquillas, las risas: Sebastián se sentía protegido, al abrigo de todos los sinsabores de la vida, como si los brazos con que Juditha le envolvía fuesen una armadura que lo recubría por entero. A veces ella apoyaba la cabeza sobre el pecho de Sebastián y le hablaba con su voz melodiosa; el asunto apenas importaba, sino la música de las palabras y el roce suave del aliento de ella sobre la piel. A continuación, él le contaba cosas de Quéribus, de su educación cortesana, de su orgullo cuando supo que comenzaba el aprendizaje de escudero. Le hablaba en voz baja, a veces incluso en occitano, aun sabiendo que ella lo entendía muy poco; pero se sentía comprendido a un nivel más profundo. En efecto, entre ellos se daba un entendimiento secreto que comenzó con el cuento de la ninfa de los bosques. Él supo lo que ella quería darle a entender: cada uno desde su libertad y su temperamento, la unión era posible, e incluso más auténtica y hondamente sentida.

Una noche Juditha susurró:

—Querría que tú fueras el sembrador y yo el surco. Para que naciese un tallo nuevo y joven, en prenda de nuestra bella unión.

El sorprendido Sebastián, que estaba acariciándole la espalda, la tomó de los hombros y la obligó a darse la vuelta para mirarla cara a cara.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó.

En su voz había incredulidad y miedo.

—Yo me iré, y quién sabe si nunca volveremos a vernos. Entonces te quedarías sola con tu hijo, desamparada y deshonrada a ojos de todo el mundo.

Juditha sostuvo su mirada sin inmutarse. Ella adivinaba los verdaderos sentimientos de su interlocutor y sabía que él mismo era incapaz de expresarlos bien. No podía ni quería contraer ninguna obligación porque aún se consideraba atado por sus votos. Además, el mero conocimiento de la existencia de un niño le habría supuesto a Sebastián la pérdida de su libertad. Juditha entreabrió los labios y los acercó a la boca de Sebastián para rozarla apenas, después de lo cual murmuró:

—No te preocupes. Yo sé cómo se evita una concepción y cómo guardar el honor para cuando convenga. Ese deseo no es más que una prueba de mi amor.

En su fuero interno, sin embargo, ya tenía decidido que iba a cumplirse. Y lo decidió en el momento oportuno, porque Bixente se reponía con rapidez.

El tiempo transcurría inexorable. Un carpintero acababa de tallar ya un antebrazo acodado, y un talabartero confeccionó los correajes para fijar la prótesis al brazo y al hombro. En la mano de madera fijaron un escudo redondo que muy pronto Bixente aprendió a manejar con asombrosa habilidad. En pocos días aprendió a desviar las lanzadas con aquel escudo ligero y a esgrimir con ayuda de éste, hasta tal punto que habría podido enfrentarse a cualquier caballero. Por fin había llegado el momento. Bixente y Guillaume ardían en deseos de continuar hasta Brindisi. Sentían la llamada

de Jerusalén.

Sin embargo, la despedida resultó difícil. Fue un día nublado, caliginoso. La mar estaba inmóvil, sin un asomo de brisa que la agitase. Mano con mano pasearon Juditha y Sebastián por la playa hasta su refugio favorito, una pequeña cala de arena protegida por un saliente rocoso. Allí permanecieron largo rato abrazados, sin decir palabra. Ambos contenían el llanto. El tiempo transcurría, plomizo, y por fin los labios de ella buscaron los de él, lo blando con lo blando, pero no sirvió de mucho consuelo. ¿Dónde quedaba el placer? Lento y desganado, Sebastián apenas se movía. Ella le quitó la camisa y los pantalones, y paseó los negros ojos sobre su cuerpo. Una lágrima cayó sobre el estómago de Sebastián. La boca de ella fue descendiendo con precaución. Con la lengua exploró suavemente su ombligo, y siguió besando, al tiempo que lloraba, sollozaba y temblaba. Más tarde, mucho más tarde, cuando él la hubo poseído, cayeron en el embotamiento de la sensibilidad, sin dormir ni notar nada más, excepto la mera satisfacción. Sebastián disfrutó del juego amoroso en muchas variantes y trató de guardarlas para siempre en su memoria; la plenitud del goce fue tan abrumadora que en efecto perdió el mundo de vista. En cambio Juditha supo que amaba, y que seguiría amando. Juditha acababa de concebir.

Cuán difícil le resultó a Sebastián la despedida tras haber vivido tan intensamente aquella noche. Para él no existía el conocimiento secreto con que se consolaba ella. Él no veía más que un porvenir incierto lleno de luchas y peligros, y por más deseoso que estuviese de probar su valía como caballero, la despedida no dejaba de ponerle un nudo en la garganta. Pero no quiso demostrarlo, y por eso las últimas palabras le salieron más bien lacónicas.

—Con Dios, sanadora de Marotta —dijo mientras le tendía a Juditha la mano, como si se despidiese de una amistad cualquiera, no de una amante.

Bixente y Guillaume se miraron con asombro, pero Juditha leyó en los ojos de Sebastián y vio que contenía las lágrimas con dificultad. Asintió con la cabeza, le apretó la mano y replicó:

—Dios bendiga a los peregrinos. Hasta la vista, Sebastián Lemaitre.

Dicho lo cual, los tres cruzados montaron y saludaron simultáneamente brazo en alto, volvieron los corceles hacia el sur y se alejaron. En Bari se tropezaron con unos caballeros del Papa, y así supieron que varios barcos cargados de franceses habían zarpado ya de Brindisi, y que no se proyectaba de momento ninguna otra expedición. Sin embargo, el grueso del ejército cruzado aún estaba concentrándose en Split, que era donde llevaba Leopoldo de Austria la mayoría de sus peregrinos. También averiguó Sebastián que existía una asidua navegación de cabotaje con escala en Split. Para enrolarse junto con los austríacos y los húngaros no iban a necesitar más que un

par de días. En cuanto a los nombres y procedencias de los peregrinos franceses, los pontificios no supieron darles ninguna noticia, excepto que las naves se habían llevado a todos los que aguardaban en Brindisi. Tras breve consulta, Sebastián, Bixente y Guillaume acordaron pasar de Bari a Split y unirse al contingente de Leopoldo, confiando en hallar a Bernard y los demás en Tierra Santa.

La travesía fue breve y tranquila. Llegados a Split, supieron que Leopoldo ya había zarpado, pero Andrés de Hungría todavía estaba concentrando y embarcando a los suyos. Los tres peregrinos occitanos fueron admitidos en un grupo de caballeros oriundos de una provincia danubiana septentrional. Enseguida zarparon las naos y tuvieron un viaje sin mayores incidencias hasta arribar cerca de Corfú. Allí cambió el viento y la mar empezó a picarse. Los constantes crujidos y chirridos del casco y de los cordajes pusieron nervioso a más de uno, lo mismo que el chapoteo del agua y las carreras nocturnas de las ratas. Cuanto más bajaban hacia el sur más aumentaba el calor y peor hedían las sentinas. Los bizcochos no tardaron en tomar sabor a orina de ratas. El agua se corrompía en las barricas. El descontento crecía y algunos dijeron que había sido demasiada temeridad el exponerse a tantas incomodidades y tanto hacinamiento, por no mencionar los peligros de la navegación. Uno se tumbaba a dormir todas las noches sin saber si amanecería en el fondo del mar. Por fortuna, antes de que las murmuraciones llegasen a degenerar en motín ya habían desembarcado en San Juan de Acre. Allí se unieron a las tropas de Leopoldo. Enseguida llegaron los hombres del príncipe de Antioquía y del rey de Chipre, y se celebró un consejo de guerra, en el que participaron también Juan de Brienne el rey de Jerusalén, así como los maestros y barones de las numerosas órdenes. Con lo cual resultó imposible ponerse de acuerdo, y aquel ejército variopinto quedó sin un mando común y único. Mientras se discutían estas cosas, Sebastián tuvo oportunidad de emprender la búsqueda de Bernard y demás compañeros.



Michel Roquebrun estaba sentado en el suelo debajo de una adelfa y respiraba los aromas del prado en final de estío, el ramillete de olores que nos envía la tierra junto con su energía; apenas se creería el poder de tan variadas flores y vegetales sea obra del diablo. Isabel, sentada cerca del *perfecto*, aguardaba con paciencia las primeras palabras de éste. Llevaban casi una hora en aquel lugar y aún no habían dicho nada. Roquebrun estaba ensimismado, ajeno al mundo, buscando sus propias raíces.

—Tú ya sabes que el alma humana, para el buen creyente, es inmaterial y es una chispa divina —le había dicho antes de entrar en trance—. El principio, cuando Satán quiso rebelarse contra el Cielo, sedujo a algunos ángeles y se los llevó a este abismo que llenó de sus creaciones terrenales. De esos ángeles se hicieron las almas humanas, pero cuando una de ellas alcanza la pureza absoluta, entonces recupera su

raíz y se libra de lo terrenal y perecedero. Es así como consigue distinguir el estado de gracia que es el reflejo de sus orígenes.

Por estas palabras supo Isabel que no debía molestar al *parfait* mientras la meditación de éste alcanzaba ese grado de unidad entre cuerpo y espíritu que permite la intuición de las raíces. Por tanto, esperó pacientemente hasta que Roquebrun dio muestras de haber regresado al más acá.

Michel Roquebrun carraspeó y abrió los ojos.

—He visto muchas cosas, y algunas de ellas me dan espanto, parecidas a las que tú ves en sueños. Pero las más me permiten abrigar esperanzas. Nos salvaremos, pero el camino será difícil y tendremos que sufrir mucho.

Isabel le escuchaba conteniendo el aliento. Era la primera vez que el *perfecto* hacía mención de los sueños de ella.

—Lo mismo que tú, he visto una montaña con una ciudad asediada y muchos sitiadores. Es una aguja rocosa que destaca de los bosques y los prados. Supongo que debe tratarse de Montségur, y aunque nunca estuve allí, sé que mi camino me conducirá Dios mediante a ese lugar, que es sagrado y está destinado a servir de último refugio para nosotros los *bonshommes*.

Roquebrun calló. Sus ojos se volvían hacia la cima del Pie de Malearas y su mirada se volvió vidriosa. De nuevo retornaba a sus raíces. Isabel sintió un vértigo al contemplar los ojos ausentes del *perfecto*. Al mismo tiempo sentía una tranquilidad inmensa, como si el tiempo se hubiese detenido.

—Montségur arderá —gritó de repente Roquebrun, poniéndose en pie de un salto.

Ambos se vieron bruscamente devueltos al presente y a la realidad, y se miraron. Hubo un destello de mutuo entendimiento en sus ojos.

—Tú eres de los nuestros —susurró el *parfait*—. Algún día recibirás el *consolamentum*.

Isabel se sintió sobrecogida de espanto. Aún no sabía gran cosa de los *buenos cristianos*, ni había descartado del todo la idea de que fuesen unos herejes nada más. Por otra parte, la condición de *perfecta* implicaba el celibato. Pero ella había visto signos que apuntaban en otro sentido. Tenía depositadas en Bernard todas sus esperanzas. Todas las noches suplicaba su regreso. No, ella no deseaba ser *parfaite*. Era una mujer joven, pletórica de anhelos y de impaciencia, deseosa de disfrutar de lo bello de la vida. Que un hombre la cantase como dama suya, y la amase. Ciertamente la humildad y la pobreza eran adornos del alma, pero ella no aspiraba a tales cosas. Todo debía tener su finalidad y su medida; ella estaba dispuesta a ser buena, e incluso a vivir cristianamente como *croyante*, ¡pero dentro de las costumbres cortesanas! Cruzó los brazos sobre el pecho y se apartó un poco de Roquebrun. Todas las fibras de su cuerpo gritaban «no».

Michel Roquebrun sonrió.

—Antes de eso han de ocurrir otras muchas cosas, descuida. Tu camino es un camino predestinado. Todavía se te oculta la meta, pero algún día la reconocerás. Y

entonces harás demostración de verdadera grandeza.

Tomó una mano de ella e hizo intención de hincar una rodilla en tierra, hasta donde se lo permitió su edad. Isabel meneaba la cabeza y el religioso replicó diciendo «chist».

Se oía un rumor detrás del matorral de adelfas. Era una tortuga que salía al prado con su paso lento y prudente. Del tamaño de una cabeza de niño, aproximadamente, resultaba muy bonita de contemplar con las manchas negras de su caparazón. Durante una fracción de segundo Isabel creyó ver en ese caparazón el mundo entero. La bestezuela se alejó lentamente; sabía adónde iba. Isabel la siguió largo rato con la mirada.

Aquella noche durmió tranquila. La mañana siguiente, cuando despertó, el sol lucía muy alto y Michel Roquebrun ya no estaba en Quéribus.

Pocos días más tarde les llegó la noticia de que Ramón de Tolosa padre había entrado en su ciudad, entre el entusiasmo de sus compatriotas. Por fin triunfaba la insurrección iniciada por el hijo, y los meridionales recobraban las esperanzas. Los tolosanos se pusieron con fuerzas centuplicadas a reconstruir las murallas y los fosos de sus fortificaciones, las mismas que había arrasado Simón de Montfort después del primer asedio. Indignados por la prepotencia del de Montfort —apenas hacía un año que había caído otra vez sobre los inocentes pobladores de la ciudad para saquearla y vengarse de los alfilerazos que le asestaba Ramón—, los tolosanos hallaron reservas inéditas de energía. Que nunca más incendiase el francés sus prósperos barrios, ni tomase rehenes para exigir rescate. De modo que las murallas volvieron a crecer junto al Garona más poderosas que antes. La perla del Sur quedó mejor defendida que nunca. Todos participaron en las obras de fortificación, los nobles y los caballeros, los burgueses y las burguesas, los comerciantes, los cambistas, los jóvenes, los oficiales del ejército y los soldados de a pie, todos con el pico o la pala a cuestas. Las calles permanecían iluminadas todas las noches; era incesante la algarabía de tambores, pífanos y campanarios para demostrar el orgullo y la recién recobrada valentía de los occitanos, que no tardaron en cantar los trovadores. El corazón de Isabel también latía por la causa del Sur. Después de sus conversaciones con el *elegido*, también ella condenaba las rapaces incursiones del rey francés y la crueldad de los pontificios para con los *bonshommes*. Las *terrae linguae occitanae* pertenecían a los occitanos y era gran delito tratar de expulsarlos o someterlos. Menos mal que el conde Ramón recuperaba sus posesiones.

Aunque tampoco permaneció inactivo Simón de Montfort. Se multiplicaban los asaltos a las fortalezas y los burgos vasallos de Tolosa, y crecía la inseguridad en las sendas y los caminos. El propio Montfort emprendió personalmente la campaña contra la ciudad insumisa y le puso cerco por segunda vez. Las hostilidades entre el norte y el sur alcanzaban un punto álgido, y regresaron las pesadillas de Isabel.



No le sucedió lo que al caballero Lanzarote de la corte del rey Arturo. Ni se volvió loco Bernard, ni se le apareció ninguna hechicera. Sino que continuó el penoso y arduo camino de retorno. Él y Roland cubrían las arduas etapas desanimados y cansados de la vida. Ni siquiera la visión de los arrecifes logró animarlos: les recordaba su naufragio, y como dice el verso de Ovidio, «el náufrago, hasta el agua de un estanque teme». En efecto el paisaje de la costa les recordaba a los compañeros que se habían tragado las procelosas aguas. Hasta que llegaron a una aldea de casas colgantes sobre el arrecife, que parecían nidos de golondrinas. Bernard decidió que tenían aspecto de refugio acogedor, y su estado de ánimo mejoró bastante cuando uno de los habitantes, hombre de bondadoso aspecto, los invitó a pernoctar en su casa. A cada uno de los infelices peregrinos se le asignó una habitación y cuando vio la suya, tan estrecha que apenas cabía una humilde yacija, Bernard recordó la de Isabel. Cuando se acercó a la ventana divisó una marina extensísima, que comunicaba una gran sensación de paz como si quisiera desmentir al poeta latino.

Así transcurrió casi una semana sin apenas darse cuenta. Los viajeros no pensaban siquiera en reanudar la travesía. Bernard, hipnotizado por la inmensidad del mar y del cielo, pasaba horas asomado a la ventana de su celda, a veces sin pensar en nada, y otras veces buscando palabras y rimas con que componer una canción llena de nostalgia. Porque allí, en la soledad de la celda, se sentía especialmente cercano a Isabel. Pidió pergaminos, tinta y pluma. Pensaba componer un poema para la eternidad, un himno al amor cortés. Que los apuros y las tribulaciones no hiciesen callar al poeta, por lo menos.

«El anhelo —escribió— inflama mi corazón como la flor enciende el cerezo». Al escribir notaba oleadas de calor que recorrían sus brazos y piernas e invadían su cuerpo. El anhelo en cuestión era doble; cierto que deseaba ver otra vez a su adorada Isabel, aunque en ello había también un deseo de gozar las alegrías de la vida y olvidar la pérdida de sus compañeros, así como la de su honor. Pues todavía se juzgaba deshonorado por no haber cumplido con sus votos, pese a la dispensa papal.

*Cuando veo las verduras de las eras,
El día bello y claro y el inmenso mar azul
Y cuando veo y escucho el canto de las aves por la mañana
Y cómo el sol hace nacer hojas y flores en el bosque
Me agrada dedicar un rato de ocio
A componer una dulce canción.*

Bernard se sonrió. ¡Caramba! ¡No era mal comienzo para una tonada de baile! En su interior escuchaba una melodía; al poco rato empezó a tararearla en voz baja, y le gustó. El texto le pareció logrado y le alegró que los largos días dedicados a rimar le permitiesen hallar un ritmo agradable. Lo punteó batiendo palmas. Quería vencer la tendencia al tono melancólico en su *canzone*, que fuese alegre el verso y una

verdadera *estampe* capaz de ganarse el favor de las *trouvères* y cantantes. Y que todo el mundo participase de sus penas pasadas y su búsqueda de nuevas alegrías. «¡Ah! ¡Si pudiera soportar las penas del corazón! —Siguió escribiendo—. Nada censurable pido con eso, ya que sin amor no puede sobrevivir ningún corazón tierno».

¿Quizá por eso estoy vivo todavía?, se quedó Bernard en suspenso. ¿Cómo le había respetado a él la fortuna, mientras arrastraba al abismo a los demás? ¿Acaso él disfrutaba del amparo de un ángel especialmente dedicado? Sin duda debió protegerle la cruz. Pero también la llevaban Alexandre, Simón, Olivier y los demás. La imagen de Isabel que él atesoraba en su interior, ¿era capaz de transmitirle tanta fuerza y hacer que superase todas las tribulaciones, con la ayuda de Dios? Pero en tal caso, ¿fue un designio superior lo que le alejó de Jerusalén? Evidentemente, se hallaba en manos de alguien más poderoso que él mismo, y que encaminaba sus pasos hacia rumbos desconocidos. «¡Oh, vos, bella más allá de toda medida! —Siguió escribiendo lleno de pasión—. Me habéis encerrado en una torre de amor. Por eso yo ruego humildemente a la más hermosa, a la flor de las damas, que me conceda lo que mi corazón anhela». ¡Qué *canzone*, y qué pretensión! Señor, haz que sea escuchado, rezaba con las manos temblorosas y los ojos llenos de resplandor. Y precipitándose fuera de su celda dio voces llamando a Roland. Cuando lo vio se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—Nos vamos ahora mismo. Volvemos al país, ¡amo el Aude!

Cuántos nombres antiguos y sonoros se hallan en Occitania, bien familiares tanto para caballeros como para escuderos: Languedoc, Rosellón, Corbières, Ariège, Toulousain, Agenais, Quercy, Albigeois... y muchos más, con sólo tomarse la molestia de buscarlos. Un país de muchos rostros, pintado de mil colores y empapado de aromas. Al sur está la comarca de Aude, la prometida de Roland, la que murió cuando el emperador le notificó la muerte de su caballero. Aude, la que se metamorfoseó convirtiéndose su cuerpo en país de suaves colinas, rodeado de montañas. Las lágrimas de los ojos se transformaron en arroyuelos sobre los cuales brilla el sol. Está rodeada de prados verdes y amarillos que recuerdan los largos cabellos rubios. Desde las laderas del Corbières hasta las ricas costas de Fresquel, desde los desfiladeros por donde pasa el Agly hasta los empinados bosques de Montagne Noire cambian las formas y los colores, y sin embargo, en su conjunto describen otra vez el cuerpo de una mujer. Ésta es la dueña de las cornejas, las águilas y los venados, la reina de los frescos manantiales y de las peñas heridas por el sol. Es la suma, el todo. Poco a poco, el Aude va ocupando el centro de un mundo áspero, y todo sucede como si la fortuna buscase sus tesoros con años de antelación; unos hombres peculiares convergen incesantemente hacia el Aude: los *buenos cristianos*.

Desde la caída de Béziers en julio de 1209, en el Midi el cruzado francés Simón de Montfort asaltaba una fortaleza tras otra y expulsaba a los *bonshommes* que no prefiriesen morir quemados. Los feudos pasaban a manos de sus seguidores, mientras Ramón de Tolosa se empecinaba en su postura vacilante, creyendo que así defendía

mejor su particular interés. Pero el aguijón francés dolía en las carnes y dos años después corrió un suspiro de alivio por toda la comarca cuando Ramón el joven salió de Provenza para reivindicar sus posesiones.

¿No es curioso el fenómeno del que se enamora de un ser humano, de un animal o de un paisaje? Pero ¿es posible amar la materia inanimada? Absurdo, totalmente absurdo. Y no obstante, tal sentimiento se apodera de centenares de individuos y precisamente cuando Ramón de Tolosa recupera la posesión de su ciudad, el amor a ese paisaje empieza a germinar en muchos pobladores de Occitania.

Es un sentimiento oscuro, que sale de las entrañas. Isabel meneó la cabeza involuntariamente cuando se le ocurrió comparar el amor a la patria con el que le inspiraba Bernard. Cómo se parecen las cosas. Allí en Aude se sentía protegida, todo le resultaba familiar y cercano; deseaba verse en brazos de Bernard, e intuía una sensación parecida de cercanía y amparo. Si él estuviese aquí yo me hallaría protegida en el espacio y el tiempo, y encontraría mi arraigo en el mundo y el alma. Sí, seguramente consistía en eso la relación, era un anhelo de armonía y plenitud, y alcanzada ésta sin duda sobrevendría la gran paz. Debo hallar mis raíces, pensó, y entonces veía a Michel Roquebrun debajo de su adelfa, sonriendo bondadosamente. Tuvo un sobresalto. Aquellas palabras, «tú eres de los nuestros», la estremecían hasta los huesos.

Así nos ocurre siempre con la verdad, murmuró al tiempo que volvía la mirada al cielo en busca de una señal. Y la encontró sobre las cimas de los Pirineos. Dos cúmulos algodonosos se habían juntado formando la figura de una boca sonriente. ¿No había dicho la monja Hildegarda de Bingen que el ser humano se salvará por la boca? «Así como el resplandor del sol alumbraba el mundo, así también su aliento modera y excita todo aliento superior», escribió la santa mujer. Aún continuaba aquella boca sobre las cumbres, y se le antojó a Isabel que le sonreía.

—Aliento de vida —musitó—. El cielo me envía un hálito de vida en estos tiempos. Significa fuerza, voluntad para emprender nuevas acciones.

Asintió llena de confianza, y dirigió otra ojeada hacia las cimas. La formación nubosa, empujada por el viento, había viajado hasta colocarse sobre uno de los picos, y daba la impresión de que éste salía de la boca, como las espadas que salen por entre los labios en el libro del Apocalipsis.

Espantada al verlo, Isabel corrió a meterse en el castillo. Buscó los aposentos de su madre y se precipitó en brazos de ésta como en otros tiempos, como si quisiera volver a ser una niña.

—¿Has tenido un sueño? —dijo Leonor acariciándole el cabello con la palma de la mano.

—Sueños y señales —suspiró Isabel—. Que presagian cambios, y desgracias. Tengo miedo.

Las dos mujeres se abrazaron en silencio, hasta que el sosiego se convirtió en confianza. La vida continuará, se dijo Isabel finalmente, al tiempo que se desprendía

de los brazos de su madre. Hay que tomar las cosas como vienen. Respiró hondo y se puso a explicar los signos que había visto. El semblante de Leonor se nubló al adivinar que el mundo se llevaba a la hija lo mismo que antes le había quitado a su hijo. Isabel dejaría el recinto de Quéribus y lejos de aquellas murallas protectoras, quedaría expuesta a todas las intemperies de la vida: caminos inseguros, ciudades superpobladas, peligros y tentaciones por todas partes. No, el mundo apenas ofrece lugar para una dama fuera de las cortes y los castillos. De mala gana despediría Leonor Lemaitre a esa hija que salía al mundo. Pero sabía que es inútil querer luchar contra el destino; al que no se somete, lo arrastra a la fuerza.

Isabel pasó varios días en ese extraño estado intermedio entre el sueño y la vigilia, que suele ocurrir cuando se espera un cambio que sabemos inminente, pero cuyos detalles aún no podemos conocer. Ella saldría al mundo, esto era evidente, pero no sabía cuándo, ni en qué condiciones, ni veía con claridad su meta. Tomaría parte en la lucha del Sur por su libertad, desde luego, y se acercaría a los *bonshommes*. Imposible precisar más. Todo era cuestión de aguardar el próximo signo, lo cual la obligaba a permanecer muy atenta, porque muchas veces el destino se revela en las cosas más nimias. Al mismo tiempo Isabel trataba de absorber a Quéribus, de llevarse consigo todas las imágenes de su infancia. En aquellos días embargaba su ánimo una gran confusión; lo verdadero se entremezclaba con lo soñado, como si un pintor de escudos se hubiese distraído y se le mezclase lo amarillo con lo azul dando un verde casi fantasmagórico. A veces se pellizcaba en la mejilla para asegurarse de si estaba despierta.

Sobre la tierra cayó el otoño como una fina intuición de crepúsculo y grisalla. Su primera manifestación, que cesó el agobio del estío y se sucedían las noches claras y frescas, como aquella de mayo en que Bernard se despidió de Quéribus. Qué lejos quedaba el día de abril en que lo conoció. Del pasado, sin embargo, aún podía nacer el porvenir. Ella así lo creía, esperaba a su caballero y halló confirmada su creencia por un acontecimiento especial, que ella interpretó como presagio: Bertrán de Quéribus mandó preparar una celebración de la primera luna llena de octubre, que era viernes, en honor del cantor Baldovinos. A la fiesta quedaron invitados los caballeros de Peyrepertuis, Aguilar, Padern, Coustaussa y Auriac, es decir, todos los vecinos de Quéribus, con quienes deseaba parlamentar Bertrán sobre si convenía defender la causa de Ramón, y de qué manera. Para divertir a los invitados, una vez reunidos se celebrarían el mismo viernes, antes y después del banquete, unas justas poéticas en las que *troubadours* y *jongleurs* se disputarían la corona de las artes. Un sorteo decidió que el vencedor recibiría el premio de manos de Isabel y otras dos doncellas. Simón de Aguilar presentó una *canzone* compuesta especialmente para la ocasión y

Pierre de Coustaussa cantó con afinación digna de un ruiseñor, pero la corona fue para Baldovinos, cuya voz se elevaba a impulsos de una pasión inigualable, y cuyo poema fue reconocido como una obra maestra por todos los caballeros presentes. Su canción, como no podía ser de otra manera, fue la del ruiseñor elegido mensajero y enviado a la morada de la dama distante. Y como aquella otra vez, Baldovinos hizo prodigios. Isabel cerró los ojos y se sintió transportada a aquellas seis noches en que se elevó la canción amorosa desde el pie de la muralla. Un signo al fin y al cabo, pensó mientras Baldovinos rasgueaba el laúd anunciando la estrofa final con su invitación.

—Sí —susurró Isabel—. El que haya depositado sus esperanzas en el amor, que no titubee mucho tiempo, pues demasiado pronto lo blanco amarillea y se marchita la flor. Vale más que la dama haga lo que cumple, antes de que algún otro cuidado la distraiga.

Si hubiese comparecido Bernard, Isabel no habría titubeado.

Mientras los caballeros banqueteaban en la sala principal del *donjon*, Isabel en su nicho de la ventana se entregaba a sus ensoñaciones amorosas. Los caballeros admiraron las cerezas y el pan blanco, al tiempo que Isabel en su ventana respiraba olores de romero y espliego. Se sirvieron cantidades ilimitadas de un excelente vino. Isabel imaginaba un sorbo de agua clara y la gota que resbala poco a poco por la barbilla y el cuello hasta deslizarse por el valle de los pechos hacia abajo. En el banquete de los caballeros se sirvieron pescados y mariscos guisados en leche con judías verdes, empanadas de anguila, postre de arroz con leche de almendras y canela molida, mientras Isabel se veía a sí misma desnuda en medio de un prado; delante de ella, Bernard en cota de mallas y calzón de lana. En la sala del homenaje los hidalgos daban gusto a la lengua y al paladar. Isabel sintió crecer la excitación en su cuerpo. Y mientras los de abajo hablaban a voces y alborotaban cada vez más, Isabel suspiraba contenidamente, controlando el aliento para que el goce no creciera como el arroyo de aguas bravas que demasiado pronto se derrama en los desfiladeros del Aude, sino como río cuyo caudal aumenta poco a poco y se llena de fuerza para emprender largo viaje hasta el mar. Finalmente sirvieron quesos tiernos y fermentados, y moscatel, y en el punto culminante del banquete los caballeros decidieron prestar mano fuerte a Ramón de Tolosa y socorrerle contra el asedio puesto por Simón de Montfort.

Por más que fuese penosa la marcha, Bernard no sentía la dureza porque la perspectiva cada vez más próxima de ver nuevamente a Isabel le prestaba la fuerza y la resistencia de un lobo. Incluso le sobraban arrestos para dar ánimo a Roland, que iba con los pies llagados y próximo a la desesperación, pero no quería abandonar a su compañero. Si se exceptuaban las fatigas naturales de un viaje a pie, podría decirse que la fortuna los trató con benignidad porque no hizo caer sobre ellos chubasco ni pedrisco, ni sufrieron encuentros con salteadores de caminos u otras gentes de mal

vivir. Hasta que llegaron relativamente incólumes a Saintes-Maries-de-la-Mer, donde fueron recibidos con asombro y admiración. Cierto que había llegado hasta allí la noticia del trágico accidente de Roger, y se rumoreaba que la cruzada bajo Honorio no estaba conociendo demasiada fortuna. Pero también se sabía que otros peregrinos habían arribado a los Santos Lugares en condiciones para combatir. Por eso, a Bernard y los suyos los suponían ya en el Próximo Oriente.

Puesto que era de lamentar la pérdida de algunos compañeros, no se celebró ninguna fiesta para solemnizar el retorno. Los caballeros y otros hidalgos tuvieron un modesto banquete durante el cual estuvieron pendientes de los labios de Bernard, que relataba sus aventuras. Con el relato revivió el dolor de aquellas jornadas, los amigos desaparecidos, el furor de las tormentas, las olas codiciosas queriendo atraparlo, los arrecifes con su poderío destructor. Bernard narraba bien, poniendo cada vez más emoción en sus palabras. Los oyentes, conmovidos, permanecieron sentados hasta la madrugada intentando descubrir el sentido de aquella tribulación. Parecíales dudoso que aquella cruzada ni la causa del Papa contasen con las bendiciones del Señor. Algunos opinaron que habían andado mal aconsejados los que tomaron la cruz, abrazando con ello el partido de los realistas mientras Simón de Montfort tiranizaba todo el Languedoc hasta Tolosa y más allá. Y precisamente ahora que Ramón recuperaba parte de su condado, y devuelta la ciudad a los meridionales, era preciso que todos los caballeros de Occitania hiciesen causa común para evitar que cayeran más feudos en poder de los franceses. Y los caballeros de la Camargue aprovecharon los últimos rescoldos de la chimenea para debatir sobre cómo se intervendría en la guerra para ayudar a Ramón frente al común enemigo Simón de Montfort.

Una semana más tarde Bernard emprendió viaje hacia el Toulousain con cuatro caballeros y seis escuderos. Para no llamar la atención ni correr el riesgo de caer en manos de los franceses, quienes patrullaban los caminos reales, los hombres de Saintes-Maries eligieron atajos y sendas que sólo ellos conocían. Dieron grandes rodeos al pasar cerca de Béziers y Narbona, y evitar por completo la comarca del Carcassés prefiriendo la de Fenouillèdes que sabían en poder de los occitanos. Naturalmente Bernard elegía esa ruta, sobre todo, para tener oportunidad de hacer etapa en Quéribus y ver a Isabel.

Al fin se hallaron al pie del promontorio coronado por el castillo e iniciaron la fatigosa escalada del flanco. La impaciencia del reencuentro embargaba a Bernard, como si fuese un actor momentos antes de salir al escenario para interpretar el papel más importante. En su cabeza resonaban todos los versos nuevos que había compuesto para Isabel, y deliberaba consigo mismo, febrilmente, cómo le dirigiría la palabra. Pero aún no habían llegado arriba cuando hizo una observación sorprendente que le dio mucho que pensar. En los peldaños vio gran número de boñigas de caballo, como si hubiese pasado por allí un contingente muy numeroso. El portal estaba

cerrado y un centinela apostado en la torre los interpeló. Tardaron bastante en abrirse las dos pesadas hojas de madera de roble para que pudieran entrar los jinetes.

—Llegáis tarde —le dijo el centinela—. Los señores se marcharon anteayer y nadie nos dijo que esperásemos refuerzos.

—¿Queda alguien en el castillo?

—Mi señor Bertrán en persona. La gota tiene agarrotado su cuerpo y se le caen de las manos la espada y la lanza.

—Llevadme a presencia de vuestro señor, pues deseamos pernoctar aquí.

Mientras continuaban subiendo escalones, Bernard echó en falta la animación tan característica de Quéribus en otros tiempos. El castillo parecía desierto y abandonado. Antes tan poblado de gente que tal vez habría ofendido a un espíritu sensible, por el excesivo hacinamiento, ahora el silencio que imperaba entre sus murallas casi evocaba las tapias de un cementerio y deprimía más aún. Con un ademán Bernard rechazó la sensación opresiva. Cuando vio que salía del *donjon* al patio Baldovinos para saludar a los peregrinos con profunda y respetuosa reverencia, el semblante de Bernard se animó. Todavía no había cambiado la primera palabra con el juglar cuando asomó en el umbral el amo del castillo.

—¡Luego era cierto! ¡Sois vos! —dijo Bertrán de Quéribus con una voz rota de anciano que no le conocía—. ¿Tuvisteis éxito en vuestra peregrinación? ¿Qué os trae por aquí? Pero vamos, entremos en la sala. Sentémonos a comer y escucharemos el relato de vuestras aventuras.

Caballeros y escuderos siguieron de buena gana al barón y entraron en la sala de armas. En el centro de ésta, una maciza columna soportaba el peso de toda la bóveda, dividida por ocho nervaduras transversales y cuatro radiales. Bajo este cielo de piedra la sensación de refugio acogedor que comunicaban las gruesas paredes contrastaba con la ligereza interior de la atrevida construcción. Buen lugar para susurrar secretos o celebrar sucesos afortunados. Bernard se hallaba a gusto en aquella sala, y creyó notar la proximidad de Isabel. Lástima que no se admitiera a las mujeres en los banquetes de los hombres, porque le habría gustado que ella escuchase bajo aquella bóveda la narración de sus peripecias, y llevarle la noticia de que él mismo había armado caballero a su hermano Sebastián y le había ceñido la espada.

Dos criados y una muchacha atendían a los comensales mientras Bertrán bebía literalmente las palabras de Bernard. Éste adornó el relato en más de un pasaje, deseoso de destacar los sucesos afortunados y la valiente superación de las dificultades echando tierra al fracaso de la expedición, que aún le dolía en lo más íntimo a Bernard. Y adivinando los deseos de Bertrán, hizo también mayor hincapié en la batalla contra los toscanos, destacando el valor demostrado por Sebastián. Esto lo escuchó con agrado el señor del castillo, aunque al mismo tiempo preocupaba el enterarse de que el joven caballero andaba en tantos peligros, a los que, según

pareció, hacía frente sin ayuda de nadie. Y así, cuando Bernard terminó su relato la conversación siguió girando alrededor de las aventuras que la fortuna pudiese reservarle todavía a Sebastián, y como el buen vino de Corbières corría en abundancia, la fantasía de los caballeros se elevaba a las más exóticas latitudes y a los incidentes más peregrinos. De manera que lo imaginaban en los confines del mundo, arrojado por las tormentas hacia los mares de Oriente y las tierras de la India, allá donde los cartógrafos suelen pintar quimeras y monstruos marinos. Desde luego, era emocionante figurarse el encuentro del joven caballero con los representantes de aquellos extraños pueblos que relaciona la crónica de Martianus Capella: los *trogoditas*, cavernícolas mudos, aunque de pies ligeros, o los *antípodas* que caminan hacia atrás, extremo éste que motivó una larga discusión entre los comensales. Los bebedores evocaron el espanto de Sebastián cuando contemplase los *blemmys* que no tienen cabeza, o los *esciópodos* que andan sobre un solo pie, y no digamos el horror de los *antropófagos* que se alimentan preferiblemente de carne humana. Por allí proliferaban los perros de dos cabezas y los humanos con cabeza de perro, las serpientes tetracéfalas y los dragones que escupen llamas y que son las mascotas de los orejones, también llamados *panocios*, bandoleros empedernidos que no dejarían de atacar al osado caballero caminante solitario por los caminos del gran Alejandro y sin contar, como éste, con la protección de un aguerrido ejército.

Los oyentes se estremecían de temor y repugnancia casi al mismo tiempo que reían dándose grandes palmadas. Parecióle a Bernard, que venía echando en falta pasatiempos más espirituales y además habría abandonado de buena gana la sala del banquete para lanzarse en busca de Isabel, que aquellos hombres se emborrachaban de historias e imaginaciones terroríficas o repugnantes como los romanos con sus combates circenses de gladiadores. Y es que muchas veces las alegrías de la gente tienen su aspecto infernal. Lo asombroso y lo ridículo, por lo visto, eran las distracciones favoritas de los humanos, en especial a la hora de comer. Pero eso, cuando alguien recordó la misión en Constantinopla y Bertrán quiso hacer demostración de cultura citando lo que escribe Liutprando de Cremona sobre el emperador de Oriente, a Bernard le pareció casi una muestra de delicadeza:

«El día de Pentecostés me condujeron a presencia de Nicéforo, un hombre de aspecto bien extraño. Enano de estatura, cabezón con ojillos de topo, desfigurado por una poblada barba corta, ancha y canosa, monstruoso por su cuello delgado y largo como de media vara. El cabello le daba aire porcino, y por lo oscuro de la piel parecía etíope de los que no agrada encontrar en un callejón a medianoche. El vientre hídrico, el trasero descarnado, los muslos largos para su poca talla, las piernas cortas y los pies a proporción...».

—Tomado en conjunto, un verdadero aborto. Con razón pinta el *mapamundi* esos monstruos por la parte de Oriente —rió Bertrán muy orgulloso de su retentiva, además de ser de los pocos que sabían leer y escribir.

Pero ya los caballeros y los escuderos bromeaban sobre las deformidades de los

sarracenos a los que Sebastián estaría combatiendo en Palestina. De esto pasaron a hacer mofa de sus enemigos los franceses. Encendidos por los vapores del vino, llamaron necio y mal nacido a Simón de Montfort y así salieron hacia sus habitaciones, envalentonados y seguros de que no iba a escapárseles la victoria.

Por fin Bernard veía llegada la hora de ocuparse de Isabel. ¿Si se habría enterado de su presencia? ¿Tal vez estaría esperándole en su cámara? ¿Se atrevería él a llamar? ¿Por qué no? No lo oirían sus compañeros, embriagados como estaban; en cuanto al señor del lugar, había subido a sus aposentos en lo más alto del *donjon*, fatigadísimo, arrastrando los pies. Nadie advertiría la visita del pretendiente consumido de amor. Se preveía una noche entera de tierno cortejo. Sin dudar más, Bernard enfiló el pasillo a oscuras por donde se iba a la habitación de Isabel. Caminaba muy atento, contando los pasos, mientras intentaba recordar: ¿eran doce, o dos veces siete? Daba igual. A los trece pasos se halló frente a la puerta de roble y golpeó quedamente con los nudillos. No hubo respuesta. Llamó un poco más fuerte y durante más rato.

En el pasillo y en la habitación, silencio total. En vista de que nadie contestaba a la llamada, Bernard empezó a vagabundear por el castillo, aunque no sin precaución, por más que pareciese abandonado. Buscaba algún indicio que le diese la pista, pero no lo encontró. Isabel no estaba en Quéribus. Desierta la casa sobre la cual había construido él sus sueños. Sentado en el peldaño más bajo de la escalera por donde se salía al patio, se quedó contemplando el cielo. Un cansancio enorme se abatió sobre él. La he perdido, pensó, y le pareció que el mundo se había quedado vacío.



Isabel estaba de visita, con su madre, en una casa burguesa de la ciudad condal, mientras su padre atendía a los aguerridos caballeros en el castillo. Los Breladés eran vinateros desde hacía varias generaciones, y comerciaban sobre todo con la comarca de Burdeos. Además, se dedicaban a importar especias de la Arabia. Las expediciones de castigo emprendidas por Simón de Montfort perjudicaban a sus negocios, y por eso no tenían inconveniente en alquilar dos habitaciones de su espléndida mansión por un módico precio, sobre todo tratándose de las Lemaitre. Para hacer más agradable la estancia a la esposa y la hija del señor de Quéribus, las invitaban a su mesa, cuya calidad no tenía nada que envidiar a la del castillo. Antes, al contrario, porque tenían más arte en la elaboración de los platos, a veces auténticamente principescos. También la casa en sí ofrecía comodidades muy superiores a lo acostumbrado en Quéribus. La habitación de Isabel, aunque también reducida, tenía tres palmos más de anchura en todos los sentidos y daba a dos calles, con lo que siempre disfrutaba de buena luz, incluso a postigos entornados. No se veían manchas de humedad en las paredes, ni los suelos rezumaban frío como el piso de piedra del castillo, sino que estaban recubiertos de cálido entarimado. En conjunto, se le presentaba a Isabel la curiosa circunstancia de vivir mucho mejor en una ciudad asediada que en la libertad del castillo, allá en su Fenouillèdes.

Otra circunstancia favorable fue que Isabel simpatizó enseguida con Caroline Breladés, la hija de los anfitriones, y ésta le presentó a sus mejores amigas, Madeleine y Simone. A los pocos días de su llegada a Tolosa, Isabel se hizo íntima de las tres. Tenían un carácter risueño y malicioso, en agradable contraste con los modales postineros que afectaban las damas de la corte, en el hacinamiento del castillo de Ramón. De hecho, toda la ciudad estaba rebosante. El cerco puesto por Simón de Montfort tenía muchos agujeros por donde se entraba y salía con comodidad. Con los triunfos recientes, la causa del Sur había ganado partidarios y nadie dudaba que el invasor francés acabaría por batirse en retirada.

Saliendo del pequeño huerto la escalera tenía un trazado laberíntico, un trecho pegada a la muralla, aprovechando luego un pasaje entre dos casas, con dos tramos en zigzag hacia arriba, hasta desembocar en una pasarela de madera por donde se subía a los adarves. Era el camino secreto que enfilaban las mujeres para asomarse a las almenas sin ser vistas por los caballeros. En aquel lugar la ciudad parecía inexpugnable; la muralla estaba construida sobre un despeñadero que, a su vez, daba a un terreno accidentado, por lo cual no había manera de acercar las máquinas de guerra. Desde la barbacana se dominaba bien aquel tramo y así los defensores renunciaban a apostar centinelas en ella. Las mujeres se escondían detrás de las almenas y desde allí contemplaban el llano donde estaba acampado el ejército de Simón de Montfort. Se veían los convexos escudos y las armaduras que lanzaban destellos bajo el sol. Brillaban también los cascos multicolores de los caballeros y los mesnaderos, incluso se distinguían las espadas de algunos. Pero lo que más gustaba a las mujeres eran los caballos. Los había magníficos, morcillos calzados de blanco, alazanes, overos manchados, que llamaban la atención; junto a ellos, muchos pencos lamentables que daban pena, que apenas podían cargar con el jinete ni mucho menos galopar con la fuerza necesaria para asestar una buena lanzada. El ejército de Simón era un montón variopinto. Aunque aparecían muchos escudos nuevos y bien pintados en azul oscuro, púrpura e incluso plata y oro, el equipamiento en general no brillaba y abundaban más los desconchados y los yelmos con abolladuras. Los soldados se veían aguerridos pero fatigados. A las mujeres les parecían muy amenazadores, pero no creían que aquellos soldados fuesen capaces de conquistar la ciudad.

Estas excursiones secretas a la muralla producían un agradable cosquilleo en la tripa. La constante presencia del peligro incitaba a no perder el tiempo y saborear la vida con más intensidad. Se discutía con tanto entusiasmo sobre los consejos de la monja Hildegarda en cuanto a las mejores maneras de preparar los alimentos, como cuando tocaba dilucidar si un vestido de corpiño ceñido y que marcara las caderas podía consentirse, o se debía proscribir por demasiado excitante para los hombres. Entonces sí, cuando la conversación tocaba a los hombres, saltaban incontenibles las risitas de Madeleine, Caroline, Simone e Isabel. La mayor de ellas, Madeleine,

festejaba en secreto con Luc Leclerc, hijo de un rey de armas de la corte de Ramón: experiencia que le era cordialmente envidiada por sus amigas quinceañeras Caroline y Simone. A su vez Isabel no quiso callar que un caballero había compuesto ya para ella una *canzone* muy sentida, ni se hizo de rogar demasiado para repetírsela a sus amigas.

Las cuatro soñaban con el amor. Desfallecían pensando en el *amor purus* teorizado por Andreas Capellanus como aquel en que «los corazones de los dos amantes quedan unidos por el perfecto sentimiento del amor que consiste en la contemplación de las almas y el intercambio de corazones mediante el beso, el abrazo y el casto contacto con la amada desnuda, aunque renunciando al goce último». Ojalá se encontrase al hombre con quien cambiar el corazón, pensaban las cuatro. Isabel veía a Bernard ante sí, pero no reveló que estaba segura de que su imagen se hallaba de esta manera en el corazón de un caballero; este secreto lo guardaba como una joya de oro y delicia oculta. Aunque no olvidaba la decepción sufrida ante el comportamiento contenido de él; conocía bien la pasión que dormitaba en su fuero interno de mujer. También las demás se conocían, tenían despierta la curiosidad, el cuerpo en su punto de floración, los sentidos alerta. Bastaba para excitarlas lo permitido en el amor puro, pues ni siquiera Madeleine había yacido desnuda con Luc. Todas ellas discutían con vehemencia este asunto de la *tenzone* en que la dama regala una noche a su trovador, siempre y cuando el galán se conformara con los besos: ¿era lícita y justa la imposición, o abusaba la dama al exigir semejante grado de servilismo? Quizá la condición no fuese más que un ardid, opinó Madeleine, una manera de pasar la noche juntos sin preocuparse, de momento, por si estaban cometiendo un pecado.

—Sí —rió Isabel—. Muchos recurren a ese engaño. Primero solicitan la contemplación de las formas puras, y luego reclaman el todo.

Todas rieron y siguieron pensando en abrazos de parejas desnudas mientras volvían los ojos hacia los soldados del de Montfort, enfundados en sus corazas.

El entusiasmo de los occitanos y la aglomeración hacían de Tolosa una ciudad vibrante; en Francia ninguna otra podía paragonársele. Isabel disfrutaba del espectáculo multicolor y se felicitaba por no haber fijado residencia en la corte condal. Desde la residencia de sus anfitriones burgueses nadie le impedía salir a recorrer las calles y las callejuelas, atenta a los juegos de los titiriteros que habían entrado a raudales para distracción de los asediados. Resultaba tan diferente de la vida tranquila en un castillo rural como Quéribus; incluso la actividad de Carcasona parecía la de un villorrio en la comparación. Hasta las numerosas manadas de cerdos que corrían entre gruñidos por las calles y hurgaban en los desperdicios amontonados junto a las casas constituyeron una sorpresa para Isabel. Por primera vez en su vida vio hombres y mujeres que hacían muecas y visajes sin pronunciar palabra, y un

enano contrahecho capaz de jugar con cinco manzanas en el aire al mismo tiempo. Y se detuvo espantada para ver a uno que escupía fuego. Cerca del mercado, imposible continuar sino a empujones y codazos. Los cuerpos se rozaban y la corriente humana era un río que amenazaba con sumergir los puestos de venta. Las tenderas pregonaban la mercancía. Las compradoras gritaban regateando los precios o para quejarse por habérseles dado una fruta podrida o una lechuga con pulgones. Las conocidas se saludaban basándose sonoramente en ambas mejillas, y todo el mundo reía y vociferaba al mismo tiempo, como los espectadores en un torneo. ¡Qué vida esta!, se repetía Isabel, y muchos días se dejaba llevar por la multitud, para olvidar hasta la hora y el lugar en que se encontraba.

Para una evasión aún más completa, nada mejor que entrar en la iglesia de Saint-Sernin y dejar que la oscuridad y el recogimiento surtieran sus efectos sobre el ánimo. Casi se hubiera dicho que las losas del suelo irradiaban algo de la energía que debió poseer san Saturnino, el primer obispo de Tolosa, el que habiéndose negado a adorar los falsos dioses murió arrastrado por un toro en las calles y las escalinatas. La iglesia erigida sobre su tumba fue enriquecida por Carlomagno, nada menos: Isabel capta el hálito de las santas reliquias. Este centro de peregrinaciones irradia un pasado lleno de buenos presagios. En la Porte Miège-Ville es Santiago quien recibe al visitante con la mano que imparte la bendición y el rostro que expresa la confianza de quien vive entregado al Señor. Isabel intuye aquí que las raíces alcanzan hasta Cristo y que ésas son también sus raíces. No murió en vano san Sernín, ni se equivocó Carlomagno al distinguir ese templo especialmente. La vida fastuosa del clero, en cambio, la exhibición de un sinnúmero de reliquias —escandalizaba sobre todo la presentación de los huesos de Santiago a los peregrinos que iban a Compostela—, la prepotencia romana y el lujo de los obispados, eso sí estaba muy lejos de las raíces.

Tal vez Tolosa estaba sirviendo de refugio, en aquellos momentos, a muchos religiosos cátaros. Todo el mundo sabía que los franceses odiaban a los *buenos cristianos*, por cuyo motivo los *perfecti* eran especialmente bien recibidos en el lugar, y cada vez más numerosos los ciudadanos que abrían su corazón a las predicaciones de los *bonshommes*. Y volvían la espalda a la Iglesia romana, cuyos clérigos vivían en el lujo y la ociosidad, mientras los *perfecti* consagraban sus almas al cielo renunciando a las amenidades de la vida presente. Incluso en el mercado, en medio de lo mejor que ofrece la vida y que todavía se hallaba en Tolosa al comienzo del asedio, la conducta y la frugalidad de los cátaros eran objeto de comentarios favorables.

Isabel volvía a encontrar con frecuencia el recuerdo de Michel Roquebrun y sus palabras: Eres de los nuestros. No tardaría mucho en establecer estrechas relaciones con otro *elegido*. Pero de momento, el cielo escatimaba signos y señales.



Mientras tanto, y tras ardua cabalgata contorneando los Pirineos, Bernard y los caballeros de Saintes-Maries arribaron a Muret, donde plantaron su campamento e intentaron averiguar si convenía más infiltrarse a través del cerco para reforzar la guarnición de Tolosa, o caer sobre los sitiadores por la espalda para aliviar la situación de la ciudad. Así descubrieron que las líneas de Simón de Montfort eran más fuertes en el valle del Garona, donde, sin embargo, no amenazaban tanto las defensas de la ciudad; de momento no disponían de máquinas de guerra, ni tenían tropas suficientes para sellar el cerco. En tales condiciones, no era probable que intentasen un asalto. Por otra parte, también era evidente que los de Ramón no planeaban ninguna salida, sino que se limitaban a ordenar la defensa para economizar fuerzas y quedarse a esperar acontecimientos.

En vista de la situación, Bernard decidió apostarse detrás de las líneas del de Montfort. Seguía pensando en Isabel y sospechaba que la tenía cerca, al otro lado de las asediadas murallas. Simón de Montfort había emplazado su campamento en las colinas de la orilla derecha del Garona. Al abrigo de una empalizada se habían levantado cabañas de madera para el conde y sus generales. La tropa de a pie dormía sobre jergones de paja en tiendas de campaña. Cada noble vasallo ubicaba su contingente en barrio separado, que se distinguían por los colores de los escudos y los gallardetes plantados ante la cabaña del jefe. En cada esquina del campamento tenían una torre de vigía, desde donde los sitiadores dominaban a la perfección el río y su valle, así como los principales caminos de acceso a la ciudad. Montfort sabía elegir la situación, y la misma prudencia inspiraba la distribución del resto de sus fuerzas. Ante cada una de las puertas de la ciudad se ubicaban, a distancia segura, las avanzadillas protegidas por sendas empalizadas, y los huecos entre estos puntos de apoyo estaban guardados por tropa de a caballo y a pie. Para cerrar el cerco únicamente faltaba una parte de la orilla del río y un terreno muy accidentado y dominado por una peña que parecía casi cortada a pico.

Aún no parecía un asedio de verdad. Durante horas, a veces durante días, se abrían coladeros en el cerco de los sitiadores, por donde entraban a la ciudad o salían de ella pequeños contingentes. Incluso tenían acceso los campesinos y los comerciantes, rara vez molestados por los franceses, quienes solían soltarlos enseguida. Con esto y por la vía fluvial la ciudad se aprovisionaba sin mayores dificultades. Junto al campamento militar se alzaba el de los titiriteros, los cómicos y las prostitutas que seguían a la tropa. Al anoecer comenzaba allí una actividad bastante considerable. A los músicos que procuraban alegrar el ambiente con sus pífanos, trompetas y tambores, se les unían con frecuencia los clérigos, de los que venían más de dos docenas en el séquito del de Montfort. Menos edificante era el espectáculo de los

cómicos de la legua. Un fortachón se pregonaba a sí mismo como el luchador más poderoso del orbe cristiano; era digno de verlo con su estatura gigantesca, espaldas anchas y músculos que parecían montañas de carne, la colosal barriga plantada sobre unas piernas que parecían columnas. Espantaba a los simples haciendo rodar los ojos como un loco y con unos bramidos de fiera. Montaba combates de exhibición con su joven ayudante y desafiaba a los espectadores una y otra vez. Todas las noches lo intentaban varios mesnaderos, y con frecuencia se cruzaban apuestas, a ver quién saldría vencedor. Invariablemente, el gigantón derribaba a los contrarios aplastándolos con su masa, y los ahogaba hasta que dieran la palmada en el suelo para indicar que se daban por vencidos. Las excitadas cuadrillas continuaban entonces la ronda pasando frente al que escupía fuego, al flaco ocupante de la cama de clavos, y al prestidigitador que hacía desaparecer y aparecer monedas, pañuelos, huevos de gallina e incluso un conejo vivo. Otro jugaba con cuatro pelotas en el aire y recitaba al mismo tiempo el *Cantar de Roldán*, lo que le valía no pocos aplausos. También solía ser muy admirado el encantador de serpientes, a los sones de cuya exótica flauta se balanceaba una víbora de peligroso aspecto. Después de tantas emociones no era infrecuente que los hombres buscasen el rincón de la pelirroja cuyas sayas indecentemente acortadas enseñaban las pantorrillas, a veces hasta las rodillas, y que los incitaba con sus labios pintados y sus expresivos «pasa, guapo; pasa, moreno». Cuando la ramera y el mercenario eran viejos conocidos, sin demasiado regateo se metían a rastras en una tienda de campaña y se tumbaban sobre una alfombra, para holgarse en aquella relativa intimidad. Más divertida resultaba la escena para los mirones cuando el pretendiente era un novato o pipiolo recién reclutado y capaz de dejar toda la mesada en manos de la astuta hurgamandera. Algunos jóvenes despabilados negociaban como pescaderas en el mercado y no les faltaba réplica a las burlonas interrogantes de las mozas acerca de lo que llevasen en los bolsillos. A los tímidos se les conocía por las caras ruborizadas y la prisa que se daban a ajustar el trato y desaparecer en lo oscurillo; otros en cambio preferían guardar la paga y no se decidían; después de discutir largo rato, se escurrían entre dos tiendas tratando de escuchar o de ver algo mientras se satisfacían solos; los dineros ahorrados de esta manera los gastaban luego en vino, que también tenía sus expendedurías en aquel lugar todo risas, suspiros, riñas, cánticos, charlas, gritos, jadeos, alaridos, roces, palmadas, ronquidos, y así sucesivamente. El aire vibraba de vitalidad y, por supuesto, aquello no acababa de parecer una guerra en serio.

Así transcurrían las semanas. A un otoño breve le siguió un invierno muy crudo que hizo más de una víctima entre los sitiadores y los sitiados. En marzo la primavera se anunció tormentosa y las ventoleras arrasaron el campamento, viéndose el de Montfort obligado a reordenar sus efectivos. El mes de abril fue bonancible y los asediados recibieron tropas de refuerzo. A comienzos de mayo se cerró el cerco

alrededor de Tolosa y comenzaron de veras las hostilidades.



Con los primeros días soleados de la primavera, Madeleine, Caroline, Simone e Isabel reemprendieron las excursiones a las almenas. Pero esta vez no sintieron el acostumbrado cosquilleo de emoción, sino verdadero temor. Las mujeres intuían la gravedad de la situación. El hacinamiento en la ciudad, desde que no se renovaba la población al no ser posible entrar ni salir, cobraba carácter de molestia agobiante. Las naves laterales de Saint-Sernin servían de dormitorio y no sólo a los peregrinos habituales. Los precios subían en el mercado y en las calles aparecieron los primeros pedigüños famélicos. Se mascaba el pánico cuando empezaron a llover sobre las murallas los primeros proyectiles y los franceses avanzaron sus posiciones.

Isabel seguía explorando lo que recordaba de sus sueños. En uno de ellos había visto un asedio, pero el lugar sitiado no era la ciudad sino un castillo aislado; de ahí sacaba su optimismo en cuanto a la suerte de Tolosa. Sabiendo que el futuro le reservaba otro asedio lejano, las inevitables privaciones cotidianas no deprimían su ánimo; adivinaba cosas peores para más adelante. Por otra parte, no lograba olvidar la señal que había visto antes de la partida hacia Tolosa, esa boca de cuyos labios asomaba una espada, como si un ángel descomunal sacase su lengua mortífera. Ella había leído aquel pasaje del Apocalipsis que dice «luego vi el cielo abierto, y apareció un caballo blanco; el jinete se llama el fiel, el veraz, y juzga y lucha con justicia. Sus ojos son como una llama de fuego, sobre su cabeza tiene muchas diademas; tiene un nombre escrito, que sólo él conoce; está vestido con un manto teñido de sangre, y su nombre es la Palabra de Dios. Y los ejércitos celestes lo acompañan sobre caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y limpio. De su boca sale una espada afilada para herir a las naciones; él las regirá con vara de hierro; él pisa el lagar del vino de la ardiente ira de Dios Todopoderoso».

Los pensamientos de Isabel cobraban un giro melancólico. Sabía que el final estaba por llegar, pero ¿cómo y para quiénes?

Un nuevo sueño disipó sus temores. Vio un ruiseñor que volaba llevando en el pico una rama de olivo. El ave se posaba sobre los pies de ella y abandonaba la rama; luego oyó que se ponía a cantar una tonada que ella reconoció. A continuación, todo se oscureció en el sueño y así continuó un rato hasta la salida del sol, que iluminó una ciudad alegre y confiada, donde orgullosos caballeros pasaban cabalgando sobre sus corceles. Delante de ellos iba arreando un burro flaco que servía de montura a un obispo con el hábito hecho jirones. El pueblo que flanqueaba las calles asistía a la escena y la aplaudía con entusiasmo. Entonces se alzó de entre la multitud un hombre de mejillas hundidas que se arrodilló delante del obispo. Perdona la violencia que se te ha infligido, dijo el hombre con fuerte voz, y permite que ahora continúe yo tu camino. El obispo le miraba sorprendido y los nobles resoplaban de impaciencia. El *bonhomme* se puso en pie y era Michel Roquebrun. Todo el mundo pudo escuchar

cómo le perdonaba sus pecados al odiado obispo Fulco y le conminaba a vivir adelante dentro del santo temor de Dios.

—Los buenos cristianos no toman venganza, sino que perdonan las ofensas — concluyó el *perfecto*.

El pueblo murmuraba, incrédulo al principio, pero dándole luego la razón. En la noche de aquel día Tolosa celebró una gran fiesta. La música invitaba a bailar. Isabel estaba entre los espectadores, pero entonces salió de entre la multitud un hombre muy erguido y se acercó lentamente a ella. Entonces despertó. Estaba persuadida: en Tolosa todo acabaría bien.

Para las muchachas, sin embargo, las salidas a la muralla ya no eran diversión sino una empresa seria: si los hombres creían posible dejar desatendido aquel tramo, al menos ellas montarían la guardia. Quizá Tolosa tendría que agradecer a sus mujeres lo que Roma a los gansos del Capitolio, bromeó Isabel hablando con sus amigas. A fin de estar preparadas para lo peor de lo peor, hicieron que el novio de Madeleine les procurase unas hondas para lanzar piedras.



Con paciencia los franceses acabaron de construir sus torres de asalto y empezaron a cavar galerías en los puntos idóneos para alcanzar los fundamentos de la muralla y que así las minas pudieran hacer su trabajo. A no tardar también tuvieron dispuestas las primeras catapultas. Hora tras hora disparaban centenares de peñascos del tamaño de un perro contra las fortificaciones y los tejados. Continuaron luego con intentonas tácticas consistentes en lanzar oleadas de honderos y arqueros. Aquéllos eran soldados de a pie que se acercaban corriendo hasta unos trescientos pies de distancia y con sus hondas lanzaban piedras contra los defensores de los adarves; esto era una maniobra de distracción que aprovechaban los arqueros para disparar flechas incendiarias al interior de la ciudad. Las cuadrillas encargadas de apagar los incendios apenas daban abasto. Además, era preciso cubrirse de los dardos que disparaban los ballesteros; aunque lo hacían a bulto y la mayoría iba a caer sobre los edificios, si uno tenía mala suerte podían herirlo en plena calle. Aunque Montfort combatía por cuenta del Papa, y el segundo concilio lateranense había prohibido la utilización de «esa arma letal y odiosa a los ojos de Dios», al menos en campañas contra otros buenos creyentes cristianos, y bajo pena de excomunión, él solía pasarse por el arco del triunfo tal género de prohibiciones.

A primeros de junio lanzaron el primer asalto. Avanzaban plataformas de madera; los arqueros y arcabuceros apostados sobre ellas disparaban con gran puntería contra los defensores, y los efectos se hicieron sentir enseguida. Bajo la lluvia de dardos y flechas, los hombres se refugiaban detrás de las almenas o huían a ambos lados. Aprovechando esta ventaja, una compañía acercó una torre de asalto, bajo cuyo puente venía un pesado ariete con el que tenían intención de abrir una brecha en la muralla. Pero entonces algunos jinetes de los sitiados aventuraron una rápida salida y

pusieron en fuga a los servidores de la máquina. Desde las almenas arrojaban alquitrán en llamas sobre los de a pie, y los arqueros también abatieron a muchos. En medio de la confusión, los atacantes descuidaron una irregularidad del terreno y la torre empezó a tambalearse. Los tolosanos la empujaron desde arriba con pértigas, y el artefacto infernal se derrumbó con enorme estrépito.

Este fracaso enfureció al de Montfort. A plena luz del día y a la vista de Ramón y sus fieles, que miraban desde lo alto de sus torres, hizo que decapitaran a veinte rehenes y envió las cabezas al interior de la ciudad por medio de las catapultas. Ramón correspondió al repugnante obsequio enviando un esclavo sarraceno con un carro tirado por un asno. Llevaba un barril del mejor vino, hortalizas, cerezas y quesos para el de Montfort, a fin de que recobrase fuerzas después de sus heroicas hazañas de la jornada.

Fue entonces cuando Bernard juzgó llegado su momento. Durante los meses transcurridos, lejos de permanecer ocioso, había reclutado en las tierras del Sur a numerosos caballeros. Dispuestos a defender la causa de Occitania y la fidelidad jurada al conde Ramón, los nobles reunieron además algún dinero con el que enrolaron mercenarios, tropas de a pie destinadas a cubrir los flancos de la caballería. En suma, a comienzos de junio de 1218 Bernard contaba con una fuerza superior al centenar de hombres. Quizá serían suficientes para abrir una cuña en las líneas enemigas y crear confusión, de manera que Ramón pudiese emprender una salida con perspectivas de éxito. Coordinaba sus planes con los asediados mediante un mensajero, un muchacho pequeñín y muy listo que trabajaba para todos los bandos: a Simón de Montfort lo mantenía informado sobre la situación del aprovisionamiento en Tolosa; a Ramón, sobre la fuerza numérica de los franceses, y además servía de correo entre los sitiados y los apostados detrás de las líneas de los sitiadores. Como resultado de todas estas iniciativas quedó fijado el 18 de junio como el día en que Bernard emprendería el ataque por la espalda para tratar de abrir brecha en el cerco. Momento que aprovecharía Ramón para una salida con el grueso de sus fuerzas. El resultado de la batalla en campo abierto dictaría la decisión.

La víspera Bernard pasó revista a sus tropas. En el orden de batalla se le asignó a cada caballero un puesto determinado, defendido además por varios soldados de a pie. El exacto cumplimiento del plan de ataque iba a ser decisivo. Se discutieron todas las posibilidades y cuando se separaron, cada uno sabía qué lugar le tocaba en la batalla del día siguiente, el día largo tiempo esperado. Iban excitados, impacientes por pasar a la acción y al mismo tiempo satisfechos y seguros de su victoria.

Al amanecer los caballeros reunieron las acémilas y los corceles de batalla, y al despuntar el sol salían de Muret para emprender rápida marcha por el valle del

Garona. Faltaban dos millas para llegar a donde las líneas del de Montfort cuando se desviaron por las laderas en busca de las posiciones altas. Hicieron alto en un bosquecillo para verificar por última vez el equipamiento, apretar las cinchas a las cabalgaduras, recoger gualdrapas, tomar los escudos y empuñar las lanzas para la primera embestida. Cuatro campesinos se quedarían con las acémilas e irían siguiéndoles a retaguardia. Del resto de los de a pie, la mitad llevaba arcos y la otra mitad, chuzos. Irían a paso ligero, flanqueando a los jinetes. Ahí se vería si habían sido bien escogidos. Se decía de aquellos labradores que eran frugales, acostumbrados al trabajo duro, a soportar los ardores del sol comiendo y durmiendo poco; estaba por ver si además se comportarían con valor cuando se enfrentasen al ejército de los franceses.

Siguieron avanzando por entre bosques y matorrales, procurando no ser descubiertos. No tardaron mucho en avistar las posiciones enemigas. Eran miles de hombres puestos en formación para lanzar un ataque a las fortificaciones. A las puertas de la ciudad no se veía actividad alguna. Bernard confiaba en las informaciones de su correo. Faltaba apenas una milla; no tardarían en ser vistos, por lo que dio la orden de cargar. Los jinetes enristraron las lanzas, dieron espuelas a los caballos. Formados en figura de cuña, Bernard el primero, cayeron sobre las líneas de los sitiadores. Los franceses más próximos se volvieron con sorpresa, y su caballería titubeó demasiado antes de variar la posición. Cuando quisieron volver los caballos, ya los atacantes embestían con sus lanzas contra los escudos levantados, y cinco o seis de los de Montfort cayeron al suelo. Los demás consiguieron colocarse en posición de defensa. Mientras Bernard y sus seguidores procuraban rehacer la formación, llegaron los de a pie y se arrojaron con sus picas sobre el enemigo. Los arqueros se apostaron en semicírculo y dispararon contra los sitiadores de ambos lados, a fin de mantener abierta la brecha. De nuevo crujieron las lanzas y tres jinetes mordieron el polvo. Los más adelantados tiraron de espada, los demás enristraron de nuevo las lanzas y se lanzaron en persecución de los escasos caballeros enemigos restantes. A no tardar se enzarzaron en combate cuerpo a cuerpo, en medio de un gran remolino de polvo. Las espadas chocaron, las flechas y los chuzos se clavaron en cuerpos humanos. Gritos de guerra y alaridos se entrecruzaban en el aire. La ruptura del cerco se ampliaba; a uno y otro lado, los franceses titubeaban sobre la conveniencia de retirarse a posiciones más seguras. Al mismo tiempo se abrieron las puertas de la ciudad y salió una columna de jinetes. El plan de Bernard parecía victorioso. Pero también los de Montfort rehacían la formación y pasaban a ocupar el llano, frente a las murallas. La situación estaba igualada, pero cuando se sumaron las reservas de la caballería que hasta entonces había combatido junto a la brecha, la suerte de la batalla dio muestras de inclinarse a favor de los realistas. Bernard y los suyos peleaban con encarnizamiento. Y así el fiel de la balanza pasó varias veces a un lado y al otro.



Un sonoro rumor despertó a Isabel, que se frotó los ojos y se quedó escuchando los ruidos del mundo circundante, aturdida todavía de sueño. Piaban las alondras, gorjeaban algunos gorriones, pero lo demás era silencio. El rumor había sido de origen interno, anuncio de algo, tal vez sólo de un leve trastorno. Notó un pellizco en el vientre y se sintió un poco abatida. Pero no, la procedencia del ruido que la despertó había sido otra. Isabel reflexionó intensamente. Es difícil recordar los sueños que se borran en el instante mismo de despertar. Buscaba imágenes que guardasen correlación con el ruido. Velos de niebla, remolinos de polvo. La comparación con el rebuzno de un asno se impuso por sí sola. Un borrico tozudo que se niega a salir del establo. Isabel se levantó, se estiró bostezando, se puso el refajo y el corpiño, salió de la habitación y se encaminó al patio. En la pila del bebedero se lavó la cara con el agua fresca, haciendo cuenco con ambas manos, y respiró hondo. De súbito se precisó, clarísima, la imagen: unos caballos lanzados al galope. Eran corceles de guerra, y los jinetes llevaban las lanzas en ristre. Un signo, pues, al fin y al cabo.

Apenas despuntaba el día cuando corrió a sacar de la cama a sus amigas, y aún no había salido del todo el sol cuando ya Madeleine, Caroline, Simone e Isabel ocupaban sus puestos de observación en los adarves. Al principio todo se desarrolló como en una mañana cualquiera, pero no tardaron en observar una actividad extraordinaria entre los sitiadores. Más temprano que nunca empezaron a rellenar las filas, éstas más numerosas y... los hombres armados hasta los dientes. Jamás habían visto las muchachas tan nutridas cohortes de mesnaderos. Hacia poniente, en el límite de la sección de las posiciones enemigas que abarcaban desde sus puestos, se concentraba detrás de un cerro gran cantidad de hombres de a caballo y a pie; se hubiese dicho que Simón de Montfort se disponía a atacar la puerta que daba al sur. Acercaban una torre de asedio. Las catapultas arrojaban un diluvio de pedruscos, y también los arqueros avanzaban tomando posiciones. El ataque se diría, en efecto, hacia el portal sur. Isabel observó cómo los defensores iban concentrándose en la parte amenazada de las fortificaciones, abandonando casi por completo el ala sudoriental que era donde estaban ellas. Por el horizonte iban apareciendo cada vez más tropas y convergían desde todas las direcciones hacia Tolosa, hasta que todos comprendieron: Simón de Montfort quería lanzar el asalto definitivo.

Por el sur venía un torbellino de viento que cayó sobre las líneas de los sitiadores. Al mirar con más atención las mujeres distinguieron jinetes y soldados de a pie que atacaban por la espalda a los franceses. Dentro del remolino de polvo, una parte del ejército sitiador volvió grupas hacia la brecha que acababa de abrirse. En ese punto estalló un gran tumulto que pronto se convirtió en verdadera batalla. En la ciudad se oyeron voces y, al poco rato, retumbaron cascos de caballos. Se supo así que Ramón

aventuraba una salida. La atención de todos se volvió hacia el llano donde iba a producirse el gran enfrentamiento. Los de la torre de asalto seguían empujando, no sin cierta desesperación. Apenas hacían caso de las flechas y los dardos de los defensores; cuando caía uno de los portadores otro mesnadero lo reemplazaba enseguida. Los capitanes azuzaban a sus tropas sin contemplaciones, cuestión de acercar la torre a la muralla sin reparar en bajas. Los defensores concentraban sus efectivos. Isabel vio que algunos hombres provistos de panales corrían hacia la muralla; los agitaban con fuerza y no tardarían en arrojarlos por encima de las almenas. Los defensores aprestaban calderos de agua hirviendo. La torre de asalto quedó arrimada a la muralla y se produjeron las primeras luchas cuerpo a cuerpo en los adarves. En el llano hervía la batalla.

Nadie hizo caso de la franja de terreno ondulado, al pie del puesto donde estaban las cuatro amigas. Abajo, algunos grupos se acercaban saltando de matorral en matorral. Isabel notó el movimiento. Un escudo lanzó su reflejo metálico al recibir el sol de la mañana. Isabel vio a un caballero bien plantado, que capitaneaba una columna de doscientos jinetes, quizá más. Detrás de ellos corrían los hombres de a pie provistos de largas sogas y garfios de hierro. Los atacantes se acercaban sin alharacas ni gritos de batalla. Con que ése era el verdadero asalto de Simón de Montfort; la pelea junto a la puerta sur no había sido más que una maniobra de distracción. Isabel dio una voz de alerta. Las cuatro tomaron sus hondas y lanzaron piedras contra la tropa que se acercaba, pero no eran hombres que fuesen a abandonar la empresa porque silbasen unas pedradas alrededor de las orejas. Montfort montaba un estupendo corcel negro, que parecía bailar. Debajo del casco relucía una sonrisa llena de confianza. Llegó a distinguir los ojos, de un azul claro y penetrante. En medio, la poderosa nariz. Ahí apuntó ella, entre los ojos. La honda tirante, contuvo la respiración. El pulgar y el índice sujetaban el cuero con un guijarro del tamaño de un huevo de gallina. La izquierda sujetando la empuñadura. Un giro apenas perceptible de la derecha, los dedos se abren, la piedra sale con un silbido y un diminuto punto negro describe su trayectoria en el aire. Montfort, orgulloso, muy erguido en la silla, da una voz de mando. No logra terminar la frase. Poco a poco se desliza a un lado. En un movimiento lento, de infinita lentitud, el caudillo cae de su corcel, que da de manos espantado, relincha y arranca al galope. Montfort en el suelo, inmóvil. El avance de los soldados se quiebra, algunos se acercan a su general. Gritos de espanto. Desde la muralla empiezan a llover flechas sobre el terreno pedregoso: los defensores han descubierto el ataque. Los arqueros se apresuran a reaccionar. Unos mesnaderos cargan el cuerpo del de Montfort sobre otro caballo. Todos emprenden la retirada. Toque de clarín. Hacia el sur, el remolino de polvo se va aquietando. La batalla pierde fuelle. Los sitiadores inician la desbandada, hostigados por los jinetes de Ramón. Muchos caen, la huida se generaliza.

Ramón hace alto, congrega a sus tropas y regresa hacia las murallas. Que no permanezca desguarnecida la ciudad, aunque tienen buen cuidado de consolidar la brecha abierta en el cerco de las líneas contrarias. Otro toque de clarín. Como cuando una cacería se halla a punto de terminar. Los soldados corren hacia la parte de la muralla defendida por las cuatro mujeres. Gritos de júbilo, vivas, aplausos. Madeleine, Caroline, Simone e Isabel son conducidas a la ciudadela. Allí las espera el conde Ramón padre montado en su caballo, sonriente. Un coro de voces grita:

—¡Las mujeres han salvado la ciudad! ¡Las mujeres! ¡Unas muchachas!

¡Victoria! ¡Milagro! Sí, son esas que se acercan. Como entonces, cuando los graznidos de los gansos evitaron que cayera la ciudad de Roma, pensó Isabel, lejos de dejarse arrastrar por el entusiasmo general.

Ramón VI de Tolosa se quitó el casco y descabalgó apoyándose en los hombros de dos pajes. Con un ademán se apartó de la despejada frente una greña de cabello gris. Sonreía. Tendió ambas manos a las jóvenes.

—Bienvenidas seáis, salvadoras de Tolosa.

Las contempló una tras otra, fijando la mirada largo rato en Isabel.

—¿Quién de vosotras hizo el disparo de oro?

—He sido yo, señor —contestó Isabel adelantándose un paso.

Ramón la miró complacido.

—¿Cómo te llamas?

—Isabel Lemaitre. Mi padre es el senescal de Quéribus y un caballero adicto a vuestra causa.

—Simón, sí. Lo conozco —murmuró el noble con satisfacción, y después de preguntar los nombres de las demás las invitó a acompañarle como huéspedes de honor.



En lo más recio y confuso de la batalla, Bernard comprendió el plan del de Montfort y lloró lágrimas de rabia. La decepción, el temor finalmente. ¡Isabel! ¿Qué pasaría si el de Montfort lograba por segunda vez apoderarse de la ciudad? Sin duda no se contentaría con arrasar tal o cual barrio, sino que tomaría cruel venganza. Daba vértigo pensarlo. Bernard cargó con redoblada furia, tratando de abrirse paso hasta el «león de la cruzada»..., y fue entonces cuando vio que Simón de Montfort era alcanzado y caía del caballo. El giro definitivo en la suerte de la batalla. Lleno de júbilo, Bernard sintió de pronto un dolor intenso, como una quemadura, y perdió el conocimiento.

Despertó en un lugar desconocido para él. Estaba tendido en una cama de campaña bastante cumplida y contemplaba un techo de vivos colores. Vio el semblante de un

caballero que le miraba con ambigua sonrisa. Se sintió cómodo y tranquilo como pocas veces en su vida, envuelto en una paz inmensa. El aroma de unas flores que no supo identificar acarició su olfato, y cuando oyó piar unos pájaros se creyó definitivamente transportado a los Campos Elíseos. Lástima que no le había dado tiempo a despedirse de Isabel, pero la muerte cuando se pone a segar no concede moratorias, pensó al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas. Eran lágrimas de pena por sí mismo, como un muchacho. Porque había amado mucho la vida. Con lo multicolor y variado que le había parecido siempre el mundo, lleno de movimiento y de contrastes, de penas y alegrías inextricablemente confundidas. Se vio a sí mismo cuando era un muchacho y jugaba al escondite con sus hermanas en el huerto, o en las carreras callejeras de sacos, o corriendo por la playa y en la plaza con otros chicos, empujando una rueda vieja con un palo, jugando a las canicas o desafiándose con espadas de madera. De nuevo vio a su padre y a su madre detrás de una empalizada donde se habían escondido para hacer el amor, lo cual fue sorprendido por él con sentimientos encontrados de asombro, repugnancia y extrañeza. ¿A qué obedecerían aquellas acometidas del padre que por lo visto les hacían daño a ambos, puesto que jadeaban y exhalaban abundantes quejidos? Al recordarlo le sacudió de nuevo la risa. El diafragma atormentado empujó el aire a través de la glotis como si una cuadrilla de cómicos lo estuviera manteando.

Al mismo tiempo la risa despertó un dolor sordo que empezaba en el centro del pecho e irradiaba hacia todos los miembros. Entonces recordó lo sucedido. Una lanza sin hierro, en vez de atravesar el escudo había resbalado y le había golpeado en el centro del esternón. No hizo falta más que un instante de descuido. ¡Caramba! ¡Y vaya si dolía! Abrió los ojos de par en par y cuando quiso respirar hondo, sintió otra punzada. Se le habían pasado las ganas de reír, pero al menos disfrutaba de la sensación de estar vivo. Volviendo en sí, se incorporó y se sentó en el borde del camastro. Empezó a tentarse el cuerpo. Pronunció en voz alta su propio nombre. Vio que podía ponerse en pie, y se acercó a la ventana.

—Estoy vivo —susurró.

Desde la ventana se veía el patio del castillo.

Bernard recorrió con precaución el pasador de la ventana de doble hoja. Con precaución, porque era una ventana de cristales emplomados, una infinidad de losanges de colores, amarillos, rojos, azules, verdes, lujo extraordinario y muy digno de admiración. Abrió poco a poco y entonces llegó a sus oídos un guirigay de voces. Era que habían organizado en el patio la celebración de la victoria. Vio los músicos con rabeles, pífanos y tamboriles. Los nobles ocupaban una mesa larga presidida por el conde Ramón padre. A su izquierda se sentaba su hijo Ramón, el séptimo de su nombre y vencedor de la jornada. De pronto Bernard sintió que se ponía colorado, que le sudaban las palmas de las manos y se le aceleraba el pulso. No daba crédito a

sus ojos. No podía ser cierto lo que estaba viendo, ¡cómo era posible! Le flaqueaban las piernas y se vio obligado a hincar una rodilla en el suelo. ¡Imposible! Y sin embargo, no se podía negar lo que uno veía con sus propios ojos: Isabel sentada a la derecha de Ramón VI, como si fuese la condesa.

Y qué hermosa estaba. Cualquier descripción no pasaría de ser como una rama seca y marchita en comparación con el cerezo florido de la presencia auténtica. Sus cabellos oscuros, que llevaba sueltos, relucían como acero bruñido. El rostro con su cutis de suave color meloso resplandecía, los ojos rientes, los labios en flor, el cuello esbelto. Las manos, apoyadas tranquilamente sobre la mesa, exhiben dedos esbeltos y bien conformadas uñas. Lleva blusa de un blanco níveo y sobre ésta un jubón color escarlata, ceñido en la cintura. Como una verdadera princesa a quien hay que adorar, una reina cuyo elogio debe cantar todo caballero bien nacido.

Bien está, se dijo Bernard para calmar su excitación. Tendré que cantar en adelante a una amada inaccesible y dedicaré mis versos al amor puro, tan puro que ni siquiera podrá aspirar a un beso y no digamos al abrazo de la *tenzone*. Sin embargo, Bernard recordaba demasiado bien el anhelo de más, el deseo de la unión y la plenitud, como para no tener ganas de llorar al ver el giro que había cobrado la situación. Y mientras cerraba la ventana y regresaba a su yacija, recordó el paisaje marino y el desfile de las nubes en Saintes-Maries-de-la-Mer y las palabras de su viejo maestro, un ermitaño de la Camargue que le había dado a conocer algunos autores latinos, citando un verso de Ovidio: «Cuántas conchas hay en la mar, tantos dolores nos trae el amor; empapada en hiel nos alcanza la flecha certera». Casi parecía que el romano hubiese adivinado el destino de los futuros trovadores.



Los músicos tocaban exóticos instrumentos y la mesa de los nobles fue llenándose con lo mejor que daban de sí las despensas una vez finalizado el asedio. Se sabía que los franceses andaban ocupados levantando el campamento y preparándose para emprender la retirada. Simón de Montfort estaba muerto y Tolosa se veía libre. Gran oportunidad para que Ramón celebrase su fortuna en la guerra. Exhibía orgullosamente su riqueza y convertía a todos sus invitados en huéspedes de honor. No reparaba en gastos. En medio del patio mandó poner un gallinero con muchos palos y lleno de gallos y gallinas, de arriba abajo, que no habría cabido entre ellos ni un alfiler. Los mirones se quedaban boquiabiertos; era increíble que hubiese tantas gallináceas en el mundo y menos en una ciudad que acababa de sufrir el cerco de un ejército enemigo. En varias fogatas asaban los pollos y los criados los servían a la mesa sobre bandejas de plata. Allí los comensales sazonaban el asado con sal, pimienta y salsa de vino que tomaban de unos recipientes de oro. Todo ello acompañado de excelente pan blanco de barra o de *gastel*, la confección de pan redondo tan popular entre los occitanos. En numerosos cuencos de barro se ofrecían en abundancia los higos, los dátiles, las almendras y las pasas. Causaba admiración la

abundancia de los vinos, desde el *claret* blanco especiado hasta el *sinople* tinto y el *moraz* o licor de moras y otros vinos de frutas. Cuando la mesa estuvo bien cargada y resonaron los primeros eructos de satisfacción, el conde mandó presentar otra novedad asombrosa: una pareja de bailarinas sarracenas. Eran mozas de buen ver y dotadas de gran agilidad que patinaban sobre cuatro pelotas puestas en el suelo al tiempo que daban palmadas, movían los brazos con mucha gracia, tocaban panderetas y palillos y ejecutaban las más variadas figuras. Los espectadores quedaron maravillados y muchos lanzaban exclamaciones de admiración. Cuando ellas terminaron su actuación el aplauso fue atronador, mientras los músicos requerían de nuevo sus instrumentos.

Después de esta distracción los militares empezaron a contar lo sucedido durante la batalla. Eran descripciones vividas y emocionantes, y se hizo reiterada mención de un grupo de valientes que procedentes de Muret habían caído sobre la retaguardia francesa, haciendo posible la salida liberadora. Por último, tomó la palabra Jean Cantmerle, un caballero oriundo de Saintes-Maries-de-la-Mer. El orador contó las largas horas de espera, los minuciosos reconocimientos, la gradual llegada de los refuerzos, sin omitir lo del mensajero que servía a todos y sin duda traicionaba a todos, motivo por el cual también el de Montfort sabía que iba a ser atacado. Elogió la prudencia y la habilidad de su general, y de cómo esperaban todos que se restableciese del golpe de asta recibido. A estos buenos deseos se sumó Ramón hijo diciendo que Bernard del Congost había demostrado ser un valeroso caballero, además de gran poeta. Cuando Isabel oyó este nombre se le escapó una exclamación de alegría, y desdeñando el protocolo cortesano dio una palmada se puso en pie.

—¿Dónde está? —exclamó—. ¿Dónde está?

—En uno de nuestros aposentos —replicó en tono de asombro el hijo del conde.

—Yo lo hacía en Jerusalén —dijo ella a guisa de explicación—. Salió con otros diez caballeros y un numeroso grupo de escuderos, entre ellos mi hermano Sebastián, decididos a tomar la cruz y liberar Jerusalén de manos de los sarracenos.

—¡Ah, sí! —Volvió a tomar la palabra Jean Cantmerle—. La expedición fracasó, porque Nuestro Señor no está con ese Papa. Bernard lo interpretó como un aviso de que debía emplearse en defender la causa del Midi, y se consideró relevado de su juramento de fidelidad a Honorio.

—Seguid contando, hacedme la merced —le incitó Isabel, que apenas lograba disimular su impaciencia.

En vista de que los demás asentían, Jean repitió todo lo que más de una vez le había contado Bernard. Y supo relatarlo tan bien, que todos permanecieron largo rato pendientes de sus palabras. Cuando por fin se sirvieron los postres, y los músicos empezaron a tocar invitando al baile, Isabel juzgó llegado el momento de despedirse decorosamente solicitando permiso para visitar al valiente caballero.



Bernard miraba el techo de madera policromada. Sintió un calambre en el estómago y su vientre que se ponía duro como una tabla, todo ello acompañado de escalofríos como nunca en la vida había tenido. Era tanta su decepción que deseó estar muerto. Si hubiese caído en la batalla, en aquellos momentos sería un héroe coronado de laureles y él no habría sufrido la ofensa de ver desairado su amor. En efecto, lo sentía como una deshonra y de esta idea nacía una chispa de cólera contra Isabel. No habían pasado ni catorce meses desde que partieron hacia Jerusalén, pero ella no había esperado tanto para rendirse a las solicitudes de otro. ¡Pues sí que lo había amado poco a él! Esto era lo que más le dolía. Aunque, por otra parte, ¿le estaría permitido a ella rechazar las pretensiones de un noble? ¿Y acaso él, caballero andante, no debía pasar a un segundo plano frente al señor de quien había sido vasallo?

Bernard experimentaba la contradicción entre sus múltiples vasallajes; en aquel tiempo casi no había hidalgo que no sirviera a más de un señor. Este pensamiento distrajo la aflicción de Bernard y le devolvió a la senda de la palabra. No, la cólera no debía ser su defensora; la llaga de su corazón sanaría más pronto con los recursos del arte cortés, y recordando la sabiduría de Ovidio: la voluptuosidad del sufrimiento. Así sugestionado, buscó rimas con que expresar su dolor. Pero no, que tratándose de Isabel le importaban poco las formas cortesananas; su corazón gritaba y buscaba expresión más allá de ese mundo de perfección existente sólo en el plano poético. Como en otro tiempo, cuando estaba al pie de la muralla dando expresión a sus sentimientos, quiso que la *canzone* fuese mensajera de su alma, no mediadora de un modo superior de ver las cosas. A no tardar, o mejor dicho tan pronto como el señor celebrase otra fiesta, él mismo tomaría el laúd y los dejaría a todos maravillados y preguntándose cuál sería el significado de sus versos; pero ella sí los entendería cuando él cantase:

*¡Ay de mí! Yo creía saber tanto del amor.
En realidad, sé tan poco, que no consigo
apartar de mi pensamiento aquella
de quien jamás recibiré ningún favor.
Ella me ha quitado el corazón
y así estoy privado de mí mismo
y no me queda más que un anhelo y un deseo.
Nunca he vuelto a ser dueño de mí
desde aquella hora en que sus ojos
me mostró en un espejo que me encantó.
Espejo, desde que en ti me miro
estoy que desfallezco en un suspiro.*

—Muy hermoso —exclamó una voz conocida, y Bernard se sobresaltó como si le hubiese rozado el dedo de Dios.

Isabel se acercó dando rápidas zancadas, se arrodilló en el suelo y envolvió entre los brazos al sorprendido Bernard. El abrazo fue largo y mudo, aunque acompañado de sollozos, risas y palmadas en la espalda; todo lo que sucedió después, Bernard lo vivió como embriagado. El mundo circundante quedó oculto detrás de velos de

niebla, la confusión de las voces como de rumor de las olas. En cuanto a su propia voz, había perdido el dominio sobre ella. Participó en la fiesta y dejó que le dispensaran honores de héroe; sin embargo, apenas se enteró de nada porque sólo pensaba en Isabel, la dueña de todos sus sentidos y sentimientos. Algún tiempo después hizo que ella le contase todo lo que había pasado, porque él no se acordaba de nada. Excepto de un solo detalle: que Isabel no era la condesa de Tolosa.



Hacía rato que la luna había desaparecido del cielo y amanecía cuando los convidados se despidieron. Isabel abrazó a su caballero en el umbral de la puerta del aposento de Bernard. Cuerpo tibio pegado a cuerpo, mejilla a mejilla. Isabel se reclinó en su hombro sintiéndose protegida. Alzó poco a poco el rostro para ofrecerle los labios. Las bocas se unieron para un tímido beso. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Isabel, rápido y agudo como la picadura de una avispa, pero en vez de dolor sintió bienestar y dentro de sí como una brisa fresca que inflamaba todavía más el ardor. Con un esfuerzo, se libró del abrazo y salió corriendo.

Madeleine, Caroline y Simone la esperaban entre risitas a la salida del castillo. Enseguida rodearon a Isabel, bromeando con disimulo. Pero Madeleine sonreía con expresión de enterada, porque ella tenía a su Luc Leclerc y ya estaban oficialmente prometidos. Ahora que había acabado el asedio se podía empezar a pensar en bodas. Aún tendrían que esperar un poco Caroline y Simone, que eran demasiado jóvenes; además los artesanos y los comerciantes tardaban un poco más que los nobles en casar a las hijas. Ninguna de las tres le envidiaba a Isabel su felicidad, antes al contrario, ardían en impaciencia esperando que ella contase acerca de su caballero Bernard. En efecto, no se hizo de rogar Isabel. Subieron furtivamente a su puesto de la muralla y allí mismo, donde el día anterior habían tenido su instante de gloria, ella les contó su primer encuentro con Bernard, lo del ruiseñor y la canción dicha en voz queda, lo de Baldovinos, la habitación, la despedida, la esperanza, la nostalgia, la confianza, sin omitir detalle. Al contarle era como si lo reviviese todo, y aumentaba la profundidad de su sentimiento para con Bernard. Pero también el recuerdo de Alfonse de Olmes hizo derramar alguna lágrima y trajo la evocación de los temores, la angustia por la posible pérdida de libertad, la pena del trágico final. La narración de Isabel abarcó casi dieciséis años de su vida. Tiempo sobrado para hacerse mujer.

El día siguiente alzó su vuelo el ruiseñor. Por la mañana Bernard del Congost le solicitó a Simón Lemaitre la mano de su hija, que él concedió de buen grado. Más por guardar las formas que por verdadera obligación, Bernard solicitó asimismo la autorización de Ramón VI, quien la otorgó también, y además el conde de Tolosa quiso contribuir personalmente al ajuar de la novia como salvadora de la ciudad, y firmar como testigo.

A primera hora de la tarde quiso visitar Bernard a su amada para llevarle las noticias. Leonor, que había saludado al caballero en el momento de entrar, se retiró discretamente. Las amigas evitaron la casa, aunque mucho les habría gustado poder espiar lo que sucediese en el aposento de Isabel. Así Bernard e Isabel compartieron habitación sin ser molestados. Las dos estrechas ventanas dejaban pasar la luz y el gorjeo de los gorriones que anidaban en una vid trepadora de la pared exterior. Junto al negro arcón, una cama sencilla, no tan ancha ni cómoda como la que tenía Bernard en su habitación, pero suficiente en todo caso para dos ocupantes bien abrazados. Isabel, entumecida por el sueño, le hizo seña a su héroe. La manta resbaló hacia abajo descubriendo los muslos de ella, que sólo llevaba un humilde camisón de hilo ceñido al pecho. Su oscura melena caía sobre los hombros, pesada y reluciente. Los ojos a los que aún no había besado la luz del día se abrían inmensos en el rostro blando de sueño. Bernard se quedó mudo de admiración. Arrodillándose junto a la cama, susurró los primeros versos de su poema, casi tartamudeando al ritmo frenético de su corazón. Por más que le consumía el deseo de cubrir aquella piel de besos, se limitó apenas a rozarla con el aliento mientras recitaba verso a verso, confundiendo los conocidos con otros nuevos. Las manos temblorosas descubrieron el cuerpo de ella, que se le entregaba obediente. El ruiseñor cantó el cuello y los hombros, de los que se deslizó el camisón. Cantó la espalda y los brazos de finas articulaciones, susurró su canción de amor en las axilas, sobre los costados y hasta la cintura. Sus trinos se detuvieron en los pechos, blancos como el Pie de Malearas. Ella arrojó el camisón y se le ofreció echada y desnuda.

—El que aceptase los besos y luego no tomase lo demás, merecería perder lo que se le concedió al principio —citó Bernard, que se sabía a su Ovidio de memoria y no escatimaba el aliento.



También cantaba el ruiseñor a orillas del Adriático. Pero allí anunciaba dolores. Los muslos muy abiertos, el sexo al aire, Juditha gemía y jadeaba por el esfuerzo, sudaba y temblaba. Sujetaba en la izquierda un manojo de hierbas, que estrujaba cada vez que le sobrevenía un dolor; durante los breves intervalos aspiraba los aromas en busca de alivio y exploraba con la derecha el sexo abierto, palpando la creciente dilatación del cuello de la matriz. El tacto reconocía ya un suave mechón de cabellos. Apretar, empujar, gritar. De nuevo se entreabre la puerta. Sus tiernas carnes acusan el dolor. Nudillos blancos de la mano cerrada sobre las hierbas. Grito de «ayúdame, María». Tan deliciosa la concepción como doloroso el parto. La piel más íntima tensa hasta el límite de la desgarradura. Apretar, empujar, gritar. Está atascado como un corcho dentro de una cañería. Sangre, sangre por todas partes. Una punzada, un golpe, casi como un estampido al romperse la carne. Un torrente que se derrama sobre la manta. Oscura, pegajosa, recubierta de cuajarones sanguinolentos, la criatura. El dolor se retira a los rincones más ocultos del cuerpo, se esconde, se desvanece,

queda olvidado. Una masa resbaladiza, viscosa como una anémona, la placenta que cae sobre la manta. El cordón umbilical todavía pulsátil, atado en un instante con una tira de esparto. Un tijeretazo decidido. El barreño preparado con agua. La mano que aferra las piernas del recién nacido. Colgado cabeza abajo, una palmada en el trasero, el primer grito. Bañarlo en el barreño, envolverlo en lana, acostarlo sobre la cuna de paja. La madre ha de cuidar de sí misma. Se lava el sexo. El dolor retorna, abrasador. Cubre con hojas de menta la piel desgarrada, se pone un paño limpio y unos breves calzones. Bendito sea el fruto de tu vientre. Gracias, Virgen santísima, gracias. Es una niña.

—Te llamarás Sofía —murmura Juditha mientras acuna en brazos al tierno ser.

Se abre la blusa, toma en la mano el seno repleto. Venillas azules, pulso de la vida. Con cariño, acerca la criatura al pecho. Boca diminuta que se cierra, labios que rodean el pezón. Mejillas que se hinchan y deshinchán, una corriente cálida en el pecho. Juditha respira hondo.

La busca

Amaury de Montfort, el hijo de Simón, intentó reorganizar las líneas de los sitiadores y volver a cerrar el cerco alrededor de Tolosa. Muchos de sus caballeros, sin embargo, estaban impacientes por volverse a la Île de France. Y aunque hubieran servido fielmente a Simón de Montfort, no juzgaban que el compromiso de vasallaje fuese extensivo al hijo de éste. En cuanto a los mesnaderos restantes, hombres de a pie la mayoría, les faltaba un caudillo enérgico. Las escaramuzas duraron aún algunos días. Los jinetes occitanos realizaban rápidas salidas en las que solían llevar la mejor parte. En vista de lo cual Amaury decidió abandonar el asedio y se retiró hacia el Lauragais. Allí pensaba reponer fuerzas y celebrar consejo de guerra con sus barones.

Los caballeros del sur saborearon sus victorias. Ardían en deseos de acción. Ahora que habían recuperado Tolosa sería cuestión de llevar sus estandartes por todo el Midi, por Garona, Lèze y Hers, y aun al otro lado, hacia Castelnaudary y el Carcassés, a fin de reconquistar todas las *terrae linguae occitanae*, expulsar a los franceses y cubrirlos de oprobio. En pelotones de diez a quince jinetes atacaban los puestos avanzados de Amaury hacia poniente, estorbaban sus líneas de aprovisionamiento, desarzonaban a tal o cual caballero para tomarlo como rehén y exigir un cuantioso rescate, o ponían sitio a algún castillo aislado. Eran alfilerazos que no hacían mucho daño, pero incomodaban al joven conde de Carcasona e iban socavando su poder y perjudicando su prestigio. Allá en Paris el rey no se acordaba ya, por lo visto, de las tierras occitanas, porque no enviaba refuerzos, ni dinero. El hijo de Montfort se veía cada vez más solo en aquellos extensos parajes.

Mientras tanto Bernard disfruta de su fama de héroe y la compañía de la mujer amada. Las bodas se celebraron poco después de la retirada de los franceses y no fue el obispo de Tolosa quien ofició la ceremonia, sino Michel Roquebrun. Tras visitar el *pog* de Montségur y colaborar en aquella obra, después de la muerte de Simón de Montfort regresó a Tolosa. El mismo día de su llegada, por la tarde, se tropezó con

Isabel en la plaza del mercado, aunque..., ¿diremos que realmente fuese casualidad? Ella le habló de su amor y sus deseos de contraer matrimonio, y no tardaron en reunirse los tres a comentarlo. Extrañaron mucho a Bernard las doctrinas de los *buenos cristianos* en cuanto al matrimonio considerado como una prostitución de las más bajas, puesto que significaba el público reconocimiento y espectáculo de la unión sexual. El intransigente rechazo de la sexualidad planteado por los *bonshommes* causaba confusión a Isabel y Bernard, y no fue poco el apuro de Roquebrun para explicar a los enamorados que aquéllos se referían sobre todo a una virginidad espiritual y una forma especial de la castidad que significaba renunciar a los placeres diabólicos. Que las personas corrientes se casaran para procrear descendencia no tenía nada de particular, por lo cual le parecía bien incluso para los sacerdotes, dijo. Era distinto el caso de los *perfectos*, que éstos sí estaban obligados a renunciar y debían vivir, más allá del ascetismo, una vida de auténtico menosprecio a los bienes mundanales. Lo principal, para Roquebrun, era el amor a Dios; también los enamorados podían cumplir con ese mandamiento a su manera, siempre que colocasen el amor a Dios por encima de sus particulares sentimientos. En este sentido era Roquebrun partidario del matrimonio y no tuvo escrúpulos en casar a Bernard e Isabel. Ella juzgó prodigiosamente consumadas, y desmentidas al mismo tiempo, aquellas palabras de «eres de los nuestros»: nunca sería una *parfaite*, pero seguiría unida a los *buenos cristianos* en calidad de *croyante*.

Para Bernard, en cambio, la relación con los *bonshommes* no pasó del contacto superficial, ni le interesaron nunca las discusiones acerca de la fe verdadera, el estilo de vida conveniente y los muchos preceptos y reglas a que tanta importancia daban aquellos santos varones. Como era algo vanidoso, prefería la vida cortesana y disfrutaba los privilegios del rango, como por ejemplo el lujoso aposento que les fue asignado en el castillo a los nuevos esposos. También participó en más de un torneo, con entusiasmo y buenos resultados. Y conforme pasaba el tiempo, se entregaba más completamente a la felicidad doméstica con Isabel. Pasaba muchas horas a su lado; a sus espaldas algunos le colgaban el mote de *Erec*, aludiendo a aquel caballero de la Tabla Redonda cuyo acusado sentido familiar había descrito tan acertadamente Chrétien de Troyes, una generación antes. Bernard componía conmovedoras endechas a la plenitud en el amor, capaz de alcanzar la condición de *amor purus* pese a la consumación corporal que él hallaba en brazos de Isabel, ¡y con qué asiduidad! Ella estaba consumida por el anhelo de la unión física, como el caminante que se pierde en el monte y que tras largos días de hambre por fin encuentra la posada. Sus recursos a la hora de dar amor eran inagotables; a cada unión la pasión y la intimidad se renovaban, ya que ella le aportaba su inagotable deseo de vivir. Y en cada encuentro ardía en deseos de concebir. No era de extrañar que Bernard acusara el efecto. Cada vez salía menos de casa y fue abandonando gradualmente las correrías con otros caballeros y la participación en justas y torneos. Hasta que dejó de vérselo en armas, ni a caballo. Cambió la espada por el laúd y como su estilo poético era

cortesano y hallaba mucha aceptación, él fue asumiendo el rol de poeta de la corte y se dedicaba a componer lo que le solicitaban los dos Ramones, el viejo y el joven. Pero, así como el *Erec* de la leyenda se veía obligado por capricho del destino a salir y correr aventuras con que demostrar su valentía, en cambio los compañeros de aquella corte se limitaban a burlarse benévola y no pusieron a Isabel en el papel de *Enida*. En cuanto a ella, lo admiraba más como poeta que como héroe de los campos de batalla.

El peligro regresó antes de lo que esperaban, esta vez en la figura de Luis, el hijo del rey. Un año después de la muerte de Simón de Montfort, el monarca enviaba la cruzada mejor equipada que nunca hubiese caído sobre el Sur: veinte obispos y treinta condes acompañaban al príncipe. Para solemnizar su entrada en el Toulousain rebelde arrasaron toda la ciudad de Marmande. Pero eso no intimidó a los occitanos. Animados por sus victorias sobre Amaury, los seguidores de Ramón hijo hicieron una defensa tan encarnizada que al cabo de cuarenta días de campaña Luis consideró que había cumplido más que sobradamente con el voto y prefirió recoger velas y volverse a París. Con esto Amaury de Montfort se halló del todo solo. Bernard consideró definitivamente llegado el momento de guardar la lanza en el astillero para componer himnos en alabanza de la victoria.



Durante las muchas horas que Bernard solía dedicar a la vida cortesana en el castillo, Isabel prefería alejarse de la corte, a la que juzgaba prisionera de las ridiculeces de un protocolo demasiado rígido, impuestas por la excesiva estrechez del espacio en que vivía ese grupo social. Ella prefería pasear por la muralla con sus amigas, o como empezaba a ocurrirle cada vez con mayor frecuencia, enfrascarse en conversaciones con Felipe Mazères, que había recibido el *consolamentum* de manos de Michel Roquebrun el mismo día de la boda de Isabel y se sentía unido a ésta por lazos de especial amistad. Además, pocas semanas después Roquebrun lo había encomendado a la tutela de Isabel mientras él regresaba al *pog* de Montségur. Así Felipe mantenía la comunicación con Michel y por otra parte Felipe era hombre prudente. Solía decir que el creyente no peca por debajo del ombligo y con estas palabras disculpaba la pasión de Isabel. La renuncia a las cosas mundanas era exclusiva de los *parfaits*, y en ese caso la renuncia iba mucho más allá de las cuestiones tocantes al sexto mandamiento. Debía abstenerse de todos aquellos alimentos resultantes de un apareamiento y de todas las bebidas embriagadoras. En la mítica lucha de los ángeles caídos contra Dios estaba el origen de la carne; nunca se sabía si la existencia animal era el domicilio temporal de algún alma irredenta, por tanto, era preciso abstenerse de comerla, y lo mismo el queso, la leche y los huevos. En cambio, era lícito comer los peces, porque no son engendrados, sino que nacen espontáneamente en las aguas. Sobre todo esto, el calendario litúrgico incluía gran número de días de ayuno completo. Felipe vivía con arreglo a estas normas y por eso su fisonomía era de una

flacura auténticamente espiritual.

Cuando se les veía juntos formaban un cuadro divertido. Isabel tenía formas cada vez más redondeadas y femeninas. Contaba dieciocho años entonces y desde luego ya no era una doncella. Al lado de Felipe con su aspecto de santo anacoreta, Isabel parecía la personificación de la alegría de vivir. Él rechazaba el mundo por juzgarlo obra de Satán; ella loaba la sabiduría de Dios... y daba gracias en secreto porque dicha sabiduría incluyese la autorización de crear y conservar el mundo, concedida al demonio. Sobre esta cuestión de quién hubiese sido el verdadero creador del mundo discutían a menudo. Discusión que solía encallar en el argumento aducido ya por Michel Roquebrun: si hubiese sido el buen Dios, Él no habría consentido la presencia del mal.

Felipe explicaba con gran ardimiento la historia de la Creación según viene escrita en la *Interrogatio Ioannis*, un libro secreto que conocieron incluso los primeros cristianos de Roma: «Caviló Satán cómo crearía al hombre para tenerlo sometido, y tomando barro lo modeló a su imagen y semejanza. Entonces ordenó al ángel del segundo cielo que entrase en la figura, y luego tomó un pedazo de ello y formó a la mujer, y ordenó al ángel del primer cielo que entrase en ésta. Entonces les ordenó que realizasen el acto carnal con aquellos cuerpos de barro, pero ellos no sabían pecar. En vista de lo cual, los colocó en el Paraíso y les prohibió comer nada. Luego tomó de su propia inmundicia y creó la serpiente. Y se acercó a los ángeles diciéndoles: Comed de todos los frutos que hay en el Paraíso, pero no comáis el fruto de la perdición. Tras lo cual el diablo astuto entró en la serpiente y engañando al ángel que tenía figura de mujer, llevó a la cabeza de ella el deseo de pecar. Y el deseo de Eva era como un tizón candente. Enseguida el diablo salió de entre un cañaveral, y con su cola de serpiente cometió el pecado de fornicación con Eva. Por eso los humanos no se llaman hijos de Dios, sino hijos del demonio y de la serpiente, que perpetuarán las diabólicas obras de su padre hasta el fin de los tiempos. Hecho esto, el diablo llevó el deseo a la cabeza del ángel que tenía la figura de Adán, y entonces los dos se entregaron a los excesos de la impureza y engendraron hijos de Satán hasta dejar consumado el siglo».

Felipe estaba entusiasmado con *El libro secreto de los cátaros*, pero Isabel se quedó mirando largo rato al vacío.

—Perdona —dijo al fin, con cierta timidez—. Para mí tu historia de la Creación no revela el secreto último. Es un relato artificioso.

—¿Qué quiere decir artificioso?

—Que no tiene vida, a mi modo de ver. Que no describe con autenticidad cómo se apodera de los humanos el deseo y los incita a pecar. El que escribió esa historia de la Creación, quienquiera que sea, no ha amado nunca.

—¿Cómo te atreves a hablar así de una escritura sagrada?

—Perdona, pero cuando contemplo la negrura del cielo profundo, por las noches... —Pero le faltó valor para seguir hablando ni contar sus sueños.

—La negrura del cielo —se burló Felipe.

—Son cuestiones fundamentales —se justificó Isabel—. Hay que preguntarse acerca de lo que hubo en el principio, y quiénes somos, y por qué. Yo no creo que Dios crease un mundo donde no existía el placer del amor, ni existiría a no ser por la intervención del diablo.

Felipe la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Qué preguntas haces!

—¡Ah, sí! —replicó ella—. Supongo que me falta humildad. Pregunta tú, pues, las pequeñas cosas que llevan a las grandes.

—¡Isa...! —quiso protestar Felipe, pero se interrumpió enseguida, respiró hondo y continuó después—: Tienes razón, es menester empezar por las cosas pequeñas.

—Por las más sencillas —corroboró Isabel.

—A fin de cuentas, todo tiene su origen en la pobreza —dijo él, pensativo—. En lo mundanal como en lo espiritual.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo no quiero ser por ser alguien, ni por aparentar. Quiero que mi camino me lleve a Dios, y para eso se necesita desprecio del mundo y ascetismo verdadero. Renunciar a las propiedades. Porque cualquier género de propiedad es aferrarse al mundo y, por tanto, aferrarse a Satán. ¿Cómo puede tener comunicación con Dios un obispo, si ha de pensar al mismo tiempo en el ornato de su catedral, en decorar con oro y piedras preciosas sus vestiduras y sus aposentos, en cobrar el diezmo para incrementar sus riquezas? ¿Cómo pueden ser de Dios esos sacerdotes que, como se dice de los de Roma, se parecen a las gallinas en que sólo piensan en tragar? No. El que quiera llegar hasta Dios ha de ser pobre entre los más pobres.

Vivir en la pobreza, libre de pecado y habiendo renunciado a todas las cosas de este mundo, en eso se resumía la doctrina moral de Felipe tal como la había recibido de Michel Roquebrun y la había escuchado a otros muchos *parfaits*. A diferencia de muchos, como los *bogomilos* de otros tiempos, Felipe no entendía que el pecado fuese «una sustancia autónoma o un espíritu que sugiere las malas acciones de los humanos». Según este criterio severo, un *perfecto* no podía pecar, y si sucumbiera a las insidias de Satán se caería del cielo inmediatamente. No era así como entendían el pecado los *bonshommes* occitanos. Para ellos, el alma de un ángel caído durante el tránsito mundano podía pecar, arrepentirse y hacer penitencia.

Felipe titubeaba, no muy seguro de sus respuestas; pese a haber recibido el *consolamentum* no tenía la sensación de estar iniciado en todos los secretos. Desvalido en muchos aspectos, ayunaba a veces semanas enteras buscando la comunicación con Dios, y repetía con cierta frecuencia las palabras de Juan: «Andad

mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas... Mientras tenéis luz, creed en la luz, para ser hijos de la luz».

En el encuentro con Felipe halló Isabel una nueva serenidad, que le faltaba desde su salida de Quéribus. Sentada al lado del *perfecto*, le observaba durante la meditación. Así fue aprendiendo paciencia y humildad, que iba haciéndole mucha falta al correr del tiempo, y su vehemencia interior no le aportaba sino dolorosas dudas. A punto de cumplirse los dos años de matrimonio, aún no había concebido. Mientras Madeleine paseaba a su hijito de la mano por el jardín, Caroline daba el pecho a una niña y Simone estaba en las molestias del embarazo, el vientre de Isabel seguía plano como una tabla; pasaban las lunas, y nada ocurría.

—¡Ay, Madeleine! —suspiró Isabel un día, en la habitación de su amiga—. A veces me pesa el corazón cuando veo a tu Pierre.

—Tranquila, tranquila —restó importancia Madeleine—. Tu hora llegará, ya lo verás.

—Tu consuelo no remedia mis dudas... Mira, es que Bernard... —se interrumpió a falta de las palabras adecuadas y se quedó mirando a Madeleine con ojos a los que asomaban las primeras lágrimas.

—¿Algo va mal?

—Que pasa todos los días y todas las noches en la corte, y luego cuando le recibo y trato de seducirlo, le encuentro siempre muy fatigado.

Madeleine iba a reír, pero se espantó al ver el semblante lloroso de Isabel y se tapó la boca con la mano.

—A menudo caigo sobre él apenas traspasa la puerta, como cuando el gato acecha al ratón. Entonces él me abraza sin demasiado entusiasmo, me planta un beso en la mejilla, se tumba en la cama, se vuelve del otro lado y se queda dormido.

Madeleine abrazó a Isabel.

—A lo mejor es que insistes demasiado —dijo en voz baja para consolar a su amiga—. A los caballeros les agrada conquistar la fortaleza, pero no ser ellos los conquistados. Será mejor que tengas paciencia y busques armas ocultas para hacerlo tuyo.

Paciencia, otra vez la palabra mágica que la transportaba cerca de Felipe, el único que con su mera presencia lograba sosegar los sentidos de Isabel. Juntos se planteaban preguntas sobre las pequeñas cosas, y en ello encontraban ya un sentido a la vida. Así fue quitándose Isabel, poco a poco, aquella impaciencia y aquella angustia, como si sólo la concepción le permitiese realizarse. Con el tiempo aprendió a aceptarse como

mujer sin maternidad. La fatiga de Bernard dejó de molestarla; al contrario, encontraba en ella una alegría serena, la aceptación de las cosas tal como vienen. Lo cual era mejor que lo de antes; en las ocasiones más inesperadas Bernard recobraba sus espíritus y le proporcionaba a Isabel la felicidad completa, aunque no muy a menudo.



Menos suerte tuvieron los peregrinos en Tierra Santa. En octubre del año del Señor de 1217 la fortuna condujo a todos los cruzados hasta las costas de Galilea. Pero olvidó darles el santo y seña que consiguiese ponerlos a todos de acuerdo. Reyes, nobles y prelados tomaban alternativamente la palabra en las reuniones del consejo de guerra, pero fue en vano que los caballeros esperasen la orden de pasar a la acción. De manera que los peregrinos acogidos al pendón de la cruz levantaron varios campamentos en una extensa llanura frente a la ciudad de Acre, y viendo que se prolongaba la indecisión, Sebastián, Bixente y Guillaume decidieron aprovechar el tiempo para buscar a Bernard y compañeros en medio de aquel cafarnaúm. En su febril recorrido se tropezaron con caballeros de las más variadas naciones, irlandeses y valones, daneses y sajones, franceses, españoles, portugueses, húngaros y austríacos, todos ellos impacientes por demostrar a los sarracenos de qué lado estaban la fuerza y la verdadera fe. Aunque a veces parecían más enemigos los unos de los otros que de los mismos musulmanes. Los variopintos colores de las tiendas de campaña y los exóticos emblemas de los escudos subrayaban la babel de idiomas. En caminos y plazas entre los campamentos se apretujaban caballeros, escuderos, artesanos y comerciantes en una confusión aparente, puesto que cada uno sabía muy bien adonde iba. En los días de feria toda esta agitación llegaba al paroxismo. Al amanecer arribaban los campesinos, los mercaderes y los buhoneros y plantaban sus tiendas consistentes en sencillas carpas de color blanco. Sobre alfombras extendidas en el suelo despleaban sus puerros, rábanos, zanahorias, pepinos, alcachofas, judías, berenjenas, calabazas, calabacines y demás productos de la huerta que alegraban la vista. Otros alzaban montañas de dátiles cuyos colores variaban desde el ocre claro hasta el pardo más oscuro, y era maravilla catarlos y comprobar cómo se diferenciaban en cuanto a jugosidad y sabor. Otro mercader, un anciano arrugado por la edad y las intemperies, abría sacos de nueces y Sebastián apenas daba crédito a sus ojos ante la variedad de avellanas, nueces, almendras, pistachos de todas clases y tamaños, salados, tostados o al natural. En los puestos de las especias la vista y el olfato del curioso recibían todo un ramillete de impresiones; allí los ingredientes puros, como pimienta, perifollo, canela, nuez moscada, tomillo, romero, orégano y otros muchos, se combinaban con el aroma de las mezclas de diversa composición. Estaban asimismo los vendedores de telas, los sastres, los alfareros, los herreros que vendían cuchillos, tijeras y tenazas. Allí se podían comprar cualesquiera enseres que le hiciesen a uno falta, incluso mazas, hachas y escudos. Los carniceros exhibían su

mercancía sanguinolenta para delicia de las moscas, y poco más allá comenzaba la feria de los animales con sus burros, caballos, bueyes y camellos. Al fondo se encontraba incluso una subasta de esclavos.

Sebastián y sus amigos paseaban, se admiraban de todo, buscaban y daban voces. Pero no encontraron a Bernard, ni a ninguno de sus compañeros. Los escasos franceses procedentes de Brindisi estaban repartidos entre distintos campamentos. El desorden era grande y nadie sabía nada, ni supo dar razón de los cinco caballeros de Occitania con sus cinco escuderos. Era como si la tierra se hubiese tragado a Bernard y acompañantes.

Hacía más de un siglo que Abu 'l-'Ala al-Maari se había detenido a cavilar sobre la diversidad de los temperamentos humanos. El mundo, escribió, está dividido en dos sectas, la de los que tienen religión, pero no entendimiento, y la de los que discurren, pero carecen de religión. Sebastián, si hubiese conocido al poeta árabe, le habría dado la razón. Fallecido Inocencio III hacía un año dejando a medias la organización de la cruzada, el sucesor Honorio estaba demostrando no tener la capacidad ni la perseverancia necesarias para llevar la empresa por vías ni medianamente prometedoras. En cuanto a los dos legados pontificios, Roberto de Courson y sobre todo Pelagio de Albano, se comportaban como si anduvieran empeñados en hacer buena la ocurrencia de Abu 'l-'Ala al-Maari. Por lo que respecta a los capitanes de la primera hora bajo Leopoldo y Andrés, no consiguieron ponerse de acuerdo en cuanto a los objetivos de la campaña. De manera que tan pronto como se disipó el entusiasmo inicial, Andrés de Hungría y otros nobles volvieron la espalda a la intención de liberar los Santos Lugares. Así transcurrió medio año, durante el cual los caballeros iban perdiendo la fe en su guerra justa. Pero entonces se presentaron frente a Acre los cruzados frisonos y renanos, gentes aguerridas y deseosas de pelea. Los fatigados organizadores de la campaña se rehicieron un poco y llegaron a la conclusión de que debía lanzarse un primer ataque contra Damietta, en el delta del Nilo. Eliminado el centro de poder de los musulmanes en Egipto, sería más fácil continuar hacia Jerusalén. A finales de mayo de 1218 los ejércitos cristianos tomaron posiciones en la orilla del Nilo, a poniente y frente a dicha ciudad y puerto, que eran en efecto de los más importantes. Apenas hubo caballero que no distinguiera al primer golpe de vista en qué consistía el desafío. El punto más crítico de la ciudadela era la cadena que resguardaba la bocana, por el lado de levante, y que se maniobraba desde un torreón levantado en medio del río. Al levantar la cadena desde ese lado se cerraba el paso a las instalaciones portuarias. Esa torre, por tanto, era lo primero que debían conquistar.

Sebastián y Guillaume fueron admitidos en un grupo de caballeros alsacianos que

eran especialistas en maquinaria de asedio. Por su parte, Bixente se unió a una horda de combativos montañeses oriundos de las cercanías de Aviñón. Sebastián admiró la habilidad de los ingenieros de Colmar y quiso aprender el oficio. No tardó en aprender el manejo del hacha, el serrucho y la palanca, ni los secretos de la construcción de catapultas y torres de asalto. Sin embargo, para ir contra la torre del río se necesitaban otros medios. Durante varios días cavilaron cómo conseguirían acercarse para asaltarla, hasta que un canónigo de Colonia llamado Oliver propuso una idea que los demás aceptaron con entusiasmo. Con no poco esfuerzo unieron dos barcasas y levantaron sobre las cubiertas de éstas cuatro mástiles. Sobre éstos construyeron una plataforma de ataque, como las que se usaban en las torres móviles terrestres. De esta plataforma colgaron mediante cordajes y poleas un puente levadizo por donde los asaltantes pasarían al torreón cuando estuvieran lo bastante cerca para abordarlo. Cuando hubieron terminado el armatoste Sebastián lo contempló extasiado y dijo que tenía un aspecto tan peligroso, que no sería de extrañar que el enemigo emprendiese la fuga nada más verlo.

Pero no eran tan timoratos los mahometanos. Cuanto más se acercaba la torre de asalto flotante, más espesa la lluvia de proyectiles que lanzaban los arqueros y ballesteros defensores del torreón de vigía. Después echaron sobre las barcasas el fuego griego. Costó mucho apagar el incendio. Desde la plataforma Sebastián enviaba una flecha tras otra hacia las almenas egipcias; abajo, Guillaume corría por las cubiertas transportando cubos de agua. El fragor de la pelea se intensificaba de minuto en minuto hasta imposibilitar toda comunicación de palabra. La granizada de proyectiles hendía los aires en ambas direcciones. De vez en cuando, un grito agudo, y alguno de los contendientes que caía al mar. Los remeros bogaban con todas sus fuerzas, y por fin se produjo el abordaje con horroroso estampido de maderos. Cayó el puente levadizo sobre las almenas enemigas, accionado por varios caballeros. Los ganchos prendieron, y ya los primeros atacantes saltaron espada en mano. A la primera embestida los sarracenos huyeron escaleras abajo y los cruzados aseguraron posiciones en lo alto del torreón.

Sebastián fue de los primeros y se arrojó en solitario hacia las profundidades del torreón persiguiendo a los enemigos. Hasta que llegó a una puerta defendida por un sarraceno solo, pero endiabladamente ágil. El moreno cargó con decisión contra Sebastián, que vio pasar el alfanje muy cerca de su cabeza. En la estrechez de aquella estancia interior Sebastián no lograba desenvolverse cómodamente con la espada y se vio reducido a una defensa cada vez más pasiva. Que consistía en mantener levantada el arma, como si fuese un palo, mientras que el sarraceno, a quien además no impedía ningún género de coraza ni armadura, le descargaba una infinidad de sablazos al tiempo que fintaba de un lado al otro. En una de las veces que tiró a fondo el musulmán alcanzó un primer éxito; la punta del alfanje se clavó en el costado de Sebastián. Éste se tambaleó y el contrario levantó su arma para descargar el golpe definitivo; en el último instante consiguió Sebastián parar con la espada y tanta fue la

violencia del ataque, que el alfanje se partió. Antes de que pudiera sacar la daga el sarraceno, el cruzado le lanzó a su vez una estocada que le pasó el vientre. Entonces oyó que echaban el cerrojo de la puerta; el sarraceno rezagado había defendido el paso para ganar tiempo y que sus compañeros pudieran atrancarlo, aun al precio de su propia vida. Ahora la parte alta del torreón era de los cristianos y la base, de los musulmanes.

Sebastián miró a su víctima que yacía en un charco de sangre, y por un instante casi le dio pena el infiel. Pero entonces sintió el dolor lancinante en el costado, se le nubló la vista y cayó a su vez sin sentidos.

Al día siguiente capituló la guarnición de la torre y los cruzados cortaron la cadena tendida sobre el río, destruyeron el puente que unía el torreón con la ciudadela de Damietta y retornaron a su campamento por la vía marítima. Esta victoria fue asunto de entusiásticas loas en los campamentos de los cruzados. Entre los sarracenos, la noticia de la valentía de los cristianos corrió como un fuego y el sultán de los aiyúbidas quedó tan afligido por la derrota que se murió del disgusto.

De nada de esto se enteró Sebastián, que presa de intensa fiebre yacía en una tienda de campaña. Un bañero le curó la herida lo mejor que supo, pero luego no volvió a ocuparse del herido. Por fortuna, Guillaume había visto cómo se llevaban a Sebastián, y se encargó de atenderlo. Aunque faltaban medios, al menos consiguió que comiera y bebiera. Sin embargo, la herida del costado presentaba mal aspecto; era grande y no cicatrizaba. Rezumaba pus y empezaba a recubrirse de una sustancia viscosa, de un color amarillo verdoso y de olor hediondo; alrededor de la herida la piel estaba recubierta de unas manchas rojizas. La fiebre subía, sin que alcanzaran a evitarlo paños en las pantorrillas ni sobre el pecho. Sebastián deliraba, atormentado por los calambres. Guillaume mandó buscar un sacerdote, pero no se halló a ningún clérigo en los campamentos. Una tristeza invencible se apoderó de Guillaume, que contenía con dificultad las lágrimas. No quería presenciar la muerte de su señor, y vagabundeaba por los campamentos. En uno de sus paseos descubrió un mercadillo donde caballeros, pajes y mesnaderos andaban enfrascados en activo intercambio con los comerciantes y buhoneros. Acogido a la sombra de una lona mugrienta, un anciano presentaba sobre la manta puesta en tierra muchas clases de hierbas silvestres, lagartijas, ratas y erizos disecados, y carcasas de serpiente, camaleón y escorpión. Tenía también un bote lleno de gusanos blancos, otro de sanguijuelas, y en el fondo de una tercera vasija se enroscaban varias serpientes vivas de color negro. Guillaume se detuvo y se quedó mirando al viejo. Éste le devolvió la mirada con una mueca interrogante, y entonces el escudero se decidió y le preguntó si era un sanador, a lo que el viejo asintió con la cabeza.

—Mi señor se está muriendo —explicó Guillaume—. Tiene una herida muy mala en el costado, que afecta al vientre. ¿Querías visitarlo?

Sin replicar palabra, el viejo se puso en pie y acompañó a Guillaume hasta la tienda donde estaba el herido. Contempló largo rato la herida supurante y maloliente, palpó el sudor de la frente de Sebastián e incluso se llevó los dedos a la lengua. Le tomó el pulso en la carótida para comprobar el latido y el vigor del corazón. Siempre en silencio, giró sobre sus talones y le hizo a Guillaume una seña imperiosa para significarle que permaneciese donde estaba. Al cabo de un rato regresó con el bote de los gusanos, de los cuales esparció un buen puñado sobre la herida, sin demostrar la menor repugnancia.

—Dejad los gusanos ahí. Volveré dentro de tres días —dijo—. Si para entonces vive todavía tu amo, se salvará.

Sebastián corría por unos desiertos inmensos, avanzando con dificultad, los pies hundidos en la nieve que lo recubría todo hasta donde alcanzaba la vista. Hundido a veces hasta las ingles, a veces hasta el vientre e incluso el pecho, lo que cortaba la respiración y casi le imposibilitaba dar un paso. Las piernas le ardían del esfuerzo. Una niebla densa lo envolvía todo, y con frecuencia nevaba un poco más. Era éste un mundo silencioso, envuelto en elementos invernales y sin un alma en las cercanías, ni siquiera un caballo o por lo menos un perro. En las noches claras Sebastián creía divisar en el cielo una profundidad sin límites que le daba todavía más miedo que la ceguera de la niebla espesa. El temor se le pegaba al corazón como un gran frío, y se infiltraba en sus pesadillas. En ellas no había combates, ni se cruzaban espadas, ni se rompían lanzas. No se escuchaba el griterío de los ejércitos ni rugían incendios. Nada ocurría de lo que Sebastián había asociado con los momentos previos a la muerte. Esta se acercaba, no férrea y ruidosa sino insidiosa y tranquila. Era una muerte que no desafiaba a resistir contra ella, antes, al contrario, le adormecía a uno, y paralizaba toda oposición. Casi se hacía desear. En los sueños, Sebastián se dejaba caer sobre la nieve, bostezaba y se quedaba inmóvil, esperando. Ya se le iban cerrando los ojos, ya empezaba a quedar recubierto de nieve y se acercaba la oscuridad nocturna. Entonces vio una mancha blanca que se aproximaba y por un instante nada más, pero con toda claridad, Sebastián vio el rostro de Juditha, le tendió los brazos y exclamó con fuerte voz:

—¡Sí!

El viejo fue sacando los gusanos, uno tras otro, del costado de Sebastián. Debajo aparecían zonas brillantes de piel nueva, rosada, así como otras como de carne en vivo, como de una incisión reciente. La herida sanaba con rapidez. Los gusanos se habían comido la putrefacción, estaban gordos, se veía que habían cumplido con su deber. El viejo soltó un gruñido de satisfacción al tiempo que iba sacando aquellos corpezuelos blanquecinos y los devolvía a su recipiente casi con cariño. El último gusano se negaba a ser arrancado y clavó sus diminutas mandíbulas en la piel del herido dejando un puntito de sangre.

—¡Sí! —exclamó Sebastián, y despertó.

El viejo sonrió. Mientras el herido se frotaba los ojos con extrañeza, creyéndose todavía en el erial cubierto de nieve, el curandero limpió la herida con un paño empapado en un aceite esencial, la cubrió con unas hojas de hierba y le puso una gasa.



Más o menos a la misma hora, Juditha lió un hatillo con lo principal de sus pertenencias, guardó las hierbas en la alacena de mimbre y se enrolló un pañuelo a la cintura para llevar a Sofía sobre el vientre. Había ocultado la presencia de la criatura durante varias semanas y sentía cada vez más próximo el peligro del posible descubrimiento. Tenía la vaga sensación de que no había porvenir para ellas en Marotta y recordó las palabras de un sangrador ambulante, famoso en toda Umbría y en las marcas por su habilidad con la lanceta. Aquel hombre decía que Venecia era el destino ideal para los buenos curanderos, que allí encontraban siempre una manera de ganarse la vida. Llegada a Rávena, tuvo la fortuna de sanar a un noble y entró en relación con un *medicus* que lejos de desdeñar la ciencia de las plantas medicinales tomó a Juditha a su servicio. Y mientras ella le enseñaba muchos de los trucos que conocía, Fabricio Ciabatta la inició en la medicina empezando por la doctrina de los cuatro humores, la bilis roja, la sangre, la flema y la bilis negra, sus correspondencias con los elementos fuego, aire, agua y tierra, y su relación con las estaciones del año, las horas del día, las edades del hombre y los puntos cardinales. De ellos se decía que la sangre es caliente y húmeda; la flema, fría y húmeda; la bilis roja, caliente y seca, y la bilis negra, seca y fría.

«Además la sangre es amarga por naturaleza —decía uno de los voluminosos tratados que manejaba el galeno—, la flema salada y dulce, la bilis roja astringente, la bilis negra picante y agria. En la sangre de las criaturas de corta edad predomina la bilis roja, en los adolescentes la bilis negra, en la madurez la sangre, y en la vejez la flema. Y las distintas combinaciones de los humores producen efectos diversos en primavera, verano, otoño e invierno».

De manera que le atribuían a la primavera un predominio o plétora de la sangre; en verano, de la bilis roja; en invierno, de la flema, y en otoño, de la bilis negra.

Juditha comprendió sin dificultad esa teoría de los humores y se dijo que cada humano tenía, por la combinación de esos humores fundamentales, una constitución o temperamento peculiar. Cuando esa combinación estaba equilibrada significaba la salud. Y las alteraciones podían ser debidas a dos causas: la excesiva plétora de uno de los humores, o la corrupción de todos ellos. Lo que importaba desde el punto de vista del *medicus* era expulsar los humores perjudiciales y estimular la formación de los elementos salutíferos, hasta lograr el nuevo equilibrio de sus energías. En consecuencia, aprendió de Fabricio Ciabatta el arte de practicar sangrías, que requiere el conocimiento de los treinta puntos del cuerpo que se pueden sangrar. Con estos

nuevos conocimientos perfeccionó asombrosamente sus dotes naturales de curandera. De todas partes le enviaban a los pacientes desahuciados por los *bañeros*, los *medid* e incluso los *physici*, y salvó a muchos que ya habían encomendado sus almas a Dios. Llevaba en esto dos años cuando la llamaron a Ferrara los barones D'Este. Era que la madre del barón, Béatrice d'Este, una descendiente de aquel Azzo II que acompañó al rey Enrique IV en la jornada de Canossa y de la princesa Kunizza, hija del conde Welf, padecía unas hinchazones dolorosas que nadie había logrado curar. Conque le encargaron a Juditha que la sanase, o por lo menos aliviase un poco la dolencia. Tras detenido examen, ella preguntó si la dama era aficionada al vino. Ante la respuesta de que nada complacía a la madre del barón como un buen vaso de tinto, Juditha interpretó que el abuso del vino, combinado con la desfavorable predisposición humoral de la aristócrata, había alterado las articulaciones de ésta. Por consiguiente, el mal de la baronesa no era otro sino la gota o *gutta*, como la llamaban. En vista de lo cual eligió el punto idóneo del antebrazo y practicó la incisión, después de ordenar que la paciente tomase asiento por si se desmayaba. Con esta intervención Juditha estaba persuadida de que, según escribió Hildegarda de Bingen, «la sangre sufre una conmoción, o como un sobresalto repentino, derramándose en primer lugar la sangre corrompida y descompuesta. De ahí que aparezca de diversos colores, pues se trata en realidad de una mezcla de sangre y podredumbre». El brazo vendado por encima de la incisión, la anciana apretaba con fuerza la mano sobre un grueso bastón, y el chorro salió describiendo un arco hacia la bacinilla que tenía a punto Juditha para recoger la sangre y poder examinar su color, coagulación e incluso sabor. Era gota, sin duda alguna. Juditha prescribió agua clara para beber, le prohibió a la paciente casi todas las comidas y le alivió el largo ayuno con la toma de diversas infusiones de hierbas. A las tres semanas la parálisis empezó a remitir y Béatrice d'Este consiguió mover los brazos. Otras tres semanas después se redujeron las nudosidades de los dedos y se atenuaron los dolores, de modo que la dama pudo reanudar su vida normal, salvo en lo de no poder tomar vino ni carnes grasas. Tan agradecida quedó la señora, que en un acceso de generosidad le regaló a Juditha un *palazzo* que tenía cerca de la puerta septentrional de la ciudad, pero vinculado a la condición de atenderla a perpetuidad, condición que Juditha no tuvo inconveniente en suscribir.

La noticia de que había llegado a la ciudad una sanadora extraordinaria se propagó como el fuego; pronto Juditha se vio en apuros para atender a tanta clientela, y estaba mejor pagada que muchos *medid*. Con sus ingresos pudo contratar camareras y lacayos para el cuidado de la casa, así como una niñera para Sofía, aunque procuraba restar tiempo a los enfermos y ancianos a fin de pasarlo con la criatura. Ésta, conforme crecía, iba acusando un parecido asombroso con su padre, así en lo físico como en algunas reacciones del carácter.



Dos semanas más tarde Sebastián estaba curado de su grave herida y, apenas se vio

restablecido, quiso participar en los esfuerzos de los cristianos, empeñados todavía en la toma de Damietta. Los sarracenos tenían fortaleza en la orilla oriental del Nilo, que impedía completar el cerco de la ciudad, y los católicos no pudieron tomarla por más que lo intentaron. En otoño, cuando hicieron acto de presencia en el campamento los legados cardenalicios Roberto de Courson y Pelagio de Albano, Sebastián ya practicaba otra vez la esgrima con la espada. Sucedió entonces que Roberto de Courson murió y el de Albano quiso arrebatarse el mando único a su manera habitual, cerril y despótica. Sebastián estaba de nuevo en plena posesión de sus fuerzas y cobró experiencia tomando parte en algunas de las escaramuzas del otoño y comienzos del invierno. En febrero de 1219, cuando Pelagio con su tozudez característica quiso acaudillar el asalto contra el puesto sarraceno, Sebastián combatió al lado de los alsacianos. Y bien fuese por discordias en el campo propio, o porque se espantó al escuchar el belicoso griterío de los cruzados, el caso fue que el nuevo sultán emprendió la fuga lleno de pánico y abandonó el puesto al legado y sus ensoberbecidas huestes, sin pensar sino en poner pies en polvorosa. Pelagio mandó cerrar el cerco de Damietta y, considerándose el vencedor, rechazó todas las propuestas de los sarracenos. Estuvo hostigándolos hasta bien entrado el verano. De nuevo ofreció el sultán Al-Kamil una paz que les habría supuesto a los cristianos una situación muy ventajosa. Pero Pelagio, cegado por los éxitos anteriores, se creyó en condiciones de ir a por todas. Viendo que el asedio no adelantaba, el legado envió al campo de los musulmanes a Francisco de Asís por ver si los convertía, aunque en realidad no creía sino en la fuerza de las armas. Al principio pareció que los acontecimientos le daban la razón. Pronto se presentó la oportunidad de asestar el golpe definitivo. A comienzos de noviembre del mismo y memorable año de 1219, los cruzados descubrieron que los sitiados descuidaban la defensa en algunos tramos de las fortificaciones, entraron al asalto y tomaron la ciudad sin encontrar casi resistencia. Arrastrados por la embriaguez de la victoria, los cruzados hicieron una carnicería. Hombres y mujeres fueron abatidos o vendidos como esclavos; sólo a los niños salvó Dios por medio del bautismo.

Sebastián cerró los ojos como no queriendo ver la evidencia, que unos caballeros cristianos exterminaban a seres indefensos, hombres y mujeres, de la manera menos caballerosa y menos cristiana, como si el mismo diablo les llevase la mano. No quiso verlo Sebastián, recordando al viejo curandero que le había salvado la vida sin preguntar si el paciente era seguidor de Alá o del Dios de los católicos. Abandonó la ciudad volviendo la espalda al campamento y regresó a San Juan de Acre con un grupo de caballeros franceses, cavilando que no tardarían mucho en partir de nuevo para la conquista de Jerusalén. Al menos así no estuvo presente en el desastre infligido al ejército por la obstinación de su legado.

1221 año del Señor, en el mes de noviembre. Sebastián y Guillaume llevaban semanas buscando a Bixente, que no aparecía, como si se lo hubiese tragado la tierra. Regresaron a Acre cabizbajos, habiendo perdido a todos los compañeros y sin haber

visto Jerusalén, ni conseguido nada. La nostalgia del terruño los atormentaba; después de pasar más de cuatro años en Tierra Santa y de vivir asedios, batallas y brutalidades de todo género, sus almas anhelaban las cosas bellas de la vida. La fascinación de Jerusalén se esfumaba; en cambio Juditha volvía a ser un nombre lleno de mágica seducción. Sebastián estaba impaciente por regresar a Italia: Marotta le atraía como la miel a las abejas, hacía latir con más fuerza su corazón. No lo pensaron dos veces. Pese a las tormentas de invierno, aprovecharon la primera oportunidad de tomar pasaje en un barco mercante veneciano.



Castillo a castillo, aldea a aldea, condado a condado, los occitanos lo reconquistaron todo y tomaron tremenda venganza contra los ocupantes. En Lavaur y otras ciudades hicieron matanza con las guarniciones francesas, dieron tormento a los hombres y profanaron los cadáveres. A finales de 1221, Amaury de Montfort quedaba reducido al Carcassés y al Languedoc. En la corte de Ramón resonaban los cantares de gesta. Allí no había caballero que no pudiera presumir de dos o más acciones de guerra victoriosas. Excepto Bernard del Congost, obviamente. A muchos les apenaba el cambio sufrido por aquel valiente de Saintes-Maries; algunos, cuando pasaba Bernard, ni siquiera bajaban la voz para que no se diese cuenta de que le llamaban *Erec*. Peor aún, tampoco dedicaba ya mucho tiempo a componer. Sus canciones aburrían. Su ingenio apenas brillaba sino de madrugada, después de muchas copas de vino, y se decía de él que frecuentaba la bebida más que a su mujer.

Bernard se daba cuenta de su situación. Era menester un cambio, pero todos los cambios son dolorosos, por lo que aplazaba una y otra vez la decisión, y sobre todo la necesidad de salir con los compañeros de armas y tomar parte en los combates. Cuando Jean Cantmerle y un puñado de osados caballeros propusieron una expedición con el fin de arrebatar a los franceses la posesión de Saint-Gilles y Saintes-Maries, se le planteó a Bernard la disyuntiva inevitable.

—Te rogamos que seas nuestro caudillo, puesto que así lo exige nuestro juramento de fidelidad —habló Jean con énfasis en la sala de armas donde celebraban su consejo de guerra—. Pero si te niegas, saldremos sin ti.

—Si quedamos victoriosos las posesiones serán nuestras y tendrás que renunciar a cualquier pretensión —explicó Gerard Groult.

—Es lo justo —asintieron tres más de los presentes.

Todos miraban con atención a Bernard.

Este acusó un tic nervioso en la sien izquierda, y frunció el ceño. Respiró hondo y luego asintió con la cabeza.

Después de discutir los detalles de la expedición, Bernard salió del castillo y emprendió un paseo por las callejuelas de la ciudad. Hacía tiempo que no se lanzaba

a aquella animación, por lo que contempló el espectáculo multicolor como queriendo empaparse de él: pescaderas, saltimbanquis, rameras, clérigos, mercaderes, artesanos, predicadores, mendigos, sirvientes y sirvientas iban de un lado a otro, se interpelaban a voces, y toda Tolosa parecía un panal de abejas. Frente al portal de Saint-Sernin los peregrinos jacobeos gesticulaban al tiempo que se narraban mutuamente sus experiencias. Pero también había descuideros, sastres de bolsas y vagabundos de todos los pelajes. En la plaza del mercado habían plantado la bandera roja, indicación de que era día de feria. Las tiendas de lona alternaban con las mesas o las mantas extendidas en el suelo, y por todas partes el gentío hurgaba, palpaba, regateaba, reñía o se carcajeaba. Bernard tomó una pieza de tela entre los dedos para juzgar su calidad; al lado, un saltimbanqui hacía cabriolas, admirado y aplaudido por un puñado de ociosos. Más allá un viejo encorvado llamaba la atención del público sobre un pájaro de jaula, entre exclamaciones del populacho. Era un pájaro que reía cuando se lo mandaba su dueño, explicó el feriante, y en efecto, a la voz de «¡Sal y ríe, Jean-Batist!», salió un ave de vistosos colores que ladeó la cabeza y soltó una retahíla de carcajadas que duró un padrenuestro o poco más. Luego calló, y nuevamente invitado a reír, el pájaro cacareó repetidamente «¡No, no, no!», lo cual fue todavía más celebrado por los espectadores. Bernard continuó su vagabundeo y torció hacia levante, en dirección al castillo. Pasó de largo y se halló frente a la parte de la muralla que había defendido Isabel con sus amigas. Un peñasco sobresalía del suelo. Bernard fue a sentarse y se quedó contemplando la pared fatídica. ¿Qué habría pasado de no hallarse Isabel allí, o de no acertar con su tiro de piedra? ¿En qué habría cambiado la vida de ella y la suya?

Ahí, en ese lugar, intervino Dios y fue benévolo con ellos. Bernard se sentía profundamente enamorado de Isabel, cuya presencia le comunicaba la sensación de plenitud. Notó un ardor en el pecho y la garganta. Se asfixiaba sólo con pensar que iba a ser preciso separarse de ella. ¿Cómo recibiría la noticia? Tenía miedo de presentarse ante ella, porque no se veía capaz de decírselo; que fuese otro quien le llevase la noticia, o acaso le faltaría el valor a él y llegaría a desdecirse de su compromiso. Sin embargo, esto último no era posible. Los hombres debían cumplir la palabra empeñada y ser leales a sus compañeros. Además, Bernard se daba cuenta de que necesitaba romper aquel círculo de la vida cortesana y el falso paraíso doméstico. En secreto se avergonzaba de su debilidad. Un par de días antes había conocido a una mujer de la vida que Jean metió de matute en el castillo. Era una pelirroja tentadora, de incitantes pechos, que lo aguijoneó a él invitándole a manifestar sus más recónditos deseos, y ello en un lenguaje sucio, vulgar, que él no solía emplear pero que en la ocasión lo encendió todavía más a Bernard, empujándolo hacia senderos no frecuentados hasta entonces. Cuando, hartos de vino, se sentaron juntos en la sala débilmente iluminada, ella metió la mano en los calzones del hombre y fue como cuando chocan dos pedernales; saltó la chispa, se tensó la virilidad de él entre los dedos expertos. Sucedió lo inevitable, que Bernard salió furtivamente de la sala y se

encontró con la mujer en una cámara desocupada. Cuando todo acabó se sintió miserable, pero aliviado. Ahora, frente a la muralla del destino, lo ocurrido le daba vergüenza.

Los preparativos de los caballeros duraron varios días, durante los cuales Bernard anduvo muy callado y evitando tropezarse con Isabel. En vez de hablar con ella redactó una carta y su testamento. Pese a su estado melancólico ardía en deseos de entrar en acción, y esa contradicción le inquietaba, le daba la impresión de no conocerse. Por una parte, la perspectiva de tener que separarse de ella casi le desgarraba el corazón, pero por otra, se alegraba de verse libre. Bien necio sería quien creyera que tal cosa no era posible, pensó Bernard; sin embargo, cuando le ocurría a uno mismo resultaba difícil soportarlo.

La víspera de la partida, Bernard permaneció hasta bien entrada la noche sentado sobre la roca, frente a la muralla. Luego regresó a casa y entró en la habitación de Isabel procurando no hacer ruido. Su amada dormía tranquilamente, la respiración regular. El sueño era profundo. Los ojos llenos de lágrimas, le rozó la mejilla con los labios y salió.

Salieron temprano y tomaron el camino de Mirepoix y Lavelanet, Puivert, Quillan y Quéribus. En la travesía se les unieron varios caballeros más. Cruzaron transversalmente la comarca de Corbières y dieron un rodeo para evitar Narbona y Béziers, a fin de llegar sin ser molestados hasta las cercanías de Montpellier donde acamparon para descansar algunos días los caballos y enrolar a algunos campesinos como soldados de a pie. Luego continuaron hasta Saint-Gilles y frente a este centro de peregrinación se tropezaron con los franceses, que estaban esperándolos. La batalla se libró en campo abierto y ambos bandos pelearon hasta el amargo final. La tierra quedó cubierta de astillas de las lanzas rotas, y empapada de sangre. No hubo cuartel, se remataba a los heridos porque el odio de los occitanos contra los franceses era demasiado grande, y éstos peleaban la espalda contra la pared. Al final no quedó vivo ni uno solo de los realistas. Cuando entró Bernard con los compañeros restantes y se encaminó a la basílica de San Egidio, la población aplaudió marcando el ritmo de los cascos de los caballos. Fue emotivo verse frente a la fachada de la iglesia, con el portal de la *Via Tolosana*, que alegra el corazón de los peregrinos. Estaba radiante esa fachada, recién terminada en 1209 cuando los del Sur padecieron la primera humillación y el conde Ramón VI fue obligado a hacer penitencia en camisa y calzones por el homicidio del legado papal. Allí chocaban el pasado y el presente; por un momento Bernard tuvo la sensación de que aquel poderoso friso representaba los destinos de su patria, ¿o no significaban una declaración de guerra contra los *buenos cristianos* aquellas piedras pulidas que representaban la entrada de Jesús en

Jerusalén? Ningún *bonhomme* contemplaría de buen grado la representación de la Última Cena, el beso de Judas y las diversas evocaciones de la Resurrección, ni menos aún el tímpano con la Crucifixión de Cristo, la pieza fundamental de la fe. Porque los *buenos cristianos* desdeñaban la mundanalidad de la Cruz. Por eso, cien años antes la Iglesia había martirizado al *elegido* Pierre de Bruys, el que andaba entre las gentes como un apóstol, descalzo y con la barba crecida. Un monje encendió el odio de las turbas contra el asceta. Apilaron leña y Pierre fue arrojado a las llamas. Y ese mismo lugar fue elegido por la Iglesia para entronizar los instrumentos de la Pasión que Pierre despreciaba y proclamar su eficacia redentora, como si los curas y los prelados quisieran hacer burla del mártir todavía después de muerto. Por todas partes se arrastran criaturas infernales alrededor de los signos salvíficos; los arcángeles luchan contra las huestes satánicas y defienden a los apóstoles como si fuese cuestión de exterminar a todos los *parfaits*. O mejor dicho, ésa era precisamente la finalidad de la sangrienta cruzada que capitaneó Simón de Montfort. Por consiguiente, era gran satisfacción para ellos el haber conquistado aquella plaza para la causa del Sur y el espíritu de los *buenos cristianos*. La victoria tenía un sabor delicioso, y se intuía ya muy cercana la liberación de Saintes-Maries-de-la-Mer.



Afectada todavía por leve tristeza en vista de que la anhelada concepción continuaba sin producirse, Isabel no dejó de notar el cambio de Bernard. Como guiada por un poder oculto, la víspera de la partida de Bernard fue al lugar de la muralla donde ella misma había hecho historia. Hacia levante el cielo estaba ya oscuro. El crepúsculo envolvía el campo de la pasada batalla en una luz fantasmagórica. La atmósfera olía a tierra recién arada, a esplendor vegetal. El suelo era una alfombra de flores de primavera. Todo presagiaba aires nuevos, despedidas, e Isabel respiró hondo. Fue entonces cuando vio a un hombre solitario, sentado sobre una piedra. No necesitó mucho rato para reconocerlo; medio oculta detrás de una almena, observó a Bernard. Estaba sentado y vio que sus hombros se estremecían. Era un temblor leve pero que no pasó desapercibido para Isabel. Supo que Bernard estaba llorando, y pensó que era verdad lo que había escuchado Madeleine. Los caballeros de Saintes-Maries se disponían a partir con intención de liberar su ciudad. A ella le parecía bien; así Bernard volvería a encontrarse consigo mismo, e Isabel se sonrió pensando que le gustaría conocer la casa natal de Bernard.

Isabel se quedó más de una hora a contemplar el llanto de su amado. Aquellas lágrimas alegraban el corazón de ella, puesto que significaban que Bernard la amaba. No era menudo regalo, se dijo Isabel al tiempo que levantaba los ojos al cielo. Le habría gustado contemplar el rostro de Dios, aunque sólo fuese por un instante, y mirarle a los ojos mientras le daba las gracias.

La infelicidad y el dolor se alejaron de ella. No más anhelo de absorber el vigor masculino, ni más impaciencia por la concepción demorada. Una gran calma se

apoderó de Isabel, la envolvió y le dio cobijo. Sanaron las heridas de los últimos meses y años, y dejó de sentir cólera, resentimiento o decepción. Sí, volvía a sentirse como la doncella ingenua que esperaba al amado. Unidos de nuevo cuerpo y alma, su amor se le representó de nuevo incólume, con tanta claridad como antes había comprendido que el tiempo esperando el embarazo que no llegaba era lo que había corroído su amor. Porque el tiempo lo corroe todo, pero la fe y la esperanza anulan la acción del tiempo.

La mañana siguiente al despertar supo que Bernard cabalgaba hacia su país. No le sorprendió hallar la carta sobre el arcón, y adivinó sin dificultad lo que diría. Bernard es previsible, se dijo, y no cedió a la tentación de romper el lacre. No era momento para tal género de despedidas. Se había ido sin decir palabra, profundamente afligido; sin decir palabra, pero llena de esperanza, le acompañaría ella. La carta podía esperar.

Nueve días después y hallándose, en contra de sus costumbres, en un lugar de la parte occidental de los adarves completamente desconocido para ella y contemplando una puesta de sol, tuvo un sueño extraordinario.

Estaba durmiendo a la orilla de un arroyo, acompañada de uno de los *buenos cristianos*, el cual no dormía y veía algo parecido a un lagarto que repentinamente salía de la boca de Isabel y cruzaba a la otra orilla sobre un tronco o un tablón flotante. Allí se encontraba la calavera de un asno blanqueada por el sol, por cuyos agujeros entró y salió varias veces el reptil. A continuación, cruzaba otra vez las aguas sobre el madero y se metió de nuevo en la boca de Isabel. Viendo esto, su acompañante retiró la tabla aprovechando un momento en que el lagarto había cruzado, para impedirle el retorno. Cuando el bicho salió del cráneo y anduvo hasta la orilla vio que no podía cruzar. El cuerpo de Isabel se debatía con violencia, aunque no llegó a despertar ni siquiera cuando su compañero la tomó de los hombros para sacudirla. Por último, devolvió el madero, y el lagarto cruzó y saltó metiéndose en la boca de la durmiente. En cuyo momento Isabel despertó y le dijo a su amigo que había dormido muy profundamente. Él le dijo entonces que se había debatido mucho, y ella replicó que sí, que había soñado cómo cruzaba a la otra orilla para entrar en un magnífico palacio con muchas torres y habitaciones. Pero que no había podido regresar por no encontrar el puente, y tuvo mucho miedo de morir ahogada. A lo cual él le contó lo del reptil, y los dos entendieron que acababan de recibir una señal milagrosa y elevaron una oración al buen Dios que está lejos de este mundo corrompido.

La mañana siguiente, Isabel le contó el sueño a Felipe y éste respondió:

—Tu sueño es una parábola digna de atención. El alma habita en el cuerpo de los humanos hasta que éstos mueren. Pero el alma que conoce sus raíces puede entrar y salir como el lagarto que entraba y salía por la boca de la durmiente. Mientras dura la ausencia del alma, el cuerpo no puede volver en sí. Con este sueño has descubierto la comunidad de nuestra fe.

Felipe le apretó la mano, y lo hizo dos veces, aun sabiendo que no le era lícito a ningún *elegido* tocar a una mujer. Pero aquel apretón de manos manifestaba un significado profundo y ella así lo entendió.

—Soy de los vuestros —murmuró Isabel—. No tardará en quedar demostrado.



Lluvia de febrero, nubes grises y tristes sobre Venecia y sobre Saintes-Maries. Fino cendal de agua aventada por el cielo, envolviéndolo todo, restando ánimos. Esa lluvia no tiene la vitalidad ruidosa y caliente de los chaparrones de verano que descargan de repente y quiebran las imprudentes floraciones de los setos vivos, para desaparecer al cabo de poco rato dejando en el cielo un arco amarillo, verde y azul. Ni alegría ni júbilo de vivir, sino recogimiento y oración es lo que inspiran las lluvias de febrero. En Venecia caen sobre Sebastián y Guillaume, en Saintes-Maries sobre Bernard. Pero es la misma lluvia, tal vez un algo menos fría en Venecia.

«Bendeciré al Señor a todas horas, su alabanza estará siempre en mi boca...; busqué al Señor y él me contestó, y me libró de todos mis temores».

Sebastián recitó el salmo al sentir la tierra firme bajo sus pies. Bernard murmuró la oración mientras se encaminaba con paso medido hacia su casa. Guillaume se tumbó sobre la barca volcada quilla arriba y respiró hondo. La travesía fue accidentada; Sebastián y Guillaume tuvieron más de una ocasión para encomendar sus almas a Dios. Milagro, verse en Venecia. Milagro, ver la casa de piedra en donde nació, se dijo Bernard al tiempo que hacía alto.

Por más que compartiesen la lluvia de febrero y las palabras del salmista, los destinos de aquellos hombres no podían ser más diferentes. Cuando se separaron en Marotta aún no sabían que habían emprendido caminos aparte de una vez por todas.



Bernard todavía no avanzaba hacia el portal de la pequeña alquería, levantada sobre un montículo de tierra. La casa era de piedra, de tres habitaciones, y los anexos unos corrales de madera, así como un barracón de dos estancias para el servicio, todo ello rodeado de una empalizada de madera y un foso excavado en la tierra pantanosa de la Camargue. La posesión de los del Congost era mucho más humilde de lo que él recordaba. En su infancia había admirado las dimensiones y el poderío de los establos, y su orgullo le hizo creerse dueño de casa grande. Al regresar después de

larga ausencia el caballero no lograba ubicarse en la modesta realidad. ¡Y para eso, pensaba Bernard, he luchado tanto, he abatido a tantos enemigos y he perdido a tantos compañeros! ¿De veras será ésta la nueva residencia de Isabel? Quien hubiese conocido y apreciado las comodidades de Tolosa no viviría a gusto en semejante lugar.

Cada gota de lluvia traía un retazo del pasado viviente, y Bernard vio la mísera vida cotidiana de Saintes-Maries, las caras amargas de los pescadores cuando se presentaba el señor feudal a cobrar el tributo, los trabajos de la cría de caballos, el sudor de la doma, las astucias de los chalanés en las ferias, y se estremeció al comprender que allí el señor feudal era al mismo tiempo labrador y comerciante. Que no había mucha vida cortesana en aquellas marismas. ¿No era cierto que los torneos siempre habían escaseado y constituían la única distracción? Los ojos de Bernard divisaban la vida real a través de la grisalla del lluvioso día de febrero y comprendió entonces qué era lo que le había impulsado a tomar la cruz y querer liberar a Jerusalén. El afán de aventuras, el deseo de vivir la vida, habían echado del pueblo al joven caballero, cuya vida entre los caballos del establo había sido más de mozo de cuadra que no de hidalgo destinado al oficio de las armas. A no ser por el ermitaño que en su infancia le enseñó a leer y escribir en latín, habría enfermado de aburrimiento en Saintes-Maries.

Pero me hice hombre de acción, siguió cavilando Bernard, y ha sido un error tratar de olvidarlo en los brazos de Isabel. Al acordarse de su mujer cayó en la cuenta de que no debió marcharse sin unas palabras de despedida. Si fuese de veras un hombre fuerte, se dijo, debía discutir con ella sus proyectos, y tranquilizarla en cuanto a los peligros del futuro. Entonces ella le habría despedido como es debido, y le tendría presente en sus oraciones. Pese a tanto amor y tanta pasión habían dejado de hablarse, y lo recordó con espanto, pues ¿cómo se demuestra el amor, si no es a través de la palabra? Con el corazón pletórico de imágenes seductoras de Ovidio y de Chrétien de Troyes, había amontonado sobre Isabel un verso tras otro, como si él fuese la diosa Fortuna y poseyera un cuerno de la abundancia inagotable en rimas. Con tantas palabras, ¿era posible que no supieran qué decirse? No era posible. Pero había ocurrido.

—Las palabras no bastan, me temo —susurró—. Es el diálogo lo que cuenta. En eso estuve poco atento.



Sebastián estaba impaciente por llegar a Marotta y ver a Juditha, pero Guillaume no tenía ganas de seguir sirviendo como escudero al enamorado y tal vez convertirse en su mayordomo. Teniendo en cuenta los cuatro años de servicio en armas como peregrinos en los Santos Lugares, sin duda había mucho de qué hablar y no se le podían negar a Guillaume los méritos contraídos mientras sirvió a su señor y amigo, apenas mayor que él. Sin embargo, al uno le tiraba el amor por encima de todo, y al

otro, el deseo de regresar a su país; no encontrando la manera de separarse como amigos, lo hicieron desavenidos y poca fue la recompensa que dejó Sebastián al escudero infiel. Aunque no le importó demasiado a Guillaume, que no pensaba sino en recobrar su libertad. Sin embargo, cuando subió a su caballo y vio que el escudero se alejaba a pie, y recordó la fidelidad de Guillaume durante todos aquellos años, se arrepintió de no haberle dejado al menos la acémila y de haberlo despedido con tan mala paga. Una vez más se había precipitado, pero el arrepentimiento venía demasiado tarde. Además, echaba tanto en falta a Juditha que ni siquiera se le vino a las mientes que podía echar una breve galopada hacia poniente para alcanzarlo, sino que continuó hacia el sur con arreglo a la primera intención. Iba con todo el pensamiento pendiente de la mujer de quien nunca dejó de estar enamorado; lo demás, lo que estaba a su alrededor, desaparecía para él. El paisaje se convirtió en llano; el llano, en erial; el erial, en vacío sin límites. Sin darse cuenta Sebastián trotaba a través de un vacío, insensible a todo excepto al latido de su propio corazón, sin notar ni el paso de la cabalgadura, ni el viento que le azotaba la cara. Por último, dejó de tener conciencia incluso de su propio pulso; y en ese instante preciso entró en el estado de felicidad, de paz total.

Fue sólo un minuto. El caballo se encabritó espantado por una serpiente y faltó poco para que Sebastián saliera por las orejas. Era preciso fijarse en el camino. Contrariado, lleno de impaciencia, siguió recorriendo el mundo sin advertir nada.



Mientras caminaba por la llanura del Po, no sin tropezarse con más de un sendero inundado y más de un arroyo salido de madre, Guillaume iba pensando en sus aventuras de los últimos cuatro años. ¿De qué le había servido todo aquello? Resultaba que habían asaltado una ciudad llenos de entusiasmo, que no habían regateado esfuerzos en la defensa de la causa cristiana. Y los generales, siempre hablando en sus arengas de sacrificio, de la alegría del deber cumplido bajo el pendón de la cruz. Y les hablaban de la fama, y hasta los estragos de la disentería en las filas de los peregrinos eran dones de Dios en boca de los grandes, cuando la realidad era que no todos estaban de acuerdo en aquella manera torpe de conducir una guerra, y los que murieron desde luego no lo hicieron de buena gana. Hubo, eso sí, algún que otro triunfo, aunque más bien pocas aventuras; pronto se marchitaban los laureles de la fama y dejaban un sabor bien amargo. Y todo, ¿para qué? ¿Por compañerismo? Sí, habían cumplido el juramento de los atenienses, no deshonorar las armas ni abandonar al camarada en la pelea, pero ¿caballerosidad?, ¿amistad? De eso, nada, ni las gracias. Sobrevivir era ya una victoria. Guillaume respiró hondo pensando en los caídos, Roger, Olivier, Alexandre, Roland, Simón, Pierre, Bernard, Luis, Carlos y los demás que salieron con ellos: muertos y olvidados.

—¡Para eso hicimos la guerra! —murmuraba Guillaume—. ¡Nunca más nos dejaremos embaucar por leyendas heroicas como las de Chrétien de Troyes! Poco se

gana en la vida de aventura, y te expones a perderlo todo.

Y se prometía que si lograba regresar a casa, envainaría la espada definitivamente y se dedicaría a cultivar sus tierras como hidalgo de aldea que era. Pero estaba escrito que no iba a ser así.

Después de Parma se internó en los montes y se adentró en un valle estrecho que, cuesta arriba, desembocaba en un paso de montaña. La senda serpenteaba pacíficamente un poco más arriba del arroyo. Guillaume no tenía prisa y muchas veces hacía alto para observar una trucha que remontaba las aguas claras, o el vuelo de un pájaro entre ramas cuyo piar le alegraba los sentidos. En los lugares defendidos del viento la primavera desplegaba ya sus esplendores florales, aunque cuanto más iba subiendo el caminante más invernal se volvía la naturaleza. Guillaume continuó a paso lento, disfrutando la tranquilidad de aquellos parajes. Los pensamientos amargos se alejaban de su mente y empezaba a saludar el porvenir con esperanza. Se sabía lleno de vida y capaz de infundirle un sentido. Ensimismado, se acercó a un estrechamiento del camino y rodeó un peñasco. De súbito dio un paso atrás, espantado por lo que acababa de ver: dos individuos barbudos sujetaban a un fraile; uno de ellos le hacía una presa en el cuello como disponiéndose a estrangularlo. Guillaume arrojó la mochila al suelo y gritó. Cuando le vieron los dos bandoleros, soltaron al fraile y echaron mano a sus cuchillos. Guillaume desenvainó la espada y dando un salto adelante cargó contra uno de los granujas. Atemorizado, éste se hizo atrás y dirigió una seña a su compinche. Aun antes de que la espada hubiese zumbado de nuevo a través del aire, los bandoleros echaron a correr.

—Que el Señor acoja tu alma —murmuró el fraile, y luego agregó tendiéndole la mano a Guillaume—: Soy Ambrosio, un discípulo de Domingo. Tu intervención me ha salvado la vida.

Guillaume estrechó la mano ofrecida y se presentó. Luego reconvino al fraile por lanzarse al monte solo y desarmado, y acordaron continuar juntos hasta Génova.



De pie sobre los adarves, Felipe miraba a levante. Una pesadilla lo había despertado. Se había visto a sí mismo como aquel durmiente cuya alma, como le había contado Isabel, entraba y salía de su boca bajo la figura de un lagarto. En el sueño de Felipe, sin embargo, el acompañante no había repuesto la pasarela y su alma no pudo regresar al cuerpo, motivo por el cual su envoltura corporal se pudrió miserablemente. El lagarto siguió siendo un reptil, y el alma no pudo hallar su camino hacia la raíz divina. Atado a la figura de la sabandija, quedaba condenado a vivir en el mundo.

Contempló el sol naciente mientras cavilaba una explicación del sueño. Satán y el mundo tenían poder sobre él, eso quedaba claro. Costaba sustraerse a ese dominio, y por sí sola el alma no podía lograrlo; era necesaria la cooperación del cuerpo y la del espíritu. El poder positivo resultaba de la conjunción del espíritu, el cuerpo y el alma.

Pero por otra parte, la doctrina escuchada a muchos *parfaits* decía que el espíritu y el alma deben aliarse en contra del cuerpo, para que pueda producirse la elevación del alma a la esfera de la divinidad. Nuevas interrogantes se le planteaban ante la grave contradicción: ¿qué es el espíritu? ¿Qué es el cuerpo? ¿Qué es el alma? ¿La separación importa más que la unidad, o la unidad más que la separación?

Demasiadas preguntas, Felipe aún no estaba en disposición de buscar las repuestas. Así que dejó a un lado las preguntas prefiriendo fijarse en el color amarillo claro del primer sol. Todo era luz en derredor. En el principio fue la luz. En el principio era Dios. Dios es la luz. ¿Cómo dice san Juan? «Andad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas». Pero una luz hiriente destruye el mundo. Lucifer arde.

En este minuto le pareció a Felipe que veía a Dios, y sintió dentro de sí una fuerza especial que le hacía capaz de plantearse preguntas difíciles, en vez de limitarse a seguir lo que habían enseñado las autoridades. Sintió que podía plantear preguntas nuevas, y las antiguas de otra manera. La verdadera fe no necesita buscar el amparo de los dogmas; la verdadera fe se abre al que pregunta. Felipe intuyó el poder que se manifestaría en las futuras respuestas a todas aquellas preguntas, y se acordó de Isabel. Ella lleva dentro de sí la facultad de manifestar las respuestas de Dios. Es de los nuestros.



Durante las cuatro jornadas entre Venecia y Marotta, Sebastián apenas concedió descanso a su cabalgadura. Ansiaba con impaciencia el reencuentro. Apenas tenía ojos para el paisaje, y eso que habría valido la pena mirarlo, después de la tormentosa y larga travesía desde San Juan de Acre. La suavidad primaveral embellecía la costa adriática, y las florecillas blancas y rojas que brotaban por todas partes amenizaban el gris de la incesante llovizna. Nada de eso llamaba la atención a Sebastián, ni las vastas llanuras del Etsch y el Po, ni ciudades como Padua, Ferrara y Rávena, ni tampoco los cercanos Apeninos con sus boscosas y empinadas laderas. Todo su ser estaba anhelando a Juditha y casi le pareció que viajaba enjaulado en un carro completamente cerrado, provisto sólo de unas estrechas troneras para ver, y arrastrado a toda velocidad por mil diablos cornudos. Iba demasiado deprisa y con ello, en cierto modo misterioso, contrariaba su propio destino, ¿o acaso no es cierto que el viajero debe tomarse el viaje con calma, para ir absorbiendo todo lo que el camino le ofrece? Caminar es la auténtica medida del hombre, y cuando uno es un señor que ostenta el privilegio de viajar montado, debe poner el caballo al paso. ¿Qué adelanta el alma con trotar, o incluso galopar, lo cual sólo sirve para trasladar el cuerpo de un lado a otro en menos tiempo? En un apuro, cuando el correo lleva un mensaje urgente, o hay que transmitir una orden al ejército en plena batalla, las prisas estarán permitidas e incluso justificadas; pero no cuando son dos almas las que van a encontrarse después de permanecer separadas casi cinco años. Quien ha logrado

superar un lapso tan largo de tiempo sin mermar la fuerza del sentimiento, no ha de perder la paciencia en el último parpadeo. La diosa Fortuna se venga de quien intenta forzarla. ¡Ah, Sebastián! Ojalá hubieras descubierto a tiempo el valor de la calma, ¡quién sabe cómo habría podido resultar la historia, y cuántas penas te habrías ahorrado! Pero, por otra parte, ¿no ha escrito Cicerón que «el que sufre no olvida»? ¿El dolor no ha de servirnos para aprender?

Sea como fuere, Sebastián se precipitó. No era de los que viajan despaciosamente mirándolo todo. Y el destino, a lo que parece, no le sujeta las riendas a nadie. Porque Juditha se hallaba en la corte de Ferrara en la misma hora en que Sebastián, los caballos echando espuma, pasaba de largo dejando la ciudad a su izquierda. Y si la primera noche la pasó en el campo, debajo de una higuera a medio camino entre Padua y Ferrara, para la segunda quiso buscar acampada al sur de Rávena, de manera que con otra etapa más conseguiría presentarse en Marotta hacia mediodía de la cuarta jornada. Llevaba caballos bien cuidados y bien alimentados, que le trasladaron a la población ansiada dentro del horario previsto. Había dejado de llover y flotaba en la atmósfera el presentimiento de los días de marzo. Marotta dormía la siesta. Sebastián se encaminó derecho a la cabaña de Juditha, a las afueras del pueblo. La sencilla choza de madera estaba medio derruida y abandonada; las malas hierbas, muy crecidas. Sebastián descabalgó y corrió hacia la puerta, que crujió al abrirse. Echó una mirada al interior de la modesta habitación. Palios de telarañas colgando de las esquinas del techo y olor a moho. Hacía tiempo que aquel lugar estaba deshabitado.

Fatigado y decepcionado, Sebastián se sentó en el suelo. Sentía un vacío interior, como si hubiese perdido el alma y tuviese necesidad de recuperarla. Rígidamente fija en ese punto único de la felicidad, la decepción no dejaba espacio para nada más; Sebastián ni siquiera lograba evocar el semblante de Juditha en el recuerdo. Cuando los sentidos se nublan, a veces el humano se halla abocado al horrible espectáculo de la nada. Y precisamente cuando esa noche sin fondo amenazaba con engolfar a Sebastián, se abrió paso un pensamiento, el recuerdo de lo que le había dicho su hermana sobre la contemplación del cielo estrellado: que parecía profundo y ancho como si no tuviese fondo.

Sebastián siguió hilando este cabo hasta llegar al extremo absurdo, que fue figurarse que no había nada entre las esferas, y esa nada le pareció tan inconcebible que soltó la carcajada y eso le sacó del vacío interior. ¡Isabel! ¿Qué habría sido de ella? ¿Se habría convertido en la baronesa de Olmes, y madre de dos o tres criaturas? Era curioso cómo había olvidado a su hermana en los años transcurridos; apenas se le ocurría pensar en ella. Ahora, de pronto, le parecía estar viéndola. Sonrió. Era una mujer fuerte. Indudablemente, habría encontrado su camino. Pensó que le gustaría saber cuál era ese camino.

De una manera extraña, en aquel momento en que se agazapaba, presa del más intenso desánimo, delante de la choza abandonada de Juditha, se sintió más cerca que nunca de su hermana, casi como si fuesen gemelos y no estuvieran separados por una diferencia de dos años. Acudieron a su memoria los días de infancia despreocupada, y se vio a sí mismo con la niña dando saltos en el patio y jugando con ella al escondite y a las canicas. En aquel entonces la madre los cuidaba y les contaba las leyendas heroicas tan populares en las cortes de Occitania. Por ejemplo, el *Cantar de Roldán*, o cómo sucumbió el héroe Roland frente a la superioridad numérica de los infieles en el paso de Roncesvalles: historia escuchada, conteniendo el aliento, por los niños de cuatro generaciones. O también las arrebatadoras novelas en verso de Chrétien de Troyes, de quien Leonor solía recitar preferentemente el *Erec y Enida* y el *Lanzarote*. ¿Sería tal vez la sangre antigua de Leonor el origen de su afición a las leyendas del rey Arturo y sus compañeros? De cualquier manera, Sebastián nunca se cansaba de escuchar los relatos de las viejas batallas, y admiraba sobremanera la valentía y el fuerte carácter de *Erec*.

Más tarde, cuando se vio obligado a desprenderse de las faldas de su madre y lo hicieron paje, comprendió que el poeta idealizaba y prestaba elevación y belleza a muchas realidades que tal vez consistían sólo en penalidades y trabajos de la vida. Que ningún caballero vivía exclusivamente de sus aventuras, que había noches de guardia, que era preciso salir a cobrar las gabelas y los tributos, y que más de una vez, por muy hidalgo que uno fuese, tocaría echar una mano al arado, o doblar el espinazo en los viñedos. Habiendo comprendido esto, Sebastián apreció todavía más el brillo ideal de las epopeyas caballerescas, y cuando hablaba con Isabel desarrollaban aquellas historias y aventuras, sacando de ellas imágenes sugerentes para el porvenir. A Isabel también le habría gustado ser de la andante caballería, y le costó reconciliarse con la noción de que, por ser doncella, le correspondía otro destino diferente. Más adelante, cuando ya Sebastián estaba aprendiendo a esgrimir la espada, a manejar la daga y la lanza, y habiendo demostrado extraordinaria habilidad sobre el tablero de ajedrez, ambos prefirieron la lectura de la Biblia y otros libros devocionales. Entonces Isabel se indignaba al leer los comentarios despectivos de los santos acerca de la mujer. Sobre todo, la sacaba de quicio aquel pasaje de san Pablo según el cual «la mujer debe callar en la iglesia». Ella se identificaba a menudo con su hermano, y muchas veces éste lamentó que Isabel no fuese un muchacho. Tenía buena cabeza y pronto supo leer y escribir mucho mejor que él: mientras Sebastián trabajaba en los establos ella se recluía en su habitación para estudiar. Al mismo tiempo la habilidad de Isabel le incitaba a no cejar en el aprendizaje de las letras; en efecto veía que los caballeros que le rodeaban eran casi analfabetos, y lamentaba su propia y total falta de talento para versificar. Se sonrió al recordar sus desmañados intentos de enhebrar algún pareado. Habiéndole servido así de consuelo la memoria, en cierto modo, se incorporó y se encaminó hacia la plaza mayor de la aldea para inquirir el paradero de Juditha.

—¡Ah, sí!, nuestra curandera —gruñó un encanecido labrador—. Se volvió cada vez más rara, más huraña, y acabó por dejar la aldea, hará de esto cuatro o cinco primaveras. Desde entonces no se ha encontrado en Marotta bañero, ni barbero, ni herbolario que supiese curar como ella. Lástima de mujer. Según dicen, se marchó a Siena, donde los buenos sanadores se ganan bien la vida. La cabaña apareció vacía una mañana, abandonada, y nadie quiso ocuparla. Hasta que hace un año se refugió en ella un pastor trashumante, que también fue volviéndose raro y finalmente desapareció sin dejar ni rastro. Así que estamos sin curandera —meneó la cabeza—. Es una lástima.

No se encontró en el pueblo a nadie que supiera o quisiera dar razón de Juditha. Sebastián decidió continuar la búsqueda en otra parte y regresó a la cabaña para pernoctar allí.



Al mismo tiempo Bernard, sentado en su huerto, meditaba cómo explotar la victoria sobre los franceses. Comparada con el castillo de Ramón, la modesta casa natal le parecía mísera e indigna de la mujer amada. Los años vividos en Tolosa lo habían estropeado para la vida sencilla de hidalgo rural. Y tampoco creía estar hecho para el sueño secreto de una vida cortesana como *troubadour*, para emular al admirado Chrétien de Troyes que tuvo entrada en todas las grandes cortes inglesas, aquitanas y occitanas, hacía de esto dos generaciones. No, él no olvidaría tan pronto su desgracia ni la deshonra de haberse convertido en un *Erec* débil y calzonazos. Visto lo cual, no le quedaba más salida que las armas. En las batallas le hervía la sangre, pero la cabeza permanecía clara y eso le ayudaba a salir de muchos apuros. Sólo se sentía feliz con la espada en la mano. A un guerrero vencedor no tendría inconveniente en recibirlo Isabel cuando regresase al castillo de Ramón. Como héroe aclamado por todos, él haría feliz a su dama y, Dios mediante, ella concebiría de él un niño.

Largo tiempo había meditado Bernard cuál sería el mejor camino para él. Calibraba las ventajas y los inconvenientes de cada solución, tratando de representarse al mismo tiempo cuál habría sido la opinión de Isabel. En último término todas sus cavilaciones le llevaban al mismo resultado: la guerra. Se sentía caballero de la cabeza a los pies, y esto significaba ser un guerrero. Además, tenía un oponente hecho a su medida: Amaury de Montfort.

Se dio una palmada en el muslo y se puso en pie. Por fin había dado con la solución. Acabó el tiempo de reflexionar, era llegada la hora de actuar. Arrendaría todas sus propiedades de Saintes-Maries, si Jean Cantmerle quería tomarlas, y se llevaría a otro caballero y dos escuderos camino de Carcasona, donde procuraría captar más aliados occitanos hasta reunir una fuerza suficiente para un primer ataque contra la sede del aborrecido conde francés. Sin duda la victoria sobre Amaury no sería inmediata. Se trataba de ir debilitándolo, luego acudiría a Ramón y le solicitaría

que armase un ejército. Dedicaría algunas jornadas a celebrar la reunión con Isabel y luego todo el verano a hostilizar al enemigo. Las tradicionales rutas comerciales entre Narbona, Béziers, Carcasona y Montpellier serían objetivos idóneos para irritar a Amaury y obligarle a dar un paso mal meditado, o reducirlo a la resignación. En todas estas empresas no iba a faltarle oportunidad de medir sus fuerzas con los extranjeros, ya rompiendo lanzas, ya combatiendo hombre a hombre, espadas en mano. A finales del otoño podría regresar satisfecho a Tolosa y pasar el invierno en brazos de la amada, para descansar y recabar nuevas fuerzas con vistas a la batalla decisiva. No tardaría el Midi más de un año, calculaba Bernard, en quitarse del abrigo aquellos molestos piojos. Estos pensamientos le devolvieron sus energías, y fue con paso confiado como se encaminó hacia la casa de Cantmerle, para discutir sobre el arrendamiento de sus tierras sin pérdida de tiempo.

—Mucho celebro ver que ha despertado el luchador de otros tiempos —replicó el joven hidalgo cuando Bernard le hubo contado sus planes—. Quedo con mucho gusto vasallo tuyo y custodio de tus bienes. No te arrepentirás de haber dado este paso.

—Nadie puede penetrar los designios del Señor —contestó Bernard—. Pero me noto dueño de fuerzas renovadas y aún más eficaces que las anteriores que había perdido. A ti debo agradecer la recuperación de mis virtudes de caballero, ya que, a no ser por tus palabras y tu valeroso ejemplo, tal vez me hallaría todavía en la corte, convertido en un poeta sin inspiración.

Más adelante, y tras discutir largo rato los detalles, Bernard se puso cómodo con una bota de vino en el huerto de su casa natal, a meditar sobre su vida pasada. Había recibido una instrucción pasable, participado en muchos torneos como paje, y roto lanzas dos veces en la *Tjoste*. A temprana edad había ceñido espada, cuando aún no tenía posibilidades para hacer uso de ella. Y halló compensación, al menos en parte, en la actividad poética. En el fondo de su corazón, sin embargo, nunca había sido verdadero *troubadour*. En los versos siempre ponía demasiado de sus auténticos sentimientos, en vez de limitarse a pintar la sociedad ideal que debe reflejar una *canzone*. Sabía que su propia época estaba ya muy lejos de los comienzos de un Guillermo de Aquitania; conocía las reglas del arte de la trova y las respetaba, pero nunca tuvo intención de someter a ellas sus propias ideas y sensaciones.

—En realidad, yo he rimado poesía como otros escriben novelas —gruñó.

Pero en el fondo, sabía que eso tampoco se le hubiese dado bien, porque un buen poeta épico, el mismo Chrétien de Troyes sin ir más lejos, debe mantener una distancia interior en relación con su asunto.

No, se confesó Bernard: la época en que se había creído poeta pertenecía al pasado. Había sido un período de búsqueda de sí mismo, y se consideró feliz porque hubiese terminado devolviéndole a su condición verdadera de guerrero. No la palabra, sino la espada, sería el instrumento de los méritos a que se haría acreedor en

su patria. Dentro de sí notó renovado el vigor masculino, la excitación febril que antes sentía durante las partidas de caza: tensión y fuerza en los músculos, agudeza y claridad en la mirada. Estaba contemplando su camino.



Fue al salir de Marotta en busca de Juditha cuando Sebastián aprendió a caminar despacio. Lo hizo forzosamente, ante la necesidad de hacer alto de pueblo en pueblo para preguntar si alguien había visto a una caminante, una mujer pequeña y maciza, de cabello rizado, cara redonda y ojos oscuros. A todos los que encontró de camino interrogó, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, libres y siervos. Y siguió todas las pistas que se le indicaron así en Mondolfo, Corinaldo, Cagli y Pianello como en Apecchio, Cortona y Sinalunga. No hubo pueblo en donde no preguntase por la joven que transportaba una alacena a la espalda.

Empezó a decaer su ánimo conforme se acercaba a Siena, pero se consoló diciendo que Juditha pudo seguir otro recorrido para llegar a la Orgullosa ciudad, y quién sabía si el camino más corto no era precisamente el más improbable.

Siena era una ciudad rica. Las casas se apretujaban las unas contra las otras; allí faltaba la esplendidez de la Serenissima veneciana, facilitada por el Canal grande y el espacio abierto de la laguna. Allí, por el contrario, el orgullo burgués levantaba murallas y los estrechos callejones infundían respeto en el forastero. Insólita se abría al espectador la extensión de la plaza a los pies de una torre impresionante; en este punto la Piazza separaba las dos filas de edificios como las conchas de una ostra, y la vida de la ciudad se agitaba en ella. Con los caballos no se podía pasar y Sebastián se hizo mostrar el camino por un callejón con varios peldaños hacia la posada más inmediata, donde entregó los animales al cuidado de un muchacho de semblante astuto. El ventero le asignó la habitación de la buhardilla, a la que accedió Sebastián por una escalera de caracol. La estancia era más amplia de lo esperado y además disfrutaba de una excelente vista sobre los tejados de la ciudad. Las casas tan pegadas las unas a las otras parecían un tablero de ajedrez y formaban un espectáculo curioso; Sebastián se dijo que jamás había visto tan gran hacinamiento de seres humanos y edificios, aunque no ignoraba que la Serenissima era bastante mayor. Al otro lado de la muralla, los viñedos y los bosques se confundían en un paisaje antiquísimo. Como ya había notado al acercarse, aquello no era naturaleza sino tierras labradas por el hombre desde la más remota Antigüedad. Casi creyó notar la cercanía de aquella grandeza, de la que Isabel y él habían leído algunas descripciones en Quéribus; la ciudad y la comarca eran país de romanos. Allí en Siena se respiraban casi dos mil años de historia. Con un esfuerzo se arrancó a sí mismo de la contemplación, bajó e interrogó al posadero por si había conocido a Juditha o por lo menos había oído mencionar que hubiese llegado a Siena o sus alrededores una sanadora forastera.

—¡Ah, sí! —replicó el patrón—. Hace varios años tuvimos una que dio mucho de que hablar. Decían que era bruja. Pero se largó de la ciudad antes de que nuestro

obispo se lo preguntase.

—¿Qué pinta tenía?

—De campesina. Morena, maciza, nada del otro jueves.

—¿Una mujer de mucho porte?

—No, bajita y más bien regordeta, como nuestras mujeres del sur.

—Decidme, ¿se supo adónde iba?

El posadero meneó la cabeza.

—De haberlo sabido, sin duda habrían ido a por ella. Aquí los amos no se andan con miramientos tratándose de brujas forasteras.

Sebastián le dio las gracias y desistió de seguir preguntando, no fuese a suscitar la desconfianza de su interlocutor si demostraba demasiado interés hacia una persona sospechosa de hechicería. Salió a la Piazza. Cuando se vio entre la muchedumbre del mercado recordó lo que acababa de escuchar y se preguntó si realmente las señas correspondían a Juditha. En efecto ella era bajita y maciza, y si se había alimentado bien incluso era posible que se hubiese puesto gorda. Sus dotes de curandera y su conocimiento de las hierbas medicinales podían ser la causa de que se hubiese sospechado de ella como hechicera, o para ser sincero consigo mismo, eso era lo que él había creído cuando acudió a ella en busca de un remedio para Bixente. Además, era verdad que le había hechizado a él. No tenía más que recordar aquella primera noche, la aproximación furtiva, silenciosa, por la espalda. Enseguida se había cargado de tensión toda la piel de Sebastián, y el aire crepitaba en derredor. Cosas que no estaban al alcance de cualquier mujer.

—Y lo tozuda que era —se dijo Sebastián sonriendo, aunque empezaba a sentirse preocupado—. No es de extrañar que se haya creado enemigos, pero ¿adónde se dirigiría una forastera que temiera ser prendida por bruja?

—A Roma, señor —dijo a su lado una voz ronca.

Sebastián se volvió con un sobresalto. Sin darse cuenta había hablado en voz alta. Su interlocutora era una vieja corcovada que se plantó delante de él torciendo el cuello para mirarle a los ojos.

—En Roma conviven la santidad y la podredumbre —continuó ella, y luego, tapándose la boca con una mano, agregó—: Pero, si lo que buscáis es una hembra para que os haga compañía esta noche, os puedo dar razón.

Sebastián soltó la carcajada y respondió antes de continuar su camino:

—No, gracias. Por hoy no me hace falta.

Una semana más tarde, Sebastián entraba en Roma a caballo por la *Via Cassia* y mientras se acercaba cuesta abajo no pudo dejar de maravillarse. Ante sus ojos se extendía un inmenso mar de piedra, agitado por sus siete colinas. Destacaba sobre todo San Giovanni in Laterano, un palacio colosal que proclamaba al mundo entero el poderío de los papas, y que continuó en la retina de Sebastián mientras éste se

internaba ya en los desfiladeros que eran las calles, con las casas de vecinos a ambos lados. Allí las viviendas se amontonaban las unas sobre las otras, y cada casa era como una torre altísima, los pisos superiores de uno y otro lado parecía que iban a tocarse. Aquello era un avispero; si pocos días antes se había maravillado Sebastián al ver Siena, ahora se daba cuenta de que la capital toscana era una aldea en realidad, comparada con la Ciudad Eterna. Y qué griterío, y qué aglomeraciones, y empujones de la muchedumbre, confusión y ruido, y lo que costaba avanzar, aunque allí las calles eran más anchas, con paso suficiente para carruajes y caballerías. A Sebastián se le cayó el alma a los pies, porque, ¿quién le daría señas de Juditha entre aquella multitud? ¿Quién se habría fijado en una mujer sola, una forastera llegada a la ciudad lo mismo que miles de ellas? Se llamó loco a sí mismo por haberse metido en semejante lugar creyendo poder dar con la mujer amada.

La buena suerte le condujo al Laterano y en éste a una cancillería pontifical, donde se dio a conocer como peregrino que había estado en Tierra Santa. Le atendió un fraile deseoso de escuchar noticias de los Santos Lugares, que le acompañó hasta un convento en donde hallaban cobijo los peregrinos de todas las procedencias que hubiesen tomado la cruz. A él también le asignaron una celda y le dijeron que estaba autorizado a quedarse unos días. Sebastián vio que no estaba mal como posada y contó de sus aventuras como cruzado todo cuanto quisieron escuchar, por más que el desenlace de su narración no era para contentar a unos clérigos. En Roma, sin embargo, todos seguían convencidos de la posibilidad de una nueva expedición para liberar Jerusalén; en líneas generales le pareció a Sebastián que el clero estaba de muy buen humor. Entre frailes y curas el vino corría a raudales, y tampoco era extraño que se dejase ver en las tabernas de las inmediaciones algún que otro purpurado. En general los clérigos exhibían no poca mundanidad y sensualidad; muchos sabían canciones de taberna que habrían ruborizado a más de un trovador occitano, si hubiese podido escucharlas. La franqueza de los obispos y legados agradó a Sebastián, que olvidaba sus penas en aquella compañía. Cuando regresó a su celda, bastante después de medianoche, los vapores del vino le ayudaron a dormir de un tirón. Al día siguiente y atendiendo los consejos de un obispo, se puso a buscar las maravillas antiguas de Roma, tal como las había descrito, por ejemplo, Magister Gregorius en su crónica de viajes. Así admiró los baños de Apolo Bianco, creados por el dios, según la leyenda, mezclando azufre, sal negra y crémor tártaro en una tinaja de bronce, y cuando estuvo preparada la pira la encendió con un solo cirio previamente bendecido. Desde entonces un fuego eterno caldea esas termas. Sebastián arrugó la nariz al percibir el hedor del azufre y, siguiendo el ejemplo de su maestro Gregorio, renunció a bañarse allí y prefirió continuar su paseo. Santa Maria Rotunda le impresionó con su mole y casi creyó notar todavía el poder de los dioses antiguos en el interior colosal del Panteón, viendo la altura vertiginosa a que se elevaba la cúpula sobre sus columnas de mármol.

Sebastián halló muy puesto en su punto lo que había escrito el clérigo inglés,

sobre todo la encantadora estatua de Venus: «Quiero referirme en primer lugar a esta figura de pie que los romanos dedicaron a Venus, a saber, en la forma en que según la leyenda ella se apareció junto con Palas y Juno al joven Paris para hacerle juez del atrevido concurso de belleza, es decir, desnuda. El cual, cuando la hubo visto, exclamó: A nuestro parecer Venus supera y vence a las otras dos. Esa estatua se talló en mármol de Paros y es de una perfección artística increíble, que más parece ser vivo que escultura, el rostro ruborizado como si se avergonzase de su desnudez, y la boca, pese a su blancura nívea, se le antoja al espectador como de un color rojo encendido. Por su maravilloso aspecto y no sé qué especie de atracción mágica que ejercía sobre mí, fui a verla no menos de tres veces, pese a que distaba de mis aposentos más de dos estadios». Sebastián, diferente en esto de Gregorio, se contentó con una sola visita, porque aquella radiante belleza le recordó a Juditha y el deber que se había impuesto de averiguar su paradero.

En el dédalo de callejuelas al otro lado del Capitolio, por donde se iba hacia los mercados del campo de Marte, empezó a indagar entre las tenderas si alguien había visto a una sanadora forastera o tenía noticias de ella. Hubo respuestas para todos los gustos, desde las desafiantes y provocadoras hasta las misteriosas, conspirativas o compasivas. Sebastián no dejó de verificar ninguna de las señas que le dieron, y lo hizo como si estuviera investigando un delito, de manera sistemática y completa. Muchas de las pistas fueron simples equívocos, resultado de haber entendido mal el lenguaje vulgar de las romanas; otras veces era que las mujeres del mercado no comprendían el latín de Sebastián. Por último, hallándose en un callejón oscuro, habló con una vieja que después de hacerse mucho de rogar le dio a entender que conocía a la persona por quien él preguntaba. Engarfiada, de una deformidad nunca vista y de edad bíblica a juzgar por las arrugas de su piel, tenía en los ojos, no obstante, un fulgor sobrenatural. Aunque habría preferido mucho no tener que tratar con aquella celestina, Sebastián se puso la piel de oveja hasta que logró persuadirla, y ella empezó a hablar con voz chirriante que ponía la carne de gallina.

—Bajita y regordeta, sí sí sí, de cabello negro y ojos ardientes, sí sí —cuchicheó la vieja tapándose con una mano la boca desdentada, cuyos labios parecían dos pedazos de tafetán desflecados—. Conocía las virtudes de todas las plantas, hasta de las más secretas. Y sabía preparar el unto para volar. Una auténtica *striga* —y al llegar a este punto bajó la voz—. Vino del campo, nadie supo de dónde, de una tierra a orillas del mar, sí sí. Se alojó en la casa de Claudia, en una cámara oculta de la buhardilla. Pero con ventana, ¡claro! ¡Para salir a volar! Después de untarse salía en volandas hacia el Capitolio, y también al Coliseo. A las tenidas secretas en las termas de Caracalla. Con las demás del lupanar, las del cabello rojo, sí sí. Ella sabía quitar todas las enfermedades, los flujos, las bubas. Una auténtica curandera. Deshacía los embarazos y sabía prevenirlos. Rejuvenecía a las antiguas, restauraba la lozanía a los pechos caídos, repintaba los labios de abajo —agregó riendo—. A no tardar, todos los inquilinos del Laterano se hicieron clientes de las ramera a las que cuidaba la *striga*.

Marietta, que así se llamaba. Pero ella no se ocupaba nunca con los clientes, no no.

La verborrea era ya incontenible; la vieja se lanzó a un largo discurso acerca de la hipocresía de los clérigos que durante el día predicaban la virtud y por las noches se disputaban las mejores hembras. Y que olían más a mujeres que a incienso. Sobre todo las preparadas por Marietta. El hilo del monólogo se le escapaba en parte a Sebastián. La vieja hablaba atropelladamente, puntuando de síes y noes enfáticos sus sentencias no siempre claras; además la creciente indignación que por lo visto se apoderaba de ella perjudicaba la nitidez de la pronunciación. Pero gracias a la reiterada repetición de lo dicho el oyente lograba hacerse una idea general.

Sin duda Marietta, como prefería llamarse en aquella ciudad, logró que las mujeres confiadas a su cargo resultaran especialmente atractivas a los clérigos clientes de la casa. Una oleada de lujuria barrió el Laterano. Todos reclamaban a las chicas de Marietta. Algunos clérigos ni siquiera esperaban a la oscuridad de la noche para encaminarse hacia las termas. Y más de un obispo gastó una pequeña fortuna con objeto de asegurarse los favores de tal o cual dama de sus preferencias. El alboroto crecía por momentos, así entre los clérigos que se disputaban a las favoritas como entre las pelirrojas de otros establecimientos adonde no llegaba la solícita Marietta, y que perdían clientela a ojos vistas. Como se sabe, donde no hay harina todo es mohína, y florece la envidia. Los chulos celebraron una gran asamblea para defender a las unas contra el justo rencor de las otras, según dijeron. Lo que ocurría en realidad era que peligraba el sustento de muchos, así que la tomaron contra Marietta. Pero ésta consiguió escapar, nadie supo cómo, seguramente gracias a sus artes de brujería, y siguió ocupándose de sus chicas. Hasta que cayó como un rayo del cielo la denuncia, el prendimiento. Se dijo que había sido un fraile dominico, es decir, de una de las órdenes menores que ayudaban al Papa en la lucha contra la herejía. Realmente no se llegó a saber; andaban en el juego los celos de las prostitutas, la codicia de los patronos y tal vez el arrepentimiento de algún clérigo pecador. El inquisidor acertó a ganarse la confianza de Marietta, pero luego le envió los corchetes que la prendieron y la arrojaron a un calabozo. A continuación, la interrogaron y le dieron suplicio durante largas semanas, y se dijo que uno de los obispos que había sido firme pilar protector de la casa de Marietta desahogó su lujuria con la misma *striga* durante todo el tiempo que permaneció prisionera. Por fin se celebró el auto de fe y todo volvió a la normalidad en las termas, y los negocios continuaron como antes, como venían funcionando por los siglos de los siglos.

—La quemaron, sí sí —concluyó la vieja con un ademán despectivo.

Sebastián visitó la casa de Claudia y preguntó a la patrona. La descripción que le dieron coincidía con Juditha. Además, Claudia recordaba un lunar que la hechicera tenía en la mejilla izquierda, a dos pulgadas de la aleta de la nariz. Cuántas veces había besado Sebastián aquel lunar, al que le crecían algunos pelos que Juditha siempre procuraba arrancarse con unas pinzas, pero volvían a salir. Al escuchar estas

señas de labios de Claudia se le escapó a Sebastián una lágrima. Marietta era Juditha, de eso no cabía ninguna duda.



Sentada en lo alto de la parte occidental de la muralla, Isabel retornaba a su costumbre de contemplar la carrera del sol. El color amarillo de miel se oscurecía hacia el ocre y la luz deslumbradora empezaba a palidecer. Cuanto más se aproximaba el disco solar al horizonte, más se hinchaba y tomaba una coloración rojiza, como si estuviera conteniendo el aliento y le costara un gran esfuerzo. Isabel evocaba los sueños de las últimas noches, imágenes horribles o consoladoras confundidas las unas con las otras, de modo que no se podía decidir si eran de buen o de mal presagio. Una sola cosa era cierta: que algo iba a cambiar. No se sabía con exactitud el qué, pero tenía la misma certeza que años atrás, en Quéribus, cuando intuyó la inminencia del cambio. Ya empezaba a sentirse incómoda en su bonita estancia. El lujo y la decoración formaban parte de la mundanalidad, al tiempo que Isabel concentraba su pensamiento, cada vez más, en su fuero interior. En donde encontraba necesidades bien diferentes de las de la exterioridad, perfectamente representada por las damas de la corte.

Las nuevas modas del vestir, sin ir más lejos, las ropas ceñidas al cuerpo marcando cintura de avispa, los corpiños marcando las formas del busto y las faldas acampanadas de terciopelo o raso de brillantes colores, con brocado de plata u oro las que podían permitirselo. Envolturas hábiles de la tentación sensual. Así se encontraban muchos poetas dispuestos a hacer elogios de tales damas. Sólo que ahora la época de los *troubadours* parecía terminada definitivamente; los versificadores conquistaban nuevos territorios mediante composiciones explícitas, que iban mucho más al grano. El *amor purus* ya no interesaba, y muchos rimaban versos no por amor al arte sino para seducir. Y más de una se dejaba seducir de buena gana. De Irene de Grandballon decían, por ejemplo, que usaba faldas tan anchas para disimular que no llevaba nada debajo, y para franquear con más facilidad la entrada a la puerta cuando alguno llamase con el bastón erguido. Y no en vano llevaba el apellido de Grandballon esa dama, baronesa de Saint-Félix-Lauragais. A la opulenta Irene le gustaba dar de que hablar; pocos días antes, y al término de una fiesta cortesana en honor de la princesa Annabelles, debieron de ocurrir cosas inauditas en el pajar de los establos principescos, adonde los invitados a aquélla habían trasladado sus personas, porque algunos caballeros y más de una noble damisela todavía comentaban a hurtadillas los encantos de la rubia juerguista.

Isabel vivía ajena a las urgencias corporales. Por más que durante alguna hora de soledad echase en falta la presencia y el cariño de Bernard, no sentía ninguna impaciencia por buscar placer; se hallaba en un cómodo punto de equilibrio, alimentado quizá por el recuerdo de los gloriosos momentos de plenitud física vividos en brazos de Bernard. Cuando sus pensamientos derivaban en esa dirección,

ella incluía deliberadamente en el equilibrio la circunstancia de no haber concebido. Pues, aunque veía muchas cosas venideras, su propio destino le era desconocido y no deseaba verse en discordia con lo que le reservase. No se puede luchar contra la Providencia y eso Isabel tenía agudeza suficiente para comprenderlo. Pero no había abandonado la costumbre de hacer preguntas, la más reciente de las cuales se le había ocurrido al leer un pasaje de Jeremías:

«¡Maldito el hombre que confía en el hombre, que en el mortal se apoya y su corazón se aparta del Señor! Es como tamarisco en la estepa, que no siente cuándo llega la dicha, porque arraiga en los lugares abrasados del desierto, en tierra salobre y despoblada. Bendito el hombre que confía en el Señor, y en el Señor pone su esperanza. Es como un árbol plantado junto al agua, que alarga hacia la corriente sus raíces; nada teme cuando llega el calor; su follaje se mantiene verde; en año de sequía no se preocupa, ni deja de producir sus frutos».

La imagen de la raíz cerca del agua clara tenía obsesionada a Isabel, cada vez más consciente de la profunda verdad que encerraba conforme iba recitando a solas, en voz baja, las palabras del profeta. ¿No aseguraba Michel Roquebrun que lo único que importaba de los profetas era lo que hubiesen dicho? Jeremías había dicho bren, luego era un profeta auténtico. Su parábola estaba llena de sabiduría. La raíz crecía dentro de Isabel. Mientras tanto, un sol color rojo sangre desaparecía detrás del horizonte.

A partir de entonces Isabel se reunía más a menudo con Felipe para discutir las cuestiones de la fe verdadera y la naturaleza del mundo y del cielo. Profundizaban en las interrogantes principales de los *bonshommes*:

—Según la doctrina, el alma está entre lo corporal y lo espiritual. Su salvación depende del lado hacia el que se decante. Si decide a favor del cuerpo, el alma se condena para la eternidad, si por el espíritu se libera.

Isabel asintió mientras escuchaba las palabras de Felipe, y ladeó la cabeza.

—Tu mirada tiene una expresión interrogante —prosiguió Felipe—. También yo me hago preguntas, desde que conocí la sensación de unidad completa al ver en sueños tu lagarto. He reflexionado mucho sobre la corrupción de la envoltura corporal en ausencia del alma. La respuesta parece sencilla: cuando el alma abandona el cuerpo, ese excremento de Satán queda librado a la condenación. Si nos fijamos exclusivamente en el alma, la carne corruptible no puede existir sin ella, y por eso todas las asechanzas de Mefistófeles se dirigen hacia las almas. Pero si, como dice la doctrina, el alma y el espíritu deben aliarse y lo espiritual pertenece a Dios en realidad, tenemos que el alma no puede elevarse por sí sola. De acuerdo con las enseñanzas secretas, el alma sube acompañada del espíritu y así alcanza la unión con Dios. En este bajo mundo, en cambio, no le asiste la compañía del espíritu, lo cual es sabio y coincide con lo soñado por mí, donde el alma quedaba prisionera del reptil. Pero entonces, ¿adónde ha ido el espíritu? Negado el retomo del alma a la raíz divina, y entregado el cuerpo a la podredumbre..., faltaba el espíritu. Pero si éste retornó a

Dios, que es su origen, ¿queda el alma condenada a permanecer en el mundo? ¿O tal vez el espíritu desaparece con el cuerpo? Esto último sería contrario a la esencia del espíritu divino, pero lo primero contradice la doctrina pura. Por lo cual yo me pregunto si la solución estará en la unidad de esos tres elementos. Podríamos decir que el espíritu sea la suma del alma y el cuerpo, y un enigma divino puesto en medio de la creación satánica. Con lo cual quedamos otra vez en discrepancia con la doctrina.

—Así opinan en Roma —interrumpió Isabel, indignada, las reflexiones en voz alta de Felipe.

—En este punto sí. Pero si realmente el buen Dios es más grande que el diablo, su aliento puede llegar incluso hasta las obras de Satanás, y ofrecer al ángel caído la posibilidad de volver a encontrar el buen camino.

—Pero si el cuerpo es de este mundo, ¿cómo sería posible la unidad?

—En el mundo, el cuerpo debe vencer al mundo.

—Es decir, ¿renunciar a sí mismo?

—Tú lo has dicho. El ascetismo espiritual y la fe del alma hacen posible la renunciación corporal, de conformidad con el designio divino. El cuerpo debe hallar dentro de sí los recursos para vencerse a sí mismo. No basta con sujetar la concupiscencia; es menester que el cuerpo deje de manifestar ningún deseo.

—Eso sería más difícil aún.

—Y contrario a la doctrina pura —asintió Felipe.

De esta manera permanecían sentados largas horas, devanándose los sesos con ese género de dificultades. Las palabras giraban en círculos, una y otra vez. A cada pregunta nueva que se les planteaba les parecía hallarse más lejos de una solución. Pero ellos no querían abandonar la busca, y así consiguieron que un obispo cátaro les prestara el evangelio secreto y leyeron la *Interrogatio Ioannis* versículo a versículo, siempre tratando de hallar la clave secreta de la verdad. No la encontraron, sin embargo. Ni siquiera hallaron respuestas a sus preguntas sobre la naturaleza del espíritu, el cuerpo y el alma. No podía ser. No era posible. Tras cavilar durante varios días llegaron a la conclusión de que debía existir otro libro todavía más secreto, en él se encontrarían los sellos interiores. Ese libro era lo que cumplía encontrar.

Lo que ellos no sabían, porque no era posible que lo supieran: El *Cognoscere causas* todavía no estaba escrito, y muy pocos recordaban estas palabras de Virgilio: «Feliz el que ha penetrado las leyes del mundo, el que libre de temor ha sometido a sus pies el destino inexorable y el rumor del Aqueronte codicioso». Pese a su ignorancia, sin embargo, se hallaban al borde del abismo: el secreto que estaban predestinados a penetrar y cuya esencia iba a convertirse en un futuro (aunque no un futuro demasiado lejano) en el legado de los cátaros. Todavía buscaban y se esforzaban por incluir el cuerpo en la unidad del alma y el espíritu y alcanzar el

mayor renunciamiento. Sin embargo, mientras subsistiera en el mundo la presencia de Bernard, y con ella la posibilidad de concebir, el cuerpo de Isabel seguía vinculado a ese mundo. Era un vínculo vago, porque el deseo había dejado de acuciar y ni siquiera el anhelo de un embarazo se manifestaba ya; pero la memoria era todavía como burbujas que salían suavemente a la superficie. Pese a los presentimientos nefastos, Isabel no había dejado de amar a Bernard, ni había perdido la esperanza en su retorno.



En su caminata a través de los Apeninos y hasta Génova, Guillaume y Ambrosio se hicieron amigos, pues así como el fraile admiraba el carácter decidido del escudero, así éste valoraba la paternal sabiduría del hombre de Dios. Pasaron muchas horas en largas conversaciones, durante las cuales Guillaume confesó todas sus angustias y sus decepciones, resultado de la fallida expedición a los Santos Lugares y de cómo se había visto despedido en Venecia por su amo, el caballero Sebastián Lemaitre. Ambrosio le consoló asegurándole que toda buena acción encuentra tarde o temprano su recompensa, lo mismo que las malas su castigo. Y le explicó que no había religiosidad auténtica en el ánimo de Sebastián, aunque hubiese tomado la cruz, de ahí su falta de consideración en palabras y actos.

—Te conviene saber —agregó— que la fe no es algo que se dé espontáneamente en la naturaleza humana. Lo que sí se da en ella es obedecer al fuero interno y no oponerse a la verdad cuando recibe del exterior la revelación de ella. Lo contrario sería actuar contra natura. Al que así procede, se le endurece el corazón y sólo piensa en sí mismo. Pero tú no eres así, mi querido Guillaume —concluyó Ambrosio palmeando el hombro de su interlocutor.

Al escudero le complacían las maneras campechanas de aquel hombre mayor, que nunca dejaba de celebrar ninguna de las pequeñeces que iban apareciendo en su camino; tan pronto se inclinaba a recoger una flor, como seguía el revoloteo de una mariposa, o admiraba el plumaje de un ave, o se detenía a observar el comportamiento de una liebre aprovechando la circunstancia de tener el viento de cara. Ambrosio apreciaba como amigos a todos los seres de la creación. Guillaume casi creyó escuchar a Francisco de Asís y aprovechó la oportunidad para preguntarle su opinión.

—Ya que me lo preguntas, te diré que para mí Francisco es un santo y una de las grandes adquisiciones de nuestra Santa Iglesia, la mayor después de los apóstoles y de san Benito. Todo su interés se centra en la Creación. La ciencia, la erudición, para él no valen nada. Él vive la pobreza, pero admite la vida en toda su plenitud. Domingo, en cambio, y Dios me perdone mi atrevimiento, tal vez no sea tan santo, pero ha comprendido la necesidad de luchar con los medios de la razón por la conservación de la Iglesia. Siendo así que la herejía levanta cabeza en todas partes, es menester combatirla con la llama de la fe y el frío del intelecto, hasta cortar todas las

cabezas de esa hidra.

—¿Te refieres a los *bonshommes*, a quienes conocemos y apreciamos en Occitania?

—Sí, hijo mío, porque son herejes muy perniciosos. Fue por causa de ellos por lo que Domingo decidió convertir a sus *pobres de Cristo* en una congregación dedicada a rescatar las almas descarriadas y devolverlas al seno de la Iglesia. Menos mal que pudo terminar la redacción de su regla antes de que lo llamase a su seno el Señor.

—Sin embargo, los *buenos cristianos*, como los llamamos entre nosotros, viven en el temor de Dios, practican la virtud, se ganan el sustento con el trabajo de sus manos y con las limosnas que reciben a cambio de sus prédicas. No son vanidosos, ni se entregan a la lujuria, y comparten la pobreza de la mayoría.

—La vida honrada por sí sola no reemplaza la verdadera fe. Eso sí, la práctica de las virtudes puede ayudarles a merecer la gracia de Dios, si llegan a convertirse.

—¡Y quién sabe cuál es la verdadera fe!

Sonriendo, Ambrosio apuntó con el dedo al cielo. Un cendal de nubes atenuaba la luz del sol, y el halcón trazaba sus círculos solitarios en lo alto.

—La verdad última sólo la posee Dios. Nosotros no podemos conocerla toda, aunque sí alcanzar parte de ese conocimiento. La fe es superior a la ciencia. Pero además de creer en aquello que la razón humana no abarca, los humanos tenemos otros caminos para llegar a la verdad. En la razón la verdad es el fruto del acto del conocimiento, y al mismo tiempo la razón la distingue como tal verdad. Es decir que el raciocinio puede contemplar su propia eficacia y distinguir no sólo los actos propios, sino también la relación entre éstos y la realidad. Por tanto, el que busca el conocimiento en la fe y con su razón, contemplará la verdad.

—Eso tendrás que explicármelo mejor —replicó Guillaume boquiabierto de asombro.

Ambrosio se sonrió de nuevo y pasó a explicarle la diferencia entre la razón y los sentidos: éstos sólo captan las consecuencias sin interrogarse acerca de las relaciones subyacentes de causa a efecto. En cambio, la razón pregunta enseguida «¿por qué?». Y mientras Guillaume no salía de su asombro, el fraile continuó explicando cómo el obispo Diego de Osma y su auxiliar Domingo concedían gran importancia a la erudición en letras, para lo tocante a su misión contra la herejía. En las cuestiones dudosas, el hombre como ser dotado de razón tiene por guías, además del sentimiento y la fe, precisamente la razón y los conocimientos. En cuanto a los que careciesen de instrucción, la Iglesia debía orientarlos y así ayudarlos a fortificar su fe. En eso consistía precisamente la utilidad de la predicación, tal como la entendió el mismo Jesucristo.

—Por eso yo sigo a Domingo, porque me parece más eficaz frente al error que la santidad de Francisco —concluyó Ambrosio sus explicaciones, y agregó guiñando ambos ojos con malicia—: Además los mendicantes vemos mucho mundo, y eso ayuda a sobrellevar la pobreza.

Ambos rieron, y cuando Ambrosio hubo terminado de elogiar otras ventajas de la ausencia de *stabilitas Ioci*, abandonaron los predios de la teología con sus sutilezas (aunque éstas le iban agradando cada vez más a Guillaume, al principio sin darse casi cuenta de ello) y el fraile le pidió noticias de Palestina. También escuchó con visible satisfacción el relato de la milagrosa curación de la herida de Sebastián. Llegados a Génova, se alojaron en una abadía de benedictinos, se asombraron de nuevo al comprobar lo muy amigos que se habían hecho y decidieron seguir juntos hasta Tolosa. Durante estas jornadas aumentó el interés de Guillaume por la orden mendicante de los dominicos, hasta tal punto que cuando arribaron a Tolosa solicitó el ingreso en ella, y pocos días más tarde se endosaba por primera vez el hábito de novicio.

El clavo de la memoria

Sebastián permaneció durante muchos días entregado a la bebida. No conseguía soportar la pena. ¡A cuántos había visto morir en Damietta, y cuántos caballeros había matado con sus propias manos! En la batalla, en la guerra, los muertos no le impresionaban. Pero una muerte en la hoguera le causaba horror insoportable. Por eso bebía, y mientras se emborrachaba jugaba a los triles. El trilero colocaba sobre una tabla tres cucuruchos de pergamino, y debajo de uno de éstos una moneda pequeña de plata. Luego barajaba con manos ágiles los tres cucuruchos, cambiando de lugar el florín en veloces giros, para que finalmente los espectadores adivinasen dónde quedaba. Si uno acertaba se quedaba con el florín; de lo contrario tenía que pagarlo de su bolsillo. Por más que se quemaba las pestañas Sebastián intentando seguir la trayectoria del florín, las manos del trilero siempre eran más veloces que la vista. El vino y la *grappa* se encargaban del resto: Sebastián perdía casi siempre. Y cuanto más grandes las pérdidas, mayor su cólera y su empeño de recuperarlo todo mediante una apuesta más alta. Obstinado y encendido de rabia, redoblaba las apuestas. El corro donde él estuviese jugando siempre se llenaba de mirones, que se daban grandes palmadas en las barrigas y los muslos desternillándose de risa cada vez que Sebastián perdía y lanzaba un alarido de furor. Se había convertido en el hazmerreír de todos. Hasta que un día, al despertar de una de sus borracheras, se dio cuenta de lo bajo que había caído. Excepto las prendas que llevaba puestas, todo lo había perdido en el juego: las armas, la acémila, el corcel de batalla, la capa y el manto de los torneos, y todo el dinero que llevaba encima. Hasta el honor de caballero había perdido. Mientras la resaca le martilleaba el cráneo, fue cobrando conciencia de que no era, en aquellos momentos, más que un pobre soldado de a pie en país extranjero.

Poco a poco le invadió la nostalgia del Aude. Dejó el vino y se propuso dejar Roma. Regresaría a pie, como humilde peregrino. El camino iba a ser largo, mas tal vez eso le ayudaría a olvidar su dolor. Pero antes de olvidar quiso recordar de nuevo, por eso en vez de elegir la ruta más directa hacia el norte por la *Via Aurelia* enfiló la *Via Cassia* para cruzar de nuevo los Apeninos por la región de Umbría. Quiso pasar

por Marotta para despedirse de Juditha, evocar la imagen de su amante tierna y apasionada, tal como la había dejado cinco años antes. Ese recuerdo tal vez apagaría la pira que la mirada interior contemplaba incesantemente en Roma cuando pensaba en Juditha.

De nuevo, como cuando cabalgaba desde Marotta hacia Siena, aprendió el ritmo lento, sólo que esta vez más a fondo puesto que no iba a caballo sino a pie. En esta ocasión tuvo ojos para paisajes y ciudades. Estaba en el mes de mayo, los días eran claros y poco nubosos, el aire templado e inmóvil, la marcha agradable. El panorama suavemente ondulado se extendía hasta el norte, donde empezaba la montaña. Durante varias jornadas acompañó al caminante el monte Amiata, una larga dorsal densamente poblada de bosques. A veces se abrían ante la vista grandes extensiones de sembrados, de verdes trigales que ondeaban como mares apenas agitados. En los matorrales y los bosquecillos cantaban las aves y el caminante se acordó de Damietta: ¿no fue allí donde Francisco de Asís predicó a los pájaros? ¿Si tendría más éxito con éstos que con los mahometanos? Lástima no haber llegado a verlo personalmente, se dijo Sebastián, y se repetía las palabras del predicador tal como circularon entonces. Al parecer Francisco prefería las obras a los grandes discursos. Curiosamente, les hablaba de la pobreza de espíritu a los ricos. Derramaba el vino y al mismo tiempo evitaba pisar un charquito de agua, como muestra de respeto a la Creación. Solía decir que el mucho saber hacía al hombre vanidoso, y aconsejaba no amontonar demasiados libros. En esto creía ver Sebastián una especie de sabiduría, y se preguntó si no valdría la pena dar un rodeo para visitar Asís. Pero luego decidió continuar derecho hasta Marotta. De modo más bien inconsciente, empezó a dialogar con la cabaña abandonada.

—Me haces falta —susurraba—. ¡Cuánto me agradecería poder encerrarte entre mis brazos! ¡Ah, Juditha! ¿Quién te mandaba ir a Roma, ni meterte en negocios dudosos? ¿Por qué? ¿Por qué? —Y cuando la cólera y la desesperación se apoderaban de él, blasfemaba y lanzaba al aire la imprecación—: ¡Qué te importaban a ti las putas de las termas romanas!

Era un grito de desesperación. La imposibilidad de comprender lo inexplicable. Él conocía, por haberlos visto en persona, los vicios de los clérigos y su hipocresía. Todo estaba permitido, con tal de guardar siempre las apariencias.

—¡Asquerosos! —gritaba, y se echaba a llorar.

No quería dar crédito a lo que le habían contado. Juditha no era así, nunca se habría metido a encargada de prostíbulo. Pero por otra parte, ¡con qué habilidad le había hecho hombre a él! Lo cual no estaba al alcance de cualquiera; se necesitaba experiencia y especial disposición. Hablando a solas, meneaba la cabeza. Era preciso admitir la realidad, y dejarse de interpretaciones. Hemos venido a este mundo para sufrir, no había vuelta de hoja.

Al día siguiente Sebastián siguió caminando, pero en silencio. Primero enfiló el camino de la costa y luego se adentró en la llanura del Po con la vaga intención de llegar a Milán. Había oído rumores acerca del espíritu de independencia de esa gran ciudad, donde habían buscado refugio muchos *bonshommes* y mantenían relaciones con Occitania. Cavilaba que tal vez le ayudarían a conseguir un caballo. Avanzaba poco a poco por aquella comarca pantanosa hasta que encontró un dique. Desde lo alto contempló el lento caudal del río. En la otra orilla, detrás de un terraplén, asomaba la aguja de piedra de una torre de iglesia, y calculó que andaría cerca algún vado por donde se pudiese cruzar sin peligro y sin ayudas ajenas. Distraído, paseó arriba y abajo por la orilla. Iba despacio porque el sol estaba ya muy alto y hacia mediodía no toleraba grandes derroches de fuerza. Una yugada de cuatro bueyes tiraba de un carromato tratando de alcanzar el vado, y luego Sebastián divisó una barcaza cuya tripulación sudaba la gota gorda tirando de las sogas para cruzar la corriente. Así es la vida, se dijo Sebastián. A los buenos siempre les toca sudar. Encaminándose hacia el río, se quitó las sandalias y pisó las aguas, cuyo agradable frescor fue como una caricia para sus pies. Anduvo casi medio centenar de pasos con el agua hasta las pantorrillas, notando cómo desaparecía la fatiga de las muchas leguas recorridas el día anterior. Siguió hacia el centro del río. El agua le llegó hasta el vientre y por último le cubrió el pecho, refrescándole. Al continuar notó que el fondo empezaba a subir y por último salió del lecho dejando un reguero sobre las huellas de sus pasos en el polvo del camino. El sol veraniego lo secó enseguida. Sebastián se puso de nuevo las sandalias y echó a andar hacia la dirección en donde se divisaba el blanco vértice de piedra.

A los pies de Sebastián, las gentes de Pomponesco acudían a sus quehaceres cotidianos. Era una ciudad diminuta, sin fortificaciones, modestamente recogida alrededor de la iglesia y su espléndida plaza, defendida de la corriente del río por el terraplén y un simple muro que apenas alcanzaba la altura de un hombre. La plaza estaba extraordinariamente animada para ser mediodía, y Sebastián anduvo hacia allí lleno de curiosidad. Entró en la población sin que nadie le diese el alto para preguntarle adonde iba, y se abrió paso hacia la iglesia por entre el alborotado gentío. En la plaza habían erigido un estrado de madera como suelen hacer los titiriteros y comediantes. Al fondo se veían unos maderos apilados como para levantar un patíbulo o una pira. Todo ello hecho con torpeza, como si el carpintero no tuviese mucha noción del encargo que se le hacía, o tal vez lo que veía el forastero fuese el resultado de una gran borrachera de vino. Sin embargo, la excitación de la muchedumbre obligaba a descartar las suposiciones demasiado profanas. Jugando un poco con los codos, Sebastián logró colocarse en primera fila y pudo ver que el patíbulo consistía en tres postes a los que habían atado otras tantas mujeres. Éstas

llevaban al cuello sendos carteles donde habían pintado *striga* con toscas letras. Al mirarlas no le pareció que tuviesen aspecto de hechiceras, por lo que se volvió hacia uno de los mirones y le preguntó en italiano, que ya lo hablaba pasablemente, de qué estaban acusadas aquellas mujeres.

—El obispo de Cremona quiere incluirnos en su señorío de horca y cuchillo y las ha acusado de pertenecer a la secta de los *buenos cristianos*, esos que han renegado de la fe católica, que pisotean la cruz de Cristo, que tienen trato indecente con el diablo y que lanzan el mal de ojo para enfermar las bestias y malograr las cosechas.

—¿Tú no crees en esas acusaciones? —le preguntó Sebastián.

—No. Según el Papa, la lucha contra los herejes vale tantas indulgencias como una peregrinación a Jerusalén con la cruzada. Y eso es lo que mueve al obispo. Las nuestras son mujeres decentes, forastero. No lo olvides nunca. Por la tarde quedará demostrado, porque celebraremos juicio de Dios y todos verán cómo esas comadres aquí expuestas injustamente toman en las manos el hierro candente y caminan doce pasos sin sufrir ningún daño.

—¿Y en caso contrario?

—Entonces echaremos a los clérigos de todas maneras —replicó Alberto Ganzague—. Aquí no hacemos de alguaciles de los cremoneses, ni en lo temporal ni en lo eclesiástico. Y nuestras mujeres son honradas.

—¿Se les hizo un juicio imparcial? —preguntó Sebastián.

—¡Qué va! —replicó Ganzague con un ademán desdeñoso—. Lo que pasó fue que anduvo una *Fama* por Gasalmaggiore y por eso el legado llamó al verdugo para que buscara marcas de brujería, que dicho sea entre nosotros, y podéis preguntar a cualquier marido, no son otra cosa sino lunares. Todo esto viene a raíz de que la primavera pasada echamos de la ciudad a Pietro Cassali, el cabrito del canónigo, que no contento con vivir tranquilamente del diezmo anclaba detrás de la hija del herrero. Que es una doncella como está mandado, y por eso le dio calabazas. Entonces se le ocurrió a él una treta de mala ley, y fue que la llevó con un pretexto a la cripta debajo del santuario y una vez allí trató de forzarla. Pero también Susanna era lista, como lo somos todos los pomponescos, y le hizo jurar que renunciaría al celibato si ella le concedía la prenda que él ansiaba. A lo que él se avino, pero ella insistió en que debía jurarlo desnudo y delante del altar. A esto se resistía, y ella en su apuro se aflojó el corpiño y se alzó un poco las sayas prometiéndole más para luego. Obediente, el clérigo se arrancó todas las ropas que llevaba encima y subió con Susanna a la iglesia, donde el muy ladino se arrodilló desnudo delante del altar y mascullaba latinajos. «Así no —exigió la virtuosa—, sino de manera que yo lo entienda, y entonando bien, ya sabes lo que quiero decir. Y piensa en lo que acabas de ver, cuando se oiga bien alto tu promesa debajo de estos arcos». El pecador juró y renegó entonces con voz fuerte, con tal de pasar el cuarto de hora con Susanna, sin reparar en las dos viudas que se alzaron espantadas de sus reclinatorios y salieron de la iglesia dando voces. La astuta salió tras ellas y envió enseguida a varios hombres, que

entraron en la iglesia y sorprendieron al atolondrado canónigo sin darle tiempo a escapar. Por eso echamos del pueblo a Pietro Cassali, para vergüenza e ignominia suya, y se lo devolvimos a su tío, que es quien ahora pretende vengarse haciendo un escarmiento con nuestras mujeres.

Ganzague hablaba con creciente violencia, cada vez más excitado, y terminó su relato de la expulsión del lujurioso con un puntapié a uno de los postes del patíbulo, tal como si lanzase la puntera de su bota contra el trasero del eclesiástico. A izquierda y derecha saltaron enseguida sendos esbirros con intención de llevarse al alborotador. Éste, sin embargo, los mantuvo a raya defendiéndose con ambos puños y daba voces de:

—¡Socorro! ¡Favor! ¡Quieren prender a un pomponesco!

Aún no se habían rehecho los soldados, sorprendidos por la inesperada resistencia, cuando ya la multitud se agolpaba en actitud amenazadora gritando a coro:

—¡Abajo los esbirros!

Alrededor de Sebastián las filas cada vez más apretadas se adelantaron un paso hacia la plataforma y los soldados. Éstos palidieron al ver el cariz que estaba cobrando el asunto, encogieron las espaldas y emprendieron la retirada por la parte posterior. Envalentonados por esta huida, los más próximos asaltaron el patíbulo. Los siguientes entraron a su vez cargando contra los esbirros, a los que empujaron hacia la muralla hasta que consiguieron echarlos de la población. Entre el griterío general, otro grupo de ciudadanos desató a las acusadas y las bajó a tierra. Apenas hecho esto, los mozos más atrevidos iniciaron la demolición del estrado y amontonaron los maderos anunciando la intención de celebrarlo con una fogata en cuanto se hiciese de noche. El legado episcopal recogió a sus guardias y puso pies en polvorosa.

En vista del tumulto responsable de todo el incidente, Alberto Ganzague tiró de la manga a Sebastián y se lo llevó al otro lado de la plaza, donde se alzaba la severa fachada de un palacio. Levantando el pesado llamador de bronce, dio tres golpes al portalón. Éste se abrió enseguida y los dos hombres entraron a un patio umbrío en cuyo centro reían los chorros de una fuente.

—Sé mi huésped, amigo mío —dijo el que obviamente era un hidalgo rural—. Es Dios quien te envía para que hayan ocurrido todas las cosas que han ocurrido, según estaba predeterminado por nuestro destino. Por tanto, divino emisario, sé bienvenido.

Sebastián quiso rechazar el panegírico diciendo que él no era ningún emisario divino sino únicamente un caballero pobre en su viaje de regreso a la patria occitana, y que si la Providencia había querido colocarlo en aquel lugar y momento exacto, a él no le cabía el menor mérito en ello. Por lo cual no podía aceptar la invitación de ninguna manera, puesto que además pensaba aprovechar el resto de la jornada para continuar un trecho más por la ribera del Po arriba.

—¡Infeliz! ¡No se te ocurra querer acercarte ahora a Cremona! —replicó Ganzague sin poder contenerse—. ¿No ves que los esbirros te reconocerían? Estabas en primera fila, y situado casi como si fueras el organizador principal del tumulto. Yo te aseguro que a los odiosos cremoneses, tan aficionados a hacer alianza con el francés Felipe Augusto, nada los complacería tanto como apresar a un occitano. ¡No, no, amigo mío! Tú te quedas aquí.

Aquella noche los pomponescos bailaron alrededor de la hoguera levantada con los restos del patíbulo, y hubo jolgorio y alegría como hacía tiempo que no había visto Sebastián. Al parecer, toda la ciudad se había echado a la calle para celebrar la victoria sobre el obispo de Cremona. Aprovechando la distracción general Sebastián se acercó a la orilla del río, por la parte del vado, se sentó en la hierba y se quedó contemplando los últimos fulgores del crepúsculo. La soledad y el silencio circundante le ayudaron a ensimismarse en sus pensamientos. Así fue como tomó su despedida de Juditha; recogía el hilo del recuerdo y evocaba su primer conocimiento. En la imaginación trató de representarse su aspecto y se dijo que pensándolo bien, pese a todas sus dudas, sus presentimientos y sus temores nunca había visto en ella la menor indicación de que fuese una adepta de los cultos diabólicos. No, en aquel momento, recientes las impresiones de lo que acababa de vivir, no podía por menos que absolver a Juditha de las acusaciones que la Iglesia había lanzado contra ella. Ni era bruja, ni era verosímil que hubiese prestado a las ramerías de Roma los servicios que se contaban. En cuanto a lo de su muerte no tuvo más remedio que aceptar la declaración de Claudia, puesto que le había dado señas tan detalladas y coincidentes. Admitía que los jueces pudieran equivocarse, incluso los que fallaban en nombre de Jesucristo, pues había visto en los Santos Lugares muestras más que sobradas de la incompetencia de los legados pontificios. Con estas reflexiones, no obstante, logró poner en concordancia sus sentimientos con el recuerdo que tenía de Juditha: la había amado, seguía amándola y no le habría gustado tener que apartarla de su mente. Aunque la muerte no suele preguntar por lo que nos gusta o no. Y debe ser cierto que los objetos inanimados también tienen sus lágrimas. Estaba apenado y lloró largo rato, luego hipó y se puso en pie con un esfuerzo. La vida debía continuar.

Confundido entre los celebrantes, saboreó el vino abocado, que dejaba un regusto a frambuesas. En la mesa de su anfitrión, que seguía cubierta a última hora de la tarde, banqueteaban los notables de la ciudad. Cordiales y un tanto condescendientes, interrogaron a Sebastián sobre su procedencia y proyectos. Algunos parecían considerarle un enviado del Señor, cuya presencia había impedido que se encendiese la hoguera. Menudearon las críticas contra la jurisdicción episcopal, por condenar fundándose en meras habladurías. El anfitrión enfiló de nuevo su discurso contra la

lujuria de los clérigos y la extendida costumbre de comprar las canonjías para vivir del diezmo sin atender a la cura de las almas. Que la clave de la salvación estaba en la pobreza. Así iban saliendo a relucir, una tras otra, todas las ideas que Sebastián había escuchado ya en el Aude. Por lo visto, en todas partes la hostilidad contra los clérigos era un rasgo común de los nobles y los hidalgos. En consecuencia, no le extrañó que se propusiera una vez más a los *buenos cristianos* como ejemplos de fe auténtica. Hay parentesco entre la Lombardía y Occitania, pensó Sebastián sintiéndose cada vez más a sus anchas con aquella compañía, aunque en el decurso de la velada los pomponescos empezaron a beber demasiado.

En vista de que el jolgorio y las voces iban a más, se retiró a una estancia tranquila del palacio y dejó vagar sus pensamientos. Al cabo de un rato levantó la mirada y vio a Alberto Ganzague.

—Buscas tranquilidad. Te daré una estancia donde la hallarás —dijo el dueño de la casa en tono paternal.

Apoyó una mano en el hombro de Sebastián y lo condujo a la parte posterior del edificio. Recorrieron un pasillo y se detuvieron ante una puerta de doble hoja. Ganzague la abrió y cedió el paso a Sebastián.

—Descansarás aquí. Te espero mañana a la hora del almuerzo.

Dicho esto, dio una palmada y regresó hacia la sala del banquete. Una joven sarracena salió de la penumbra, se inclinó ante Sebastián y le indicó una estancia contigua con una bañera llena de agua caliente, toallas y aceites esenciales. La muchacha le mostró la bañera invitándole a desnudarse, lo cual presencié sin ningún reparo antes de eclipsarse discretamente mientras él se metía en el agua.

Sebastián disfrutó del baño de agua tibia; se limitó a permanecer echado, notando cómo desaparecía la tensión de todos los músculos, reemplazada por una agradable sensación de lasitud. Le pesaban los párpados, y se le cayó la barbilla sobre el pecho. Dándose cuenta de que iba a quedarse dormido, salió a tiempo de la bañera, se envolvió en toallas y se tumbó en la ancha cama que habían preparado para él.

Alberto Ganzague recibió a Sebastián a solas en el comedor. Sobre la mesa, una fuente llena de muslos de conejo, un pan de centeno y dos tazones de infusión de menta caliente. Tomaron asiento, soplaron los tazones y comieron con buen apetito de la carne.

—Tú eres caballero, aunque no lleves caballo ni acémila —afirmó Ganzague, mirando a Sebastián con expresión pensativa—. Estuviste en Tierra Santa.

Hablaba despacio, como si no estuviera seguro de ser entendido.

—Eres libre, puesto que ya cumpliste con el voto.

Sebastián asintió.

—Necesito guerreros. ¿Querías ponerte a mi servicio durante siete veces cuarenta días?

Entonces fue Sebastián el que se quedó pensativo. Alberto Ganzague irradiaba una poderosa capacidad de persuasión.

—¿Acaso te ata algún otro juramento de fidelidad inquebrantable?

—No —replicó Sebastián—. Soy libre, soy un *faidit* como decimos en nuestra tierra, un caballero sin hacienda y sin señor. Y es verdad que me hace falta un caballo.

—Te doy un corcel de batalla, una acémila, una armadura nueva y cincuenta ducados de oro. Ésa es mi oferta.

Sebastián calló. En su fuero interno quería resistirse al influjo avasallador de su anfitrión. Se miraban mutuamente con franqueza, dueños de sí. En ningún momento se le ocurrió a Sebastián preguntar para qué clase de servicio se le solicitaba, pero tampoco quiso ser el primero en desviar la mirada, ni hablar a destiempo. Así que mantuvo la tensión. Ganzague sonrió.

—Me propongo desafiar a Cremona y buscar la alianza con Milán. Para eso me hacen falta hombres valientes.

—En mi tierra —buscó una excusa Sebastián, pues no deseaba ofender a su interlocutor—, los franceses hacen estragos contra los occitanos. Ambos bandos buscan hombres valientes.

¿No estaría allí en realidad mi lugar?, se preguntó a sí mismo, aunque nada sabía de la muerte de Simón de Montfort, ni de las victorias recientes de los occitanos bajo las banderas de Ramón. Personalmente no se consideraba obligado con ninguna de las dos causas. Bertrán de Quéribus siempre se había movido en la ambigüedad, sin tomar partido. Pensó que tal vez a él le convendría la misma táctica. En cuyo caso lo más acertado sería permanecer lejos del país.

—Te dejo en libertad para tomar tu decisión —contestó Ganzague—. En todo caso te daré un caballo, si prefieres continuar viaje.

Sebastián todavía estaba buscando una réplica educada cuando entró en la sala por una puerta lateral, que hasta entonces no había advertido, una mujer de elevada estatura, que se acercó a Ganzague con paso pausado. A Sebastián se le atascaron las palabras y se quedó con la mandíbula flácida, la punta de la lengua entre los dientes, las cejas alzadas, en una mueca de asombro. Miraba como hipnotizado a la mujer, que parecía flotar dentro de sus amplias vestiduras. Tenía largos cabellos de color negro azulado que caían sobre sus hombros. El rostro, delgado y de facciones regulares, irradiaba gran atractivo, que cautivó a Sebastián.

—Me habéis llamado, padre mío —dijo ella cuando estuvo cerca de Ganzague. Tenía una agradable voz de contralto.

—Quise presentarte al primer campeón de Pomponesco, Lucrecia —replicó el anfitrión en tono alegre—. Pero nos hemos precipitado. Todavía no ha aceptado mi ofrecimiento Sebastián Lemaitre.

—¿De veras? —preguntó Lucrecia.

Sebastián tragó saliva y Ganzague asintió.

—Qué lástima —agregó ella, sonriendo y mirando fijamente a Sebastián.

Éste bajó la mirada y para disimular se volvió hacia su anfitrión, quien despidió a su hija con un leve ademán de la izquierda. Ella salió tal como había entrado, tranquilamente y con pasos apenas audibles, aunque Sebastián sintió luego su presencia con más intensidad que cuando estaba allí. Aún no había tenido tiempo de reflexionar sobre la aparición de Lucrecia, pero supo que el amor a primera vista es algo que existe y quedó traspasado por un dolor muy hondo, el de la pérdida de Juditha. Él no deseaba olvidar a la mujer amada en ningún caso, ni refugiarse tan pronto en el amor a otra; guardar fidelidad era preservar el recuerdo y admitir la tristeza. Sin embargo, si era verdad que hasta los objetos inanimados tenían lágrimas como Virgilio le hace decir a Eneas frente a una representación del incendio de Troya, entonces era menester que las lágrimas corriesen, y por eso, en razón de esa fidelidad, Sebastián se propuso abandonar Pomponesco cuanto antes.

—No puedo aceptar vuestra oferta —balbució—. Aún me queda una misión que cumplir.

—No seré yo quien te lo impida —replicó Ganzague con amabilidad—. Si está en mi mano hacer algo para ayudarte, cualquier cosa, no dejes de pedírmelo.

Se puso en pie, pasó junto a Sebastián apoyando un momento la mano en el hombro de éste, y salió de la sala. Cuando se vio a solas, Sebastián lloró.

El sol estaba ya en el cénit y Sebastián continuaba en la sala, inmóvil salvo algún temblor de hombros ocasional. Poco a poco la imagen de Lucrecia, con sus verdes ojos, iba reemplazando la de Juditha y ésta palidecía: el poder del presente luchaba con la persistencia del pasado; cinco años son muchos y Sebastián acababa de cumplir los veintidós. Del presente nace el porvenir, mucho porvenir para un joven caballero. Poco después, Sebastián salió al patio donde Ganzague le esperaba junto a la fuente, y aceptó su oferta.



El estío se anunciaba muy caluroso; los valles de las *terrae linguae occitanae* parecían hervir. La calígene exacerbaba el furor belicoso de los luchadores y los occitanos procuraban hostilizar a los franceses de Amaury dondequiera que los encontraban. No iba a tardar mucho en abandonar la empresa el hijo de Montfort. Cada victoria en las escaramuzas con los franceses exaltaba todavía más el ánimo de los tolosanos. Isabel escuchaba con júbilo las noticias de las proezas que realizaba su caballero. Poco a poco Bernard y su grupo de *faidits* provenzales iban abriéndose paso hacia la capital de Ramón, y los correos traían ya las primeras cartas según las cuales los caballeros de Saintes-Maries llegarían a la corte hacia comienzos de

septiembre. Como nuevo *Erec*, Bernard planeaba celebrar entre príncipes la recuperación de su espíritu guerrero. A cada jornada, que representaba mayor proximidad de Sebastián a la capital, aumentaba el tirón de lo mundano en el corazón de Isabel. Hasta que no pudo soportar más la cercanía de Felipe, y él perdió sus raíces cerca de ella. No habían encontrado las respuestas, y seguían tan lejos como siempre del *Cognoscere causas*. Entonces Felipe huyó del mundo, dejando a Isabel y a Tolosa. Sentía la llamada de Montségur. Cuando se despidieron lo hicieron como dos hermanos a los que el destino separa, sabedores de que es inútil resistirse. Felipe no se volvió, Isabel le siguió con la mirada, pero furtivamente. Apenas estuvo lo bastante lejos, volvió la imagen de Bernard, rica en color. No tardaría en verlo allí, pensó ella con júbilo.

Ese júbilo unía a Isabel y Bernard por encima de la distancia, y embargaba también a Bernard cada vez que pensaba en su mujer. Entonces se sentía incitado a actuar, y amorosamente protegido al mismo tiempo; así pudo ocurrir alguna vez que se pusiera a cantar, mientras cabalgaba al frente de su compañía en busca de franceses. Incluso el día que supo la noticia del fallecimiento de Ramón VI, le bastó acordarse de Isabel una sola vez para que se le alegrase el humor. Y se complacía imaginando cómo una nueva hazaña heroica en honor del viejo conde le serviría para aumentar la fama que le precedía y llegaría antes que él a oídos de la mujer amada. Y en efecto, aunque la tarde tocaba a su fin aún habría de presentársele otra oportunidad para distinguirse, y fue que mientras andaban buscando en un valle apartado de la Montagne Noire un lugar conveniente para la acampada, oyeron un galope de caballos. Con rápido ademán ordenó a sus *faidits* que se ocultaran detrás de un matorral desde donde podían abarcar la extensa pradera que tenían delante. Al poco aparecieron valle arriba, saliendo de un pequeño robledal, varios caballeros franceses que enfilaron derechos hacia las matas de escaramujo donde se escondía el grupo de Bernard. Cuando se acercaron más, contó hasta siete hombres. Ellos sólo eran cuatro, pero considerando el efecto sorpresa, si actuaban con rapidez, quedaría compensada la inferioridad numérica. Bernard lanzó una breve ojeada a sus compañeros, y todos asintieron con la cabeza sin pronunciar palabra. Sacaron las hachas de guerra, apostaron los caballos y les dieron espuelas en el preciso instante en que los franceses pasaban por delante del matorral. Entre gritos espantosos cargaron contra el enemigo, cuyos caballos se encabritaron, y uno de los jinetes cayó al suelo antes de haber combatido siquiera. El animal huyó y otros dos franceses cayeron bajo los golpes de hacha de los occitanos. En una fracción de segundo quedaba igualada la lucha y era ya un combate de caballeros, hombre contra hombre. Bernard y los suyos tenían la ventaja de la iniciativa y además peleaban con rabia, a lo que opusieron floja defensa los invasores del norte hasta que echaron de ver que les iba la vida en ello. Entonces lucharon encarnizadamente con las hachas y Bernard necesitó hacer acopio de todas

sus fuerzas y mucha habilidad para dominar a uno de los contrarios y derribarlo de la silla. Saltó en pos de él y desenvainó la espada; parecía que la pelea aún no estaba decidida, pero el francés luchaba con poco aplomo. Bernard siguió con denuedo y por el rabillo del ojo vio que sus compañeros iban reduciendo a los contrarios respectivos.

Detrás del matorral surgieron de súbito más jinetes franceses, por lo menos diez, a los que nadie había visto hasta entonces, y que se abalanzaron sobre los occitanos con hachas, mazas y espadas. El sorprendido Bernard se volvió y así no prestó atención al último golpe desesperado de su contrario. Recibió la hoja de acero en el vientre y mientras paraba con la espada el mazazo que le asestaba uno de los recién llegados, cayó al suelo. Vio que caían sus compañeros, que los franceses echaban pie a tierra, y que el jefe de la partida se acercaba a él. Sintió un fuego terrible en las entrañas, el cual se propagaba pierna izquierda abajo, hasta el pie. Oyó las maldiciones de los franceses, los gemidos de los heridos, y luego el canto de un ruseñor.

—Vuela a ella —gritó.

Sobresaltados, todos se volvieron hacia Bernard.

—Vuela hacia ella —repitió, aunque su voz se debilitaba por momentos— y salúdala, háblale de mis hechos, elogia mi valor y...

Su voz era apenas un graznido ya, además le dolía horriblemente el vientre y tenía las piernas entumecidas, insensibles. Vio a Isabel, vio sus cabellos negros sueltos y sus ojos pardos. Ella le sonreía, sus rojos labios formaron un beso y se lo envió con el aliento hacia su boca reseca. Sintió sed. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Isabel se inclinaba sobre él y quiso atraerla hacia sí. Respiró hondo y reunió todas sus fuerzas para continuar la frase.

—Y cuéntale mi situación —susurró, pero se le quebró la voz enseguida.

—¿Has visto cómo ha entregado el hereje su alma condenada? —preguntó uno de los franceses.

Los jinetes asintieron.

Un mensajero del conde le llevó la noticia a Isabel y luego la dejó a solas. Aturdida, ella se encaminó hacia su habitación.

—¡Ay, Bernard! —se lamentaba, sentada en la cama—. ¿A qué venía que ahora, cuando he regresado al mundo, tú buscaras realizarte en la guerra? Durante meses me había resignado a perderte, y casi llegué a tener la sensación de que morabas en otro lugar. Pero luego tu valentía me cautivó, tus victorias tejieron la red alrededor de mí, y me sacaron del ensimismamiento. Te hiciste mundo en mí, que casi había encontrado mis raíces. Ahora me queda el dolor ardiente, ¿no podía yo despedirme con serenidad? Por lo visto, es menester que ciertas cosas hagan daño.

Un ruseñor alzó tímidamente el vuelo desde las profundidades del pasado. Pero no cantó, sino que gritaba. Del amor, de la atracción eterna, de la adoración única. Lo

blanco amarillea en menos de lo que tarda una flor en marchitarse, gritó el ruiseñor. ¡No lo olvides nunca! No era en realidad un canto, y muchos dicen que los ruiseñores no cantan.

Sintió corporalmente, en todas sus fibras, los anhelos pasados. Fue como si se hubiese encendido un fuego sagrado calentando todo el pasado. Isabel temblaba vibrante de excitación ancestral. Nunca había sentido tan intensamente el deseo de la plenitud física, y se odió por ello. ¿A eso llamáis duelo, oh dioses? Pero ¡alto! ¿No habíamos convenido en que el mundo pertenece al demonio? Máscaras y diablos se entregaban a un juego cruel. Les agrada castigar a destiempo. Mientras lo pensaba Isabel iniciaba ya la resistencia, luchando contra el propio cuerpo. El alma aliada con el espíritu puede dominar la carne. Renuncia a los falsos recuerdos, guarda el duelo con los auténticos, se dijo a sí misma, primero en voz baja y luego cada vez más fuerte, hasta que gritó las palabras. Gritando contra los ruiseñores.

Tanto gritó, presa de convulsiones desatadas, que la camarera creyó que Isabel se había vuelto loca. Llamaron al bañero, pero éste no se vio capaz de atender a una loca y mandó llamar a la comadrona. Le dieron tomillo, que expulsa la melancolía de los pulmones, y lúpulo, que tranquiliza. Por último y mientras el ataque concluía en una crisis de sollozos, le dieron a beber vino tinto de un odre previamente calentado al sol, lo cual llama al sueño reparador que restaura las fuerzas vitales. Cuando Isabel empezó a balbucir entró Simone, a la que tocaba el turno de velar a la enferma. Atada a la cama, Isabel se hundió en los abismos de sus propios demonios. Y vio de nuevo el lagarto. Tan pronto como el reptil reparó en ella huyó corriendo hacia unas rocas blanqueadas por el sol. Ella quiso seguirlo, pero la sombra de su mano espantó al reptil, que escapó en otra dirección. Isabel continuó persiguiéndolo y tanto insistió que fatigó al bicho, el cual no encontraba grieta ni agujero en donde refugiarse. Imitando a su hermano Sebastián, cuando eran niños y él cazaba alguna lagartija de las que se ponían en la muralla a tomar el sol, Isabel andaba empeñada en cazar la criatura en quien según sospechaba residía su alma. Cuidado, que no se debe agarrar por detrás. Porque la cola se quiebra y queda en el suelo, retorciéndose, mientras que el animal desmochado corre y desaparece. Por la cabeza, la mano debe atacar por la cabeza, el lagarto fatigado planta cara, amenaza y muerde el dedo. Pero no duele, no hay que asustarse. La cabeza queda aprisionada entre los dedos. Poco a poco, Isabel se mete su alma en la boca, y traga. Cosquilleo en el paladar, ¡uf! Rasca al tragarlo.

La durmiente se retuerce de un lado para otro, las correas crujen pero no ceden. La frente de Isabel perlada de sudor. Simone la seca con un pañuelo y con mucha paciencia, al tiempo que murmura palabras tranquilizadoras. Al cabo de un rato, el cuerpo se tranquiliza. Entra en calor. Tranquilidad. Paz. Como entonces, cuando fue creado el mundo. A partir de un punto infinitamente pequeño de luz pura. Alrededor del cual todo era oscuridad nocturna como no se ve en lugar alguno de este mundo. Y todo el espacio vibraba al son de una voz ultraterrena. Un aroma a incienso y mirra llenaba el éter. Del punto diminuto irradiaba una caricia amorosa, como de un millar

de niñeras consentidoras mimando al hijo de un rey. Lo visto, lo oído, lo olfateado, lo palpado reducido al mínimo espacio y al mismo tiempo expandido al máximo. Entonces el punto se dilató con fuerte explosión y todo se llenó de luz. Un caos rugiente se extendió por el tiempo y el espacio. La luz deslumbrante lo volvía todo invisible y recóndito. Isabel recibió la visión. A sus pies, una esfera azul envuelta en velos blancos, con manchas pardas en algunos lugares. Entonces acudieron volando unos ángeles y parecía que iban a amasar el barro. Apareció un dragón negro que proyectó su aliento sobre el barro. Los ángeles huyendo se refugiaron en el interior de las figuras. Yo soy Adán, decía el primer ser humano al tiempo que le tendía una costilla al dragón. Carne y hueso, y arcilla, ése es el polvo del que fue creada Eva. Cuando vio su desnudez el dragón se echó a reír. Pero Adán, al contemplar los hermosos pechos, sintió su virilidad entre las piernas. Y la serpiente dijo que era bueno. La pareja tuvo conocimiento carnal y gemía. El dragón jadeaba mientras se satisfacía a sí mismo. Luego cambió de forma muchas veces, apareciendo como *incubus* y como *succubus*, unas veces con aspecto de mujer, otras de hombre o de animal. Cuando quedó agotado se tumbó a dormir. Surgió entonces sobre el mundo una estrella de larga cola. Una lágrima cayó del cielo y tomó forma de niño en un establo. Así fue como empezó a propagarse el bien, porque los descendientes de Adán y de Eva comenzaron a recordar. Sintieron que llevaban el cielo dentro de sí. Rebuscaron en los montes y en los campos, y excavaron las plantas. Algunas eran comestibles. Cuando el dragón despertó de su fatiga muchos humanos habían alcanzado la sabiduría, y luchaban contra el mal. Isabel abrió los ojos y al ver a Simone, sonrió. La fiebre estaba vencida.



Impenetrable para un forastero la política de Lombardía, tierra al pie de los Alpes y desgarrada como pocas. La tensión entre papas y emperadores, entre el norte y el sur, venía creciendo desde hacía decenios, o quizá siglos. En todas las disputas entre la espada temporal y la espiritual se hallaba complicada la rica región del Po, lo cual daba mucho juego a la ambición de las ciudades. Algunas se declaraban por el emperador, a cambio de nuevos privilegios. Otras, deseosas de sacudir el impopular yugo, pactaban con el Papa. En ocasiones resultaban otras alianzas, con Venecia, con Bizancio o con el francés. Al mismo tiempo permanecían vivas las rivalidades de vecindario, como la que enfrentaba a Milán con Cremona. Dentro de esa trama, Alberto Ganzague procuraba sacar ventajas a favor de Pomponesco, en primer lugar, aliándose contra Cremona con las ciudades que formaban el partido de Milán. En el fondo, sin embargo, Ganzague dejaba pasar el tiempo para que madurase el momento de satisfacer una antigua venganza contra un noble de Viadana (que era del partido de Cremona). En esa coyuntura, Sebastián cayó que ni pintado. Para empezar, le dio un corcel magnífico a su recién enrolado caballero, y mandó pintar para él un escudo con el lirio de los Ganzague y con un portal que recordaba la ciudad de Jerusalén, y la

condición de cruzado de aquél. No menos espléndido que el escudo resultó el casco, hecho de acero pavonado con cimera de oro. Ni el manto, de un raso ligero, que Sebastián llevaría sobre la cota de malla y el jubón. Ni las grebas para las piernas, que se cerraban con artísticas hebillas. Mientras se fabricaba tan fastuoso equipamiento, Sebastián y Ganzague rompían lanzas y practicaban esgrima en un campo algo apartado. El de Pomponesco se mostraba incansable; transcurridas unas semanas contaba con otros cuatro jinetes para la defensa de su causa, y encargó a Sebastián que les enseñase las artes de la guerra.

Así pasaban las semanas. Todas las mañanas Sebastián desayunaba, por lo general copiosamente, con su nuevo señor. Luego, al patio de armas, a romper lanzas, a luchar con el hacha y la maza a caballo y a pie, ejercitando una y otra vez todas las situaciones imaginables. El sudor corría a raudales. Cuando caía la tarde llevaban los caballos al establo y los cepillaban. Por último, Sebastián y Ganzague cenaban apartados de los demás y en silencio. Antes de acostarse cambiaban impresiones sobre tácticas de lucha e incidencias de los torneos.

Amanecía siempre Sebastián con la esperanza de ver a Lucrecia, aunque no lo conseguía sino contadas veces, al paso por las cocinas. Por lo general ella bajaba los ojos y se mostraba tan tímida, que palideció en el recuerdo de Sebastián la primera imagen de la mujer segura de sí misma y de la impresión que causaba. Se tejía a su alrededor una aureola de secreto que agujoneaba la fantasía de Sebastián. Cada vez más a menudo dejaba la mente en blanco y entonces sí la veía como la primera vez, esbelta y atractiva. Con el rostro de ella fijo en la cabeza, antes de quedarse dormido pasaba horas interrogándose sobre el color de sus ojos. El verde del iris se oscurecía hacia la pupila como si los ojos fuesen embudos que desembocaban en otro mundo. Aquella mirada la ensombrecía un velo de tristeza, pero ¿qué penas tendría una mujer tan joven y hermosa? Al amanecer, con frecuencia Sebastián salía furtivamente al huerto. Allí la veía a veces sentada en un banco de piedra debajo de un laurel rosa, contemplando la luna. Entonces él se mantenía escondido a la sombra de un abedul próximo a la puerta de la casa, y no perdía a Lucrecia de vista. ¡Qué bella es!, se decía mientras la miraba, y este pensamiento le resultaba casi doloroso en ocasiones. Al cabo de un rato regresaba con disimulo a su habitación y cuando se dormía la veía en sueños. Entonces se le confundía con muchos detalles de Juditha que lo exaltaban, y despertaba con frecuencia en estado de máxima excitación, sin saber con precisión dónde estaba y deseando llamar, ya a Juditha, ya a Lucrecia. Pero con el tiempo, el presente iba desplazando al pasado en los pensamientos y en los sueños, y Lucrecia acabó por ocuparlos todos. En especial, después de la vez que lo sorprendió debajo del abedul. Fue una noche de luna llena; ella estaba en su banco de piedra y él, embriagado por la contemplación, había avanzado un paso imprudentemente, sin darse cuenta de que iba a pisar una ramita. Cuando se oyó el chasquido, ella se volvió

y aunque él se había quedado yerto le vio y le reconoció enseguida.

—La plateada luna nos muestra el camino —susurró al tiempo que se ponía en pie y pasaba de largo, aunque no sin lanzarse una mirada larga y profunda.

Desde entonces él se sintió tácitamente observado cuando se acercaba a mirarla, y pese a las precauciones propias del caso. A menudo se limitaba a echarle una rápida ojeada y luego se retiraba a su habitación, donde trataba de componer alguna poesía que sirviera de expresión a sus sentimientos y sus anhelos, y tal vez entonces tuviese oportunidad de declamarla de modo que ella la oyera.

En poco tiempo los nuevos mesnaderos quedaron capacitados para enfrentarse a cualquier enemigo con lanzas y tizonas. En verano consideró Alberto Ganzague llegado el momento de participar por primera vez en un torneo. En Mantua ofrecían un halcón a título de premio para el vencedor. En la llanura del Po nadie que tuviese tanto así de orgullo dejaba de participar en la justa para ganar el noble animal, bien peleando personalmente o armando un caballero que lo hiciera bajo su gallardete. Como le urgía comprobar el estado de preparación de sus huestes, Alberto Ganzague alistó a los suyos para un combate multitudinario de demostración, y a Sebastián entre los que competían por el ave.

Mantua estaba vibrante de vida y se notaba en todas partes la expectación del inminente torneo. Cada vez que circulaba por las calles algún caballero famoso corría el rumor por la multitud y algunos transeúntes incluso se detenían a aplaudir. En todas las esquinas, titiriteros y mendigos dispuestos a aligerar las bolsas de los ciudadanos lo mismo que los echadores de la buenaventura, los jugadores de dados y las callejeras que apostadas en las esquinas más recogidas murmuraban sus promesas a los oídos de los hombres solos. Ganzague y su séquito hallaron aposento en una antigua lonja, adonde se entraba por un enorme portal. Tenía un patio flanqueado de galpones y galerías cubiertas que en otros tiempos habían servido para almacenar mercaderías, en aquellos momentos habilitadas como dormitorios. Sebastián recordó la posada de Marsella, de aquello hacía más de seis años. Cómo se parecen todos esos lugares, pensó, y se preguntó qué suerte habrían corrido sus compañeros de entonces. Decidió aprovechar la ocasión del torneo para preguntar noticias de Occitania. Lo cual consiguió el viernes, y así supo de las victorias de Ramón y que un viento ascendente impulsaba la causa de los occitanos como el grajo que sobrevuela los Pirineos. Lo cual le alegró, al tiempo que veía en su imaginación a Quéribus y a su hermana. Así que, de momento, no precisaban su protección, se dijo sintiendo, sin saber por qué, un cierto alivio. Pero ya Ganzague empezaba a contagiarle la excitación por el inminente combate. Al parecer el asunto del halcón le importaba mucho más de lo que quería reconocer; por algunas manifestaciones que se le escaparon, Sebastián creyó deducir que en su lejana juventud Ganzague había llegado hasta el duelo final por el halcón, pero resultó lamentablemente derrotado en el

encuentro decisivo. Y se dijo que debía procurar ganar el premio para su anfitrión; en cuanto a sus propios motivos, no los veía muy claros, pero intuyó que tendrían algo que ver con Lucrecia. El pulso se le aceleraba hasta un grado de excitación casi insostenible cuando veía en la imaginación aquellas facciones regulares y aquella melena que azuleaba de tan negra.

De mañana pesaba ya el calor sobre el campo del torneo, y la polvareda no tardó en cegar a los jinetes. Sebastián estaba como en trance y así disputó la primera eliminatoria, en la que derribó al contrario con la primera embestida y le rompió varios huesos, de modo que se llevaron al infeliz en parihuelas. El segundo adversario consiguió romper dos lanzas antes de ser derribado a su vez, y no fue hasta el tercero cuando se pasó a la lucha con espada. En ese instante Sebastián se acordó del valiente sarraceno con quien se había enfrentado en la torre de vigía de Damietta, y descargó un tremendo mandoble sobre el casco de su contrario. Quedó entre los finalistas para disputarse el halcón en la jornada siguiente, y Ganzague estaba que no cabía en sí de gozo, tanto más por cuanto había quedado vencedor en el enfrentamiento de sus huestes con las de Borgoforte.

Si el sábado las tribunas estaban ya densamente pobladas y el público se agolpaba detrás de las barreras que delimitaban el terreno, el domingo la asistencia fue la propia de los acontecimientos de primer orden. Quien tuviese pies para caminar se hallaba en su puesto antes de la hora nona. Los que no gritaban o silbaban metían ruido con cornetas, gaitas y tamboriles. Una fanfarria de músicos milaneses acompañaba a las parejas de combatientes conforme iba designándolas el sorteo. Los jinetes se presentaban frente a la tribuna, hacían la reverencia a los grandes de Mantua y luego se dirigía cada uno a su punto de partida, desde donde volvía grupas y corría el uno contra otro para romper lanzas. Cada vez que chocaban se levantaba un griterío formidable que no cesaba mientras los caballeros derribados se ponían en pie y empezaban a luchar espada en mano. En esta segunda jornada se vio el efecto de la selección; ninguno de los jinetes cayó al primer encuentro, y todos luchaban hasta los extremos. En la primera ronda le tocó a Sebastián enfrentarse con un gigante que, apenas vio a su contrario, empezó a cantar una copla de burlas con voz estentórea. Hubo muchos aplausos y risas de los espectadores. Sebastián temblaba de rabia y estaba ya poniendo tierra por medio para asegurarse una carrera de diez varas o más, cuando se elevó sobre el campo una clara voz femenina.

—¡Cabalga para mí y gana el halcón! —exclamó la voz y cuando Sebastián miró en derredor vio que era Lucrecia, que le saludaba con la mano.

Sebastián correspondió levantando brevemente el escudo, enristró su lanza y cargó contra el burlón. Bajaron las puntas de las lanzas y los contendientes chocaron con tal fuerza que agujerearon los escudos y las astas volaron hechas trizas. Dando tirones se libraron y corrieron para regresar a sus posiciones y embestirse de nuevo. En el segundo choque volvieron a romper lanzas, pero ninguno de los dos cayó; entonces tiraron de espadas y se acometieron con gran furia, entre el entusiasmo y los

aplausos de los espectadores. El coloso manejaba muy bien la espada y sabía sacar partido de su mayor envergadura. Pero Sebastián era más ágil y en un instante de descuido por parte de su contrario, se lanzó a fondo y le metió la espada por la barriga. El público entró en estado de frenesí, mas Sebastián sólo tenía ojos para Lucrecia, que aplaudía puesta en pie y devorándolo con sus miradas.

Cuando el sol llegó a lo más alto de su carrera quedaban sólo siete contendientes y Sebastián. Entonces se acercó Alberto Ganzague, que procuraba disimular el ardor de su mirada; cuando oyó a su espalda los pasos de Lucrecia, le dijo al sorprendido Sebastián:

—Gana el halcón y te doy la mano de mi hija.

Ella oyó lo que decía su padre y se ruborizó. Sebastián se quedó un rato mirando a su anfitrión, y luego le hizo una reverencia. No fue necesario decir más. Entonces Lucrecia le entregó su pañuelo.

—En prenda de la victoria —susurró antes de alejarse.

El sorteo le adjudicó el combate inaugural y su adversario resultó ser un tipo flaco sobre un caballito que no le pareció a Sebastián capaz de aguantar el envite, ni con mucho. Pero se equivocaba. El rocín fue como otro contrincante más, por la habilidad y la inteligencia con que buscaba el terreno más favorable para su amo. Éste, a su vez, buscaba la victoria por encima de todo y prescindiendo de escrúpulos caballerescos. Así que, cuando iban a romper lanzas por tercera vez, frenó la cabalgadura un segundo antes del choque, hizo una finta y atacó a Sebastián de costado, o mejor dicho, casi por la espalda, pillándolo desprevenido y desarzonándolo. Cayó y, apenas se había rehecho, el otro atacó tratando de traspasarle sin desmontar. Sebastián, que lo había previsto, agarró el asta con ambas manos, tiró y descabalgó a su vez al contrario, que salió por las orejas. Enseguida se enzarzaron en medio de gran polvareda. Cada uno intentaba desenvainar antes que el otro. Inopinadamente el flaco le descargó a Sebastián un puñetazo que le acertó de lleno en la mandíbula y le obligó a tambalearse. El otro se acercó de un salto y le quitó el yelmo, dejando la cabeza de Sebastián sin defensa. Pero éste ya había logrado sacar la espada y la punta encontró la garganta del adversario.

Todos los combates hombre a hombre fueron muy reñidos, y los espectadores gritaron hasta enronquecer y aplaudieron hasta que se les entumecieron las manos. Por último, cuando quedaron decididos los emparejamientos semifinales, todos los candidatos estaban tan fatigados que la eliminatoria quedó decidida a favor de los vencedores en el encuentro con las lanzas. A la segunda acometida la suene favoreció a Sebastián, y su contrario cayó con tan mala fortuna que se rompió el cuello y quedó tendido.

Gradualmente fue cediendo el bochorno de la jornada, lo cual rebajó un poco la tensión. Una noble doncella presentó el halcón, el cual quedó apostado en una alcándara delante de la tribuna. Tres músicos soplaron las tubas anunciando el combate definitivo. Poco a poco los vencedores de los enfrentamientos semifinales avanzaron hacia la tribuna y se inclinaron ante los grandes de Mantua. Los espectadores dieron ruidosa manifestación a su entusiasmo, pero enmudecieron cuando los dos jinetes cabalgaron en sentidos opuestos para poner entre ambos la reglamentaria distancia de treinta varas. En el momento de volver grupas, si alguien hubiese escupido un hueso de albaricoque se habría oído el golpe en el suelo, de tan absoluto como fue el silencio que se hizo. Sonó la fanfarria y los campeones hincaron espuelas. El choque fue estrepitoso. Las lanzas quedaron rotas a la segunda acometida. Volvieron grupas y lucharon a espada, sin echar pie a tierra. Peleaban con todas sus fuerzas, hasta que se rompieron los arzones y se precipitaron mutuamente al suelo; poniéndose en pie, siguieron peleando. Sebastián recibió un golpe tremendo y se le nublaron los ojos. Pero la acometida fatal no llegó porque su contrario no tenía ya fuerzas para dirigir la espada con acierto. Ambos se miraron, agotados y sin ganas de continuar. Entonces se alzó un grito agudo sobre el campo del torneo. Fue una voz de mujer. ¡Lucrecia! Sebastián hizo acopio de sus últimas fuerzas y, aunque él mismo se tambaleaba, logró clavar la espada en el vientre del contrario, que cayó. El resultado del torneo quedó decidido. El halcón sería para Alberto Ganzague.



Pocas semanas después Isabel salió de Tolosa con un caballo que le dio Ramón VII y un cáliz de oro, como regalo de despedida que conmemoraba la salvación de la ciudad por la intervención de la mujer. Indecisa en cuanto al destino de su viaje, tomó en principio el camino de Pamiers, ya que resultaba demasiado peligroso el paso por Castelnauary teniendo en cuenta que Amaury de Montfort todavía era dueño del Carcassés. Veía vagamente la imagen de su madre, que había regresado a Quéribus cuando el padre murió de un ataque al corazón. No le agradaba la capital a Leonor, echaba en falta su nido de águila donde la mirada abarcaba un horizonte despejado. Isabel se dijo que tal vez debería acercarse a su madre, y regresar a su peña, su observatorio desde donde dominaba el castillo. Desde allí había visto muchos signos y todos ellos se habían evidenciado verídicos. Aunque, ¿no se había anunciado también un cambio? ¿Un gran cambio? Un presentimiento inconcreto: que no llegaría a Quéribus. Así que se limitó a seguir cabalgando hacia la montaña. La mirada turbia, distraída, como si hubiese subido la niebla para ocultarle su punto de destino. Desde Foix hacia levante, valle arriba hasta Roquefixade y una cuesta más, guiándose por las dorsales boscosas. De súbito vio ante sí, sobresaliendo de las arboledas, el *pog* de Montségur, y con esto desapareció de ella toda la confusión anterior. Allí estaba su

destino, muy alto y visto a contraluz. En su corazón se asentó una tranquilidad grande y bienhechora conforme entraba en Lavelanet. Enfiló hacia el castillo de los Mirepoix, donde fue amablemente recibida por el administrador. Que el marqués no estaba en casa, le dijo, pero sí una sobrina, que seguramente no tendría reparo en invitarla a cenar. Así fue como Isabel se halló sentada a la mesa con Corba de Mirepoix en una sombría sala de la fortaleza de Lavelanet. Hablaron de Occitania y de los *bonshommes*. Lo que dijo Corba corroboró la intuición de Isabel: en Montségur encontraría una nueva patria. Y cuando preguntó por la mejor manera de acercarse al *pog*, Corba le aconsejó la marcha a pie.

Dos días más tarde, cuando salió de Lavelanet, optó por hacer caso de la recomendación. Y poco después de emerger del valle se detuvo asombrada por la majestuosidad del espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Montségur destacaba como una señal, mole poderosa en la cadena del Massif du Tabe. Imposible apartar la mirada. Los muros lisos y blancos se elevaban hacia el cielo; de entre bosques oscuros se alzaba el templo de la luz. Sobre empinadas laderas que parecen cortadas a pico se redondea la cima, verdecida de matorrales y hierba. Y por encima de todo ello, la fortaleza con sus claras y desafiantes murallas. Desde luego es un castillo sólido, se sonrió Isabel. Anticipaba la alegría del reencuentro con Felipe y con el espíritu de Michel Roquebrun, cuya influencia esperaba hallar en Montségur. Ahí arriba conocería a muchos *elegidos* de gran significación, y cualquiera de ellos podría ayudarla a encontrar sus raíces. Alargó el paso. Pronto se adentró en el bosque y perdió de vista el *pog*. La senda se empinaba para atacar la cuesta y entraba en un desfiladero oscuro por cuyo fondo discurría un arroyo, entre peñas revestidas de musgo. El suelo estaba cubierto de hojas y ramas quebradas de helecho; a veces cruzaba la senda algún tronco caído. Los hongos chupaban la última savia de los maderos y todo olía a moho y relente de agua glacial. Allí no se veían flores ni coloraciones alegres; todo era recordatorio de lo efímero y lo percedero. Cuando cayesen sobre aquella garganta la niebla o la oscuridad de la noche, el caminante creería hallarse a las puertas de la eterna condenación. Isabel se estremeció, apretó el paso y se reprochó a sí misma la imprudencia de haber emprendido el camino sin compañía. Procuró salir cuanto antes de la ladera norte y pasar a poniente, desde donde continuaba la senda hacia el flanco sur del *pog* y resultaba menos ardua la ascensión. Isabel jadeaba por el esfuerzo y alargaba la vista huyendo de aquella penumbra tétrica, de aquel mundo corrompido, por encima del cual se elevaba la fortaleza santa: el *pog*, claro y luminoso, se erguía en medio de la luz solar cuando Isabel salió a un claro revestido de hierba. Estaba en la dorsal de un cerro e intuyó que llegaría un tiempo en que aquel pedazo de terreno despejado se llamaría *Prat deis Cremats*. Al júbilo que le produjo la visión de la montaña mágica se le unía una antigua visión de asedio e incendio. El futuro. Isabel lo apartó de sí con un ademán y

se centró en disfrutar el presente. Al final del prado se alzaba un robledal que defendía el castillo como el cuello de piel de un abrigo. La pared rocosa presentaba un dibujo de piedra clara y manchas oscuras, y en la cima, reluciendo bajo el sol de mediodía, la fortaleza.

—Sí —recordó Isabel las palabras de Juan—. Yo he visto un cielo nuevo y una nueva tierra.

Qué diferente la ascensión a través del robledal, después de salir del desfiladero. Todos los aromas del Aude salían al encuentro del caminante y pronto Isabel se sintió como en casa, aspirando los aromas de su niñez, el romero, el tomillo, el espliego. Cantaban los pájaros y corrían por el suelo las lagartijas. Las hojas de los árboles filtraban el sol, y parecía que el buen Dios hubiese colocado un círculo protector en torno a su templo. Isabel subía y paso a paso se hallaba envuelta en una claridad cada vez mayor. Escaseaba ya el arbolado y la cuesta se hacía más pronunciada. Isabel empezó a sudar, y respiraba con apuro. Cada paso hacia la cima fatigaba más el cuerpo, pero elevaba el espíritu. Era como entrar en el mundo nuevo. Su corazón se llenó de júbilo y casi estuvo a punto de entonar una canción, pero desistió al ver la primera defensa. El ancho portal daba sombra a un poderoso puente; Isabel no necesitó ver más para persuadirse de que Montségur defendía bien su único punto de acceso. Pero el *pog* era mucho más que una fortaleza. Ésta ocupaba la parte central de la cima, en efecto, pero además la plataforma del gigantesco templo de la luz, con unos tres mil pies de longitud y mil pies en la parte más ancha, alojaba una aldea entera. Las viviendas de los *croyants* se escalonaban en terrazas sucesivas; y cada tejado de las más bajas servía de patio de acceso a las del nivel siguiente. Pese a la estrechez aparente de la cumbre, cabía un gran número de personas. Lo cual no estaba de más, como había demostrado diez años antes la primera oleada de fugitivos, cuando Simón de Montfort emprendió su sangrienta invasión. Desde entonces muchos creyentes habían puesto manos a la obra para ampliar el pueblo y reforzar la fortificación, pues no les faltaban a los *bonshommes* motivos para creer que el asedio podía repetirse. Todas las casas estaban comunicadas por medio de estrechas escaleras. En los lugares despejados reinaba gran actividad. Hacia levante, donde la verticalidad de la montaña formaba una especie de bastión natural, se construyó un refuerzo exterior. Por ese lado la posición parecía inexpugnable ya que las peñas caían casi verticales. Se alzaban cerca de allí algunos refugios aislados donde solían retirarse a meditar los *parfaits*. Dondequiera que hubiese una oquedad, la rellenaban de cascotes y guijo, a fin de ganar suelo habitable.

Isabel recorrió con asombro el recinto fortificado. En todas partes preguntaba por Felipe Mazères, hasta que acabó por encontrarlo cerca del bastión oriental. Él no manifestó ninguna extrañeza, sino que se puso en pie con ecuanimidad y le tendió la mano. Pero antes de que pudieran rozarse las puntas de los dedos, él retiró la mano

con sobresalto.

—Perdona —sonrió—. Aquí estamos más cerca de la luz y todo ha de ser más formal. Un *perfecto* no puede tocar a ninguna mujer.

—¿Te alegra verme, al menos?

—Sí. Te esperaba, aunque no tan pronto.

—Bernard cayó luchando como un caballero.

—La guerra era su vida —murmuró Felipe—. Si contemplamos el círculo que describió en su tránsito vital, no ha quedado gran cosa.

—¿Qué sentido tiene la vida?

—Si queremos hacer honor a la doctrina verdadera, sería preciso contestar: La vida no tiene ningún sentido. Es un capricho del diablo. El sentido, para el alma, consiste en superar esta vida. Dios es el Ser, Dios es. A eso han de llegar todos los ángeles caídos.

—Lo tomas cada vez más al pie de la letra —replicó Isabel, una sonrisa revoloteando en las comisuras de la boca—. Hagámoslo juntos. Quiero buscar la verdad contigo.

Felipe le dirigió una larga mirada. Alrededor de ambos todo estaba en silencio. Felipe se sentó cruzando las piernas, con el busto muy erguido. Apoyó las palmas de las manos sobre los muslos, cuadrando los hombros, y permaneció inmóvil, como una estatua. Isabel sintió un escalofrío en la columna vertebral. Le pareció estar presenciando algo singularmente auténtico. Las palabras que él iba a pronunciar quedarían vigentes de una vez por todas.

—*Parfait va con parfait y parfaite con parfaite*. No es momento de descansar, sino de caminar. El mundo nos espera.



Toda Pomponesco se echó a la calle cuando entró Alberto Ganzague a la cabeza de sus leales. Llevaba el halcón en el puño. Sus conciudadanos le aclamaron. Era la segunda vez en menos de seis meses que celebraban una victoria, y ésta les pareció casi más importante que la lograda frente a los esbirros del arzobispado cremonés. Ganzague y su cortejo hicieron alto frente a la iglesia.

—Aquí está el halcón —levantó la voz Ganzague—. Se ha lavado el honor de nuestra ciudad.

Vivas, aplausos, agitación de la multitud.

—¡Viva don Alberto!

La ovación creció y pasó mucho rato antes de que Ganzague pudiese hablar de nuevo.

—Este caballero —continuó apuntando a Sebastián con la mano— ha borrado la ofensa que nos fue infligida hace veinticinco veranos. Don Sebastián ganó el halcón y... —hizo una pausa mientras Lucrecia se acercaba a caballo—. Y ha ganado la mano de mi hija —concluyó el padre con visible emoción.

Nuevos vivos. Comenzaba la celebración popular.

Sebastián vivía un sueño hecho realidad. Bien conocía la disputa por el halcón según el relato de Chrétien de Troyes; su madre les había leído más de una vez el *Erec y Enida*, escuchado por Isabel y por él mismo con todas las fibras de sus cuerpos. Pero nunca creyó que un hecho así fuese posible en la vida real; le parecía que el *troubadour* de Aquitania idealizaba en exceso la vida cortesana, y que aquella narración respondía más bien a unos anhelos caballerescos de aventuras imaginarias. Bastaba fijarse en el panegírico de la belleza de *Enida* para comprender que el poeta describía una criatura de ensueño. Y sin embargo, Sebastián no ignoraba lo que era el amor a primera vista, que le había inspirado Lucrecia, tal como Juditha lo había enamorado al primer contacto. Desde el mismo instante en que ella entró por primera vez en la sala, el corazón de Sebastián le perteneció, y costaba algún tiempo acostumbrarse a esa idea. Aunque sí supo enseguida que sólo por Lucrecia había aceptado ponerse al servicio de Ganzague.

Los pomponescos aún alborotaban en la espontánea fiesta popular de la plaza grande, cuando Sebastián y Lucrecia se retiraron al patio del *palazzo*. Sentados en el banco junto a la fuente se miraron a los ojos, profundamente, por primera vez. Con timidez, Sebastián buscó la mano de ella y al encontrarse, los dedos se entrecruzaron. Así permanecieron largo rato sin decir palabra, mirándose nada más, notando el calor de las manos.

—Tan pronto como entraste tocaste mi corazón —susurró Sebastián.

Lucrecia sonrió.

—En cambio, yo te había visto ya cuando entraste en la plaza. Y luego, cuando padre te llevó a casa, os observé con disimulo escondida detrás de la cortina. Desde que murió Giorgio en Viadana, yo he soñado con un valiente campeón... y cuando aceptaste el ofrecimiento de mi padre y te dedicaste a la instrucción de los mesnaderos, soñé que llegarías a combatir por mí, para demostrarme tu valentía.

—Y yo he esperado desde siempre la oportunidad de hacerlo —confesó Sebastián, ruborizándose.

Lentamente se abrazaron. Él la ciñó con fuerza. Lucrecia sollozó, ocultó la cara en el hombro masculino y lloró. Se diría que acababa de quitarse del alma un peso muy antiguo. En efecto, susurró, Sebastián acababa de hacerlos muy felices a ella y a su padre. Después de un buen rato y cuando se hubo hartado de llorar, le contó lo de Giorgio Rivalmente y la enemistad con Viadana. Todo empezó hacía veinticinco años, cuando el padre de ella, Alberto Ganzague, le disputó el halcón de Mantua a Enrico Bontempi de Viadana. Después de una pelea encarnizada, el adversario estaba ya caído en el suelo y Alberto se acercaba a amenazar con el golpe definitivo y escuchar la petición de cuartel, cuando saltaron al campo cuatro jinetes de los de Viadana y derribaron a Ganzague. Y los jueces, en vez de sancionar tal transgresión,

les adjudicaron el halcón a los de Viadana. La indignación fue grande y asimismo el peligro de un enfrentamiento armado, pero los de Mantua apostaron tropas, clausuraron el torneo y permitieron que Enrico Bontempi se quedase con el halcón. La ofensa era flagrante, pero Ganzague carecía de medios para lograr reparación por la fuerza. Hasta que llegó el momento y se vio en condiciones de reparar el honor dañado. Muchas eran las poblaciones que se aliaban contra Cremona. Ganzague y los pomponescos militaban en el bando de los de Mantua, mientras que Viadana era de los cremoneses. Se preparaban las hostilidades y Alberto Ganzague aportó a las huestes del duque de Mantua su propia persona y cuatro valientes caballeros más, el más noble de los cuales era Giorgio Rivalmente, que desde hacía un año era el prometido oficial de Lucrecia.

—Al principio lo acepté —sollozó ésta—, puesto que es costumbre entre nosotros que la mujer se someta a la voluntad de sus padres, como si fuese su destino irremisible. Pero luego fui conociendo a Giorgio y vi que era un hombre noble, valiente y apuesto.

Le costaba a Lucrecia encontrar las palabras. Sebastián intuyó que hubo amor entre los prometidos. Pero el destino es ciego y separa sin contemplaciones, sin reparar en el dolor de los corazones. Giorgio Rivalmente cayó en la batalla y los de Cremona salieron vencedores. Los de Viadana fueron, una vez más, responsables del luto que cayó sobre la casa de los Ganzague, pues fue precisamente Leonardo Bontempi, el primogénito de Enrico, quien abatió a aquél.

—Nuestras tribulaciones parecían no hallar fin —susurró Lucrecia, al tiempo que abrazaba con pasión a Sebastián—. Hasta que apareciste tú, como luz en medio de la oscuridad. Sentí como si te hubiese visto antes, retratado en un cuadro. Como a alguien conocido, digno de confianza. Entonces pensé, ahí va el que anuda para mí otra vuelta del destino.

Ella separó la cabeza del hombro de Sebastián y buscó su mirada. Él bajó la cabeza hacia ella y sus labios rozaron la frente de la joven. Ella sonrió y echó la cabeza atrás, para que se unieran sus bocas, y se besaron. Fue sólo una caricia, un roce tímido al principio. Él apoyó la nuca de ella en la palma de su mano izquierda; las yemas de los dedos rozaban la piel sedosa y jugaban con el lóbulo de la oreja. Ella se estremeció. Los alientos de ambos se confundieron. Se abrazaban con fuerza, buscando el contacto de los cuerpos. Respiraban con más apremio. Los besos se volvían cada vez más exigentes. Crecía la pasión. Ella le chupó los labios. La mano de Sebastián hurgaba en la masa sedosa del cabello; seguidamente él tomó la cabeza de ella entre ambas manos y se apartó un poco.

—Quiero que escuches una cosa —anunció al tiempo que la tomaba de la mano y la conducía hacia el jardín, donde estaba su banco de piedra y su laurel rosa—. Siéntate en el banco, por favor —le rogó.

Aquella composición le agradaba, le recordaba los muchos anocheceres observándola y deseando estar más cerca de ella, ¡y ahora era su prometida!

Carraspeó.

*Cuando apareciste ante mí y te vi por primera vez
mi corazón tembló y se quedó contigo cuando me fui.
Luego fue arrojado sin rescate posible,
y preso en la dulce cárcel
cuyos pilares los forma el goce
cuya cancela es la visión de la belleza
y cuyas cadenas son las buenas esperanzas.
La llave de la celda la tiene el amor,
pero ha puesto un centinela
cuyo nombre es: Desdenes.
Como el mejor de los caballeros
yo me enfrentaré a los reveses del destino
y conquistaré tu amor.*

Los últimos versos los dijo en un susurro. Ella le premió primero con una sonrisa y luego con un beso.

Pocas semanas más tarde, Alberto Ganzague y Sebastián emprendieron con sus jinetes la expedición contra Viadana para desafiar a Enrico Bontempi. El cual recogió el guante que le fue arrojado, y lucharon en campo abierto, seis contra seis, a muerte o hasta que el vencido pidiera cuartel. La lucha fue reñida y la partida, muy igualada, tanto así que tres campeones de cada bando quedaron tendidos sobre la hierba. Los dos viejos gallos de pelea se miraron, jadeantes y sin fuerzas para levantar las armas, midiéndose con miradas ceñudas. Entonces cayó otro de los luchadores de Viadana y Sebastián corrió en auxilio de su señor. El destino de Bontempi estaba sellado; dejó caer la barbilla sobre el pecho, bajó los párpados y se quedó esperando el golpe definitivo, pero sin pedir clemencia. Alberto levantó una mano.

—¡Alto ahí! —dijo dirigiéndose a Sebastián, y se adelantó un paso hacia Bontempi—. Creo que va siendo hora de hacer las paces.

—¿Las paces has dicho? —preguntó el otro en tono de incredulidad.

—Sí. Que acabe el odio.

—Fuimos unos insensatos entonces, y unos necios. Menos mal que ahora tenéis vuestro halcón.

—¿Aceptas la paz, entonces?

—Me entrego a tu merced, Ganzague. Quiero la paz.

Con esto dejaron caer las armas, fue el uno al encuentro del otro, aunque tambaleándose, y se estrecharon las manos. Después de lo cual, cada uno se llevó a sus muertos. Por un momento se preguntó Alberto qué sentido había tenido aquello; pero cuando arribaron a Pomponesco había descartado ya tales pensamientos y se puso a pensar en los preparativos para el casamiento de su hija.

Enterrados los antiguos odios, la reconciliación entre los Ganzague y los Bontempi produjo una aproximación de la pequeña Pomponesco a la ciudad más importante, que era Viadana. En la boda de Lucrecia quedaron ratificados los pactos. De este modo, y por segunda vez en el intervalo de pocos meses, Alberto Ganzague celebraba una fiesta familiar con participación de todo el pueblo: todo contribuía a reforzar su posición como amo y señor de Pomponesco. Los novios, en cambio, aquel día no estaban para prestar atención a la política lombarda. Sebastián y Lucrecia disfrutaron de la fiesta y los platos exquisitos que se sirvieron en su honor. Para describir el banquete no sería descaminado calificarlo de ostentoso. Allí los pinzones, los estorninos, los gorriones y demás pájaros asados o escabechados esperando las bocas hambrientas, a las que servirían de aperitivo antes de atacar las codornices, los faisanes, los pichones preparados de todas las maneras imaginables, las bandejas de plata cargadas de jabalí, venado y demás caza mayor. Pescados, todos los que daba de sí el Po, guisados en salsas blancas. La culminación fue una carpa gigantesca especialmente reservada para los novios, y rellena de ciruelas pasas. Las verduras, los frutos secos y la fruta completaban un panorama de abundancia tal, que por sí solo explicaba la persistencia de los príncipes alemanes en querer anexionarse aquellas comarcas del norte de Italia. Viadenses y pomponescos se dieron grandes palmadas en las barrigas y eructaron poderosamente. En la sobremesa quizá quedó convenida más de una boda, eso sin mencionar las parejitas que, más avanzada la noche y cediendo a los efectos del poderoso vino tinto, empezaron a perderse por los bosquecillos de abedules. Los que permanecieron atentos al suceso no tardaron en oír rumores inequívocos, y más de uno hizo chasquear la lengua y escupió en el suelo con regocijo.

También Sebastián y Lucrecia esperaban impacientes la hora en que serían conducidos a sus aposentos por la familia. El sacerdote bendijo el umbral y luego Sebastián levantó en brazos a la novia y entró con ella en la habitación. El oficiante le deseó fuerza en los riñones, la camarera sarracena cerró la puerta y se oyó cómo corrían los cerrojos. Al fin los dejaban a solas... El beso empezó suave y reservado, pero luego las lenguas entrelazándose abrieron todas las compuertas que hasta entonces habían retenido la pasión. El placer cayó sobre ambos como una tormenta de verano y como un destello pasó por la mente de Sebastián el recuerdo de Marotta y de aquella noche en que Juditha le hizo feliz con sus artes del goce. Sin embargo, y aunque las metáforas fuesen parecidas, la manera de hacer de Lucrecia señalaba un camino distinto hacia la plenitud.



El invierno se adelantó y las nieves cubrieron el *pog* de Montségur obligando a reducir la actividad. Los que la tenían se retiraron a sus cabañas de piedra. Felipe

había dejado Montségur en compañía de Guilaberto de Castres, el que luego sería obispo tolosano de los *bonshommes*. Iban a confortar la fe de los creyentes del Carcassés. Mientras tanto, Isabel aplazaba su excursión por el Sabartés con Esclaramunda, la hija de Ramón de Péreille. En el *pog* le había tomado afición a la vida religiosa, y encontró en Esclaramunda una guía firme y amiga, que había recibido el *consolamentum* a edad muy temprana. Porque ya su abuela Fournière de Péreille había sido *parfaite* y ganó al barón para la causa de los *buenos cristianos*. De ahí que Ramón de Péreille hubiese correspondido enseguida a las peticiones de los *bonshommes* que buscaban un lugar seguro, y había asumido la difícil tarea de restaurar las ruinosas fortificaciones de Montségur. El *pog* se hallaba en un lugar estratégico, o mejor dicho, predestinado por los designios celestiales para servir como templo de la luz. La obra tardó años en quedar culminada y Esclaramunda había bebido la magia del lugar con la leche materna, por así decirlo. No podía encontrar Isabel mejor compañera. Felipe lo sabía cuando dispuso que formasen pareja para salir a predicar. Esclaramunda prestó firmeza a la fe de Isabel y estaba convencida de que ésta, a su lado, se perfeccionaría hasta llegar a la condición de *parfaite*. En correspondencia, Esclaramunda notaba la fuerza que su compañera irradiaba. Pronto empezaron a buscar juntas las contestaciones a las preguntas de Isabel, y así muchas veces pasaron jornadas enteras en la biblioteca.

—¿Cómo es tan abundante esta biblioteca? —preguntó Isabel.

—Mi abuela empezó muy pronto a coleccionar los libros que traían los predicadores ambulantes y algunos de los clérigos conversos —sonrió Esclaramunda—. Además mandó confeccionar copias, por eso el marqués ha instalado aquí un escritorio.

—Sabia previsión —comentó Isabel mientras contemplaba al exbenedictino que se inclinaba sobre uno de los dos pupitres, bañado en luz, mientras trabajaba en una copia miniada del *Liber de duobus principiis*.

Era una transcripción reciente de las doctrinas de un *elegido* de la Lombardía con quien los *bonshommes* occitanos guardaban estrechas relaciones. Recogía los argumentos principales de la Iglesia romana y trataba de ser útil a los *buenos cristianos* para que salieran airoso en las disputas públicas.

—En la argumentación muchas veces los *perfectos* resultan inferiores —reanudó Esclaramunda su conversación con Isabel—. Los católicos levantan el edificio de sus doctrinas con la colaboración de las mejores cabezas. Escogen los pasajes de la Biblia que más les convienen y recurren a una infinidad de sutilezas para responder a todas las objeciones. En cambio, nosotros lo fiamos todo al sentimiento y a la iluminación interior.

—Recursos que muchas veces nos dejan desamparados frente al frío razonamiento de los pensadores católicos —corroboró Isabel—. Hay que combatir a los papistas con sus propias armas. ¡Qué claridad en las *Sentencias* y las *Sumas* de los letrados católicos! ¡Qué habilidad en las polémicas contra nosotros los *buenos*

cristianos!

—Hemos de aprender a rebatirlos en todas las cuestiones —remachó Esclaramunda.

Y juntas se pusieron a buscar explicaciones verídicas sobre la creación del mundo.

—Aquí he encontrado algo —exclamó Isabel muy satisfecha, con el índice puesto sobre un pasaje de las epístolas de Juan— «No améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, las pasiones carnales, el ansia de las cosas y la arrogancia, no provienen del Padre, sino del mundo. El mundo pasa, y con él sus deseos insaciables; pero el que hace la voluntad de Dios vive para siempre».

—Es mucha verdad —asintió Esclaramunda, pensativa—. Casi parece que lo hubiese dicho el mismo Jesús. Pero la Iglesia no quiere que se sepa. En adelante, dicen, únicamente los clérigos estarán autorizados a leer la Biblia. El Papa en persona dirá cuáles de los libros antiguos pertenecen a las Sagradas Escrituras y cuáles no. De manera que no reconoce ni la *Interrogatio Ioannis* ni otros muchos. En general se trata de que la gente no sepa.

—¡Eso no lo permitiremos! —aseguró Isabel, intuyendo que los libros iban a ser el legado de los cátaros para el futuro—. Sigamos averiguando cómo ocurrió la creación del mundo.

Y continuaron escarbando en los fondos de la biblioteca hasta que leyeron la famosa *Visio Isaiae*, otro de los libros no reconocidos por la Iglesia católica como parte de la Revelación verdadera. Estudiaron los sermones y las cartas de Bernardo de Claraval, así como el *Tractatus adversus Petrobrusianos* de Pedro el Venerable, se enfrascaron en los profundos escritos de los *buenos cristianos* y leyeron los calumniosos tratados de los católicos, en especial el *Opusculum contra haereticos*, el *De fide catholica contra haereticos sui temporis*, la *Hystoria Albigensis*, la *Manifestatio haeresis Catarorum* y el *Liber antihaeresis*. Todo merecía su interés. Hasta que encontraron una primera respuesta en el *Liber de duobus principiis*: «Dice Cristo en el evangelio según san Mateo: “¡Habéis venido a prenderme como a un ladrón, con espadas y palos! Todos los días enseñaba sentado en el templo y no me prendisteis”. Y en el libro de san Lucas dice: “Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas”. Por eso es menester creer que el poder de Satán y de las tinieblas no emana directamente del Dios verdadero. Porque, si el poder de Satán y de las tinieblas procediese directa e inmediatamente del Dios verdadero, junto con el resto de los poderes, las fuerzas y los señoríos del Malo (como dicen los ignorantes), no se entendería cómo Pablo y los demás apóstoles de Jesucristo pudieron ser “arreatados a los poderes de las tinieblas”. Ni se entendería cómo pudieron apartarse del poder de Satanás para volverse hacia el Señor y Dios verdadero. Sobre todo, teniendo en cuenta que al separarse del poder de las tinieblas también se habrían separado del Dios bueno, ya que todos los poderes y todas las fuerzas, según las creencias de

nuestros adversarios, proceden de ese Dios. Y cómo ese buen Dios podría denunciar y vencer otro poder sino el suyo propio, si es cierto que no existe poder fuera de él como aseguran todos los enemigos de los cristianos verdaderos, por nombre propio llamados albigenses».

Por este último párrafo conocieron Esclaramunda e Isabel que el autor debía de ser de los lombardos, porque allí era costumbre denominar a los *bonshommes* occitanos con ese nombre derivado de la ciudad de Albi, en razón de haber celebrado cincuenta años antes un concilio en Lombers, ciudad vecina de Albi por el sur.

—¿Lo ves? —dijo finalmente Isabel—. No cabe duda de que actuaron dos creadores, pero ¿cómo explicaremos que Dios prestase su consentimiento a la creación por Satán? Cuando precipitó a los ángeles de su Reino de la luz, ¿cedió todo el mundo a Satán, o participó en rellenar el reino de las tinieblas con esa sustancia que significa lo contingente y percedero?

Aturdida, Esclaramunda meneó la cabeza.

—Eso, amiga mía, tendremos que meditarlo mucho.

—Tienes razón. Es demasiado temprano para respuestas sabias.

Los estudios en la biblioteca les llevaron a las dos mujeres mucho más tiempo del que habían previsto, y así no fue hasta la primavera de 1223 cuando emprendieron, fortificadas por su recién adquirida instrucción, el peregrinaje por los valles de Occitania con el fin de llevar a los corazones de otras mujeres el consuelo y la fe verdadera. Las circunstancias se presentaban favorables, ya que Amaury estaba reducido a sus últimas posiciones y los dominicos veían muy limitadas sus actividades contra los heréticos. En muchas comarcas de Occitania volvían a moverse libremente los *bonshommes*. Predicaban y practicaban la cura de almas, ayudados incluso por los párrocos rurales cuando éstos andaban enemistados con Roma por algún motivo. Los *buenos cristianos* no necesitaban sino dar ejemplo de castidad, humildad y fervor; enseguida veía la gente quiénes eran los que vivían de acuerdo con las palabras. Aumentar el seguimiento importaba para librarse del yugo de los franceses. A los cinco decenios de la creación de una Iglesia cátara en Occitania convenía que ésta se consolidase, para lo cual necesitaba contar con el respaldo de las gentes, así en las creencias como en lo material. Pues si bien los *elegidos* se obligaban a vivir pobremente, una Iglesia no podía prescindir de recursos económicos. De ahí las peregrinaciones de sus predicadores, que servían para reforzar la fe y también para la reconstrucción de la renacida Iglesia. A esta actividad aportaban sus fuertes convicciones Isabel y Esclaramunda.

Y no les faltó el éxito en la empresa. Sucedió cada vez más a menudo que las personas con quienes se encontraban en las excursiones que las llevaban de unos lugares a otros, siendo inevitable que pasaran repetidas veces por los mismos pueblos, saludaban a Esclaramunda con el *melioramentum*, o muestra de respeto de

los *croyants* para con los *perfectos*. Con ello se expresaba que los consideraban portadores del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, el creyente manifestaba el deseo de ingresar algún día en las filas de los *elegidos*. Era emocionante escuchar el triple *Benedicte, parcite nobis*, e Isabel se sentía profundamente conmovida por la fe de aquellas gentes sencillas cuando, hecha la reverencia a Esclaramunda y después del tercer *Benedicte, parcite nobis*, agregaban: «Rogad a Dios por este pecador, para que haga de mí un buen cristiano y me conceda una buena muerte». A cada *Benedicte*, Esclaramunda replicaba con un «Dios te bendiga», y a la tercera vez contestaba: «Sea Dios rogado y haga de ti un buen cristiano».

También eran cada vez más numerosos los que solicitaban de Esclaramunda la promesa de administrarles el *consolamentum* cuando estuvieran en la última hora, por si en ese trance no pudiesen manifestar ellos mismos dicho deseo. De este modo iba creciendo la influencia de la Iglesia de los *bonshommes*, con gran alegría por parte de Isabel.

Durante estas peregrinaciones Isabel aprendió a conocer la vida de los humildes. Entró en las cabañas de barro de los *croyants* y se sentó muchas veces con las comadres en aquellas cocinas alicatadas que formaban con el fogón la *fonghana*, el centro del hogar campesino. Sentadas en los bancos alrededor de la mesa, hablaba con las guardianas del fuego. El cuidado de la *fonghana* era tarea importante, que no debía descuidarse bajo ningún concepto. Una vez, en el Sabartés, Isabel oyó que una vecina excusaba la imposibilidad de acudir a la predicación de Esclaramunda porque tenía a los pequeños jugando en la cocina. Suscitábanse recuerdos de su propia infancia en la estrechez de Quéribus, a veces un poco angustiosa. Pero, en conjunto, Isabel había tenido una niñez confortable. Lo que ahora veía era verdadera pobreza. Y cuanto más míseras las viviendas de los sencillos campesinos, más fácil le resultaba soportar sus propias privaciones, considerándose suficientemente afortunada por no padecer sed. En cuanto al hambre, aprendió en cuestión de meses a soportar la de los ayunos: muchas veces se los imponía voluntariamente al ver lo poco que tenía la familia en cuya casa le hubiese tocado parar. Pero también conoció a muchos aposentados, cuyas viñas daban buenas rentas. Con frecuencia éstos donaban a la Iglesia occitana alguna parte de sus posesiones. Con el tiempo los *bonshommes* llegaron a acumular un patrimonio en los obispados occitanos, y crecían las reservas de oro en Montségur.

La época de las peregrinaciones con Esclaramunda fue para Isabel de una monotonía cada vez más rigurosa, de donde sacaba serenidad y fuerzas. Todos los días, el punto culminante de la jornada se alcanzaba a la hora del almuerzo, cuando Esclaramunda bendecía el pan. Sin importar donde se hallaran, reunidas con los creyentes en una cocina, o un comedor, ella lo levantaba envuelto en un paño blanco para que lo viesen todos, y los comensales puestos en pie rezaban un padrenuestro.

Esclaramunda decía entonces el último versículo del Nuevo Testamento, partía el pan y lo distribuía. En este caso la *parfaite* no distribuía el cuerpo de Cristo, porque Jesucristo no frecuenta el mundo de Satán; la bendición del pan era conmemoración y ceremonia, y en esa modesta interpretación de la cena bíblica encontraban su verdadera fuerza los *bonshommes*. Sobre esto había meditado mucho Isabel. Ella se hallaba muy arraigada en el rito de la Iglesia católica, según el cual Jesús está realmente presente en el pan y de ahí que la comunión sea un sacramento, por encima del acto litúrgico. Pero cuanto más lo pensaba Isabel, más le costaba persuadirse, incluso desde el punto de vista católico, de esa presencia corporal de Jesús. ¿El Hijo de Dios se avendría a una materialización tangible de ese género? El espíritu y la intención eran lo que contaba, no la materia de este mundo. Hasta el Papa tendría que comprenderlo así, pensaba Isabel, sólo que al santificar la comunión, él disponía del mejor recurso imaginable para castigar a los insumisos. En ese carácter de sacramento residía la fuerza enorme de la excomunión. De lo contrario, ¿quién temería castigos de palabra, que no hacen ningún otro daño? Nadie, en eso consistía el punto. En cuanto a los *buenos cristianos*, en tanto que inclinados a considerar que Jesús no fue hombre de carne y sangre, sino sólo un ángel hecho corporalmente sensible, para ellos no tenía sentido la transubstanciación. El espíritu es lo que cuenta, lo que debe tocar el alma, y sí, se dijo Isabel en voz baja cierto día, por eso la bendición del pan refuerza nuestra fe. A partir de ese día se convirtió en una verdadera hereje, también interiormente.

Entonces se dispuso a recibir el *consolamentum*. Esclaramunda e Isabel pusieron fin a sus peregrinaciones, pero se convino que Isabel no pasaría en Montségur el período de prueba y de ayuno llamado *endura*, sino en las montañas de la comarca del Sabartés. De manera que Esclaramunda acompañó a su amiga para enseñarle el camino hacia los parajes desérticos del sur. En lo alto de un paso de montaña siempre azotado por el viento existía una ermita, medio cabaña medio cueva abierta en la roca, elegida para servir de retiro a Isabel. Allí no había más que una yacija, una mesa y una silla, con un manantial de agua fresca, y una vez por semana subiría un muchacho del pueblo con algo de comida. Más distracciones no ofrecía el lugar, desde luego idóneo para el género de prueba de que se trataba.

Apenas instalada en la que iba a ser su nueva vivienda se apoderó de ella una inquietud febril. No estaba acostumbrada a confinarse en un solo lugar, como tampoco a estar sola. Aquel gran silencio la ponía nerviosa. Corrió ladera arriba hasta quedarse sin aliento, y luego regresó a la cabaña al mismo paso, se volvió, emprendió de nuevo la ascensión, y así una y otra vez, hasta que anocheció y cayó sobre el camastro agotada de cansancio. Rechazó la comida y durante días enteros no tomó nada más que el agua pura de la fuente. En su interior, sin embargo, actuaba una fuerza extraordinaria y así subía cada vez más alto, hasta que un día se halló en la

cima, bajo un sol deslumbrador. La mirada abarcaba muy lejos, sobre cimas cubiertas de nieve y valles verdeantes. Toda la comarca del Aude a sus pies.

La luz lo penetraba todo. Rodeada de abismos, Isabel disfrutó de la luz. El sol, tan cercano que parecía posible tocarlo, una esfera blanca en el firmamento. A quien mirase derecho hacia él, le embargaría un infinito cegador, y así vio Isabel otra vez la historia de la Creación. Contempló a un anciano de cabello plateado y barba fluvial, de pie en un lugar batido por el viento. Y tenía un gran cedazo, el cual llenaba de tierra con una pala. Cada vez que lo llenaba, se ponía a sacudirlo hasta que se formaba en el suelo un montón de polvo fino. En el cedazo, las piedras quedaban separadas por tamaños. Así el viejo filtraba y filtraba, y ponía el mundo en orden. Cada cosa con su semejante, lo distinto limpiamente separado, y cada uno en su lugar. Cuando hubo alcanzado un grado de orden muy grande, el anciano se sentó en un escabel y se puso a tallar figuras. Tomaba pedazos de madera y los convertía en figuras, un hombre con corona, una dama coronada, un jinete sobre fogoso corcel, un noble con báculo de obispo, un *donjon* poderoso. Luego hizo un labrador, un cambista, un herrero, un tonelero y un clérigo, y cuando hubo terminado con la madera blanca hizo lo mismo con unos trozos de ébano. Después de lo cual colocó las figuras sobre un tablero de sesenta y cuatro escaques alternativamente blancos y negros. De este modo, jugando, le confirió al mundo su *ordo*.

—Haya testimonio de un orden moral —dijo—, y unas reglas para el combate de los humanos entre sí.

A esta voz salieron de las aguas del mundo unas sabandijas informes, pero enseguida les crecieron miembros, y se irguieron sobre sus extremidades posteriores y perdieron el vello. Y cuando estuvieron desnudas, las cabezas aumentaron de tamaño hasta que tomaron por entero la figura de seres humanos. Que cubrieron su desnudez con unos taparrabos y huyeron a un rincón oscuro para aparearse. Humanos que empezaron a hablar los unos con los otros. Humanos que se pusieron a trazar signos, a dibujar imágenes, a construir cabañas. El viejo soltó la carcajada. Le hacía gracia ver que se esforzaban tanto. Pero también le enfadaban, porque reñían entre ellos, y se peleaban, y luchaban hasta matarse los unos a los otros. Sufrían e infligían sufrimientos, todo ello sin motivo alguno visible. Hasta que le aburrieron, y les volvió la espalda. Pero apenas había dejado el anciano su cedazo en un rincón para alejarse, apareció en el panorama otro individuo, flaco y desmedrado, de ojos ardientes y voz ronca, que se quedó contemplando también la agitación de aquellos humanos. Y como también a él le aburrían, se hizo con un barreño de agua y lo derramó sobre los humanos, una y otra vez, hasta que algunos de éstos se refugiaron en un barco y se quedaron flotando sobre la gran extensión de agua. Entonces el flaco se echó a reír, y eran unas carcajadas demoníacas las suyas. Mientras observaba a Noé que buscaba con desesperación alguna tierra emergida, él también esculpió una figura, la de un usurero y jugador de ventaja, que apostaba las almas a los dados. Entonces las aguas bajaron y el diablo permitió que la vida volviese a multiplicarse

sobre la tierra. En cuanto a Dios, ya no fue visto, porque se había retirado detrás del sol. El cual Isabel siguió mirando fijamente, hasta que la abandonaron los sentidos, cayó al suelo y se quedó dormida.

—Has visto la verdad —dijo una voz potente, que la despertó.

Un sol rojizo caía a poniente sobre los valles de Occitania y se hubiera dicho que aquel resplandor incendiaba las cimas de los montes. Isabel se frotó los ojos y miró en derredor, pero dondequiera que abarcaba no se veía ni un alma. Sola y abandonada, de pie en la cima, miraba hacia la creciente oscuridad de las hondonadas. Tendió las manos hacia el disco del sol poniente, pero las esferas no se inmutaron por ese gesto.

—¿Dónde estás, Señor? ¡Consiente que te llame!

Su vez despertó los ecos sobre las rocas y los hielos, y se perdió en desfiladeros lejanos. Ahí abajo estaba el reino de Satanás. Con un estremecimiento emprendió el camino de regreso hacia el valle. Anduvo casi a tientas los últimos pasos hasta la cabaña, sabiendo que iba a tener que pasar el año de prueba en las alturas. Necesitaba la luz. Y así lo hizo. Todos los días se llevaba lo más necesario hasta la cima y con ayuda de un par de mantas, instaló una yacija bajo una cornisa de roca, a resguardo de los vientos y demás intemperies.

Una vez por semana bajaba a recoger los alimentos que traía el pastorcillo. Por lo demás, no abandonaba las alturas; respiraba aquel aire enrarecido y entraba en trance permaneciendo atenta a los ritmos de su propia respiración. Cada vez se aproximaba más al anciano del cabello plateado y en ocasiones tuvo la sensación de que faltaba poco para poder dirigirle todas las preguntas que a ella le pesaban en el alma. Y aunque él siempre desaparecía antes de que pudiera alcanzarlo, después de estas visitas despertaba cada vez más contenta. La luz le aportaba confianza en sí misma y la soledad absoluta le infundía valor. Una semana tras otra, la montaña se elevaba cada vez más en el cielo y los valles se sumergían en las tinieblas del mundo. Cuando hubo transcurrido el año Isabel estaba tan ajena al mundo que sus pies se negaban a bajar.

De conocerlos, la habrían alegrado los acontecimientos del mundo o por lo menos los de Occitania, porque Amaury de Montfort decidió capitular. Harto de las escaramuzas con los barones y los *faidits* occitanos, solicitó salvoconducto y ofreció a varios parientes lejanos de su familia como rehenes en garantía de su retirada. En unas negociaciones secretas dejó en manos del joven rey Luis el condado de Carcasona y todas las demás comarcas conquistadas por su padre. Después de lo cual hizo coser el cadáver de su padre en un pellejo de buey, lo cargó en un carromato y emprendió el camino hacia Montfort d'Épernon, para dar al «león de la cruzada» descanso eterno en su feudo natal. Poco después entró en Carcasona el joven conde Trencavel, y al cabo de pocos meses no quedó nada que recordase los estragos de los franceses. El

Midi podía creerse libre.

Los pies la obedecieron de mala gana. Isabel abandonó las alturas mal avenida con Dios. ¿Por qué me envías otra vez al mundo, Señor mío, pensaba, si era allí donde estaba más cerca de mis raíces? Sin embargo, ella sabía que tenía una misión que cumplir, y que además esa misión debía desarrollarse en el mundo. Era llegado el tiempo del conocimiento y de la bendición.

Así que bajó, y sus pensamientos buscaron a las personas conocidas, a las que esperaba volver a encontrar en el valle del mundo. Recordó a Esclaramunda, y por unos instantes el rostro de la amiga alegró su espíritu y su corazón. Luego se le cruzó por la mente Felipe, y sintió un cosquilleo en el rincón más recóndito del cuerpo, pero pasó enseguida. El mundo le resultaba infinitamente lejano e incluso el aire más denso de los valles, en su exceso de fuerza vivificante, se le antojó a Isabel como un hartazgo tras largo ayuno. Caminaba descalza, sin hacer caso de los filos de piedra y los guijarros aguzados, ni del frío que se adentraba por las plantas de los pies. Entumecido, ajeno a toda sensación, el cuerpo se limitaba a servir de envoltura al espíritu y al alma, sin exigir nada para sí. Ése había sido precisamente el objetivo, conducir el cuerpo hacia la total extinción de los deseos. Lo que parecía tan difícil al principio resultaba ahora trivial y casi desprovisto de importancia. Porque el espíritu y el alma siempre se elevan por encima de las cosas. Pero no desprecian el cuerpo, antes al contrario: lo respetan, por haber sido capaz de renunciar al mundo. Isabel se sentía ligera como una pluma, y después de una caminata de ocho días arribó a Montségur alegre y confiada.

Un año exacto había durado su *endura*. Esclaramunda recibió con júbilo a su compañera y quiso que ésta le contase sus experiencias, después de asignarle una sencilla celda contigua al escritorio. Isabel quiso hablar, pero no le salió la voz, tenía la garganta áspera. Perdido el hábito de la conversación, titubeaba antes de contestar y hablaba despacio, extrañada ante los sonidos que brotaban de su boca. Sin embargo, estaba bien segura de lo que contaba. Describió lo que había soñado, sus encuentros con Dios y lo que había conocido acerca de la creación del mundo. Esclaramunda la escuchaba conteniendo el aliento. Lo que decía Isabel era increíble y herético. Si llegase a oírlo un católico la tendrían por bruja. Las verdades que proclamaba Isabel eran demasiado atrevidas incluso para los *bonshommes*. De llegar a publicarse las visiones de Isabel, a muchos de aquéllos se les pondrían los pelos de punta, por no hablar de los *croyants*. No obstante, había una fuerza extraordinaria en las palabras de Isabel, de quien irradiaba la luz de la verdad hasta tal punto que Esclaramunda quedó persuadida, y creyó.

Largas horas duró el relato de Isabel. Cuando terminó, Esclaramunda le dijo que en adelante no repitiese a nadie aquellas revelaciones, mientras no hubiese recibido el *consolamentum*. Después de lo cual comunicaría sus experiencias al obispo y éste

decidiría lo que fuese menester en cuanto a aquel conocimiento secreto. Que tal historia de la Creación no era para oídos profanos, le encareció de nuevo Esclaramunda, a lo que asintió Isabel maquinalmente, como desprovista de voluntad propia. Ella había visto la luz, pero no había recibido la misión de convertir al resto del mundo. Eso lo dejaba en manos de otros. Por último, se tendió a dormir y no soñó nada.

Mientras tanto, Esclaramunda solicitó una entrevista a Guilberto de Castres, que paraba en Montségur por aquellas fechas, y le contó la revelación de Isabel. El gran obispo quedó fascinado por la vía de conocimiento que aquella había recorrido, intuyó la verdad de sus palabras y compartió la inquietud de Esclaramunda. Era preciso que la visionaria recibiese la bendición cuanto antes, dijo, y que recluida en lugar apartado se dedicase a consignar por escrito su revelación. Que la luz recibida por ella llegase a ser la Escritura de los cátaros, e Isabel la pluma del Señor.

Con la retirada de Amaury y la pacificación de Occitania salieron al mundo muchos *perfectos*; todas las aldeas tenían creyentes a quienes era necesario atender, y en todo lugar debía continuar la tarea de consolidar la Iglesia de los *bonshommes*. Por cuyo motivo la población de Montségur se redujo a menos de un centenar de *elegidos*. Estaba previsto que todos ellos participasen en la consagración de Isabel, a la que se quiso dotar de especial solemnidad. Muchos preparativos hicieron falta para que la ceremonia alcanzase categoría de fiesta litúrgica. Que todos los *croyants* quedasen conmovidos por el rito de la imposición de manos, y que comprendieran la cabal importancia de esa recuperación de las raíces. Por otra parte, los creyentes no estaban obligados a renunciar; como seres de un mundo corrompido que eran, no se les prohibía participar de las satisfacciones terrenales, y por tanto se les daría un suculento banquete, una comida que los habitantes de Montségur recordarían durante años. Guilberto de Castres en persona iba a pronunciar el sermón en que Isabel sería exhortada a renunciar al mundo. Pero mientras tanto Isabel ayunó siete días con sus noches; desde la salida hasta la puesta del sol permanecía asomada al *donjon* observando la marcha del sol, dejando que la luz la inundase y la arrebatase del mundo. Entonces no sentía ninguna necesidad y todo era paz. Pese a la falta de alimento, de día en día se hallaba más fuerte, y vivía con anticipación el júbilo de la fiesta. Algunas veces retornaban a ella las imágenes del pasado: ella misma, sentada en la habitación con su madre y con el espanto de haber adivinado el porvenir de Sebastián, y escuchando las sabias palabras de Leonor sobre la sangre antigua que ambas compartían. La escalera empinada donde reconoció a Michel Roquebrun, y donde sentada a su lado escuchó las palabras «eres de los nuestros». Revivió el temor de entonces, y la negativa; su anhelo de placer y de amor resonó dentro de ella como un eco distante. Sonrió. Eso lo tenía superado, pero por alguna razón secreta le pareció bien haber vivido el amor y el placer en otro tiempo. La verdad, pensó, reside

en el mandamiento de unidad de lo corporal, lo espiritual y lo anímico. Miró al sol y se dejó penetrar por la energía de la luz. Estaba preparada.

A mitad de la jornada séptima, Esclaramunda condujo a su compañera hacia la capilla del castillo. La pesada bóveda de crucería creaba un ambiente opresivo. Las estrechas ventanas ojivales daban paso a franjas diagonales de luz que parecían de oro líquido y dividían el espacio de la nave. En los lugares iluminados rectilíneamente parecía exaltado el mundo; en los rincones de penumbra, que sólo recibían claridad indirecta por difusión de los ratos solares, se intuía el imperio de las tinieblas. En la nítida divisoria entre rayo de luz y sombra bailaban finísimas partículas de polvo, brillantes como estrellas lejanas. En esa imagen, pensó Isabel mientras ella y Esclaramunda avanzaban a paso lento hacia el altar, está compendiada toda nuestra fe. Sonrió, ensimismada. Hacía rato que todos los bancos estaban ocupados por los *perfectos*. Todos habían acudido, como era su deber, a presenciar el *bautismo espiritual* de Isabel. Tres *parfaits* y tres *parfaites* entonaban un solemne coral. Isabel llevaba una especie de pantalón blanco muy ancho y un camisón también blanco. Al brazo llevaba el paño blanco que luego le serviría de mantilla para que las manos del *elegido* no la tocasen en el momento de impartirle la bendición. Finalmente se halló ante Guilaberto de Castres e inclinó levemente la cabeza. A lo que él correspondió, y empezó a pronunciar sus amonestaciones. Se sabía que éstas iban dirigidas no tanto a Isabel como a los demás, cuyos cuerpos todavía estaban llenos de deseos. Él sabía muy bien que todos los recursos del espíritu son pocos para mortificar el cuerpo, y por eso compartía la opinión de los que decían que incluso un *perfecto* podía pecar y sentir arrepentimiento. Para expresar estas ideas en su sermón recurrió a la parábola del hijo pródigo, y supo conmover a todos los oyentes con su descripción del amor infinito del buen Dios, el que no conoce el mal. Poco les faltó para derramar lágrimas. Sintieron el Espíritu Santo en sus corazones, y cuando terminó la prédica entonaron el himno con fervor unánime.

—¿Crees en un solo Dios bueno que ha creado el mundo del Espíritu y que manda en el reino de los ángeles? —preguntó el obispo.

—Sí creo —replicó Isabel con firmeza.

—¿Y en su hijo Jesucristo, quien ha enseñado a los ángeles caídos el camino para recuperar sus raíces, y que ha dado testimonio contra Satán, el creador del mundo?

—Sí creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo, emanación de Dios que anima las almas y protege a los ángeles contra el demonio, que es uno con el buen Dios y enemigo eterno de Satán?

—Sí creo.

El obispo abrió los brazos y elevó la mirada al techo.

—¿Prometes no seguir nunca más los deseos del cuerpo, rechazar todas las

insinuaciones del Maligno, poner la verdad por encima de todas las cosas y dedicar jubilosamente tu vida a luchar por el buen Dios y contra Satán y sus secuaces?

—Sí prometo.

—¿Prometes renunciar al Anticristo y no seguir jamás a ese pontífice que profana la silla de san Pedro? ¿Y mantenerte alejada de esa herejía católica, y dar testimonio del Creador del mundo espiritual y contra el artífice de la tiniebla terrenal, siendo así que la tierra pertenece al diablo y está repleta de su maldad?

—Sí prometo.

—Escucha entonces, Isabel Lemaitre, las primeras palabras del evangelio según san Juan.

Recitó los versículos en tono solemne y todos sintieron la gravedad de las santas palabras: «En el principio existía aquel que es la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo. Cuanto ha sido hecho en él es vida, y la vida es la luz de los hombres; la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la sofocaron».

Sobre todas las cabezas relucía la llama del Espíritu Santo; parecía que el aire mismo hubiese tomado corporeidad. Guilaberto de Castres aún no había visto nunca nada parecido, y sintió un leve escalofrío. Con celeridad inusitada para tan digno ceremonial tomó el libro del Evangelio, lo apoyó sobre la cabeza de Isabel y murmuró el yo te bendigo. A continuación, Esclaramunda, que hasta entonces había permanecido inmóvil al lado de Isabel, cubrió la cabeza de la candidata con el paño, y los *elegidos* desfilaron por categoría y por edad ante ella y apoyaron una mano sobre la cabeza de Isabel. Más de uno creyó sentir una corriente de aire frío que parecía soplar desde el cráneo de Isabel hacia arriba, como ocurre a veces en las aberturas de ciertas cuevas naturales que se abren de abajo arriba a manera de chimeneas; y cuanto más crecía el número de los *perfectos* que habían desfilado ante Isabel más acusada se hacía la sensación.

Con esto quedó administrado el *consolamentum*, e Isabel convertida en una *parfaite*. Tres mujeres se acercaron portando la indumentaria negra: un pantalón ancho con cinto, una blusa y, por encima de todo ello, una túnica parecida a la que usaban los frailes benedictinos. Una vez revestida, Isabel se caló la capucha. Los *elegidos* desfilaron hacia la salida de la capilla entre cánticos, y fueron recibidos con una ovación por los *croyants* que esperaban fuera. Comenzaba el banquete entre el júbilo del pueblo. Pero Guilaberto de Castres llamó a Isabel y se la llevó a sus aposentos. Cuando se vieron a solas le dijo:

—Aquí escribirás tus revelaciones y tus preguntas. Si buscas respuestas, consulta únicamente conmigo, con Esclaramunda o con Felipe. El segundo pupitre del escritorio es tuyo. Utilízalo y no te precipites, que Dios ha de concederte tiempo sobrado.



Como las ciudades de Lombardía andaban cada vez más deseosas de sacudirse el vasallaje con respecto al emperador Federico, menudeaban los torneos en la llanura del Po. De este modo, Alberto Ganzague y Sebastián tuvieron muchas ocasiones para aguerrir sus mesnadas. En virtud de su reconciliación con Viadana, los de Pomponesco quedaban en el bando de los cremoneses, partidarios a su vez de Federico II Hohenstaufen. Lo cual evocaba recuerdos de la cruzada, por cuanto el emperador había prometido salir rumbo a Palestina, a más tardar, en agosto del año 1227. Y aunque faltasen todavía dos veranos, la idea de volver a tomar la cruz no se alejaba nunca del ánimo de Sebastián. Le había bastado un año para convertirse en una celebridad de la comarca, ¡el famoso ganador del halcón de Mantua! Además, los ideales caballerescos habían alcanzado en tierras de Italia su máxima expresión y un noble caballero debía ser, ante todo, defensor de la fe. Él se hallaba a gusto en su nueva condición y salía revitalizado de cada duelo y cada torneo. Todos veían en él al sucesor de Ganzague en el señorío de Pomponesco, y le exigían que fuese belicoso, e inflexible en lo tocante al honor. Aunque, por otra parte, no le agradaba tener que separarse mucho tiempo de Lucrecia. El día anterior había sentido cierta contrariedad cuando llegó un mensajero de Ferrara para invitar a otro torneo. Pocos meses antes Lucrecia le había dado un hijo.

«Os anunciamos nuestro torneo y os rogamos participéis bien equipados de armas y caballos como cumple a vuestra honra. El premio para el vencedor consiste en un oso donado por una dama», decía el pergamino de la invitación, artísticamente rotulado. Imposible negarse. Así que los campeones de Pomponesco se dispusieron a partir y como se preveía multitudinaria la concurrencia al torneo de Ferrara, llevaron pajes y escuderos para que les sirvieran de auxiliares.

En las horas de ocio, Sebastián disfrutaba de la compañía de Lucrecia y desmentía a los escépticos: el amor podía existir dentro del matrimonio. No necesitaban poner tapia a su rosaeda para prohibir el paso a los indeseables, porque desde que se hicieron las paces con Viadana no entraban ni los odios, ni la maldad, ni la bajeza. En cuanto a la codicia, la avaricia y la envidia, no había lugar para ellas entre Sebastián y Lucrecia, ni la tristeza, a la que ahuyentaban las alegres risas de ella. La pobreza no quería entrar en aquella casa convertida en residencia de la alegría y la despreocupación. Aunque en un sentido diferente, en casa de don Alberto el ideal cortesano descrito en el *Román de la Rose* era la cotidianidad misma. Pero, mientras Alberto Ganzague tenía al menos el deber de salir a vigilar la buena marcha de sus fincas, en cambio Sebastián quedaba cumplido con salir a ejercitarse en compañía de sus amigos y escuderos, y con demostrarle su afecto a Lucrecia. Y seguían dando mentís a la condesa de Champagne que dos generaciones antes había escrito: «Nos anunciamos y decretamos que el amor entre cónyuges nunca desarrolla todo su poder». Entre él y su mujer existía compenetración íntima, así como atracción febril, a la que ambos se entregaban latiéndoles los pulsos con violencia. Las manos de ella eran suaves y delicadas, como cabía esperar de una dama; en cambio las de él,

que sabían esgrimir las armas y cuya fuerza muchas veces infundía terror a quienes las contemplaban en la lucha, cuando estaba con ella demostraban poseer también una ternura extraordinaria. Disfrutaban yaciendo juntos, desnudos, piel contra piel en la intimidad de la alcoba, ese recinto donde nada estaba prohibido ni era vicio ni pecado. La lengua de ella acariciaba pulgada a pulgada toda la piel del hombre, y los labios de él no se detuvieron ni ante los repliegues más recónditos de ella. Mientras se acariciaban hablaban, y jadeaban, y daban gritos. Pero también solían quedarse quietos el uno tendido al lado del otro, besándose en silencio, o reír juntos hasta que llegaba el instante en que la excitación se apoderaba de ambos. Gozaba el uno del otro sin hartarse nunca, porque siempre dejaban un resto para luego; así el amor se hacía aperitivo del amor y nada en este mundo, o por lo menos eso creía Sebastián, podría estropear aquella intimidad.

Por fin llegó el esperado torneo de Ferrara. El domingo, todos los caballeros celebraron reunión para fijar las reglas. Se formarían dos partidos capitaneados respectivamente por los señores de Milán y de Cremona, y convinieron en que los vencedores se quedarían con las armas y los equipos de los derrotados. El ambiente estaba caldeado y las primeras voces fuertes surgieron mientras estaban acotando el campo. Los milaneses querían una palestra estrecha, de modo que no hubiese espacio suficiente para hacer prisioneros. En cambio, los de Cremona no querían combatir a vida o muerte, sino que sobrase un recinto a modo de *fride* donde pasarían a refugiarse los vencidos, quedando como definitivamente derrotados, de modo que no podrían retornar a la pelea. Tras arduas discusiones se pusieron de acuerdo en delimitar una plaza lo bastante ancha y con zonas de seguridad, y que el lunes se pelearía en cualquier caso hasta la puesta del sol. Fue Alberto Ganzague quien, con el apoyo de los más razonables, consiguió impedir que organizaran además una *vesperie* a caballo para la tarde; en el alboroto general que ello no podía dejar de suscitar habría sido fácil que el torneo degenerase en riña tumultuaria con graves consecuencias. Todos esperaban con impaciencia la batalla del torneo, sobre todo cuando se rumoreó que las damas estarían presentes en la tribuna, el día siguiente, para presenciar el espectáculo.

Al amanecer empezaron a rebullir los campamentos. Los pajes y los escuderos tenían quehacer a manos llenas para atender a sus caballeros. Ante todo, era menester vestirlos con la cota de mallas, que debía alisarse con especial cuidado para que no los pellizcase durante la jornada. Luego las grebas para las piernas. Algunos usaban además brazales y manoplas, y quienes podían permitírselo llevaban jubón ricamente bordado y casco provisto de vistosa cimera. A los caballos los revestían con espléndidas gualdrapas y después de ensillarlos les apretaban las cinchas. Por último, pajes y escuderos ayudaban a montar a su señor. Los jinetes aflojaban un poco las riendas a sus cabalgaduras y salían con paso medido al campo hasta formar delante

de la tribuna. Allí estaba tomando asiento la distinguida concurrencia de Ferrara y, en efecto, había damas entre el público espectador. A continuación, formaban detrás de los jinetes las tropas de a pie, cuyo armamento consistía en una porra. Don Alberto Ganzague capitaneaba la tropa de los de Pomponesco, a los que había correspondido, por aguerridos y valerosos, el flanco que durante la batalla debía lanzar un ataque en pinza. Sebastián pasó revista a las apretadas filas de los caballeros, y les habló en voz baja conminándolos a no ceder. Lo más importante, al comienzo del ataque, era lanzarse con todas las fuerzas contra el adversario procurando abrir brecha, si tenían suerte. Estas últimas instrucciones las impartió Sebastián manteniéndose en estado de máxima concentración, para que nada le distrajesse del inminente combate; por eso evitaba volver la mirada hacia la tribuna. Allí una dama envuelta en costosas pieles avanzaba, entre murmullos de admiración de los vecinos, hacia un puesto de honor. A una seña de la recién llegada los criados acercaron el oso, el cual quedó atado por el aro que llevaba en el hocico a una estaca que clavaron en el suelo frente al palco de las autoridades. El animal era el premio, junto con todo el botín que los vencedores arrancasen a los vencidos.

Los combatientes tomaron posiciones cada uno en la mitad del campo elegida. A una señal de la tribuna los dos partidos avanzaron el uno contra el otro; pero mientras los de Cremona se adelantaban con todos sus efectivos, los milaneses dejaron sendas compañías en las alas derecha e izquierda; el centro se desplegó un poco según iba avanzando, lo que podía crear la impresión de cierta vulnerabilidad. Pero el despliegue servía para evitar que los cremoneses, en caso de lograr una ruptura, llegasen a realizar la maniobra envolvente para tomar a los milaneses por la espalda y empujarlos hacia su propio terreno. Sebastián vio el peligro que esta disposición implicaba para los suyos; si los de Milán conseguían romper; les sería muy fácil envolverlos a ellos en la pinza. Sebastián tiró de las riendas para frenar el galope de su montura mientras hacía señas a Alberto Ganzague y los suyos indicándoles que se replegasen. Los jinetes entendieron la intención de Sebastián, pero don Alberto y sus seguidores más cercanos de Casalmaggiore, impulsados por el ardor combativo, cargaron sin contemplaciones. Las lanzas se rompieron con estrépito contra los escudos y los dos bandos quedaron tan entremezclados que muchos jinetes se vieron obligados a tirar enseguida de espada. Lo cual fue una precipitación; ninguno de los dos lograba una ruptura definitiva. Hasta que los combatientes dejaron de enzarzarse y se replegaron cada parte hacia su campo para iniciar otra acometida. Pero esta vez no tomaron todo el recorrido sino, como mucho, la mitad, y además los cremoneses sorprendidos por la táctica de los milaneses no atacaron en formación cerrada, sino de manera irregular. En cambio, los de Viadana tuvieron éxito con su irrupción por el ala derecha y cinco de sus caballeros consiguieron ganar la espalda de los milaneses. Aunque era más importante lo que estaba ocurriendo en el centro, donde los milaneses rompían las líneas de los de Cremona. Dos pelotones de milaneses volvieron grupas y tomaron a los contrarios por la espalda, empujándolos hacia su

propio campo y llevándolos, por tanto, al encuentro de las reservas que aguardaban a uno y otro lado. Los de Viadana abandonaron su ala para acudir en socorro de sus aliados. Entonces los milaneses abandonaron el ala izquierda y antes de que los de Viadana consiguieran llegar, cerraron el cerco alrededor del grueso de las fuerzas de Cremona. En la bolsa quedaba atrapado el caudillo de éstas y se veía que los cremoneses iban a pasarlo mal. En medio de la confusión Alberto Ganzague se defendía de la acometida de dos caballeros de Milán.

En la retaguardia Sebastián observaba el desarrollo del combate y en el último instante, cuando los milaneses quizá se creían ya vencedores e iban llevándose prisioneros a los embolsados, formó a sus jinetes en cuña y se lanzó con ellos hacia lo más denso del tumulto. Al mismo tiempo las fuerzas de a pie debían cargar a la carrera. El insospechado ataque sorprendió a los milaneses. Lo cual dio espacio a algunos de los cremoneses cercados, que aprovecharon para romper la bolsa. Entonces llegaron los mesnaderos de Pomponesco y tiraron de las riendas a algunos de los capitanes milaneses con intención de derribarlos. Un mozo de los establos de Sebastián, que era un coloso de hombre, consiguió tumbar a uno de los caudillos principales del enemigo y se puso a castigarlo con la porra de tal manera, que los milaneses se vieron obligados a retirar del teatro principal de los acontecimientos todo un pelotón, para que rescatase al jefe y evitar que cayese prisionero. Esto rompió definitivamente el cerco; la batalla volvía a quedar abierta y la confusión se generalizó. Alberto Ganzague todavía estaba aislado. Desaparecido cualquier asomo de orden, algunos jinetes se embestían con las lanzas mientras otros cruzaban las espadas, no faltando los que habían echado pie a tierra y peleaban con las mazas. Ganzague combatía solo, sin que nadie le apoyase. Entonces recibió un fuerte mazazo y cayó. En la confusión uno de los mesnaderos milaneses se apoderó de él y lo arrastró hacia una de las zonas de seguridad, impaciente por hacerse con el expolio. El orden de batalla seguía sin existir; era una algarada multitudinaria y ninguno de los bandos alcanzaba una superioridad definitiva. Muchos de los luchadores se hallaban heridos. Algunas compañías peleaban sin dar cuartel y otras se refugiaban en el *fride*. Pasaron horas sin que se produjese ningún desenlace. Los contendientes acusaban ya la fatiga. Algunos quedaron tendidos en el campo, lamentándose, y crecía el número de los prisioneros de ambos bandos. Al anoecer se dio por terminado el torneo. Los de Milán tenían treinta y siete hombres en condiciones de pelear y habían hecho cincuenta y ocho prisioneros; los de Cremona eran veintinueve y tenían cincuenta y dos prisioneros. Heridos en el suelo se contaron once cremoneses y diez milaneses; muertos, dos de Cremona y uno de Milán. El oso se lo adjudicaron los de Milán.

Sebastián se quitó el casco y desfiló a paso cansino frente a la tribuna. Apenas dedicó una mirada de reojo al premio, que seguía atado a su estaca. Mientras se procedía al recuento de muertos y heridos, Sebastián buscaba a su suegro. Toda su

atención estaba pendiente de Alberto Ganzague. Necesitaba dar con él, y empezaba a sentir una comezón angustiosa. Con su reacción durante la batalla había dejado indefenso a don Alberto, y aunque evitó que los cremoneses sufrieran una derrota humillante, había faltado al deber de proteger a su principal. Que aparezca don Alberto, rezaba. Enfrascado en esta preocupación no oyó el grito que se elevó desde las tribunas. Era una voz aguda, un grito de mujer. Pero Sebastián siguió trotando hacia el *fride* de los milaneses. Alberto habría caído prisionero, sin duda. Un caudillo sin seguidores, presa codiciable para alguien que quisiera quedarse con sus armas y sus arreos.

La dama envuelta en pieles, perdiendo toda dignidad, hizo intención de bajar de la tribuna para salir al campo del torneo. La excitación entre los espectadores era grande. Muchos comentaban todavía las incidencias de la batalla, otros ponían en tela de juicio la legitimidad del fallo. La contienda había sido muy igualada. La mujer apenas lograba abrirse paso.

Sebastián llegó al acotado de los milaneses. Todos los prisioneros estaban allí, en trance de entregar sus posesiones. Algunos negociaban un rescate, prefiriendo pagar antes que desprenderse de su coraza y sus armas. En un rincón yacían varios heridos, que gemían mientras el bañero se ocupaba de ellos. Sebastián se acercó. Había reconocido el escudo de don Alberto. Éste se hallaba tumbado en tierra, encogido como si tuviese dolor de tripas. Hay que llamar al bañero, pensó Sebastián al tiempo que se agachaba. No había vida en los ojos del herido.

La mujer, que se había acercado mientras tanto, vio que Sebastián se acuclillaba llorando. Se detuvo ante aquella evidente manifestación de dolor, y finalmente decidió no molestar y se alejó por donde había venido.



Sentada tras el pupitre, Isabel se quedó un momento ensimismada. La mano derecha resbalaba sobre el tablero de roble ligeramente inclinado. Debajo estaba el cajón de los libros; delante, un listón con dos agujeros, el uno para el tintero y el otro para una vasija de cerámica. El tintero estaba vacío. De la vasija asomaban varios pinceles y los caños de dos plumas. Colocado en un nicho, el pupitre se alzaba a dos pasos de una ventana orientada a mediodía, de manera que el tablero no recibiese luz directa del sol a ninguna hora —lo cual habría perjudicado tanto a los pergaminos como a la tinta—, pero sí una luz difusa suficiente para los trabajos finos con pincel y pluma, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde. Moviéndose despacio Isabel tomó los pergaminos encuadernados que le había traído expresamente Guilaberto de Castres. Cualquiera adivinaba cuándo estuvo escrito ni qué decía el texto, pensó Isabel mientras abría el estuche de madera forrada de tafilete. Un amanuense clerical había raspado y blanqueado las páginas una a una; del antiguo texto no quedaba ningún rastro legible, sólo la pátina de la antigüedad indeleblemente impresa en el pergamino. Usa tinta color ocre oscuro, había dicho el obispo, porque la

fabricada con negro de humo no es digna de una obra destinada a la eternidad. Sin embargo, Isabel no pensaba en la eternidad, ni siquiera el concepto de duración tenía cabida en sus preocupaciones. Ante todo, deseaba vestir sus dudas con palabras, y cualquier intento de respuesta se formularía bajo reserva de una revisión futura. De ahí que el libro en blanco le infundiese más pánico que inspiración, y le rogó a Esclaramunda que le proporcionase algunas hojas sencillas de pergamino barato, ya que reservaba el libro para la versión definitiva del *Cognoscere causas*.

Lo de la tinta color ocre también preocupaba a Isabel, pero tuvo la agradable sorpresa de encontrar en la biblioteca unas instrucciones sobre cómo prepararla. Qué complicado es todo esto, se espantó al leer la descripción del procedimiento para hacer enmiendas en lo escrito con aquella tinta. Porque era preciso tener a mano la cuchilla de raspar, la piedra pómez y el recado de escribir. Por eso mismo, se dijo, importa más tener bien concretados los pensamientos antes de escribir nada en el libro propiamente dicho.

Largo rato se quedó cavilando qué principio le daría. La tentación más inmediata era comenzar por la historia de la Creación, tal como ella la había soñado más de una vez. Decidió no ceder a esa tentación; al lector desprevenido le habría resultado demasiado atrevida la metáfora del principio de todas las cosas reducido a un simple punto de luz. Y cuando se empieza a leer bajo el influjo de una primera impresión negativa, difícilmente se hace uno converso y partidario de la nueva causa. Empezar por lo más abstracto tampoco era buena idea: que la redención de los ángeles caídos se cifrase en la unificación del cuerpo, el alma y el espíritu era doctrina contraria a todo lo que venían predicando los *bonshommes* hasta el momento. Sería preciso, más bien, ir desarrollando la descripción de su mundo a partir de lo previamente conocido, para introducir lo nuevo a pasos graduales, con prudencia. Lo más indicado parecía entrar en el tema citando aquellas escrituras tenidas como legítimas por los católicos. Por último, Isabel decidió apoyarse en Agustín de Hipona, el que concibió la imagen de las dos ciudades, para explicar la coexistencia del buen Dios y del diablo en la Creación. En su sabiduría, él había distinguido los dos mundos en lucha y había visto qué clase de conflicto existía entre la *ciudad de Dios* y la *ciudad del mundo*. «Muy pronto la raza humana se escindió en dos partidos opuestos —escribió un comentarista católico inteligente—, porque los unos aceptaron los sacramentos del demonio, y los otros los sacramentos de Cristo. Así se formaron dos familias, la cristiana y la diabólica». En este principio podía apoyarse Isabel, bien asentada en el terreno de la tradición eclesiástica. Y como en las artes de la guerra la más hábil es la que consiste en derrotar al adversario con sus propias armas, Isabel siguió buscando en las escrituras católicas lugares que corroborasen la doctrina verdadera tal como, al modo de ver de ella, la propugnaban los *bonshommes*. Así encontró en un rincón de la estantería un legajo muy perjudicado por la humedad, cuyo autor decía ser un tal Honorius Augustudunensis. Obedeciendo a una corazonada lo leyó y quedó cautivada al instante por el original estilo de aquel clérigo que había intentado resumir el saber

de su época, quizá un siglo antes, en el idioma acostumbrado para él y utilizando nociones mundanas que procuraba conciliar con el relato de la Creación. Con lo cual había proporcionado justamente lo que Isabel andaba buscando en sus meditaciones: una buena explicación católica para el hecho de que Satán hubiese sido casi divino y, si se miraba bien, el verdadero creador del mundo material.

Por fortuna —si cabe decirlo así, pues algo tendría que ver en ello la Providencia—, a los pocos días de haber asumido su puesto en la escribanía Isabel, regresó Felipe Mazères procedente de Montségur. Como si viniera portador de alguna misión secreta, buscó enseguida a Isabel y comentó con ella todas las cuestiones y todas las manifestaciones de Dios. Ella le contó sus sueños de la creación del mundo, a lo que él respondió, tras largo silencio y meneando la cabeza con solemnidad, que era posible que aquellas revelaciones contuviesen una sabiduría especial. Isabel le habló de los pasajes encontrados en las escrituras católicas, y consideraron juntos las alambicadas argumentaciones del *Honorius Augustudunensis* y del *Hugo de san Víctor* sobre esta cuestión: por qué Dios había creado a Lucifer, sabiendo que éste debía rebelarse y convertirse en el ángel caído.

—Esa imagen tuya de la Creación como un gran destello de luz que nace de un punto minúsculo, en principio quita hierro a todas esas cuestiones —dijo Felipe en tono de admiración—. Ese rayo de luz, esa primera detonación, es el impulso primero del buen Dios y, por tanto, es por antonomasia la Creación. Por cierto, que yo mismo... —Y aquí titubeó un poco antes de continuar—: Hace años vi que la luz está en el comienzo de todo. Me puse a meditar contemplando el fulgor amarillento del sol naciente. A mi alrededor todo se hizo luz, y Dios estaba en la luz. Ya sabes lo que escribió san Juan, «andad como portadores de la luz». Entonces creí que había visto a Dios.

Felipe se interrumpió y carraspeó para proseguir luego:

—En la luz está el Espíritu Santo, y la luz no ha abandonado nunca esta creación, aunque tampoco haya conseguido vencer definitivamente a la tiniebla. En esa tiniebla, por su parte, está Satán, y si ha sido él quien creó el mundo a impulsos de Dios, podemos decir que es similar a Dios, pero no igual que Él, porque el primer motor fue Dios. Nosotros los humanos de la tierra no podemos realizar esa distinción, y por eso vemos que este mundo está condenado, como obra que es de Satán el creador malvado.

—Es lo máximo que puede acercarse el ser humano al conocimiento de Dios —replicó Isabel con súbita inspiración—. El saber que no se le conoce humanamente.

No sospechaba ella que, años más tarde, el hombre a cuyo nombre ha quedado vinculada la mejor y más sagrada tradición doctrinal de la Iglesia expresaría la misma idea y casi con las mismas palabras, siempre sin salirse de la ortodoxia más estricta; si Isabel hubiese conocido a Tomás de Aquino, sin duda habría utilizado también esta

frase del Aquinate en defensa de su crónica de la creación del mundo: «Aunque el ojo del ave nocturna no soporte la luz del sol, el ojo del águila sí puede contemplarla».

Mes tras mes, mientras flotaba sobre Montségur una luz incierta, bajo esa claridad las revelaciones de Isabel se concretaron en forma verbal. Ello a través de las conversaciones con Felipe, tenidas en cuenta las doctrinas católicas sacadas de libros de sabiduría, y contrastadas con las creencias de los *perfectos* y con no pocos dogmas. Más de un año de trabajo hubo de transcurrir para que el relato de la Creación y la noción de la unidad entre cuerpo, alma y espíritu alcanzasen una estructura coherente, algo que Isabel y Felipe pudiesen titular justificadamente como un *Cognoscere causas*. Isabel ordenó las hojas sueltas, pero antes de transcribirlas al libro en su forma definitiva, quiso presentar la obra a Guilaberto de Castres, quien prometió leerla con detenimiento.

—Tu obra —se dirigió varios días más tarde a Isabel, que estaba con Felipe en la antecámara del obispo— es una obra lograda. Sólo que se adelanta a nuestra época.

Dicho esto, arrugó la frente y calló. Los tres se miraban mutuamente, como reconociendo lo mucho que había dado que pensar a cada uno de ellos la frase recién pronunciada.

—Ha sido gran atrevimiento poner en primera página «en el principio fue la idea». Más atrevida todavía me parece la consecuencia «y la idea se apareció como un diminuto punto de luz». Extraordinaria la osadía de proponer la sustitución del relato de la Creación en el evangelio de Juan.

De nuevo guardó un rato de silencio el obispo.

—Esas tres razones bastan por sí solas, creo yo, para recomendar que se mantenga en secreto este texto —se sonrió un instante—. Como también sabéis, hay más razones, una docena de ellas por lo menos, que encarecen la confidencialidad de la obra.

—Por mi parte no tengo nada que oponer —replicó Isabel en voz baja—. Excepto que estoy convencida de haber descubierto una verdad profunda, que podría servirnos de ayuda en cuanto al conocimiento de Dios.

—Tú has recibido una gracia —contestó Guilaberto de Castres—. Estoy seguro de que se te ha revelado un misterio, y de que es Dios quien te lo ha revelado. Por eso te ruego encarecidamente que concluyas tu obra y termines el libro, el cual enriquecerá nuestro acervo por manera prodigiosa. Sólo que debe seguir siendo materia reservada, no vayamos a espantar demasiado a los fieles. Más adelante mandaré confeccionar varias copias, pues conviene que todos los obispos conozcan las leyes del mundo según tu interpretación. Pero, por ahora, no ha madurado todavía el tiempo.

Desde entonces Isabel pasó jornadas enteras sentada al pupitre y los dedos agarrotados copiando el libro hoja tras hoja de su borrador. Era preciso dibujar las letras una a una, perfectas, y como la obra debía conservarse durante mucho tiempo, utilizó la tinta ocre oscuro preparada de conformidad con las instrucciones. De corteza de endrino cortado en el mes de abril y guardada hasta mayo se fabricaba la mejor tinta, según decía, y explicaba la elaboración de esta manera: «Tomarás unos mazos de madera y sobre una tabla de otra madera más dura machacarás las ramas de espino hasta que hayas desprendido toda la corteza. Ésta la echarás enseguida dentro de un barril lleno de agua y la tendrás en infusión durante ocho días. A continuación, verterás el agua en un cazo limpio, el cual pondrás a hervir. Cuando haya permanecido el rato suficiente al fuego, lo pasarás a otro recipiente y volverás a llenarlo con el agua. Y esta operación se repetirá hasta reducir la cantidad de agua a un tercio, de la que tomarás un cazo pequeño y seguirás hirviendo hasta que se ponga oscura y empiece a espesar. Y no añadirás más agua excepto la procedente de la propia reducción. Cuando veas, pues, que ha espesado, añadirás un tercio de vino y lo pasarás a dos o tres cazos nuevos y seguirás hirviendo hasta que veas que forma película en la superficie. Entonces los quitarás del fuego y los pondrás al sol hasta que la tinta oscura quede separada del poso rojo. Hecho lo cual, tomarás unos odres o vejigas hechos de pergamino mirando que esté bien cosido, y verterás en ellos la tinta nueva, y los colgarás al sol hasta que se hayan secado. Y cuando esté seca, tomarás la cantidad necesaria y la mezclarás con vino sobre un fuego de carbón de leña y podrás escribir mezclándole un poco de *atramentum*».

Todo eso hizo ella. La obra iba cobrando forma poco a poco. A menudo se le pasaban por la cabeza ideas nuevas a medida que escribía. Y las anotaba en un pedazo de pergamino aparte, para incluirlas más adelante en otras consideraciones. Sin preverlo ni proponérselo en realidad, trabajaba como los letrados que sacan de cada sentencia nuevas cuestiones, las cuales pueden requerir a su vez nuevas respuestas. Este trabajo la aislaba cada vez más. En vez de participar en la vida común de Montségur, vivía entre su celda y el escritorio.

Hacía días que Felipe y otro *elegido* habían reanudado la peregrinación, Guilaberto de Castres se ocupaba de su grey tolosana y Esclaramunda estaba en Mirepoix ayudando a su padre en la administración de las propiedades. Isabel vivía para su obra e iba enhebrando ideas sin pensar todavía en el mundo. Nada sabía de lo que ocurriese en el exterior, así que la noticia de la catástrofe cayó sobre ella de una manera totalmente inesperada.

—Siéntate —dijo Esclaramunda muy seria tan pronto como entró en el escritorio, indicándole un escabel.

—¿Qué te ha traído al *pog*? —preguntó Isabel, que no sospechaba nada, y alegrándose de ver a su amiga después de tantas semanas.

—Felipe está muerto —anunció Esclaramunda con voz apagada.

Isabel se sentó como le había indicado.

—¡Cómo es posible!

—El rey Luis y su ejército bajaron bordeando el Ródano, y han sometido una ciudad tras otra. Las que no capitularon voluntariamente fueron obligadas o reducidas a hacerlo por la fuerza. Sólo resiste Aviñón, aunque lleva cercada varias semanas. Por lo demás toda la Provenza y casi todo el Languedoc pertenecen al rey. Felipe cayó en manos de una patrulla de reconocimiento, y no perdieron mucho tiempo interrogándolo.

—Terrible —susurró Isabel.

—Ramón está excomulgado por su benevolencia para con los *buenos cristianos*. Si no se somete, toda Occitania será conquistada. Pero si se somete, no tendrá más remedio que perseguirnos. Estamos en grave peligro, nosotras y todos los *bonshommes*.

Sebastián cruzó por la mente de Isabel, y vio la imagen de su hermano. Él acudiría en socorro.



Ojalá hubiesen tapiado la roaleda después de todo, pensaba con frecuencia Sebastián cuando pasaba revista a lo ocurrido. Ni siquiera contaba con un amigo que pudiera decirle: «Terminaron los días felices de Ganzague, señor mío». Hasta eso tenía que decirse a sí mismo, aunque aún ignoraba qué clase de destino anunciaban tales palabras. La alegría, la despreocupación y el placer habían abandonado el jardín de los Ganzague. La tristeza pudo colarse de rondón sin que la detuvieran ni cruz ni otro signo alguno.

Este cambio fue produciéndose de manera insidiosa. Lo primero fue el luto, el dolor sentido por la pérdida del cabeza de familia, amo y señor de la casa, apreciado y querido por todos. Como una resaca después de una noche de borrachera, el duelo de los primeros días se convirtió poco a poco en una apatía melancólica que se apoderaba de todo, y que en vez de desaparecer dejaba un poso de resentimiento. Éste era debido, sobre todo, a las dudas que habían quedado sin resolver, dudas sobre el comportamiento de los efectivos de Pomponesco durante el torneo. Susurrados al principio y luego manifestados a voces, cobraron fuerza los rumores de que Sebastián había arrebatado el mando de la batalla y había dejado en la estacada a don Alberto. Conforme pasaba el tiempo, iban cayendo en el olvido los detalles del desgraciado combate y pronto nadie se acordó o no quiso acordarse de que la maniobra de Sebastián había sido necesaria para que salieran relativamente bien librados los del bando cremonés. Todas las miradas se fijaban en el grupo de los pomponescos y las críticas se centraban en la deslealtad, en el desamparo del caudillo. Las gentes se

someten de mala gana a un señor desleal, sobre todo cuando dicho señor es además un extranjero. Los nobles fueron los primeros en desvincularse y se pasaron al servicio de los Frantose, una familia rival de los Ganzague, que se apresuraba a sacar ventaja de la nueva situación. Pocos meses más tarde disminuyeron tanto las rentas de las propiedades, que Sebastián se vio en la necesidad de nombrar administrador a un sobrino de don Alberto. Éste no tardó en representar todos los intereses de los Ganzague ante los arrendatarios y también frente a las autoridades de la ciudad; Sebastián quedaba excluido a todos los efectos prácticos.

Todavía más le hirió, sin embargo, la actitud de Lucrecia. Al principio se habían consolado mutuamente y ella encontró en su amor un refugio frente a la pérdida; pero con el tiempo, el veneno de la desconfianza fue infiltrándose en su corazón, hasta que también ella acabó juzgando a Sebastián culpable de la muerte de su padre. De una semana a otra se prodigaban cada vez menos atenciones y así como se seca el árbol privado de riego, así también desapareció entre ellos el placer. Al principio Lucrecia le hurtaba la mirada, luego dejaron de sentarse juntos a la mesa, y finalmente comenzó a regatearle la compañía de su hijo Francesco. A todo esto, jamás se pronunció entre ellos ningún reproche. No hablaban, ni se peleaban. La ruptura se produjo sin palabras.

Le quedaba a Sebastián su halcón. Salía al campo durante muchas horas y se dedicaba a la práctica de la altanería. La ocupación de adiestrar al ave le embargaba por completo y le permitía olvidar los sinsabores domésticos. Se enfrascó en el entrenamiento, que le hacía sentirse orgulloso como un rey en el verdadero sentido de la palabra, porque la cetrería era arte reservada a los reyes y grandes nobles. Al fin y al cabo era mucho más difícil adiestrar a un halcón que conseguir lo mismo con un perro o un hurón. Como escribió algún tiempo después nadie menos que el emperador Federico II en su *De arte venendi cum avibus*, «las rapaces por su naturaleza rehúyen al hombre incluso más que otras aves y fieras de las que se ofrecen al adiestramiento. Porque ellas no viven, como los pájaros, de los granos y otras sobras de la alimentación del hombre. Por tanto, no tienen el hábito de acercarse a las habitaciones humanas. Como es sabido, las aves rapaces son también más hurañas, y como surcan el aire con su vuelo no se dejan atrapar y amaestrar por la fuerza, sino únicamente con la trampa y la astucia. De ahí que el arte de la cetrería sea la más difícil y la más noble de todas las artes de caza. Por añadidura, las rapaces aborrecen el semblante humano y la compañía de los humanos, pero gracias al arte se les enseña que hagan lo que deseamos de ellas, y que habitualmente ellas sólo hacen en beneficio propio». Ésa fue, pues, la empresa a que se atrevió Sebastián sin tener siquiera maestros, sino fiándolo todo a su propia observación e intuición. Contemplaba asiduamente el vuelo de las aves y todos los modos de comportamiento que manifestaban los animales, de lo que sacaba sus consecuencias. Admiraba la elegancia del halcón, su vuelo rápido como una flecha, la agudeza de su vista, y cada vez que retornaba al puño enguantado experimentaba una satisfacción que le permitía

olvidarse de su desgracia..., al menos, hasta regresar a casa. Pero allí, en el *palazzo Ganzague*, todo era tiniebla, amargura e infelicidad cada vez mayor, conforme pasaban los meses. Al niño Francesco lo sacaron del palacio y vivía con su ama en casa de don Luigi, el administrador. En la vivienda sólo quedaban una criada anciana y Lucrecia, completamente retirada en sus aposentos. Como Sebastián la veía sólo de tarde en tarde, le llamó la atención el cambio que estaba operándose en sus facciones, las arrugas marcadas desde las aletas de la nariz hasta las comisuras de la boca, el ceño fruncido, la falta de brillo en la mirada. Como las aves migratorias antes del invierno, la belleza había abandonado el rostro de Lucrecia, y si Sebastián hubiese podido ver su cuerpo consumido aún se habría espantado más. Le daba pena, pero ella no admitía sus consuelos, aunque la mirada lanzase mudos mensajes en petición de ayuda. Sebastián lloró por el destino de ambos, y por el amor perdido. Cada vez que la veía, cosa que sucedía muy de tarde en tarde, le embargaba la compasión. Deseaba compartir su duelo pero ella no se lo permitía. Y así como al comienzo se había apartado de él, acabó encerrándose del todo en sí misma, alejándose de los demás. Apenas comía ni bebía, ni consintió en recibir a ningún *medicus*. Por último, su espíritu se ensombreció y se cerró del todo a las sugerencias exteriores. Deseaba morir. Cuando encontraron su cuerpo pesaba menos que el de una niña.

En tan desconsolada situación se enteró de que el emperador llamaba a la cruzada contra las ciudades rebeldes de la Lombardía. Federico II convocó en Cremona una asamblea de diputados de las ciudades y señores feudales del norte de Italia. Don Luigi Ganzague insistió para que Sebastián acudiese en representación de Pomponesco, y Sebastián entendió. Querían tenerlo lejos. Así que se hizo con dos armaduras y con tantas armas como pudiera llevar la acémila, llenó su bolsa con los restos del oro que quedaban en palacio, y salió para ofrecerse al emperador llevándose de paso el halcón. Si el soberano quería luchar contra los milaneses, podía contar con Sebastián, quien tenía algunas cuentas que ajustar con los insumisos lombardos. Pero no hubo tal lucha, porque Federico II supo ver el poderío de Milán y prefirió negociar. Sin necesidad de dar ni una lanzada, ni un mandoble, el emperador consiguió que la Liga lombarda pusiera cuatrocientos caballeros a disposición de la cruzada, que debía salir hacia Jerusalén el verano siguiente. Después de lo cual se retiró a Sicilia con su ejército. Entonces Sebastián se unió a un grupo de los que regresaban a Milán, porque esperaba conseguir noticias sobre los *buenos cristianos* de Occitania. Y como los milaneses no viajaban con el grueso del ejército sino que iban pasando por las ciudades de la Liga para ir engrosando el contingente anunciado, dos días después se halló en Ferrara.

El destino quiere ponerme a prueba, se dijo, devolviéndome al lugar donde comenzaron mis desgracias. La partida plantó sus tiendas de campaña en el prado frente a las murallas color ladrillo, no lejos del lugar donde un año y medio antes se

había celebrado el malhadado torneo. Los recuerdos volvían a la mente de Sebastián y lo atormentaban. Ni él mismo habría sido capaz de decir ya si volvería a actuar como lo hizo entonces. Cavilaba que en el momento de replegarse debió haberse llevado consigo a don Alberto, para no exponerlo a tener que luchar aislado como luego sucedió. Pero lo hecho ya no tenía remedio y eso le dolía, le comunicaba un sentimiento de impotencia. Sabía que era preciso sufrir, ya que sólo así hallaría su alma, tal vez, la tranquilidad. Atormentado por estos pensamientos, se sintió aliviado cuando se presentó un mensajero para anunciar que el duque de Ferrara daba una recepción en honor de los caballeros. Al poco rato, una larga columna de éstos entraba a caballo por una puerta de la ciudad. Pasaron por entre magníficos edificios y hasta una amplia plaza donde el duque había mandado colocar mesas y bancos para sus invitados lombardos. Sebastián eligió un lugar algo apartado y bebió el tinto joven. Sentaba bien. El convite fue alegre, todos hicieron honor al vino y devoraron los cochinitos asados. Sebastián celebró los chistes subidos de color que contaba su vecino de mesa, y trató de olvidar el torneo del oso. De pronto, un criado de librea dorada le tiró de la manga.

—¿Qué hay? —preguntó Sebastián.

—Vos sois el caballero que ganó el halcón de Mantua, ¿verdad?

—En efecto.

—¿El mismo que el otro año, durante el torneo del oso pardo, evitó que los cremoneses sufrieran una derrota mayor?

—Así es.

—Se me ha encargado que os pregunte si estáis en disposición de recibir un mensaje de una dama.

Sebastián frunció el ceño.

—Soy viudo, si es eso a lo que te refieres.

El criado sonrió.

—Mi mensaje es que la dama os ha visto cuando entrabais a caballo en la ciudad y creyó reconocerlos, pero desea verlos de todas maneras.

—¿Cuál es el nombre de esa dama?

El criado meneó la cabeza.

—Disculpad, pero eso no puedo decíroslo.

—Está bien. Le diréis a la dama que estoy dispuesto a conocerla.

—Seguidme.

—¿Ahora mismo?

—Sí, mi señor.

Asombrado y lleno de curiosidad, Sebastián se puso en marcha y pisando los talones al criado recorrieron varias calles hasta llegar a un *palazzo* contiguo a las murallas. Su guía no tuvo necesidad de llamar; tan pronto como llegaron frente al portal de roble, se abrió un portillo y otro lacayo condujo a Sebastián hacia el patio interior. Debajo de un rosal se veían dos bancos de piedra y una mesa con una jarra

de barro y dos copas de cristal. Sebastián fue invitado a sentarse, y el criado escanció vino al tiempo que le rogaba un minuto de paciencia. Sebastián sorbió el vino y olfateó el aroma. Mientras esperaba se preguntaba quién sería la misteriosa dama empeñada en conocerle, pero tenía la imaginación como una tablilla sin nada escrito, sin la menor indicación de quién pudiera ser, así que no le quedaba otro remedio sino contener su creciente curiosidad y esperar.

De su memoria surgió, concretándose poco a poco, la imagen de Isabel. Es extraño, pensó Sebastián, en todos los momentos decisivos de mi vida se me aparece mi hermana, ¡quién sabe si es una advertencia! Recientemente, un mercenario de Milán le había contado que Occitania ardía de nuevo, que el rey Luis había bajado por la orilla del Ródano con un poderoso ejército y estaba conquistando una ciudad tras otra, por lo cual muchos *bonshommes* se refugiaban en los Pirineos y otros habían pasado a la Lombardía. Las palabras de Isabel, cuando dijo que no olvidase que tal vez algún día iba a necesitar su protección, las llevaba clavadas en el recuerdo, y lo mismo su propio juramento de obedecer a la voz de la sangre y regresar al país sin importar lo que ocurriese. Tal vez era llegada la hora de cumplirlo, ¿y qué, si obedeciendo a un capricho de la fortuna tomaba una vez más la senda de los peregrinos para exponer su pellejo en Palestina? Recordó el estúpido asedio a Damietta y se reprendió a sí mismo llamándose necio por haber pensado en repetir. Sin embargo, sentía deseos de pelear. Una guerra le ayudaría, sin duda, a olvidar la tribulación de Pomponesco. ¿No decían que la guerra por los Santos Lugares era buena y justa? En Occitania las respuestas no estaban tan claras, cuando uno era seguidor del Papa como buen creyente y al mismo tiempo no quería renegar del amor a la patria. Era un tema sobre el que prefería no tener que decidir; además de ser poco aficionado a tomar decisiones, todavía le dolía el pésimo resultado de la única ocasión en que había decidido algo por sí solo. Si optaba por seguir al emperador y pasar a Palestina quedaba dispensado de decidir por su cuenta para más adelante. Pero, por otro lado, si la representación de Isabel en su mente era un signo, entonces él tampoco habría decidido por sí mismo, sino cediendo a la incitación, por más ambigua que fuese, de hacer algo terminante. Sebastián vio una expresión preocupada en el semblante de su hermana y por un momento la visión cobró tal plasticidad, como si él estuviera en Roma delante de una estatua de la Antigüedad, perfecta como la vida misma o como aquella Venus elogiada por el Magister Gregorius. Entonces tuvo un sobresalto de terror, porque su difunta mujer apareció al lado de su hermana y las dos figuras empezaron a confundirse, quedando convertidas en una sola aparición de tristísimo aspecto. Sí, pensó mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Las penas son los clavos de la memoria y ni siquiera un hombre puede soportar el dolor psíquico más allá de cierta medida. Y se echó a llorar.

Una silueta imprecisa se acercaba. Pequeña y maciza, de cabello negro ondulado, el

cuerpo oculto bajo la blusa, los refajos ocultando las piernas. Sebastián hipó y dudó de su propia lucidez. ¿Para qué me envías esa imagen ahora?, discutió sin saber ni con quién o con qué. ¿Era necesaria esa burla, esa crueldad gratuita? Se cubrió la cara con ambas manos como si no quisiera ver. ¡Qué error!, pensó sin dejar de llorar, ¡qué error acudir a Ferrara! ¡Qué inmenso error!

Tenía los sentidos sobreexcitados y Juditha se dio cuenta. Colocándose a espaldas de él, hizo una seña al criado, que trajo una limonada fría. Juditha añadió al refresco unas gotas de un frasquito.

—Toma, esto apaciguará tu dolor —dijo con voz suave.

Sebastián apartó las manos, se irguió y aceptó la copa. No se atrevía a darse la vuelta. La bebida fresca lo rehízo y tranquilizó su pulso desbocado. La copa de barro tenía un tacto agradable, de cosa firme y positiva, y cuando Sebastián cargó un poco de su peso notó la fortaleza de la tierra bajo los pies. Así pues, no estoy soñando, se dijo, y no tengo más alucinaciones. Hizo ademán de ir a ponerse en pie, pero una mano se apoyó sobre su hombro por detrás, y le obligó a sentarse de nuevo en el banco de piedra.

—Ahora no hacen falta cortesías —susurró ella, al tiempo que despedía al criado con otro ademán.

—Perdonad mi torpe conducta, noble dama —balbució Sebastián—, pero mi alma está dolorida y mi mente llena de visiones confusas. Cuando aparecisteis me figuré que veía a una persona, a un ser querido para mí y muerto hace tiempo... Perdonadme también si mis palabras suenan enrevesadas como las de un loco. Era inocente y la quemaron. Yo estaba en Tierra Santa y no pude acudir a socorrerla. Mi hermana me llama. A ella también juré socorrerla. Pero viajaba en la dirección equivocada a causa de ese emperador a causa de Milán, a causa de Ferrara, a causa de..., ¡ya no lo sé! Mi destino se ha torcido y el azar me ha sido desfavorable.

—Lo que llamamos azar no es más que la necesidad cuando ha tomado un rodeo algo más largo —susurró la voz a espaldas de Sebastián—. Los caminos de la Providencia son inescrutables para nosotros los humanos.

La mano de ella seguía reposando tranquilamente en el hombro de Sebastián, que continuaba sin darse la vuelta, porque no se atrevía. Empezaba a invadirle un tremendo presentimiento. Sus ojos iban a llenarse de lágrimas otra vez; las contuvo, aunque no sin dificultad. Sentía necesidad de ver claro y se acordó de su halcón: mirada aguda, vuelo rectilíneo, captura de la presa en el instante exacto, nueva remontada del vuelo. La cabecita libre de distracciones, todos los sentidos dirigidos a la caza, guiados por el instinto natural. Así tendríamos que ser, se dijo Sebastián tratando de evocar la sensación.

—Sigue hablándome de esa mujer que murió quemada —suplicó la voz a su espalda.

Fue una invitación cariñosa, sin ningún acento perentorio. Sin embargo era un ruego que se hacía obedecer. Sebastián agradeció la oportunidad de olvidarse de sus

sentimientos y apaciguar el dolor renacido desahogando la pena oculta. Habló con laconismo y describió sus vicisitudes en pocas palabras. Eso ayudaba a contener el llanto. Fue como si hablase al vacío, puesto que seguía sin volverse. Ella dejó la mano inmóvil en su hombro, y el calor que irradiaba le sosegó. Pero tenía miedo de verle la cara, o sería que no deseaba enseñar el rostro lloroso, los ojos apenas despejados. Era un alivio poder contarle todo. La búsqueda se convertía en algo objetivo. La mujer amada, sujeto de la narración. La esperanza y el miedo dejaban de ser emociones para convertirse en las justificaciones de la busca. Así todo resultaba claro y sencillo. Cuando contó cómo había descrito Claudia la peca, no se sintió trastornado como entonces; fue como la explicación de un médico avezado. Lo que había sido destino vital devenía un mero acontecimiento. Concluida la narración, Sebastián se puso en pie, ya totalmente dueño de sus sentidos, y se volvió hacia su anfitriona para honrarla con la obligada reverencia cortesana que toda dama tenía derecho a exigir de un caballero en todo el orbe cristiano. Luego cayó desmayado al suelo.



La abadía benedictina de Saint-Papoul se alzaba en el silencioso valle del Limbe, lejos de cualquier camino real. El claustro era la encrucijada de todos los rumores de Occitania. Allí enviaban los dominicos a sus novicios, algunas veces, cuando no podían darles alojamiento en la superpoblada Tolosa. Fue allí donde vivió Guillaume su primer año de noviciado. Fue una existencia sencilla y feliz. Poco a poco iba olvidándose de que había sido soldado; en sus recuerdos de la cruzada pronto llegó a pesar más el significado bíblico de Palestina que la realidad de la batalla de Damietta. Aprendió que somos peregrinos en este mundo, y que los de su oficio estaban en él para servir y no para mandar. Lo cual le resultó fácil. No tenía más que recordar cómo salió de Venecia despedido por Sebastián Lemaitre sin paga ni agradecimiento alguno. Fue entonces cuando se dijo que nunca sería señor ni caballero, para no arriesgarse a incurrir jamás en injusticia semejante. Y aunque descubrió al principio los sinsabores de la vida monástica, como soportar la disciplina sin quejarse y mortificar los impulsos egoístas y los deseos del cuerpo, no tardó en acostumbrarse, y halló mucho antes de lo que había pensado y esperado la paz de espíritu y de cuerpo. Lo segundo le resultó algo más difícil, dada su juventud y que muchas mañanas despertaba con el sexo a punto de estallar, y no se apaciguaba tan fácilmente. De manera que a veces, y pese a los buenos propósitos de guardar la castidad, no podía por menos que aliviarse a sí mismo; otras veces esto sucedía durante la noche y sin participación activa de su voluntad. Por lo que decidió pedir consejo a un fraile anciano, quien le tranquilizó explicándole el fenómeno de la *ejaculatio nocturnis* y le dijo que no había pecado en estos movimientos involuntarios del cuerpo. Por fortuna la intensidad de las tentaciones disminuyó mucho gracias a los ayunos; la comida única de la *Quadragesima* obligaba a economizar las fuerzas.

Aunque todavía no era más que postulante, se sintió acogido en la comunidad de la orden como igual entre iguales; muy pronto se acostumbró a los horarios reglados y halló consuelo en la oración asidua, el comienzo del día con los tres salmos de la hora prima, los rezos de tercia, sexta y novena, la solemnidad de vísperas por la tarde. Y le conmovía especialmente la liturgia de vigilia, a medianoche, con los nueve salmos y la lectura de algún Padre de la Iglesia, que aumentaban su saber y le confortaban. La organización estable de la jornada facilitaba la *vita apostólica* que todos procuraban alcanzar en la abadía; con tantas oraciones, no resultaba difícil vivir como los apóstoles en la pobreza, la abstinencia y el ascetismo. La única comida del día, que tomaban en el refectorio a la hora de nona y en silencio, no fatigaba ni el cuerpo ni el espíritu, con lo que aún quedaba tiempo sobrado para el estudio de las escrituras.

El abad Severino introducía con prudencia a los novicios así en la vida monacal como en la doctrina eclesiástica. Guillaume, que como Sebastián había aprendido en Quéribus a leer y escribir, y también un poco de latín, se reveló como un buen discípulo. Sobre todo resultó muy dotado para entender el pensamiento de Aristóteles, sabio redescubierto en Occidente no hacía tantos años: el abad concibió esperanzas de que Guillaume llegase a ser, con el tiempo, una de las glorias del monasterio. Y cuando era cuestión de aplicar las leyes de la lógica a la vida corriente, a Guillaume le prestaba grandes servicios la experiencia cortesana y guerrera de sus aventuras pasadas. En todo Saint-Papoul no se hallaba a nadie más aficionado a las disputas filosóficas y sus sutilezas.

En cuanto a su fe, nada que objetar. Pero fue un episodio de fiebres violentas lo que encendió en su alma aquel ardor que más adelante le haría tan famoso como temido.

Sucedió hacia finales del verano. Él paseaba distraído por un campo lleno de espliego contiguo a la tapia del monasterio. Sin darse cuenta, pisó una serpiente y el reptil enfurecido le mordió en la pantorrilla. Guillaume apenas consiguió llegar por sus propias fuerzas al *dormitorium*, donde perdió los sentidos. Los frailes lavaron la herida y lo acostaron en una celda a oscuras. La fiebre sacudía su cuerpo y latía en su pierna como si le metiesen clavos al rojo. Ni los paños fríos ni las infusiones de hierbas lograban contrarrestar los estragos del veneno en su cuerpo, que se debilitaba a ojos vistas. Yacía privado de fuerzas, absorto; los monjes aprovecharon un momento de lucidez para administrarle los últimos sacramentos. La vida huía de aquel cuerpo, el corazón latía irregularmente. Respiraba con angustia y el final parecía cuestión de horas. Pero entonces su alma se rebeló contra la muerte y halló apoyo en Jesucristo, roca firme, y en san Pedro, que le contaba la visión de Jafa con las mismas palabras que utilizó el autor de Hechos de los Apóstoles en su capítulo décimo:

Mientras le preparaban de comer; tuvo un éxtasis: vio el cielo abierto y un objeto a modo de un gran lienzo, que colgado de las cuatro puntas descendía hacia la tierra; en él había toda clase de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Una voz le dijo: «Levántate, Pedro, mata y come».

Guillaume oyó la invitación, se incorporó y pidió comida y bebida. A partir de ese día empezó a recobrar rápidamente las fuerzas. Pocos días después entró en la iglesia antes de la hora de vísperas, y cuando estuvo cerca del altar le inundó una luz poderosa, que lo cegó y le obligó a cerrar los párpados. Pero fue en vano, porque la luz lo atravesaba todo y se apoderaba de su alma. Lleno de santo júbilo, se arrodilló delante del altar balbuciendo una y otra vez: «¡Dios mío!». Y poco antes de que entrasen los hermanos para la oración de víspera, alzó la voz y prometió en la soledad de la capilla:

—Aun cuando se agostaran todas las fuentes de la fe, yo jamás dudaré de ninguno de los misterios del cristianismo —y sintió su alma llena de un celo ardiente.

Por lo que redobló a partir de entonces su aplicación, y no tardó en superar a todos los de Saint-Papoul en sabiduría. Y como relucía en sus ojos el ardor de la fe, el abad Severino decidió enviarlo a Tolosa, al provincial de la Orden de santo Domingo, a fin de que éste decidiera si Guillaume estaba preparado para tomar los votos y para su consagración.

El ejército francés todavía estaba a las puertas de Aviñón cuando llegó Guillaume a Tolosa y se presentó a su provincial. La ciudad se mostraba Orgullosa y sin temor a monjes emprendedores. Todas las esquinas apestaban a pecado y a herejía y visto aquel espectáculo, Guillaume comprendió por qué Domingo había predicado con tanto celo en aquella Babel, según sabía por la crónica de Ambrosio. En efecto, aquella ciudad necesitaba predicadores celosos: ¿qué gentes eran aquellas, que desdeñaban incluso el ejemplo de un verdadero santo? Allí era cuestión de erradicar la impiedad para que algún día toda Tolosa fuese un monumento al gran Domingo; tal era la convicción de Guillaume, y se formó el propósito de luchar por esa causa dondequiera que fuese, de convertirse en una poderosa espada de la única Iglesia verdadera. Esa disposición demostró también durante el interrogatorio por su superior, sin que faltaran a su discurso ni citas bíblicas, ni las armas retóricas del arsenal aristotélico.

—Advierto en ti magníficas cualidades —dijo al fin el provincial—. En especial, la perfección del razonamiento en la averiguación de la verdad. Que esa razón sea la guía de todas tus acciones, a la que se subordinará toda concupiscencia. Entonces nuestra orden se habrá enriquecido con tu aportación.

La sentencia fue definitiva. Guillaume estaba admitido en la orden de predicadores y se determinó que después de profesar sería enviado a estudiar Teología. En la misma semana en que falleció el rey Luis VIII de súbita enfermedad, el hermano Serenus, como iba a llamarse en adelante, emprendía el viaje a Paris.



Una larga procesión acompañó al sarcófago; toda Ferrara lloraba la muerte de Beatriz d'Este. No se recordaba otra grande de la nobleza que hubiese beneficiado tanto a la ciudad. Nadie sospechaba todavía lo cercana que estaba la toma del poder por la familia D'Este, pero sí que la desaparición de la gran dama y fundadora de la dinastía marcaba una nueva época para Ferrara. Después del cortejo de parientes desfilaron Juditha y Sebastián para rendir los últimos honores a la protectora de Juditha. Le falló el corazón y no se pudo hacer nada. Cuando acudió Juditha le cerró los ojos a la difunta y le susurró al oído una palabra de gratitud. Cumplida la promesa, ahora Juditha quedaba libre, y aunque sentía pena sincera por la anciana aristócrata, la despedida no apesadumbró su corazón. Por fin podía ceder a las instancias de Sebastián y acompañarlo a Occitania. El palacio de Juditha interesaba a Ernesto d'Este, el segundón de la familia, que estaba dispuesto a pagar una sustanciosa suma para rescatar aquella propiedad regalada por su madre. Juditha pensaba que sería suficiente para comprar una finca respetable en el país de Sebastián.

—No hará falta que sigas siendo un *faidit* —le dijo Juditha al oído.

Que su caballero fuese un propietario aposentado, y así ella estaría Orgullosa de él.

Llevaba viviendo con ella en el *palazzo* casi dos años, y se había convertido en un caballero apreciado en toda Ferrara y alrededores, hasta Padua y Bolonia. Después de su desmayo no tardó en recuperarse. Los criados de Juditha lo tendieron sobre el banco de piedra y ella le prodigó sus cuidados, y palabras de consuelo cuando volvió en sí. Le costó bastante tiempo a Sebastián hacerse a la idea de aquel reencuentro extraordinario; a veces dudaba de la realidad de su propia vida, o creía estar volviéndose loco. Con mucha paciencia, poco a poco, Juditha fue devolviéndole a la realidad, y él supo distinguir la triquiñuela del destino, la túnica empapada en sangre de cordero..., sólo que en su caso los culpables no habían sido unos hermanos envidiosos como los de José, sino las propias negligencias de Sebastián. Pronto echó de ver los errores que contenían sus averiguaciones de entonces, que se había fijado poco en la exactitud de las descripciones que otras personas le daban de Juditha, o mejor dicho, de quien creyó ser Juditha. Había sido un imprudente al dar crédito a los indicios y omitir las preguntas críticas que hubieran sido del caso. Al menos debió tomarse en serio sus propias dudas; insincero consigo mismo, no se le ocurrió sopesar si era probable que Juditha hubiese tomado el camino que le describía Claudia. Y para remate, ¡qué vergüenza!, lo del lunar. Según la descripción de Claudia estaba en la mejilla, a dos pulgadas de la aleta izquierda de la nariz. Pero en realidad lo tenía a dos dedos de la comisura derecha de la boca, es decir, al lado opuesto y más abajo que el que se describía para la persona de Marietta.

Así privado de poder creer en la resurrección de una difunta, después de una contenida demostración de alegría por el «retorno» y por conocer a su hija Sofía,

cayó en una depresión que se prolongó varias semanas. Ahora, mientras vivía en casa de Juditha y observaba los juegos de la niña en el patio interior, le embargaba de nuevo la pena por Lucrecia y por la pérdida de la familia. Sobre todo, por la de su hijo Francesco, cuya tutela le había arrebatado el consejo de familia de los Ganzague. Aunque bien mirado, ¿de qué le habría servido en la cruzada una criatura de corta edad? Es curioso, pensó Sebastián, dándose cuenta de que no le guardaba ningún rencor a don Luigi. Sería un buen padre para aquel chico. Poco a poco el dolor se convirtió en una tristeza más honda pero llevadera, señal de que se había despedido definitivamente de lo perdido. Y así se despejó el espíritu de Sebastián y encontró la paz en su ánimo. Juditha se atrevió a sonreír. Lo rodeaba de atenciones, e iba creando alrededor de él un ambiente de jovialidad. Ella personificaba la vida, que le llamaba. Así que no huyó a los montes, no pasó noches en vela arrodillado delante de una imagen santa, ni colgó sus armas de un clavo, ni se retiró a una cueva para hacer penitencia y vivir un año entero como un ermitaño. La tristeza fue bajando como cuando baja el agua de una crecida; el caballero volvió en sí poco a poco y el hombre descubrió a la mujer. Fue un descubrimiento apacible, casi tímido y como si nunca antes hubieran estado juntos. En el primer abrazo íntimo le invadió de nuevo el dolor por la pérdida y por la confusión de su vida, por los años perdidos. Pero la ternura de Juditha consiguió superar incluso este mal paso y volvieron a unirse, aunque la fogosidad y la impaciencia de otros tiempos asomaban pocas veces y además lo dificultaba, en la vida cotidiana, la presencia de Sofía.

Pronto confesó Juditha que aquella vez en la playa, detrás de la roca, había obrado adrede con intención de concebir, y Sebastián reconoció en Sofía a la hija del amor y de la despedida. A sus ocho años de edad era una niña seria y sensata. Acompañaba a su madre cuando ésta salía a coger hierbas, y aprendió la teoría de los humores corporales con una disposición impropia de su edad, como si estuviese a punto de examinarse ante un *physicus*. Con la misma entrega escuchaba a Sebastián, sentada durante horas, mientras él le contaba sus recuerdos de Tierra Santa. Se sentía privilegiada por tener un padre y más aún, uno que tenía tiempo para ella, lo cual no era corriente en las familias nobles de la época. Los padres se olvidaban hasta de sus hijos varones mientras fuesen pequeños; durante la *infamia* las criaturas pertenecían a las madres y a las niñeras. En cambio Sofía, como hija de una curandera y no aristócrata, había entrado en las casas de muchas familias burguesas de Ferrara y había visto allí que el padre y la madre sí se ocupaban de sus pequeños. Tal vez había establecido comparaciones y por eso la alegraba tanto la presencia del padre. Sebastián no caía en la cuenta de estas cosas, pero fue notando que se aficionaba cada vez más a la niña cuando ésta le miraba con sus enormes ojos verdes mientras él contaba cosas de Damietta o de San Juan de Acre. Cuando regresaba de las clases de latín, a las que asistía con los hijos de los D'Este y otras familias nobles, obligaba a su padre a sentarse con ella para sus ejercicios de lectura y escritura. En ocasiones sacaba la pizarra y dibujaba expresamente para él una flor con tizas de colores. Y eso

lo conmovía como nunca le había ocurrido con Francesco. Al pensarlo, a veces se entristecía y otras veces se juzgaba afortunado en el presente. Por lo cual dedicaba a la niña muchas horas que a lo mejor habría preferido pasar en compañía de Juditha. Pero tampoco en esto quiso profundizar demasiado Sebastián, sino que se entregaba a la satisfacción del instante. Aunque no había transcurrido un año estaban ya hechos una verdadera familia y Sebastián consideró que lo más oportuno sería formalizar la relación y casarse. La boda se celebró con discreción en la capilla de San Martín. Pocos días más tarde, Sebastián salió con otros caballeros de Ferrara para asistir al torneo y volvió a ganar un halcón. Fue como si hubiese mandado redorar sus blasones: toda la nobleza de la ciudad le recibió con muestras de respeto.

El cortejo fúnebre llegó a la catedral con sus tres agujas que dominaban la fastuosa fachada. Los benedictinos reunidos en el coro se pusieron en pie y entonaron un himno fúnebre. Con paso medido el féretro fue llevado hasta el altar, donde quedó de cuerpo presente. Los deudos pasaron a ocupar sus lugares en las filas de bancos, incluso Juditha y Sebastián, que se sentaron en un puesto de honor, inmediatamente detrás de los D'Este.

Persuadido de haber recobrado su honra de caballero, Sebastián llegó a sentirse cómodo en el *palazzo* de Juditha, y fue olvidando sus últimos escrúpulos en cuanto a no participar en la cruzada del emperador Federico II. Tanto más, por cuanto Ferrara, como miembro de la Liga lombarda, no tenía ningún interés en proporcionar más hombres armados que los estrictamente necesarios. La victoria del emperador en Damietta sirvió para tranquilizar del todo la conciencia de Sebastián. Y sin duda se habría quedado en la llanura del Po para el resto de sus días, si no fuese porque se le repetía, a intervalos regulares, el recuerdo de lo prometido a su hermana: que escucharía la llamada de la sangre y acudiría a socorrerla. Imposible desdeñar aquella promesa hecha hacía tantos años. Por eso le había rogado muchas veces a su esposa que se desdijera de lo prometido para marcharse ambos de Ferrara; pero ella siempre le había contestado que las dispensas sólo las otorga el sumo pontífice y que ella pensaba mantener la palabra empeñada.

Ahora miles de voces llenaban la catedral. El solemne coral hacía retemblar las paredes. La melodía invadió el corazón de Sebastián y removió sus sentimientos como un arado abre surcos en la tierra. Penetrado de aquella embriaguez fervorosa, Sebastián vio ante sí toda su vida como si Dios en persona se la hubiese presentado en un espejo. Supo entonces, con más claridad que nunca, que Isabel lo necesitaba, y hasta tuvo la sensación de que alguien pronunciaba en voz alta su nombre. En coincidencia con las últimas notas del coral exclamó un «sí» fuerte y claro.

La enajenación del *palazzo* quedó resuelta en cuestión de pocas semanas y el precio que pagó por él Enrico d'Este fue verdaderamente señorial. Muchas bolsas repletas de florines de oro iba a tener que cargar la bestia de transporte. Además del dinero

llevaban, como únicos enseres, la alacena portátil y la cesta que servían para las hierbas medicinales, junto con algunos instrumentos del oficio que Juditha no quiso abandonar. Por último, salieron con tres cabalgaduras y dos acémilas por la puerta situada más a poniente y se alejaron sin volver la cabeza. El mes de octubre les regalaba con los últimos días soleados del veranillo, y no cayeron sobre ellos las primeras lluvias otoñales hasta que pasaron cerca de Marsella, ya a punto de entrar en las tierras de la Provenza. Sin ser nada extraordinario como suceso, para un occitano aquel mal tiempo era augurio desfavorable aquel año.

Los franceses dominaban toda la Provenza y grandes extensiones del Carcassés, pero Sebastián pudo cruzar con su familia sin ser molestados tomando la *Via Tolosana*. Cuanto más se acercaban a la región del Aude más se notaban los estragos. Los cruzados del joven rey Luis IX practicaban sistemáticamente la táctica de tierra quemada. Sobre los hechos acontecidos en los alrededores de Tolosa escribió el cronista Guillaume de Puylaurens: «Al despuntar la primera claridad los cruzados oyeron misa, tomaron un parco refrigerio y se pusieron en marcha, precedidos por la vanguardia de arqueros. La destrucción comenzó con los viñedos más cercanos a la ciudad, a la hora en que los vecinos justamente despertaban. Luego se retiraron en dirección a su campamento, seguidos por las tropas de choque, y por el camino iban arrasándolo todo. Día tras día procedieron de esta manera, durante unos tres meses, hasta que no quedó nada más que desolación». En efecto era una lástima y más de una vez Sebastián notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, que sabían amargas al paladar. Y esa amargura se convirtió en cólera, cólera contra los invasores del norte, cólera contra aquellos destructores que decían proceder en nombre de Jesucristo. No obstante, la cólera se le pasó al cabo de un rato, cuando entraron en el valle del Agly y vieron que el Fenouillèdes no había padecido la destrucción. El corazón de Sebastián latió con más fuerza cuando divisaron Quéribus y conforme emprendían la ascensión hacia la empinada fortaleza. Ahí estaba el prado mágico lleno de aromas seductores, desde donde el castillo tomaba un aspecto casi fantasmagórico. Y allí Isabel, plantada delante de Sebastián y llena de juventud, como si no hubieran pasado once años. Sebastián tiró bruscamente de las riendas de su caballo. ¡Había sido tan vivida aquella visión! Sebastián respiró hondo y luego continuó con su caballo ladera arriba y hacia la escalera excavada en la roca. El centinela saludó con no excesivo respeto; reclutado en el pueblo hacía apenas un año, los antiguos nombres no le decían nada, ni conocía a ningún Lemaitre. De manera que tuvieron que atender ellos mismos a sus caballos en el establo, antes de subir a la fortaleza principal. Baldovinos salió a recibirlos delante del *donjon*. El *jongleur* tenía el cabello canoso y le faltaba algún que otro diente, pero reconoció enseguida a Sebastián y se le escapó una exclamación de júbilo:

—¡Ahí regresa de Jerusalén el hijo que creíamos perdido!

A lo que siguió un torrente incontenible de palabras, con el relato de todas las cosas sucedidas durante los años transcurridos. Sebastián se sonrió. Como siempre, el

desordenado discurso era como el caudal de la fuente mágica de Fontestorbes. Se podía seguir el hilo un rato, pero finalmente desembocaba en una catarata de palabras sin sentido. Incluso Juditha, que apenas entendía el occitano, se daba cuenta y miraba divertida al trovador. Por desgracia, de lo que dijo Baldovinos se desprendía que el viejo bardo era la única persona conocida sobreviviente en Quéribus. Fallecido Bertrán hacía algunos años, y víctimas también sus hijos de una enfermedad de la sangre, quedó señor del castillo un sobrino, de una rama colateral de los de Quéribus a quienes Sebastián no conocía. También se enteró Sebastián de la muerte de sus padres y supo que Isabel había abandonado el castillo hacía diez años, para no regresar nunca. Más no supo contarles Baldovinos.

Sebastián y su familia decidieron pernoctar una sola noche en Quéribus para continuar luego hacia Tolosa. De esta manera regresaron a las comarcas assoladas por los franceses y tuvieron nueva ocasión de encolerizarse. La llegada a Tolosa no lo remedió, porque en el ínterin Ramón VII se había avenido a negociar con la reina madre y regente Blanca de Castilla, humillando el amor propio de los tolosanos. Se decía que iban a ser arrasadas las murallas de la ciudad. No obstante, aún sobrevivía la solidaridad de los occitanos y cuando Sebastián emprendió averiguaciones sobre el paradero de su hermana fue recibido en todas partes con cordialidad. Una familia de vinateros le suministró las primeras pistas y Madeleine Leclerc, la esposa del maestro armero, que había sido amiga de Isabel, le contó lo de la defensa de la ciudad y el tiro de honda y todo lo demás, hasta la muerte de Bernard y la desesperación de Isabel. Pero esa pista terminaba cuando ella abandonó la ciudad, aunque Madeleine dijo estar convencida de que Isabel se había unido a los *bonshommes* de Montségur. El día siguiente le dijeron lo mismo a Sebastián varios informadores, de manera que se puso en camino hacia allá con Juditha y Sofía. Faltaban pocas fechas para las Navidades de 1228.



Ella casi desesperaba ya de que se cumpliera su deseo. Interiormente guardaba luto por el hermano desaparecido. Era más fácil renunciar al mundo cuando no quedaba en éste nada ni nadie que la retuviera. Si Sebastián ya no vivía, entonces sólo le quedaba el *Cognoscere causas*. Desde la muerte de Felipe se había enfrascado por completo en las escrituras en busca de respuestas a los misterios que seguían sin resolver: el de la creación del mundo y el de la unidad del cuerpo, el alma y el espíritu. El interés de Isabel se centraba cada vez más en el problema de la redención, y buscaba en todos los libros a su alcance alguna indicación sobre cómo el alma, si no lograba enlazar con sus raíces en el primer tránsito, entraba de nuevo en la circulación de la vida terrenal. Planteábase también la cuestión de si el número de almas era limitado o ilimitado, y si tenían alma otras criaturas además de las humanas. Otros *perfectos* se habían planteado esa misma pregunta: si el alma podía pasar por un cuerpo animal en el decurso de la transmigración. ¿Estaría vinculada a

los de sangre caliente, o podía habitar incluso un escarabajo o una mosca? En cuyo caso, ¿no era necesario desplegar la mayor atención para no infligir daño a ningún ser vivo? Por ejemplo, barriendo con una escobilla el camino que se iba a pisar, para no aplastar ninguna bestezuela. Mientras existiera este mundo, el espíritu tendría que dar testimonio del espíritu y el cuerpo del cuerpo; únicamente los *elegidos* escaparían de la rueda eterna para alzar el vuelo hacia el Dios de luz. En cuanto a los que no hubiesen alcanzado el grado de perfección, sus almas tendrían que volver a la peregrinación. De ser cierto esto, no sería posible juzgar a nadie sin tomar en cuenta sus tránsitos anteriores; las buenas acciones sin duda tendrían su efecto en cuanto a la reencarnación, y lo mismo las malas. De modo que cuando un alma no hiciese penitencia bastante en su vida actual, lo intentaría de nuevo en la siguiente, ya que el ángel caído no puede darse nunca por definitivamente condenado, ¿o tal vez sí? ¿Por qué las pobres almas tienen que renacer constantemente en otros cuerpos? ¿Será cierto que cuando se libran del cuerpo difunto las esperan unos demonios del aire que las atormentan, y por ese motivo se apresuran a retornar ocupando el primer cuerpo disponible que nazca? Preguntas y más preguntas a las que Isabel trataba de responder y en respondiendo escribía y escribía hasta llagarse los dedos.

Hasta el día que Raimunda, una *croyante* asistente de Isabel, llamó con los nudillos a la puerta del escritorio.

—Mira que está aquí tu hermano —anunció.

—Luego es verdad que mis palabras de despedida han sido como un clavo fijo en su memoria —susurró la *perfecta*.

Sonriendo salió del escritorio al encuentro de Sebastián, pero ambos se detuvieron a unos tres pies de distancia el uno del otro, y se miraron con atención. De las profundidades de sus almas les brotaba la sensación de ser de la misma carne y la misma sangre, como entonces, como el día de la despedida. Pero ella notaba también la distancia que hubo entonces y seguía existiendo entre ambos. Sin embargo, su corazón latía acelerado de júbilo y tuvo que contenerse para no volar a los brazos de su hermano. Porque una *perfecta* no podía tocar a ningún hombre; la reserva era difícil, pero necesaria. De modo que ni siquiera le dio la mano, sino que se limitó a sonreír. Él lo comprendió. A decir verdad, pensó Isabel, siempre me ha comprendido.

—Bienvenido al templo de la luz, hermano mío. Me alegro de verte.

—También yo —replicó Sebastián, sin apartar los ojos de su hermana.

Estaba flaca y tenía los ojos hundidos. Deseaba abrazarla, pero el hábito monjil le retuvo. Ella notó su indecisión y le preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Viene contigo tu familia?

—Sí —contestó Sebastián, y volviéndose hizo una seña a su mujer y su hija para que se acercaran.

Isabel y Juditha se saludaron con un abrazo. Se agradaron mutuamente a primera vista y Sebastián, que lo observó, se alegró en su fuero interno.

Los perros del señor

Sotana y escapulario de lana blanca, lucía con orgullo el hábito de los dominicos bajo la capa negra y abierta mientras caminaba por el dédalo de callejuelas de la Cité. Disfrutaba del respeto que le granjeaba aquel atuendo monacal, y se sentía imbuido de una misión. Dios eligió a santo Domingo y a sus seguidores para la predicación contra los herejes; y el mismo Dios le había señalado a él, Serenus de Quéribus, su camino hasta ingresar en la orden de predicadores. Ésa era la guía, y el neófito la seguía sin apartarse un dedo, y lleno de celo ardiente. Ponía los cinco sentidos en todo, las lecciones, los ejercicios, las disquisiciones. Ahí se demostró la utilidad de los estudios con el abad Severino, y cuando se trataba de argumentar a la manera de Aristóteles ni siquiera el *magister* podía competir con el hermano Serenus. El arte de la mayéutica era de las más apreciadas en París y demás centros por el estilo. Estallaban con frecuencia grandes discusiones entre maestros y alumnos acerca de cómo recomienda Aristóteles que se conduzca la inducción mediante las *Quaestiones* orientadas al pro y al contra de cada asunto. Con la tesis y la antítesis, Dios mediante, se alcanzaría la síntesis para mayor gloria del Señor. Éste era el credo que pregonaba Serenus, y conquistaba para su opinión a muchos oyentes con la brillantez de sus razonamientos y la profundidad y precisión de sus distingos. No tardó en ser recibido como oyente en las clases de los más famosos profesores, y mucho le habría agradado a Serenus conocer al *Doctor universalis*, el más grande de los seguidores de Aristóteles vivos, y poder escuchar directamente de labios del gran Alberto la interpretación de los razonamientos del filósofo griego; pero por desgracia el alemán no enseñaba en París. Sin embargo, su *magister* Pelhisson tampoco ignoraba que, para Alberto Magno, el pensamiento de Aristóteles era *regula veritatis*, «la regla de la verdad», en la que «la naturaleza ha alcanzado la máxima perfección del espíritu humano». Y no era éste el único aspecto en que Pelhisson se mostraba buen conocedor del recto camino. Su veneración por Aristóteles y por el raciocinio claro era casi tan grande como la del mismo Alberto, y por otra parte, sus profundos conocimientos jurídicos, porque en realidad Pelhisson era *magister* del Derecho, hacían de él un extraordinario debelador de las herejías. La manera de pensar de

Serenus se acercaba cada vez más a la de este su maestro preferido. Y cada vez tenía más olvidado el pasado, sus tiempos de escudero cuando se llamaba Guillaume de Quéribus; si por casualidad se le ocurría volver a ellos, enseguida acudía al recuerdo aquel ingrato de Sebastián, al que había salvado la vida en Damietta con ayuda del curandero árabe y que, sin embargo, a la hora de la despedida sólo pensó en su propia lujuria y le dejó abandonado a él, su fiel escudero, sin paga y sin una sola palabra de gratitud. Otras veces se acordaba de Bertrán de Quéribus y despreciaba la indecisión de su antiguo señor y su incapacidad para pronunciarse sobre la fe verdadera. Aquellas gentes siempre lo habían tratado como a escudero apenas mejor que un criado, incluso cuando él era un valiente guerrero capaz de tomar parte en cualquier batalla. No permitieron que rompiera lanzas contra los toscanos, ni contaron con él para el asalto a la torre portuaria de Damietta. Siempre lo relegaban a los servicios de auxiliar, despreciando incluso sus buenos consejos, como en aquella ocasión del encuentro frente a Pisa, cuando Sebastián desoyó sus palabras con un simple ademán, como quien se espanta un moscardón molesto. Y si él no hubiese actuado por su cuenta desmontando a tiempo las tiendas de campaña, habrían tenido que escapar de allí abandonando todas sus pertenencias. Y esto tampoco se le agradeció. De manera que ahora ya no esperaba ninguna gratitud de los señores de este mundo, sino que estaba consagrado al servicio de Dios, y había encontrado en el *magister* Pelhisson a su verdadero señor y maestro.

París era una ciudad activa cuyo encanto cautivaba cada día más a Serenus. El laberinto de callejas en el meandro del Sena. Sus casas de piedra de hasta cuatro pisos de alzada que, alineadas monótonamente la una al lado de la otra, formaban como unos desfiladeros estrechos no muy diferentes de los de las montañas del Aude. Pero cuánto hervidero, cuántas aglomeraciones, qué de voces y gritos, hasta que parecía imposible seguir avanzando un paso más. Y por el contrario, cuán espaciosa la plaza frente a Notre-Dame y cómo destacaba la poderosa fachada empequeñeciendo las viviendas contiguas. Sobre tres grandes portales se elevaba la galería de los reyes, terminada hacía pocos años, y en ella un balcón sobre cuyo centro campeaba a su vez el gran rosetón, símbolo de los cielos. En los portales derecho e izquierdo se abrían hojas dobles que daban paso al gentío, y sobre ellas los andamios inmensos llenos de diligentes obreros, que vistos desde abajo parecían hormigas corriendo de un lado para otro, alzando sillares por medio de poleas para llevarlos luego hacia los lugares en donde estaba progresando la construcción de las dos torres. Más de una generación había transcurrido desde que derribaron las iglesias antiguas, pero ahora empezaba a verse ya la figura de la nueva catedral y se intuía su majestuoso aspecto cuando estuviese terminada. Todas las veces que la veía, Serenus se asombraba al comprobar la inmensidad de la obra. Antes de dirigir su atención al detalle, por ejemplo, al portal principal rico en enseñanzas, era menester hartarse de contemplarla en su totalidad.

Sólo entonces veía a Jesucristo entronizado entre dos ángeles y a María con Juan el Bautista en actitud de suplicantes. Era que se estaba juzgando a los muertos, resucitados a sus pies y destinados a ser repartidos los buenos a un lado y los malos al otro. El arcángel Michel custodiaba la balanza de las ánimas y asignaba a cada una su lugar: los bienaventurados a la derecha, los condenados precipitándose cabeza abajo hacia la izquierda, donde les aguardaban los abismos infernales. Ahí salían sapos de la boca de los falsos profetas, ahí los monstruos que comían y escupían fuego, y los diablos lujuriosos. Así el cantero iba exponiendo el destino de los réprobos a ojos de todos los que no quisieran escuchar la palabra de los predicadores.

Obra justa, emprendida en provecho de los buenos católicos y patrocinada por un rey auténticamente piadoso, pensaba Serenus. Dios mediante, y teniendo en cuenta la juventud del rey Luis IX, éste llegaría a culminar la obra, así como los servicios prestados a la fe. Porque ahora, al fin y después de larga lucha, parecía que iba a ganarse la guerra contra la herejía de los *buenos cristianos* en Occitania. Hacía pocos días habían llegado a la capital las noticias procedentes de Meaux, según las cuales el conde de Tolosa acababa de firmar la paz. La Provenza quedaba en manos del rey y lo mismo el Carcassés, el Albigeois y el Razès. Además, Ramón VII se comprometía a derribar varias fortalezas y las murallas de Tolosa, así como a expulsar de su país a los herejes. Todo esto y muchas cosas más tendría que corroborar y garantizar el insumiso conde antes de la Pascua y en el mismo Paris, insistían los rumores, a fin de ser admitido nuevamente en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Y así ocurrió en efecto. El Jueves Santo *anno Domini* 1229 los fámulos del obispado condujeron al conde de Tolosa por entre una densa masa de espectadores hasta llegar a la plaza frente al portal mayor de Notre-Dame. Ramón VII iba vestido de saco y descalzo como el más humilde pecador. A un lado de la plaza habían levantado una tribuna, como si fuese a celebrarse un torneo, y se veía en ella al rey Luis, menudo pero despierto como un águila, rodeado de todos los grandes de Francia. Entronizada a su derecha y revestida de un manto de púrpura, la Orgullosa regente Blanca de Castilla. Habiendo conseguido un puesto cerca de ese estrado, Serenus apretó los puños hasta ponérsele blancos los nudillos mientras Ramón se arrodillaba frente al portal del templo. El gran pecador, que había tolerado el vicio y la herejía en Tolosa y en toda Occitania, haciendo justa penitencia a la vista de todo el mundo. Arrodillado, confesó en voz alta sus errores, tal como se le había ordenado. Hecho esto, el legado papal revestido de hábito negro se acercó esgrimiendo el azote. El pueblo congregado prorrumpió en una exclamación de júbilo y los gritos llenaron el aire cuando las espaldas condales recibieron el primer zurriagazo. Hasta siete azotes se le administraron, tal como el Señor enviará las siete plagas cuando se cumplan las postrimerías. Después de lo cual Ramón fue autorizado a levantarse y comparecer ante el rey y la regente. En la plaza se hizo un gran silencio. Un trompetero dio el toque de atención. Ramón levantó la mano derecha disponiéndose a jurar, y juró sobre los Evangelios eterna obediencia al Papa. A continuación, recitó y

juró los pactos del tratado de Meaux. La regente recibió el acto de sumisión con una inclinación de cabeza apenas perceptible. Después de lo cual le devolvieron al conde su capa y sus botas. Una escolta de doce nobles se acercó con paso solemne y se llevó a Ramón por entre las dos filas de la muchedumbre hacia la otra orilla del Sena, a la ciudadela real.

Mientras Ramón quedaba retenido en el Louvre a manera de rehén, no fuese a incumplir alguna cláusula del tratado, Serenus reanudó sus estudios. Su maestro Pelhisson lo eligió enseguida para los trabajos preliminares para la fundación de la proyectada universidad de los dominicos en Tolosa. En efecto, el tratado de paz firmado por Ramón preveía, entre otros muchos puntos, que el conde pagaría de su bolsillo una nueva facultad teológica, destinada a ser un centro de saber y de fe para provecho y edificación de los tolosanos. Tras breve reflexión el legado papal había encargado tal misión a los dominicos, en primer lugar, porque el predicador Pierre Sellan había participado personalmente en las negociaciones de Meaux, y en segundo lugar porque no existía otra orden que fuese una espada contra la herejía tan afilada como la recién constituida de los dominicos. Además estos frailes predicadores daban ejemplo de vida frugal conforme al voto de pobreza, lo que privaba a los *bonshommes* de su mejor argumento, consistente en fustigar los lujos del clero. Ellos, llenos de celo, procuraban crecer en sabiduría y ciencia, a fin de poder señalar los errores de los infieles. Cada uno de los seguidores de santo Domingo conocía su camino, y lo mismo Serenus, cualidad que Pelhisson apreciaba en él. Por eso, cuando el *magister* fue destinado a Tolosa poco después de la firma del tratado, le dijo a guisa de despedida:

—Tú conoces a los del sur y hablas su idioma. Eres el más indicado para llevar la buena nueva de la fe verdadera a aquellas gentes, y conviene que me ayudes a prepararlo todo —y le encomendó que procurase encaminarse a Tolosa tan pronto como le fuese posible.

Pero antes era menester que Serenus perfeccionase sus conocimientos teológicos y escalase el grado de maestría en el arte de la discusión según Aristóteles. Fue un caso de suerte en que se produjo durante las lecciones de retórica, pues coincidió con uno de los *buenos cristianos*, oriundo de Lombardía, que propugnaba una forma atenuada de la herejía e intentaba delimitarla y defenderla frente a los dogmas de Roma. Al principio Serenus no supo distinguir al heresiarca Lorenzo, creyendo que el lombardo no era más que un campesino un poco duro de mollera. Sucedió, pues, que en cierta ocasión comentaron aquel pasaje del Apocalipsis de san Juan que dice: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar ya no existía». El lombardo se empeñó en que esto significaba una creación totalmente nueva del Paraíso celestial y que el mundo actual quedaría totalmente descartado. Lo cual rebatió Serenus reiteradamente, aconsejándole que

leyera el versículo que venía a continuación: «Y vi a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo del lado de Dios», lo cual difícilmente pudiera ocurrir si hubiese dejado de existir el cielo. Entonces Lorenzo, descubriéndose cada vez más, explicó a su manera la historia de la Creación y por último atribuyó a Satán la del mundo material, con todo lo que contiene. No hizo falta más para saber de qué pie calzaba. El indignado Serenus quiso acudir al rector para denunciar al hereje, pero en la cancillería pusieron en su conocimiento que no era nada raro que personas de otras creencias estudiaran en París. Que precisamente las ciudades de reciente prosperidad como las del norte de Italia, Milán, Brescia, Mantua y las demás, habían enviado muchos *baccalauri* en los últimos quince años y que buena parte de éstos eran más o menos *maniqueos*. Pero eso no hacía al caso; la Universidad de París sólo se debía a la ciencia y toleraba a todo el que observase el estatuto escolar, como habían hecho indudablemente aquellos dualistas. Serenus no quedó convencido pero su indignación se calmó poco a poco hasta que comprendió las ventajas de aquella tolerancia: escuchando los errores de Lorenzo podría poner a prueba los argumentos más idóneos para refutarlos. Y gracias a esa práctica, además de hacerse muy fuerte en la discusión teológica, aprendió muchas cosas confidenciales acerca de los cátaros. Aún no sospechaba él que muy pronto iban a serle útiles tales conocimientos. De momento se conformaba con inquietar a Lorenzo. Este, que tenía mejor cabeza de lo que parecía al principio, estaba cada vez más inseguro porque no comprendía cómo Dios creó a Satanás a pesar de saber (puesto que Dios lo sabe todo) que éste acabaría por rebelarse. Y no sólo lo permitió, sino que además le ofreció la oportunidad de crear el mundo. En cambio, Serenus proponía una explicación que —eludiendo el malicioso planteamiento de Lactancio— interpretaba la presencia del mal en el mundo, pese a ser éste creación de Dios. Como solía repetirle a su contradictor, si el mal estuviese completamente excluido de la realidad no sería posible apreciar el bien.

—No estaba en los designios de la Providencia divina el excluir totalmente de la realidad lo malo —remachaba Serenus—. Dios quiere que el mal se manifieste a fin de producir el bien.

—Le habría bastado a Dios con la creación de lo bueno, ¿no estaría así mejor ordenada la Creación? —replicaba el desesperado Lorenzo—. Quiero decir, mejor que tratando de corregir la ordenación en vida para que finalmente el bien prevalezca.

—Nadie sería capaz de percibir el bien como lo bueno —le contrarreplicaba Serenus, sonriendo— si no se pudiese contemplar al mismo tiempo el mal. De manera que si Dios no consintiera el mal, se perdería mucha parte de lo bueno.

—Pero la perfección..., la perfección puede conocerse a sí misma, si es que el Dios creador es perfecto.

—El mismo Dios en cuanto omnisciente y omnipotente sí conoce el bien en sí mismo y por eso no puede sino crear lo bueno; pues es cierto que el bien puede existir sin el mal, pero que lo malo no tiene existencia sin lo bueno. Pero lo malo fue hecho para el hombre, para ponerlo al servicio del bien. Al hombre sólo se le revela la

perfección si puede verla.

—Yo no la veo por ningún lado.

—No hace falta que la veas; lo que cuenta es que puedas verla. La posibilidad es la esencia de la Creación, no la consumación.

—Ésa es una respuesta oscura.

—Lo oscuro —no sería Serenus quien quedase deudor de una réplica— es la criatura en cuanto proviene de la nada. Pero si ha tenido su origen en Dios, participa de su imagen... y comparte la posibilidad de ver.

—Si Dios pudo quitar lo malo del mundo y no quiere, eso es maldad que se contradice con su naturaleza —insistió Lorenzo, citando ahora textualmente a Lactancio, pero su voz tenía ya un acento fatigado y se veía que no le faltaba mucho para ceder.

—No cabe la maldad en la sabiduría omnisciente de Dios —contestó Serenus con paciencia, y como abriendo ya los brazos a la oveja extraviada—. Pues incluso las malas acciones son buenas y son de Dios, si nos fijamos en qué consiste su razón de ser.

Todavía hubo más discusiones y agudas argumentaciones de uno y otro lado, pero cada vez Lorenzo veía con más claridad que estaba en un error. Antes de que transcurrieran los dos años que Serenus pasó en París esperando ser llamado a Tolosa para auxiliar al *magister* Pelhisson en su lucha contra los *bonshommes* occitanos, el lombardo había abjurado la herejía abrazando la fe verdadera, y poco después se hizo dominico.



En la parte oriental del *pog*, por la salida de Gorges-de-la-Frau, Sebastián compró una granja fortificada conocida por el nombre tal vez algo grandilocuente de Château d'Embeyre. El *donjon* rodeado de dos anillos de empalizadas estaba semioculto en un bosque al pie de una ladera casi vertical, y desde las almenas se dominaba todo el valle. Lo cual adquiría especial importancia porque a través del fragoso desfiladero del Hers, popular e irónicamente llamado Gorges-de-la-Peur, existía un paso secreto hacia la aldea y la fortaleza de Montailhou, gran reducto de los *bonshommes* y de otros que tenían buenos motivos para procurar no caer en manos de los franceses. El valle propiamente dicho tenía, además de una turbera y alguna extensión de muy buenos pastos, algunos viñedos y trigales hacia el norte. Quedaba escondido entre las montañas y como olvidado del resto del mundo. Todas las expediciones de los franceses habían pasado de largo. El acceso norte pasaba por un bosque de alcornos, árboles achaparrados que no daban mucha espesura, pero valle arriba los flancos de las montañas se juntaban y bajaba un monte cerrado de abetos y pinos. Desde lejos el bosque se veía espeso y oscuro, o mejor dicho, impenetrable, de modo que los viajeros lo pensaban dos veces antes de adentrarse en aquellos andurriales. Pocos entraban en el valle y si lo hacían sin estar realmente familiarizados con el

camino, se desanimaban tan pronto como llegados al sur veían un desfiladero más estrecho que la garganta del diablo. Allí el estrépito del agua era ensordecedor; y parecía que inundaba todo el paso. El que no conociese la senda preferiría volver grupas, infaliblemente. Por otra parte, el castillo no tenía un aspecto nada invitador, de modo que se recibían muy pocas visitas en Château d'Embeyre. Ni hecho adrede para lo que necesitaba Sebastián, así que cuando Pierre-Roger de Mirepoix le recomendó que se estableciese en aquella finca venida a menos él vio la oportunidad enseguida. Con ayuda de algunos peones de Montségur reparó las empalizadas, hizo construir nuevos establos y galpón para los enseres, cavó un foso en derredor, y fortificó el castillo convirtiéndolo en un auténtico nido de águilas. Para que le sirvieran de guarnición, Sebastián enroló a cinco *faidits* que se habían cansado de la estrechez del *pog*, y para que les resultase más llevadera la estancia en la finca, el segundo año construyeron junto al *donjon* unas habitaciones bien acondicionadas, y amuralladas por motivos de seguridad.

A partir de entonces, Sebastián, Juditha y Sofía pasaban los meses de verano en Château d'Embeyre y el resto del año en una casa de piedra del *pog* bastante espaciosa. Durante el invierno las artes curativas de Juditha tenían mucha demanda, porque el viento era áspero y sometía a dura prueba la salud de los habitantes de la aldea cántara. En muy poco tiempo Juditha llegó a ser el ángel bueno de la fortaleza. Conocía a todos, todos la conocían a ella, y para todos tenía una palabra amable o elegía el remedio oportuno. En aquellas laderas encontraba hierbas medicinales más eficaces que las de los Apeninos. Vivía para sanar y para ayudar a los demás, hasta tal punto que no tardó en olvidar los fastos de Ferrara. En el pequeño mundo de una aldea de montaña los vecinos le eran más próximos que los de una ciudad: cada encuentro era una vivencia directa, cordial y satisfactoria. Durante mucho tiempo no prestó la debida atención al fenómeno pero luego, pensándolo mejor, se dio cuenta de que el trato entre los *bonshommes* se caracterizaba por el amor al prójimo. Los *buenos cristianos* se tomaban el mandamiento de la caridad al pie de la letra y vivían el «amarás a tu prójimo como a ti mismo». Juditha se sintió admitida incondicionalmente tanto por los *elegidos* como por los *croyants*, y encontró a una verdadera amiga en Isabel, de quien luego ella diría parafraseando a Aristóteles que vivían una sola alma en dos cuerpos.

Sofía se aclimató pronto en Montségur. Asistía con regularidad a las clases de latín organizadas por Esclaramunda, además de ayudar a su madre en lo que podía. Tenía un afán de saber insaciable, por lo que prefería pasar las horas libres en el escritorio, leyendo cuantos escritos caían en sus manos y tratando de entenderlos, y poniendo a prueba la paciencia de su tía con una infinidad de preguntas.

Sebastián, por su parte, frecuentaba a los señores de Montségur y sobre todo pasaba mucho tiempo en compañía de Pierre-Roger de Mirepoix, durante las

estancias de éste en el *pog*. Al conde le dolía la humillación de Occitania y tramaba en secreto maneras de sacudir el yugo francés algún día. De momento nada podían hacer excepto esperar y conservar el nivel de instrucción militar y la fidelidad de los *faidits*. Sobre todo, era cuestión de evitar que aquellos hidalgos desposeídos de sus propiedades cayeran en el bandolerismo y se dedicasen a asolar todavía más el país. Por eso los alojaba en Montségur el conde y los empleaba en toda clase de servicios, en especial el cobro de los tributos. Sebastián les daba instrucción en la campa al pie del *pog*, y sus horas libres las dedicaba a la cetrería, ya que había llevado los dos halcones ganados en Mantua.

No llegaban a Montségur las intrigas políticas de los franceses ni los espionajes de los obispos católicos acerca de los *buenos cristianos*; aquel territorio escarpado no atraía a los hombres de a caballo ni a los clérigos. Se supo, no obstante, que los *bonshommes* estaban siendo perseguidos en las tierras bajas porque cada vez eran más numerosos los *perfectos* que huyendo de la persecución buscaban refugio en el *pog*. De ahí que continuasen los trabajos de construcción en la cima hasta aprovechar el último palmo de terreno. Al mismo tiempo crecía el temor a que los franceses considerasen que valía la pena hacer un esfuerzo y enviasen tropas a aquellas montañas para tratar de conquistar Montségur. Por eso, además de reforzar la ciudadela propiamente dicha, en la parte occidental de la cima, fortificaron también los alrededores. Por la parte oriental, en el Roc du Caroulet, repararon el bastión existente, la *barbacane*, y construyeron una defensa nueva en el Roc de la Tour, sin sospechar que este puesto defensivo estaba predestinado a revestir una importancia extraordinaria.

La vida en el *pog* transcurría pacífica, pese a estos preparativos defensivos; ni siquiera el hacinamiento creciente trajo desavenencias entre los *parfaits* y los *croyants*. La convivencia era ejemplar y al que hubiese leído un poco y supiese algo de las comunidades del cristianismo primitivo, aquélla le habría recordado a los primeros cristianos. Ramón de Péreille había tomado sus disposiciones; en los sótanos abovedados descansaban provisiones para centenares de personas, y se habían excavado en las profundidades del *pog* varias cisternas para el agua, con capacidad para un par de meses. Por la senda del lado sur subía todos los días una reata cargada de hortalizas, frutas y carnes. El despeñadero del norte se salvaba mediante un polipasto ideado por el señor del castillo, y que garantizaba un mínimo aprovisionamiento en caso de emergencia. El agua para beber se bombeaba a través de una conducción de madera y de terraza en terraza, por donde corría clara y límpida. Todas las mañanas, cinco hombres se descolgaban con sogas hasta el fondo de los pozos para hacer girar las ruedas de cangilones hasta reponer en los depósitos el volumen del consumo diario. Era un sistema laborioso, pero que en caso de asedio largo permitiría resistir muchas semanas o incluso meses. Por otra parte, los *buenos*

cristianos eran gentes frugales; casi todos imitaban a los monjes católicos y se conformaban con una sola comida al día, e incluso los que comían dos veces tomaban cantidades pequeñas. Lo cual facilitaba sobremanera el aprovisionamiento. Lo que más afectaba a todos era la falta de espacio, porque eran muchos los que se habían hacinado en la fortaleza de Montségur buscando cobijo. En este punto, sin embargo, también se manifestaba la mansedumbre de los cátaros; al caer la noche, un recién llegado nunca dejaría de encontrar un rincón para dormir en cualquiera de aquellas cabañas de piedra.

Esa vida de intenso contacto con los semejantes le agradaba a Sofía. Era estupendo vivir entre personas siempre dispuestas a ayudarse mutuamente y que parecían desconocer la envidia y las diferencias. Sus recuerdos de Ferrara palidecían cada vez más y cuando se detenía a pensarlo, apenas lograba imaginar la vida en otros lugares que no fuesen Montségur o Gorges-de-la-Frau. Llevaba ya tres años en Occitania y dominaba la *langue d'Oc* lo mismo que sus amiguitas de las clases de latín. Siempre seria y ávida de conocimientos, sabía casi tanto de hierbas medicinales como su madre, había leído el tratado médico de la monja Hildegarda y hasta aprendió a operar cataratas. Aparte sus estudios de latín, frecuentando el escritorio de Isabel se familiarizó con muchos temas bíblicos, teológicos y filosóficos. Por carácter y mentalidad era ya toda una mujer antes de que empezasen a redondearse sus pechos. Cuando esto sucedió ya era más alta que su madre, y con sus largos cabellos negros, que llevaba sueltos, era una figura perfectamente femenina, que no pasaba desapercibida entre los muchachos. Pero Sofía, buena conocedora de las tres categorías de humanos según Hildegarda de Bingen, aún no se consideraba como *opus alterum per alterum*, según lo cual el humano se halla siempre como hombre o como mujer, y el uno se realiza con la otra y viceversa. Todavía no tenía demasiadas ganas de probar lo que muchas noches hacía suspirar a sus mayores en el catre. Pero tampoco se sentía llamada a vivir en la castidad, muy diferente en esto de muchas de sus amigas que corrían a suplicar el *melioramentum* tan pronto como avistaban cualquier *parfaite*, y decían aspirar a la condición de *elegidas* cuando fuesen mayores. En este punto daba la razón a Hildegarda cuando escribe que el hombre y la mujer fueron hechos el uno para el otro desde siempre, creados para una alianza de amor cuya expresión es la unión carnal. Porque ese ayuntamiento es algo más que fecundidad, es un despliegue de la existencia. Y así como nunca ocultaba sus opiniones a Isabel, tampoco lo hizo con ésta. Pero, sorprendentemente, tampoco la *perfecta* condenaba el placer carnal, e incluso lo consideraba necesario para los *croyants*. Y que únicamente los *perfectos* debían aspirar a la continencia verdadera. Mucho complació a Sofía el verse escuchada y tratada como una adulta, por lo que empezó a prestar atención a las cavilaciones de Isabel sobre la unidad del cuerpo, el alma y el espíritu. Pero sufrió una decepción porque ésta no quiso que leyera todavía

el *Cognoscere causas*. Isabel dijo sentirlo mucho pero que aún no era llegado el momento oportuno.

—He leído en muchas escrituras que el cuerpo pertenece al demonio y que, por tanto, es pernicioso todo lo tocante a la carne —siguió hurgando Sofía—. ¿Cómo se entiende entonces tu opinión de que los creyentes tienen derecho a disfrutar de sus placeres?

—Hubo una época en que también a los creyentes se les demonizaba la carnalidad, olvidando que ellos no son *perfectos*, o no lo son todavía, y que la perfección sólo se alcanza después de haber vencido la concupiscencia material... Ahora sabemos que Dios tiene los brazos abiertos para todos los ángeles caídos. El creyente debe orientar su existencia de manera que ella tienda a esa perfección y la alcance todavía en vida. En el camino elegido está lo importante.

—Pero, en fin, ¿el cuerpo es bueno o malo?

—Las dos cosas a la vez, hija mía. En su afición a las cosas de este mundo es malo. En su poder para negarse a sí mismo, es bueno.

—Eso no lo entiendo.

—Dios consintió la creación del cuerpo —explicó Isabel, y mientras hablaba se acordó de Felipe, con quien había discutido aquella cuestión numerosas veces—, y como el buen Dios realmente es más grande que el demonio, pudo insuflar su aliento en la obra de Satán y comunicarle al ángel caído la posibilidad de redención. Dios añadió el alma al cuerpo para imponerle una misión, como si dijéramos. Viviendo en el mundo, el cuerpo debe superar el mundo. El alma y el espíritu han de coadyuvar a ello y mover al cuerpo para que obedezca al designio divino del renunciamiento. Cuando esto sucede, no sale del cuerpo ningún deseo, y entonces ese cuerpo es bueno.

Pero Sofía, que empezaba precisamente a descubrir los cambios del suyo, no estaba por hacer caso de esas delimitaciones, y se propuso dejar para más adelante la cuestión de la unidad entre cuerpo, alma y espíritu, que obviamente era una de las consideradas por Isabel en el *Cognoscere causas*. Lo cual no quitaba que siguiera teniendo tanta confianza en Isabel como en Juditha, para lo tocante al proceso de hacerse mujer. E incluso fue Isabel de las primeras en enterarse cuando, poco después, Sofía comenzó a escuchar las palabras halagadoras de cierto adolescente.



Serenus arribó a Tolosa en la primavera de 1232 y su *magister* Pelhisson le recibió con semblante sombrío. Pese a las terminantes disposiciones del sínodo celebrado dos años antes, la herejía continuaba floreciente en todos los rincones de Occitania.

—Los heréticos han multiplicado sus manejos y sus intrigas contra la Iglesia —se lamentó—. Hacen más daño ahora en Tolosa y alrededores que cuando estábamos en guerra. Menos mal que has venido. Hay que emprender sin más pérdida de tiempo la lucha por la causa de Dios y de la Iglesia.

Pelhisson le indicó a Serenus por dónde quedaba su celda y luego salieron hacia la universidad. Sobre la entrada los frailes habían escrito: «La espada, el fuego y la ciencia erradican a los réprobos». Saben bien lo que quieren, pensó Serenus. Allí no se le habría permitido estudiar a Lorenzo. Pero ese recuerdo no lo llevó a una opinión más templada, sino que asintió vigorosamente con la cabeza al tiempo que traspasaba el umbral. Pues, aunque en París el asunto con Lorenzo hubiese acabado bien, en principio Serenus no era partidario de permitir que estudiaran en una facultad católica los discrepantes.

En el aula magna se reunieron con Pierre Sellan, Guillaume Arnaud y algunos hermanos más. Sellan recapituló los sucesos ocurridos desde la firma del tratado de Meaux. Hubo algunos éxitos después de la clausura del sínodo de Tolosa, cuando el cardenal Romain de Saint-Ange proclamó las disposiciones rigurosas para la lucha contra los heréticos y, aun antes, cuando el cardenal logró que abjurase uno de los *parfaits* principales, y otro hizo confesión completa. Se creyó entonces que la hoguera encendida sería el faro que iluminase la victoria definitiva no sólo para el rey, sino también para la Iglesia. Pero apenas acabó el concilio y se despidió Romain de Saint-Ange para llevar al Papa la noticia de sus triunfos, cuando ya empezó a enfriarse el celo del obispo Fulco y escapaban los *bonshommes* sin que nadie les diera su merecido. Por otra parte, dicho obispo Fulco se había hecho tan impopular que no podía salir sin una escolta en armas; incluso padecía dificultades para recaudar el diezmo. En cuanto al obispo Raymond de Fauga, el sucesor de Fulco nombrado hacía apenas unos meses, disponía de un poder escaso y lo dejaba pasar todo, incluso ante algunas acusaciones verdaderamente graves. En cambio, el conde Ramón andaba concertado de tapadillo con los ediles de Tolosa y daban largas a las provisiones de fondos para la universidad, motivo por el cual todavía no había comenzado la actividad lectiva. Pierre Sellan y sus adláteres ni siquiera tenían medios para hacer cumplir las disposiciones del sínodo, pese a incumbirles la responsabilidad de identificar a los heréticos en las parroquias que tenían asignadas. Y por otra parte, hacía falta algo más que sermones para que recapacitasen los descarriados de la fe, que estaban muy crecidos y plantaban cara al clero católico. El cual, y aquí alcanzaba su punto de ebullición la cólera del buen Pierre Sellan, seguía dando motivos para la indisciplina. Ya que la mayoría de los clérigos vivían opíparamente, la mayoría abarraganados, y se hacían acreedores a un juicio severísimo.

—Hay que tomarse en serio la *inquisitio haereticae pravitatis* —se exaltó Sellan por último—. La investigación de ese mal no puede seguir a cargo de un obispo inepto ni de unos legados negligentes, sino que debe pasar a manos de los auténticos defensores de la Iglesia. Y no os quepa duda, amigos míos, los verdaderos defensores y luchadores somos nosotros.

Todos los presentes repicaron con los nudillos en los bancos.

—Bien dicho, Sellan —abundó Guillaume Arnaud en el asentimiento general—. La cuestión de la fe, con lo que implica en cuanto a peligro para la Iglesia la

permanencia de las herejías en el país occitano. Esto por una parte, y luego la cuestión jurídica, cómo instar un procedimiento de derecho canónico y otro de la jurisdicción temporal. Para lo primero, el Papa nos dará la justificación; lo segundo es cuestión de encontrar el procedimiento adecuado, que será de eficacia infalible contra todos aquellos.

Aún estaban cabeceando los hermanos cuando ya Sellan planteaba quién sería el enviado al Laterano. Por su carácter prudente, eligieron por unanimidad al *magister*. A lo que Pelhisson inclinó la cabeza con humildad. Al tiempo que aceptaba el nombramiento buscaba los ojos de Serenus; bastó un breve intercambio de miradas y Pelhisson solicitó que le acompañase el joven hermano, ya que había sido escudero, tenía experiencia con las armas, conocía Italia y había demostrado poseer muy buena cabeza. Nadie tuvo nada que objetar y así, dos días después, Pelhisson y Serenus partían hacia Roma para solicitar el breve papal que confiase a los dominicos la *inquisitio haereticae pravitatis*.

Si hicieron el viaje de ida en nao desde Narbona, cruzando el mar Tirreno hasta Ostia, para la vuelta eligieron el camino terrestre con una escolta de tres caballeros del rey, hacia el norte bordeando la costa y luego Provenza adentro, llevando en las alforjas la bula del Papa y varias copias selladas. Los frailes dominicos iban con el pecho henchido de orgullo porque Gregorio IX había confiado la Inquisición a los predicadores sin hacerse de rogar demasiado, retirando a los obispos de las *terrae linguae occitanae* la jurisdicción en materia de lucha por la fe. Pelhisson y Serenus llevaban el encargo de nombrar en cada diócesis a dos hermanos, elegidos de entre los más señalados por su celo. Éstos serían los encargados de las pesquisas, pero cuando fuese necesario podrían tomar en sus manos la ejecución de todo el procedimiento.

En el ánimo de Serenus ardía el fuego que sentía desde el episodio febril en Saint-Papoul. Porque el pontífice no sólo le había dado a besar su anillo, sino que además lo había bendecido de propia mano diciéndole que era un elegido para luchar contra la herejía. Nunca olvidaría que el sumo pontífice le había ofrecido asiento en su propio gabinete de trabajo, y el mismo Gregorio en persona le había encarecido que no desmayase en la defensa de la Iglesia contra los peligros provenientes de aquellas criaturas del diablo.

Y también comparó a los herejes con las lombrices que devoran el cuerpo y lo van vaciando por dentro hasta matarlo, y dijo que representaban para la obra de Cristo en este mundo un riesgo más grave que los sarracenos de España y de Tierra Santa. Entonces comprendió Serenus lo que estaba queriendo decirle Gregorio. Que no hubiese benevolencia, ni falsa compasión para los cátaros; quien no se retractase incondicionalmente debía arder en la pira. Y quien no se retractase por propia voluntad, regresando de manera inmediata a la comunión católica, sino por miedo a

morir u otro motivo semejante, debía ser arrojado a la mazmorra para hacer penitencia. Que jamás se pusiera en libertad a aquellos que prestasen un juramento tibio. Ante la duda, más valía salvar un alma pasándola por el fuego purificador que perdonar un cuerpo. Y así como se extermina a las alimañas de los campos allí donde uno las encuentra, así también era menester actuar contra los heréticos, se repetía Serenus con rabia. En su alma, el celo religioso se fundía con la belicosidad del escudero y soldado que había sido en otros tiempos.

Tan pronto como llegó a Marsella hizo un sermón contra la incredulidad y la falta de rigor en materia de fe, y recordó a los clérigos que tenían el deber de prestar servicio incondicional a la Inquisición. Con las nuevas instrucciones entró un poco más de disciplina en la vida eclesial; los fieles fueron invitados a comulgar con más asiduidad, aunque no sin purificarse mediante la previa confesión auricular. Cuando el confesor detectase tendencias heréticas en un penitente, debía notificar al inquisidor sin demora, o también cuando uno se mostrase remiso en el cumplimiento de la penitencia. Así es como se reconoce a los apóstatas, reiteró Serenus a los clérigos, incitándolos a pasar de la vigilancia habitual a un auténtico aborrecimiento contra los disidentes. Aún no había llegado Pelhisson a la capital de Occitania cuando empezó a circular un nuevo calificativo contra los dominicos: los llamaban los *canes domini*, los perros de Dios. No tardaron en demostrar que sabían morder como los perros de presa.

Hacia la Pascua encargaron a Pierre Sellan y Guillaume Arnaud las averiguaciones en lo que quedaba del condado de Tolosa, al tiempo que ellos se trasladaban a Albi para presidir el tribunal. Serenus habló en la iglesia, en las calles y en las plazas, para advertir a los albigenses. En el ardor del discurso no ahorraba las más graves amenazas y citaba de la epístola de san Pablo a los corintios: «No quiero que olvidéis que nuestros antepasados estuvieron todos bajo la nube, todos atravesaron el mar y todos, al ser bautizados en la nube y en el mar, quedaron unidos a Moisés; todos comieron el mismo alimento espiritual y bebieron la misma bebida espiritual. Bebían de la piedra espiritual que les seguía, y la piedra era Cristo. Pero la mayoría no agradó a Dios, y quedaron tendidos en el desierto. Todo esto sucedió para ejemplo nuestro, para que no codiciemos lo malo como lo codiciaron ellos. No os hagáis idólatras, como algunos de ellos». Así los invitaba a renegar definitivamente de los que negaban la creación de Dios y reverenciaban a Satán como señor de este mundo, tronó, y hasta se le quebró la voz a impulsos de su cólera, provocando el estremecimiento de sus oyentes.

No hicieron falta muchos sermones más para que los albigenses supieran con quién se las tenían. En cuestión de días, Pelhisson y Serenus montaron una cancillería con unos cuantos escribanos y alguaciles, y emprendieron sus averiguaciones, de las que nadie estaba a salvo. Todos los días comparecían citadas ante la Inquisición no

menos de una veintena de personas, a las que se interrogaba acerca de sus costumbres y sus amistades. El tono de los interrogatorios era imperioso y no se admitía, bajo amenaza de castigo, que ninguna pregunta quedase sin responder. En especial los párrocos eran interrogados a fondo para que dijeran todo lo que habían averiguado a través de la confesión auricular, y pobre del que pretendiese acogerse al secreto de confesión, porque llovían sobre él las más graves amenazas. No tardaron los dominicos en ser temidos más como perros del infierno que como *canes dominio* que se evidenciaba un calificativo demasiado suave. Pero Serenus no se daba descanso, quería extirpar de raíz la herejía y que no quedase rastro de ella en las tierras calientes de Albi. Que la justicia triunfase más allá de la muerte: para castigo a los difuntos y aviso a los vivos, mandó localizar los cementerios de los *bonshommes*, abrir las tumbas y arrojar los huesos a una pira erigida expresamente, donde ardieron en público auto de fe.

No contento con esto, ordenó que desenterraran al que había sido obispo cátaro de Albi y que lo presentaran al tribunal de la Inquisición. Para mayor efecto Serenus dispuso que el juicio contra el heresiarca fuese público. Delante de la basílica, a la orilla del Tarn, se montó el tribunal con un banco para el acusador, una estaca para el acusado y un estrado para el juez. Se acordonó el recinto y se les señalaron lugares a los espectadores. En el día y hora anunciados se congregó una nutrida multitud deseosa de asistir a la sesión inquisitorial. Afectando gran dignidad, Pelhisson fue a ocupar el lugar de acusador al tiempo que el juez Serenus hacía lo propio. Ante la imposibilidad de responder el acusado, quedó encargado de ello un canónigo, al que obligaron a apostarse junto a la estaca. El pueblo creía que iba a comenzar una especie de juicio simbólico. Pero entonces corrió un rumor entre la multitud: cuatro sepultureros salieron de la catedral llevando en unas parihuelas los restos putrefactos del obispo, malamente envueltos en harapos. Con asombro mezclado de asco y repugnancia contemplaron los asistentes cómo los sepultureros apoyaban las varas, recogían el esqueleto del *perfecto* y lo ataban a la estaca, no sin atarle lo que quedaba de las manos. Hecho esto, Serenus se puso en pie y declaró abierta la sesión. Cuando le tocó a Pelhisson el turno de formular los cargos estalló un tumulto entre los espectadores.

Alguien arrojó una piedra que pasó muy cerca de la cabeza de Serenus. Muchos amenazaban con los puños, y algunos invadieron el recinto acordonado. Los hombres de a caballo que debían proteger a los inquisidores se abstuvieron de intervenir. Las turbas estaban cada vez más cerca y no precisamente en actitud pacífica. Pelhisson abandonó su puesto, corrió hacia el de Serenus y se lo llevó casi a rastras. Corrieron buscando el espacio abierto, pero no tardaron en hallarse a orillas del Tarn y no pudieron seguir huyendo. Los albigenses cayeron sobre ellos con grandes voces, y uno de los más atrevidos saltó al agua y agarró del cuello a Serenus con evidente intención de ahogarlo en el río, que bajaba crecido y con fuerte corriente. Serenus le propinó un puñetazo en la cara y cuando ambos habían perdido pie, uno de los jinetes

se metió con su cabalgadura en el agua. Con un último esfuerzo, Pelhisson y Serenus se agarraron a las riendas; tras sacarlos del río, el caballista volvió grupas alejándose de Albi. Los dominicos no regresaron a esta ciudad, sino que se volvieron a Tolosa. Aún no tenían fuerzas suficientes para enfrentarse a un alboroto de aquella especie, pero juraron tomar venganza a su debido tiempo.

La humillación de Albi encendió en Serenus un furor que él creía santo y justo. En su ánimo no tenía presente a Jesucristo, sino al Dios celoso que destruyó Sodoma y Gomorra. Desde entonces dejó de hacer justicia al nombre que llevaba. Desaparecieron de su carácter tanto aquella jovialidad suya que le caracterizaba en Saint-Papoul, como la tolerancia que manifestaba en París y que le permitió lograr la conversión de Lorenzo, en vez de condenarlo, mediante el razonamiento y la disputa erudita. El celo religioso derivaba en obsesión justiciera. En las horas de soledad y reflexión, cuando pasaba revista a los acontecimientos del pasado, a menudo volvía sobre las ofensas sufridas y evocaba con frecuencia el recuerdo de Sebastián. Y cuando salía de estas cavilaciones se complacía pensando que ahora él era un poderoso a los ojos de los demás. Y esto se lo debía al Señor, para quien reservaba todo su agradecimiento y su humildad. Ante los humanos, en cambio, no deseaba sino comparecer como fuerte y temible, y empleaba toda su inteligencia en consolidar ese poder, para lo cual era imprescindible desenmascarar y destruir a todos los enemigos de la fe verdadera. Por eso encarecía a todos los clérigos que hurgasen con más ahínco en las conciencias de los penitentes, y controlaba que los confesores de los sacerdotes, a su vez, hiciesen hincapié en el deber de transmitir lo averiguado bajo el sello del secreto de confesión. Porque se daban casos de sacerdotes que intentaban proteger a sus parroquianos frente a la Inquisición, lo cual sucedía sobre todo en las comarcas muy apartadas. No era la confesión, sin embargo, el único instrumento de los dominicos para tener vigilados a los sencillos párrocos de aldea. También adoptaron la costumbre de enviar espías, bien fuese reclutándolos en los mismos pueblos y ciudades, o enviados bajo las apariencias de peregrinos y buhoneros. Nada escapaba de su atención. Una determinación muy útil fue la de someter a prueba la sinceridad de los herejes conversos; qué mejor demostración de la autenticidad de su regreso al seno de la Santa Madre Iglesia, sino dar nombres de otros herejes. Así se libraban del brazo secular, al menos. A la vista de la mazmorra y de la hoguera, muy perfecto tenía que ser el *perfecto* para no flaquear. Y así un *elegido* de Tolosa, por ejemplo, denunció a otros diez sólo para salvarse él. Esta red de vigilancia, espionaje y delación no tardó en surtir sus efectos. Los herejes empezaron a abandonar las ciudades para refugiarse en las aldeas más remotas, o se echaban al monte. Los centros de los cátaros se trasladaban a los parajes más inaccesibles de los Pirineos y de la Montagne Noire. En cuanto a los que perseveraban, no podían predicar sino en la clandestinidad y su eficacia quedó muy mermada. En menos de un año había

cambiado diametralmente la situación.

Ellos se congratulaban de sus victorias y no dejaban de celebrarlas. Fue grande el júbilo entre los dominicos de Tolosa acaudillados por Pierre Sellan, Guillaume Arnaud, el *magister* Pelhisson y Serenus, cuando supieron que el fundador de su orden había sido elevado a los altares. Aquel domingo, cuando se arrodilló ante el altar de la catedral de Saint-Sernin durante la misa solemne en honor del santo patrón, Serenus incluso se persuadió de haber visto otra vez la luz deslumbrante de Dios. Después de la ceremonia pasaron al refectorio, donde iba a servirse un banquete. Acababan de ocupar sus lugares, y el obispo Raymond de Fauga abría los brazos para pronunciar la bendición, cuando se anunció la llegada de un mensajero.

—Señor —balbució precipitadamente el hombre—. Un informador de confianza nos ha dicho que ahí fuera, a orillas del Garona, una anciana a la que teníamos por buena católica acaba de recibir el último consuelo de un *parfait*. La mujer rechazó los santos óleos que le ofrecía el párroco y prefirió morir como una *elegida* de los herejes, con lo que ciertamente se condenará si nadie hace algo para evitarlo.

El obispo miró a los comensales sin saber qué decir.

—No podemos tolerarlo —fue Serenus el primero en rehacerse de la sorpresa.

—Hay que evitarlo —corroboró Pierre Sellan.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el obispo, y se le notaba que estaba contrariado por el intempestivo celo de los dominicos.

—Un juicio sumarísimo —propuso Serenus en tono tranquilo, pero lo que dijo sonaba no poco amenazador—. La juzgamos sin pérdida de tiempo y así se salvará esa pobre ánima.

—Muy cierto —replicaron varios.

Serenus y los demás inquisidores reunidos abandonaron el banquete y se hicieron conducir por el mensajero. Así recorrieron la ciudad hasta llegar a la casa, junto a la orilla del Garona. En el lugar descrito estaba la casa, que era una humilde cabaña de adobe dividida en gallinero y habitación que era al mismo tiempo cocina con su *fonghana*. La vieja que buscaban los dominicos yacía en un rincón sobre un catre, y aparte la moribunda no se halló a nadie más excepto a una muchacha espantada. El *bonhomme*, si la noticia era cierta, se había marchado ya. Serenus captó rápidamente la situación. Guiñó un ojo a sus acompañantes y se acercó audazmente a la yacija de la anciana.

—Dichosa tú, alma prometida a la bienaventuranza. Soy Guillaume, un *elegido* del templo de la luz, y quiero conducirte en el primer trecho de tu tránsito hacia ella —dijo impostando la voz con falsa amabilidad, al tiempo que tomaba la mano huesuda que se le tendía—. Recita, pues, la oración de nuestra fe, para que las palabras santifiquen tus labios.

La boca hundida se movió un poco, pero no salió ningún sonido de ella al

principio. Por último los presentes oyeron que la vieja decía:

—Padre nuestro, el que está en su cielo...

Era suficiente para caracterizarla de herética, porque los *bonshommes*, precisamente para distinguirse de los católicos, no rezaban «Padre nuestro que estás en los cielos», sino «el que está en su cielo», porque el cielo material era creación del demonio y por consiguiente no era posible que el Dios bueno lo habitase.

—¡Ajá! ¡Ya es nuestra! —exclamaron al mismo tiempo Pierre Sellan y el *magister* Pelhisson.

Serenus abandonó el fingimiento de *perfecto* y mostró su verdadero semblante de dominico al iniciar en tono severo el interrogatorio.

—¿Has recibido asistencia espiritual? ¡Habla! —exigió con rudeza.

Los ojos hundidos en las órbitas, la mirada espantada e interrogante, al principio pareció que la vieja no le entendía. Pero hizo enseguida un esfuerzo para levantar la cabeza, y asintió. Serenus le hizo seña a la chica para que incorporase un poco a la anciana.

—¿Te ha sido mostrado el Crucifijo? —preguntó Pelhisson también con voz severa, aunque sabía la contestación antes de que la vieja denegase con la cabeza—. ¡Luego es cierto que no recibiste los últimos sacramentos de tu párroco y representante de la única Iglesia verdadera!

La vieja calló y por el estremecimiento de sus párpados todos adivinaron la incertidumbre que la embargaba: ahora que había sido *consolada* no podía mentir; pero por otra parte querría proteger al *perfecto* que acababa de administrarle el *consolamentum*. Por último, la convicción y el amor a la verdad triunfaron en el corazón de la vieja, que graznó:

—He recibido el consuelo de un *elegido* de la verdadera y única Iglesia.

—¿Te ungió y te impuso la mano sobre la cabeza?

Ella asintió.

—¿Te dictó el padrenuestro?

Ella asintió.

—¿Te hizo prometer que en adelante no comerás nada sólido?

Por tercera vez contestó afirmativamente la anciana.

—Así pues, ¡has entregado tu alma al diablo! —rugió Serenus, abandonando toda pretensión de objetividad.

A cualquier observador imparcial le habría asombrado el tono triunfal de su exclamación. No así a los dominicos presentes, cuyos rostros se iluminaron de satisfacción, como si acabasen de descubrir un tesoro..., y tal vez era un tesoro para ellos. El mismo día de la exaltación de su fundador a los altares, ellos salvaban un alma condenada, culminando de este modo la misión que compartían con todos los demás hermanos de la orden.

—¿Renuncias a Satanás y te confiesas miembro de la sola Iglesia verdadera?

De nuevo pasó un rato mientras la espantada vieja miraba a los ojos de Serenus.

Una vez más debatió consigo misma antes de negar con la temblorosa cabeza.

—¿Luego te ratificas en tu pecado? —gritó Pelhisson como si quisiera abalanzarse sobre la moribunda.

—He recibido la bendición, luego quedo con Dios —susurró la anciana, y un jadeo sibilante escapó de su pecho consumido.

Pierre Sellan se acercó y trató de persuadir a la moribunda con zalamería para que se desdijera y recitara el símbolo de la fe según los católicos. Pero todo fue en vano. Los inquisidores cambiaron miradas, y entonces se adelantó Guillaume Arnaud y pronunció con voz firme la acusación, que fue de herejía y contumacia en el error, en castigo de lo cual exigió la pena de muerte. De nuevo Serenus se inclinó sobre la agonizante para moverla a la conversión, y luego se plantó delante de los demás para pronunciar la sentencia:

—Por el presente acto yo, hermano Serenus, plenipotenciario pontificio y delegado del obispo de Tolosa, y habiendo escuchado el testimonio de un honrado ciudadano de ésta acusándote de desviaciones heréticas en la práctica de la fe y de haber recibido un sacramento sacrílego de esa fe falsa y satánica, paso a dictar sentencia sobre ti. Pues si bien algunas veces el Señor permite que algunos caigan en el error a fin de que resplandezca luego la fe verdadera, y tras humillarse los descarriados permite que retornen a ella con arrepentimiento y penitencia, en cambio tu alma ha permanecido en la contumacia y por tanto imposibilitada de recibir los sacramentos de la Iglesia. Y como sería gran vergüenza que castigáramos las ofensas hechas a los señores del mundo y dejáramos pasar, en cambio, las ofensas hechas a Dios nuestro Señor, siendo así que son mucho más graves las inferidas a la Majestad eterna que a una majestad temporal, y para que sirvas de ejemplo y escarmiento a los demás, te declaro relajada a la jurisdicción secular. Que me corresponde en nombre del conde Ramón de Tolosa en virtud del acto de sumisión de éste al rey de Francia y defensor de la Santa Madre Iglesia. Así pues, en nombre de los poderes de este mundo te anuncio que has de pagar con la pérdida de la vida sin que proceda en este caso la gracia de la estrangulación antes de prender la pira. Ejecútese la sentencia.

Los dominicos asintieron y dieron a los alguaciles la orden de amontonar leña delante de la barraca. Cuando estuvo montada la pira los inquisidores sacaron afuera a la enferma con su catre y la colocaron sobre aquélla. Luego prendieron la leña, que estaba muy seca y ardía como paja. Las llamas rodearon la yacija y el cuerpo huesudo. Cuando arreció el fuego, el cuerpo de la hereje se levantó hasta quedar casi sentado y se hubiese dicho que el diablo en persona meneaba a la moribunda. El demonio salió con un bufido de entre las llamas y los dominicos quedaron convencidos de que acababa de salvarse aquella ánima. Pidieron una palangana con agua y todos se lavaron las manos. Luego regresaron a paso medido hacia su convento y se comieron lo que habían guardado para ellos, al tiempo que alababan a Dios y a santo Domingo.



Los sueños regresaron de improviso. El de la creación del mundo a partir de un diminuto punto de luz se combinaba con el del anciano barbudo de plateadas guedejas que filtraba la tierra con su cedazo hasta juntar iguales con iguales y someter todo el mundo a un orden común. Las figuras talladas en la madera cobraban vida propia y hacían estragos entre humanos y bestias. De nuevo pasaron volando sobre la comarca dragones y furias, tormentas arrasadoras, pájaros de plata que silbaban y escupían destrucción desde el cielo y lanzaban flechas de fuego, hasta que la tierra quedaba recubierta de la más tenebrosa negrura. Por todas partes hedía a vómito y a podredumbre y el punto diminuto irradiaba un único tormento.

Aunque había anotado todos estos sueños en su *Cognoscere causas*, aquellas imágenes terroríficas horadaban su estado de ánimo y la trastornaban como si hubiese vivido en persona todos aquellos cataclismos espantosos. Entonces tuvo otro sueño en el que por primera vez aparecía ella misma, y que interpretó como aviso del principio del fin. De la oscuridad nocturna salía un fauno burlón que la tomaba del brazo y la llevaba a rastras hacia una sala de esgrima. Ésta era un recinto lóbrego, donde aguardaba un monje con varios de sus correligionarios, todos de hábito blanco. Calzaban zapatos con cordones para moverse con más soltura sobre el entarimado. Para calentarse los músculos practicaban fintas, esquivas a derecha e izquierda o hacia atrás, cruzaban espadas y ejecutaban fingidas estocadas a fondo. Cuando vieron a Isabel estallaron en sonoras carcajadas.

—Que le den una espada de muchacho —propuso uno de ellos.

—¡Silencio! —ordenó el principal, y arrojó una túnica a los pies de Isabel—. Ponte esto.

Ella revistió la túnica, procuró respirar con calma para sosegar la confusión de sus pensamientos y rezó:

—Acude y sálvame, Dios mío. ¡Por favor, no tardes!

Después de lo cual entró en el cuadrilátero. El dominico le entregó una espada de hoja delgada y desprovista de adornos, que pesaba poco en la mano. Ella tocó el filo con precaución y notó que, tal como sospechaba, estaba muy cortante. Qué arma tan peligrosa, pensó Isabel. ¿Cómo voy a manejarla? Su contrario le asestó la primera estocada a traición; fingiendo dar un paso a la derecha, enfiló con el arma por la izquierda y por debajo hacia el pecho de Isabel. Ella saltó atrás encogiéndose el estómago y el pecho, por lo que la punta de la espada pasó de largo sin hierirla; pero al esquivar el golpe ofrecía la cara a la trayectoria de la espada y ésta le sajó la mejilla. Corrió la sangre y los espectadores vociferaron. La hoja enemiga se acercó de nuevo, con un silbido, e Isabel dio un salto hacia atrás. Pero esta vez, presa de un vértigo espantoso, giró sobre sí misma, levantó ambos brazos en un movimiento de defensa instintiva, y al ejecutar esta figura no reseñada en ningún manual de esgrima la espada cruzó el rostro del contrario con todo el impulso de la rotación que llevaba.

El enemigo aulló de dolor, la nariz y la mejilla colgando hechas un jirón. El herido berreaba como un jabalí y se precipitó hacia delante, abalanzándose sobre la *perfecta*. Ésta, yerta de espanto, permaneció quieta con la punta de la espada dirigida hacia delante. El contrario, enloquecido de rabia y de dolor, no se dio cuenta del peligro. Entonces Isabel despertó de su estupor y con un salto se apartó de la dirección que llevaba el ataque del enfurecido adversario. La fiera humana tropezó y cayó pero, aunque había quedado indefenso, Isabel se desentendió de él. Entonces vio a Michel Roquebrun que absolvía de sus pecados al obispo Fulco, tal como había ocurrido otra vez en uno de sus sueños, y le exhortaba a vivir en el santo temor de Dios.

—Los buenos cristianos no toman venganza, sino que perdonan —murmuraba el *perfecto*.

Recordándolo, ella no llevó la punta de la espada al cuello indefenso del dominico, sino que dijo en voz alta y clara:

—Perdóname por haberte herido y dispénsame de continuar este combate.

Hubo un instante de silencio, pero luego el vencido se levantó y sus furiosos correligionarios gritaron a coro:

—*Ad finem!*

El fraile se pasó la manga del hábito por su cara ensangrentada y se acercó a Isabel con precaución, como dando pasos de baile. Con aquellas fintas iba arrinconándola. Profirió una blasfemia y le escupió a la cara. Sin pensarlo ella levantó el brazo para limpiarse el salivazo con la manga, en el mismo instante en que el otro tiraba a fondo. Pero entonces un ángel a espaldas de Isabel debió guiar sus movimientos, pues el ademán de limpiarse hizo precisamente que ella desviase el cuerpo a un lado y la estocada atravesó la túnica por debajo de la axila, sin tocarla a ella. El dominico, sorprendido, tropezó de frente, e Isabel se volvió y descargó la espada con todas sus fuerzas sobre el hombro del contrario. La tela del hábito se rasgó y las carnes se abrieron. El fraile trastabilló y cayó al suelo. Ella se colocó sobre él y amenazó con la punta de la espada la nuca del derrotado.

—¡Quieta ahí, bruja! —La amenazó un gnomo furioso a su espalda.

Ella se volvió, meneó la cabeza y dejó caer el arma. Su corazón latía tan fuerte que la despertó y se quedó largo rato mirando la oscuridad de la noche. Cuando se hubo sosegado con ayuda de esta contemplación de las esferas celestes, se insinuó de nuevo aquel sueño del asedio cruel y vio franceses a caballo al pie del *pog*. Oyó el silbido de las piedras arrojadas por las máquinas, sintió hambre y sed, compartió la desesperación de sus amigos. De esta manera vivió todos los tormentos del sitio y en lo más íntimo de su corazón adivinó que ni siquiera la *barbacane*, la fortificación más sólida de todas, serviría para evitar la caída del templo de la luz. Mientras el sol salía deslumbrador por oriente soñó una enorme hoguera y vio la procesión de los *perfectos*.

Al conocer la revelación que traían los sueños, y por más que deseara obedecer al obispo Guilaberto de Castres, que le había exigido la confidencialidad del

Cognoscere causas, supo con angustia que la obra que contenía los secretos de los cátaros debía ser llevada a lugar seguro cuanto antes. Para protegerla, ciertamente, tanto de los franceses como de los mismos *bonshommes*. Aún no sospechaba cómo iba a ser eso posible, pero confiaba en que recibiría una señal con antelación suficiente.

Después de estos sueños se dedicó a profundizar en sus problemas y todos los días la veían en el escritorio durante seis horas por lo menos, anotando reflexiones en pedazos sueltos de pergamino. Mantenía la costumbre de no confiar sus pensamientos al documento definitivo hasta tenerlos ponderados y pergeñados con exactitud. El que algún día leyere la obra no debía sacar la impresión de que alguien hubiese elegido precipitadamente las palabras. Deseaba incorporar a su trabajo luz y pureza, y buscaba formas lacónicas para expresar sus pensamientos hasta que alcanzaban una densidad que nada tenía que envidiar a muchas frases famosas. Tras meses de interrogarse sobre la esencia de Dios, llegó a un resultado cuya simplicidad la dejaba sin aliento: Dios es el que es, su Ser mismo.

Discutió esta proposición muchas veces con Juditha y al ver que la curandera admitía con naturalidad la certeza de la definición reconoció Isabel que tenía en la mujer de Sebastián a una hermana en el espíritu. Y ocurrió lo que nadie podía imaginar, que Isabel experimentó en la relación con la cuñada la sensación de ser de una misma carne y una misma sangre. A partir de ese día no tuvo reparo en consultar con Juditha los misterios de la fe. Y puesto que veía cómo Juditha estaba arraigada con satisfacción en la vida, e intuía el goce que representaba para ella su amor por Sebastián, Isabel empezó a considerar que tal vez lo corporal de este mundo no era tan de Satanás como habían creído hasta entonces. Lo que le hizo posible perfeccionar sus ideas sobre la unidad del cuerpo, el alma y el espíritu y postuló que los tres elementos estaban interpenetrados. Con ello captaba al mismo tiempo la Trinidad y escribió esta revelación: Que así como el Hijo es llamado propiamente «imagen» aunque el Espíritu Santo sea semejante al Padre, así también el Espíritu Santo, engendrado por el amor del Padre, se llama en sentido propio «don del Padre» aunque también lo sea el Hijo.

Se realizaba en Isabel este prodigio: que las visiones de espanto daban lugar al conocimiento de la armonía. Se resolvían las contradicciones y lo diferente se juntaba para formar un todo. Pese al mal de este mundo y a la autorización divina otorgada a Satán para que lo crease tal como los humanos lo ven, en el círculo de la Creación Dios Padre no dejaba de ser alfa y omega. En el principio era la luz, y lo mismo al final. En este sentido Isabel conciliaba la antiquísima doctrina de aquel mago legendario, Zoroastro, con las creencias de los *maniqueos* y *bogomilos* y los

postulados de la Iglesia católica. El *cognoscere causas* se convertía en el libro de la conciliación. Así supo Isabel definitivamente que tal libro debía permanecer oculto mucho tiempo. Ni siquiera se atrevió a presentar su última parte al obispo. Era demasiado pronto para una paz verdadera.



En letras de fuego campeaba sobre la entrada el lema: «La espada, el fuego y la ciencia erradican a los réprobos». Los dominicos no escatimaban medios para hacerlo realidad. Los tolosanos asistían a todo no sin refunfuñar, y con creciente indignación. Que venía aumentado desde que, hacía un año, hicieron el juicio sumarísimo a aquella anciana, una barbaridad digna de Belcebú en opinión de muchos, pero inadmisibles por parte de unos católicos. En el ínterin los dominicos se habían acostumbrado a salir con escolta, como en otros tiempos el obispo Fulco, cuando tenían que recorrer la ciudad a deshoras, porque ya no eran tolerados. Pero ellos, impertérritos, seguían cazando herejes. Además, las condenas implicaban la confiscación de bienes y eso beneficiaba sobre todo a su convento. Si serían rentables estos juicios confiscatorios contra los herejes, que el establecimiento de los dominicos en la católica Narbona fue asaltado en dos ocasiones para aligerar a la comunidad parte del mucho oro que le sobraba. Sin embargo, cuando más crecía la Hermandad en la capital, y más violentos los estragos de los dominicos, como si los amos de la ciudad fuesen ellos y no el conde Ramón ni los *capitouls*, según llamaban a los ediles, más venenosas las miradas que los tolosanos les lanzaban a los frailes predicadores. La cólera fue transformándose en odio y menudeaban los incidentes en que los frailes eran públicamente insultados o maldecidos cuando se atrevían a andar por las calles.

La hostilidad crecía, y así las cosas, el hermano Serenus tuvo la ocurrencia de plantarse delante de Saint-Sernin para pronunciar un sermón contra la presuntuosidad de los ciudadanos acomodados y las mal disimuladas simpatías a favor de los *bonshommes*. Disfrazado de mendicante y como si no conociese a nadie en la ciudad, se apostó en el portal y anunció que la ira de Dios caería sobre los apóstatas, renegados y sacrílegos. Pero en vista de que nadie se detenía, se puso a insultar a los que pasaban de largo. Tampoco esto surtió efecto. Llamó a los esbirros de la Inquisición y les ordenó que retuvieran a los transeúntes bajo amenaza de prenderlos y arrojarlos a los calabozos. Esto sí produjo el resultado que esperaba y al poco se había congregado una multitud, que escuchó el encendido discurso de Serenus. Hablaba de fuegos del infierno y de condenación eterna, de los dolores que las criaturas podían sufrir en vida y de la nueva severidad que, a no tardar, iban a revestir las averiguaciones contra los herejes y quienes les prestaban apoyo. Los conminó a recapacitar y a abrazar las virtudes católicas. Los amenazó, les tentó la honra, les suplicó, los apostrofó, y cuanto más hablaba más exaltadas se volvían sus palabras. Habló como él mismo nunca había hablado, o tal vez como nunca nadie habló, en el

intento de persuadir a los oyentes con su sermón.

—No creáis que podéis hacer mofa de los valientes u odiarlos impunemente, ni creáis que os es lícito insultar y calumniar a los inquisidores, ni creáis que se os va a tolerar que propaléis infundios sobre los hermanos de santo Domingo. Porque si tales cosas creyeráis, os haríais instrumentos de Satanás, ¡paredes blanqueadas que sois! ¡Alimañas sin dignidad!, que si fueseis arrojados a los cerdos ni siquiera se dignarían devoraros. Tenéis las almas podridas, ¡escoria de la humanidad!, ¡excremento de los infiernos! ¡Merecéis que os pellizquen con tenazas al rojo hasta que se os revienten las tripas de dolor!

Hacía rodar los ojos que parecían a punto de saltársele de sus órbitas, empezaban a formársele espumarajos en las comisuras de los labios y se le quebraba la voz al tiempo que hacía aspavientos con los brazos como un leproso enloquecido que se niega a ser examinado. Los tolosanos decidieron que era demasiado. Encabezados por algunos de sus *capitouls* principales, dejaron plantado al furibundo inquisidor, se encaminaron a donde el convento de los dominicos, asaltaron la casa y tomando a los inquisidores Pierre Sellan, Guillaume Arnaud y *magister* Pelhisson los echaron de la ciudad a los tres. Unos cuantos hombres robustos volvieron a por Serenus y lo arrojaron a un estercolero que estaba donde antes se alzaba una de las puertas de la ciudad, lugar de encarnizados combates.

Los inquisidores se retiraron a Castelnaudary. Los tolosanos, ya envalentonados, expulsaron a todos los dominicos y también al obispo Raymond de Fauga.

Pero no estaba el tiempo maduro para una verdadera insurrección del Midi. En castigo por la insumisión de sus tolosanos el conde Ramón fue excomulgado y un embajador del rey amenazó con otra expedición en caso de que el conde no garantizase sin demora la seguridad de los dominicos. Lo único que se consiguió con el tumulto fue que el odiado inquisidor Guillaume Arnaud quedase destinado en Carcasona. Otra cosa que se logró después de acerbadas discusiones fue que los dominicos se abstuvieran de castigar a los confesos y arrepentidos, concediéndoles un período de prueba durante el cual se les permitiría conservar su libertad y propiedades. Además el Santo Padre de Roma envió algunos franciscanos para que colaborasen con los de santo Domingo, medida que muchos interpretaron como que Gregorio IX ponía unos celadores a sus *canes domini*, ya que los de san Francisco tenían fama de ser más misericordiosos.

Aunque los dominicos habían recobrado su convento y su universidad, en adelante Serenus prefirió evitar actuaciones públicas, y se dedicó a dar clases y a desarrollar el reglamento procesal. Con su habitual agudeza demostró que los procedimientos sumarios utilizados hasta entonces podían no ser siempre adecuados para erradicar la peste de la herejía; de modo que en vez de procurar sentencias rápidas y ejecución inmediata como había venido haciéndose hasta entonces, era aconsejable una instrucción más detenida de todas las causas, porque ello permitía reunir más informaciones acerca de los sospechosos, así como sobre el tipo de

desviación doctrinal y el número de personas implicadas. Sobre la duración del encierro escribía Serenus: «Cuando las sospechas en contra del acusado presenten fundada consistencia, pudiéndose inferir razonablemente su culpabilidad, y por lo demás el inquisidor se haya informado en manera suficiente acerca de las circunstancias, podrá disponer la prisión preventiva del sospechoso que persista en negar, y no se le pondrá en libertad bajo ningún pretexto al menos, durante un par de años, a fin de que la averiguación a que se procede sobre su persona le haga recapacitar». Con esto el encarcelamiento cobraba una dimensión añadida, más allá de su función cautelar o penal, puesto que se utilizaba como instrumento de suplicio a los fines de la instrucción. Es decir, de la averiguación de la verdad, que era lo que más interesaba a los inquisidores. Para mayor eficacia las indagaciones debían principiar cuanto antes y empleando el máximo número posible de espías. Serenus y los demás hermanos se exprimían los sesos buscando medios para aumentar la eficacia de sus actividades y llegar a conocer con la mayor exactitud quiénes eran herejes y quiénes católicos en todas y cada una de las poblaciones. Así aumentaban la presión sobre los desviacionistas, y pronto no hubo lugar en las tierras bajas donde éstos pudiesen considerarse a salvo. Y también los demás, fieles católicos o no, en una palabra, todos los habitantes de Occitania, sometidos a la constante vigilancia de todos sus movimientos, perdieron una buena medida de libertad personal. Por ejemplo, si una aldea celebraba las fiestas de la vendimia, los delatores de la Inquisición acechaban en todos los rincones mirando a ver quién bailaba con quién en la era, o si alguien se juntaba con alguno de los sospechosos de herejía. En el mejor de los casos, el párroco trataba de sonsacar al sospechoso aprovechando la primera confesión. Pero no todos tenían tanta suerte. Los llamados a declarar, una vez sentados en el banquillo de las lóbregas mazmorras inquisitoriales, no salían tan pronto; allí el interrogador le machacaba el alma y el entendimiento hasta decidirlo a hablar. Y luego menudeaban las amenazas y las promesas, los halagos y las intimidaciones. ¿Quién se arriesgaría a perder casa y hacienda, o tal vez la vida, por si fue Dios o fue el diablo quien creó este mundo? La mayoría se desempeñaba dando los nombres de dos o tres vecinos, y así compraban su libertad. A los que resistían, en cambio, y éstos solían ser los auténticos creyentes, les aguardaba una larga temporada de estancia en los calabozos. Pocos salían de ahí tan enteros como habían entrado. El temor a la Inquisición crecía... y también el odio a los dominicos.



Era una delicia la sombra en la linde del prado. La hierba exhalaba un olor fresco. Las manchas color lila intenso de las corolas animaban el cuadro; más abajo amarilleaban las hierbas y los matorrales agostados por el sol. Era un verano tórrido y no soplaba ni la más leve brisa. El arroyo murmuraba por entre guijarros recubiertos de musgo y daba fresco al rincón de sombra donde el embudo de la parte inferior del valle desembocaba en el desfiladero de Gorges-de-la-Frau. Algunos pasos más allá,

montaña arriba, clareaban los abedules y avanzaba hacia el agua un peñasco desnudo. Hacia abajo el valle se ensanchaba; los grupos de matorrales flanqueaban el arroyo entre manchas de pasto, y crecían álamos en las umbrías húmedas. En la parte baja de las laderas daban alguna amenidad los alcornocos. Un arrendajo espantado levantó el vuelo. Pero Sofía no hizo caso. Distraída, deshojaba una manzanilla medio seca. Huyendo del calor estival se había refugiado en aquel rincón que apenas medía un par de pasos de ancho y no recibía un rayo de sol en todo el año. Un remanso de frescor inocente, adonde ella siempre acudía cuando buscaba sosiego. Necesitaba pensar, pensar sobre sí misma y sobre Jordán.

El cortejo, tímido y discreto, comenzó hacía dos años, al atardecer, mientras ella iba del castillo a la *cabane* de sus padres.

—Perdona que me inmiscuya en tus pensamientos, que sin duda son tan elevados que resultan para mí inaccesibles, pero... —susurró, pero no pudo continuar porque empezó a balbucir, se puso colorado y calló.

—¿Por qué crees que vuelan tan altos mis pensamientos? —le retrucó ella, pero el muchacho no estaba en condiciones de responder.

Se limitaba a permanecer callado, mirándola. Tenía ojos azules, la piel bastante clara y el cabello rubio. La miraba sin decir nada, de una manera penetrante.

—Yo soy Sofía —anunció ella, notando un leve nudo en la garganta, porque aquella mirada clara y profunda al mismo tiempo la desconcertaba un poco.

—Jor..., Jor... —tartamudeó él, y levantó las palmas de las manos al cielo en un gesto de desvalimiento.

Ella se apresuró a pasar de largo diciendo:

—Mi madre me espera.

En un recodo de la senda entre dos *cabanes* se volvió y vio que él continuaba allí, siguiéndola con la mirada. Le saludó con la mano y le dedicó una sonrisa.

Al día siguiente él la esperaba dentro del portal del castillo y hablando ya con fluidez se presentó como Jordán de Mas, escudero del señor Bertrán de Bardenac. Le preguntó si tendría a bien consentir su conversación. Ella sonrió y otorgó el consentimiento. Pero resultó que él había agotado la reserva de frases aprendidas de memoria y volvió a tartamudear. Tenía bonitos ojos y a ella le cayó bien, por lo que inició la charla diciendo:

—Mis pensamientos no vuelan alto, sino muy pie a tierra. Estudio las hierbas del monte y las mejores horas para cogerlas o excavarlas. También me interesa la doctrina de los humores corporales. Mis pensamientos van hacia los enfermos y los que precisan auxilio, porque quiero ser curandera como mi madre. Se me conoce en el *pog* como la que opera las cataratas.

Él asintió. Sus ojos brillaban. El silencio se extendió entre ambos como cuando la niebla fría rellena una hondonada; es cosa que paraliza, que comunica inseguridad, pero al mismo tiempo evita el deslumbramiento. Sólo que la comparación cojeaba en este caso porque Sofía no sintió frío durante la espera sino calor. Jordán la miraba de

otra manera diferente que los demás hombres y mozalbetes, pues mientras éstos devoraban con la mirada sus turgencias femeninas, él mantenía la vista fija en los ojos de ella, como si no se hubiese fijado en su esbelta figura con sus proporciones de ánfora, ni en el semblante, que podía calificarse de bello sin caer en exageración alguna. Pero Jordán la miraba a los ojos con los suyos, de expresión escrutadora, y eso era lo que la alteraba y por eso guardaba también silencio. Le hizo una seña y le precedió por entre las casetas de piedra hacia la parte avanzada del *pog*, donde estaba la *barbacane*. Sentada al filo de la muralla se quedó contemplando el despeñadero. Él la imitó y los dos se quedaron mirando el cielo sin decir nada. El azul radiante iba palideciendo y suavizándose al mismo tiempo; hacia el sur las cimas perdieron su brillo de plata para cobrar un matiz dorado. El crepúsculo tejía un cendal rosa y las rocas cercanas tenían brillos color ocre fuerte. Sofía estaba sentada al lado de Jordán, de quien nada sabía excepto su nombre y que era escudero de un caballero desconocido para ella. Sin embargo, se sentía protegida. Su interlocutor le inspiraba una confianza previa a todo razonamiento. Notó con gran claridad un deseo de apoyar la palma de la mano sobre el muslo de él y se vio obligada a combatir ese impulso inexplicable. Conforme avanzaba la puesta de sol las rocas se encendían de un púrpura intenso; una franja de cielo empezaba a oscurecerse mientras el resto seguía incendiado. Abajo, las sombras avanzaban y el púrpura de los peñascos palideció. Ellos callaban, sentados el uno al lado del otro, bebiendo con los ojos la orgía de colores. Era ya de noche pero ellos tenían las cabezas llenas de fulgores, destellos, chispas y rescoldos que mantenían el calor y los hacían sentirse unidos. Cuando la oscuridad fue total él habló:

—Me gustaría venir a sentarme contigo más veces.

Ella asintió y se alejó a paso rápido. Él lo entendería, pensó mientras, llegada a casa, se tumbaba en su yacija.

Él lo entendió, y no faltó ni una sola tarde durante tres semanas. Hablaron poco, aunque cada vez con mayor soltura.

Pero luego no vino más y fue como si hubiese desaparecido de repente. Y cuanto más tardaba en volver más lo echaba en falta ella. Lo comentó con Isabel, sólo con Isabel, pues no quería que se enterase su madre ni nadie más. Sentía un cosquilleo especial en el vientre y no sabía cómo llamarlo. Isabel se sonrió. Ella conocía tal sensación. Que Sofía la disfrutase. Nunca se sabía cuándo terminaba aquello en la vida. Sofía estaba preocupada por si había cometido algún error. Tal vez debió hablarle más a Jordán, insinuarse, demostrarle que era de su agrado. ¿Quizá se había cansado de ella? ¿Tal vez la habría olvidado ya? ¿Dónde se habría metido? Estaba compungida y dudaba de sí misma.

Su corazón se llenó de júbilo cuando se enteró de que Bertrán de Bardenac y otros caballeros acababan de regresar sanos y salvos de Cataluña, adonde habían ido para hablar con Ramón de Trencavel, el anterior conde de Carcasona. Inquieta, recorrió de un lado a otro el patio del castillo, incapaz de quedarse quieta en el escritorio, y

tampoco quiso salir al monte para recoger hierbas. Sólo deseaba ver al escudero cuanto antes, pero desde luego sin que él notase tal impaciencia. Los minutos le parecían horas y le latían los pulsos. Por fin las sombras empezaron a alargarse anunciando el final del día. Él la esperaba en el portal, como las demás veces. Traía una fíbula de plata que le regaló, y la prendió con gestos desmañados en el vestido de ella. Representaba una flor de lis con dos pétalos, muy finamente trabajada. En esta ocasión habló mucho. Era un caudal incontenible, con el que procuraba disimular su propia timidez. Pero no importaba lo que dijese; a Sofía sólo le interesaba escuchar el timbre de su voz. No hacía casi de su verborrea y se juzgaba feliz por no tener que hacerlo: como cuando era una niña, mucho antes de su *pueritia*, y escuchaba la voz de su madre mientras ésta le contaba cuentos para dormirla. Palabras contra los terrores de la oscuridad. Eso le gustaba sobremanera. Al pie de la *barbacane* todo estaba oscuro también.

Recordó que una vez Isabel había dicho que de noche el cielo parece de una profundidad sin límite, y le repitió estas palabras a Jordán. Sí, dijo, él también lo había pensado a veces, sobre todo cuando estaban en los montes, acampados en el paso de montaña, y no podía conciliar el sueño. Y daba miedo. Hablaron largo rato del cielo. Jordán preguntó para qué lucharían, en caso de que llegasen a luchar. Sentía desgarrada su fe y no sabía si los *bonshommes* eran realmente buenos y debían ser defendidos. Se decían cosas tan horribles de la Inquisición. Pero los monjes de los hábitos blancos también estaban persuadidos de su fe. No era posible que todos tuviesen razón al mismo tiempo, ¿o sí? Todos hablaban de la verdad, y del conocimiento. Nadie decía nunca *scio qui nescio*; todos pretendían saberlo todo y así lo afirmaban. Las dudas atormentaban a Jordán, que estaba pensativo, y cuando estaba pensativo no tartamudeaba. Pasaron toda la noche sentados en la *barbacane* y hablando de lo divino y lo humano. Sofía opinó que los *buenos cristianos* eran buenos cristianos. Adoraba a su tía. Cuando Venus pasó a ser estrella de la mañana y subió por el este, Sofía confesó que pese a sus creencias no deseaba llegar a ser una *perfecta*. Y pese a lo dicho Jordán no la besó.

Pasaron unos meses maravillosos. Sus voces formaban un concierto estupendo de bajo y soprano. Él nunca tartamudeaba ya. La mayor parte de las veces, sentados en lo alto de la muralla, junto al abismo protector, y cada vez un poco más cerca el uno del otro. Mientras salían las estrellas ellos hablaban y hablaban, y trataban de descifrar el misterio de la Creación. Demasiado bella para ser obra del diablo. Hasta que al fin se tocaron, hombro contra hombro. Hubo un pinchazo, como el mordisco de un ratón. Los hombros se frotaron y no se supo bien cuándo la mano de ella fue a apoyarse en el muslo de él, quien la cubrió con la suya, e hicieron manitas. Ella tenía diecisiete años; casi todas las amigas de la clase de latín (que hacía tiempo habían dejado de frecuentar) estaban ya casadas, o eran novicias, que también es una forma de noviazgo. Pero Sofía aún no había dado un beso. Seguía siendo seria, aunque estuviese llena de anhelos. En las escasas horas que le restaban para dormir después

de sus veladas en la *barbacane*, permanecía insomne, sintiendo el temblor de su cuerpo. Estos estremecimientos la sorprendían como si se hubiese colocado bajo un caño de agua fría en un día de mucho calor. La piel se le recubría de gotitas de sudor y ella reprimía la extraña sensación en el pecho y contenía la respiración. Hasta que se rompía la contención y se apoderaba de todo su cuerpo el frenesí vertiginoso. Algún día, soñaba, derramaría toda su ternura sobre Jordán... y mucho más. Eso era lo que pensaba mientras tironeaba las hojas medio secas de camomila. El anhelo se hacía casi doloroso, pues todavía era virgen. Sin embargo, él sabía besar muy bien. Los labios siempre un poco ásperos rozaban los de ella, blandos y siempre dispuestos a aceptar el beso. Y tampoco descuidaban sus mejillas y sus ojos, los lóbulos de las orejas y sus pabellones, el nacimiento del cabello en la nuca y la redondez de los hombros. Luego aquellos labios ásperos rozaban la piel delicada bajo las axilas, y la lengua hacía cosquillas en los costados. La acariciaba con sus manos, que exploraban con timidez la piel y finalmente acariciaban los pechos. Pero nunca se atrevió a más, ni permitía que ella le tocara por todas partes. Nunca le oyó jadear; permanecía siempre dueño de sí mismo. Ahora tenía ya más de dieciocho años y aún conservaba su inocencia. ¿Tal vez él no la quería?, arrancó otra hoja. Me quiere, no me quiere. Y otra hoja más. El día de estío era realmente muy caluroso. La última hoja. Me quiere.

Él, que se había ocultado detrás de una mata, se presentó de súbito, sobresaltándola.

—Estabas distraída —se burló Jordán.

Ella respiró hondo. Debió fijarse en el arrendajo. Se abrazaron largo rato y se besaron con apremio, casi con violencia. El prado estaba desierto y los cuerpos de ambos ardían. Todo fue muy sencillo. Sofía vivió la plenitud de sus anhelos. La suavidad y el poderío del sexo masculino la sorprendieron; tenía un tacto muy diferente de lo que ella había imaginado. Hubo un instante de dolor, pero luego la tempestad de los sentidos los arrastró a los dos. Tenía razón la monja Hildegarda: el hombre y la mujer sólo se realizan el uno a través del otro y con el otro, y la unión carnal es despliegue de vida. Sintieron la felicidad profunda, y luego volvieron a sentirla dos veces más hasta que, sofocados de calor, se acercaron al río y se metieron en un remanso del agua donde cubría hasta el cuello. Allí chapotearon y se salpicaron mutuamente. Luego se apoderó de ellos la curiosidad y continuaron corriente abajo; el Hers llevaba poco caudal y la exploración se les antojó menos peligrosa. Nadando a ratos, o vadeando sobre las rocas, alcanzaron finalmente el salto de agua. Allí las paredes de roca se juntaban, el rumor del agua se convertía en un ruido atronador y no se podía continuar. Iban a deshacer camino cuando Sofía descubrió una mancha oscura semioculta detrás de la catarata. No era gran cosa, pero llamaba la atención por su presencia insólita. Bordeando la pared de piedra acabó por averiguar lo que era, la boca de una cueva natural. Jordán se acercó nadando. Salieron del arroyo y, agachados, consiguieron entrar. A los dos pasos pudieron incorporarse. Estaba oscura pero se podía distinguir que formaba como una gran sala con agujas de piedra que

colgaban del techo y otras parecidas como cirios puestos en el suelo. Reinaba en el interior de la caverna un silencio prodigioso; el trueno del salto de agua se amortiguaba y sólo se percibía un rumor distante. El suelo estaba recubierto de un polvillo fino, que no presentaba ni una sola huella de pisada. Eran los primeros seres humanos que entraban en aquella abertura. Se estremecieron, se miraron y se abrazaron, y sus labios se unieron en un beso interminable.



La pasión regresó también al amor de Sebastián y Juditha. En parte porque una vez en tierra occitana fue palideciendo el recuerdo de la tragedia de Pomponesco; la sombra de Lucrecia palidecía bajo la luz deslumbradora de Montségur, hasta que se consumió del todo y no pudo ya interponerse en el camino del nuevo y viejo amor. Sofía estaba hecha una mujer y ya no estorbaba a sus padres, que podían manifestarse su mutua pasión sin tener en cuenta a la hija que dormía en la misma estancia. En las condiciones de hacinamiento de la *cabane* no era nada infrecuente que los esposos tuviesen compañía durante el ayuntamiento carnal; ocurría en todas las familias del *pog* y no sólo allí, sino en prácticamente todas las casas y viviendas, sin que eso escandalizase a nadie. En la oscuridad, cuando se le erizaba todo el vello del cuerpo, Sebastián era feliz y sentía la gran verdad del amor al primer contacto, lo mismo que cuando no era más que un joven escudero en la playa de Marotta, y como si no fuese un caballero hecho y derecho, de treinta y seis años de edad y dotado de alguna experiencia de la vida. En el encuentro con Juditha hallaba aquella plenitud que no podía ofrecerle la vida de caballero. Porque el dominio francés en las tierras bajas y el azote de la Inquisición en las comarcas requerían mucha prudencia por parte de los protectores de los *bonshommes* de Montségur. Allí en las montañas podía defenderse Occitania y los *perfectos* no serían molestados; no era cuestión de comprometer la posición ensayando incursiones en los llanos. Por parecidas razones, tampoco participaban en los torneos, escasos de todas maneras, que se celebrasen bajo el estandarte real.

La vida de caballero, si podía llamársela así, se reducía a los ejercicios que practicaba Sebastián con sus homólogos. El resto consistía en las ocupaciones de propietario rural, rutinarias y desprovistas de aventuras, que Bernard del Congost habría desdeñado. Sin embargo, Sebastián estaba contento. Le faltaba la pelea, naturalmente, pero la administración de Château d'Embeyre daba quehacer a manos llenas y además tenía su gran afición, los halcones. Había comprado tres ejemplares más para entrenarlos y así, con el ejercicio de las armas, la administración de la propiedad y la cetrería, se mantenía alejado de las discusiones sobre asuntos de fe, tan inevitables en Montségur. Lo cual estaba bien para él; en eso no había cambiado. Él no tenía el carácter reflexivo como su hermana, ni lo apreciaba mucho. Seguía opinando, con Ovidio, que no hay que perder el tiempo en rezos. Sebastián siempre había sido hombre de acción y continuaba siéndolo. Desde que se hallaba cerca de su

hermana no había tenido más sueños premonitorios, sino que estaba bien plantado en la vida real, como hombre y como caballero. En esta cualidad estaba dispuesto a defender la verdadera fe de los occitanos y habría peleado espada en mano por la libertad de los *bonshommes*, si nunca los franceses se atrevían a poner pie en aquellas montañas. Pero no parecía probable. El rey Luis, ya entrado en mayoría de edad y regente de sí mismo, daba muestras de conformarse con ejercer el dominio sobre las *terrae linguae occitanae* a través de los condados y los vínculos de vasallaje; en cuanto a los destinos del condado de Tolosa, los fiaba a la normal evolución de la vida. La heredera e hija única de Ramón estaba casada con el hermano del rey francés, a fin de evitar que Ramón pudiese engendrar ningún heredero varón en cualquier otra mujer que la suya legítima, ya estéril. Además, el Papa había declarado indisoluble ese matrimonio. Así que sólo era cuestión de esperar poco o mucho tiempo para que aquel condado recayese en la familia real. Lo cual hacía posible que Luis IX se ocupase de otras cuestiones, por ejemplo, sus conflictos con los ingleses. Ramón, por su parte, procuraba pasar desapercibido porque después de ser excomulgado a raíz de la expulsión de los dominicos de Tolosa no deseaba más querellas con el rey ni con el Papa y se conformaba con haber sido recibido de nuevo en el seno de la Santa Madre Iglesia después del retorno de los *canes domini* a su universidad. Como consecuencia de todo ello, en los Pirineos y sus escarpadas estribaciones reinaba una tranquilidad envidiable. Pese a lo cual, en el llano los *bonshommes* veían cómo la Inquisición seguía con sus averiguaciones y empezaba a tender sus tentáculos hacia las comarcas de montaña, de manera que ni siquiera en Montségur podían considerarse del todo seguros. Por otro lado, buena parte de la nobleza local, los barones y los *faidits* no olvidaban su resentimiento contra los franceses y sólo esperaban la ocasión de tomarse un desquite. A cada hoguera que ardiese por los alrededores de Castelnaudary o de Carcasona, aumentaba la cólera de los descontentos, era como echar sal en una herida abierta.

Isabel no reparaba en estas cosas. Recluida en su escritorio, condensaba las respuestas últimas en frases claras y precisas. El tomo cuarto de su *Cognoscere causas* era un volumen delgado; las pesadas tapas de madera abultaban más que las hojas de pergamino que encuadernaban. Pero ya quedaba todo dicho. Sacó los cuatro tomos y después de guardarlos en un arca de roble que tenía en su celda, la escondió debajo de la yacija. Supuso que el libro secreto de los cátaros estaría más seguro allí que en la biblioteca. Para Guilberto de Castres confeccionó una copia, en la que incluyó además algunas hojas de sus borradores, e hizo dos voluminosos legajos con todo. Aprovechando una hora de tranquilidad durante la siguiente visita del obispo a Montségur, le hizo entrega de la obra.

—No es una Suma como las que escriben los eruditos católicos —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero es la revelación contemplada por mí a la luz de la

doctrina que recibí de Michel Roquebrun y Felipe Mazères, junto con lo que he leído y cotejado en los libros de otros *perfectos*. Mucho de lo que he encontrado ahí me ha parecido falto de peso, y otras cosas son demasiado nuevas y difíciles de comprender. Humildemente lo pongo todo en vuestras manos.

El obispo aceptó el ofrecimiento, lo agradeció y dijo:

—He pensado mucho acerca de tu explicación sobre el origen del mundo. La idea de que todo proceda de un minúsculo punto de luz dilatándose me parece tan inconcebible para la mente humana, que tal vez se encuentra muy cerca de la verdad, me temo. He hablado de ello con pocas personas y sólo una ha leído la primera copia que me diste de tu obra, que le causó gran espanto, por lo que me ha rogado encarecidamente que guardáramos reserva sobre ella. Esa persona y yo coincidimos en que aún no ha madurado el tiempo para esa revelación tuya. A decir verdad, el mundo no lo ha creado un sabio anciano con el trabajo de sus manos, ni ha sido Satanás el encargado de ello. La verdad de Dios es inaccesible para nuestro entendimiento, pero tú has creado una imagen pasable. Sin embargo, ningún ser humano puede concebir ese estampido del primer instante, y en estos tiempos de tribulación es necesario tener en cuenta a los humanos. Ellos precisan de ese anciano sabio que mira benévolo desde arriba y que tiene poder para decidirlo todo. Como también necesitan un monstruo con pata de cabra que echa espumarajos y posee la facultad demoníaca de apoderarse de las ánimas. Los humanos no pueden prescindir de imágenes y semejanzas humanas. Por eso te ruego que guardes silencio acerca de tu obra. Pero no olvides que la atesoramos.

Isabel asintió. Aquel discurso era innecesario; ella conocía mejor que nadie el apuro de la humanidad y la insuficiencia del entendimiento. No sentía la necesidad de demostrar nada, ni a sí misma ni a los demás.

Guilaberto de Castres se despidió y pocos días después se supo que había caído en una emboscada de los esbirros de la Inquisición. Se dijo que el obispo pudo escapar en el último momento, pero que todas sus posesiones habían caído en manos de los católicos, y que éstos habían quemado todos los escritos heréticos que encontraron. Isabel no prestó mucho crédito a la noticia, pues sabía que de haber sido realmente dominicos los que asaltaron al obispo, lejos de quemar los libros los habrían recogido cuidadosamente, como solían para estudiar las doctrinas de sus adversarios y poder rebatirlas con comodidad. De ser cierto que los asaltantes habían quemado los libros, sin duda todo el incidente estaba preparado y su inspirador no había sido otro sino el mismo obispo cátaro, temeroso de la peligrosidad de los pergaminos que llevaba. Se sonrió para sus adentros; más o menos había previsto que ocurriría algo por el estilo. Menos mal que ella tenía el *Cognoscere causas* auténtico escondido debajo de su camastro. Decidió buscar otro escondite más seguro, para que su obra no corriese ningún peligro.

Lo comentó con Juditha, con quien le unía una especie de hermandad espiritual consolidada en el decurso de los últimos años. Después de breve reflexión la

curandera mencionó que su hija Sofía acababa de descubrir una cueva natural en Gorges-de-la-Frau. Aún no sabía si el lugar iba a ser adecuado, aunque bastaría con llevar la obra a Château d'Embeyre para sustraerla a los peligros más inmediatos. Que llevarsen allí los libros y más adelante se vería. Isabel dio su asentimiento y poco después, en uno de los regresos de Sebastián a su hacienda desde el *pog*, llevaba los cuatro tomos en las alforjas de la acémila.

Isabel no volvió a entrar en el escritorio. Durante varios meses permaneció recluida en su celda. De pie al lado de la ventana que daba a mediodía contemplaba la carrera del sol. Le alegraba ver la primera claridad de la mañana que iluminaba las cimas cubiertas de nieve; su espíritu se elevaba cuando la luz alcanzaba los valles oscuros y aclaraba la superficie de las rocas; y se llenaba de júbilo cuando el sol entraba en la propia tronera por donde se asomaba ella. Y le rezaba a la luz del astro radiante hasta que éste desaparecía a poniente detrás de su observatorio. Pero su corazón sólo latía feliz después de la anochecida, cuando quedaban a oscuras las montañas. Porque en uno de sus sueños había escuchado palabras enigmáticas, y desde entonces veía todos los días, escrita ante sí en letras como esculpidas, esta frase: El séptimo día amanecerá, pero no le seguirá la noche. No se juzgaba preparada para un fin del mundo. En el fondo de su alma sabía que aún no era una *perfecta* verdadera. A la conclusión de cada día Isabel reservaba un poco de la felicidad vespertina para la mañana siguiente, hasta que alcanzó un estado de aproximada beatitud constante. Cuando llegó a esto sus sueños ya no la visitaron más, y pasaba noches tranquilas y reparadoras, sin ver asedios ni hogueras, ni aquella larga cola de *buenos cristianos* avanzando lentamente. Ni tampoco se vio obligada a contemplar el rostro dolorido de su hermano. Si alguna imagen asomaba entre la oscuridad nocturna para alumbrar su alma, eran unos petirrojos bañándose en un charco, o los cálices color azul intenso de unas flores de genciana, o los ojos radiantes de Sofía y Jordán (que desde hacía algunos meses habían pasado a ocupar una *cabane* para ellos solos e invitaban a participar de su felicidad, con lo que bien podían tener entrada en el ánimo nocturna de Isabel).

Pocos sueños, pues, y aun éstos agradables, se deslizaban en las noches de Isabel, que la regalaron con una paz desconocida para ella. Al principio se sorprendió y llegó a temer que la sorprendiese alguna pesadilla. Pero con el tiempo acabó confiando en poder dormir sin soñar nada. Fue un paso más hacia Dios.

En vista de la tranquilidad con que transcurrieron los años 1238 y 1239 casi se pudo creer que la baronía de Mirepoix y el condado de Foix con todas las comarcas situadas más al sur, alrededor del centro cátaros de Montségur, componían la olvidada Occitania. Los integrantes de la familia Lemaitre apuraban su pequeña felicidad.

Isabel, Sebastián, Juditha, Sofía y Jordán pasaron las últimas semanas del verano en Château d'Embeyre, su casa del valle del Hers, y en septiembre de 1239 invitaron a algunas *trouvères* e incluso a un *troubadour*, quienes organizaron un certamen poético de los que Sebastián no había visto desde los tiempos de su adolescencia en Quéribus. Todos compitieron por superar a sus adversarios incluso con las *vitas* previas a la interpretación de las obras y en que los poetas se presentaban a sí mismos. En los que no fuesen hidalgos, precisamente, se valoraba una vida movida y heroica, dedicada al amor y al arte. Por el afán de destacar, muchos mezclaban en esto la ficción y la realidad, y así conseguían que mereciesen más atención sus canciones. Las *trouvères* se excedieron en dar libre curso a la fantasía, con no poco regocijo por parte de los oyentes. Sebastián y sus compañeros se animaron mientras escuchaban el concurso de los vates, que cuando éstos se despidieron organizaron en el prado delante de la casa una *tjoste* y rompieron algunas lanzas con bastante ardimiento. Entre ellos destacó por su valentía Jordán de Mas, hasta tal punto que Sebastián y Bertrán se pusieron de acuerdo en armarlo caballero aquella misma tarde. Sofía estaba no poco Orgullosa de su campeón.

Jordán casi formaba parte de la familia y Sofía sintió un rebrote de violenta pasión hacia su valiente luchador. Crecía el amor entre ambos y después de la vela de armas los cabezas de las respectivas familias empezaron a trazar planes matrimoniales. Isabel se ofreció a celebrar la ceremonia y emprendió la preparación de su sobrina. Recordó las reservas que muchos años antes se alzaron contra el casamiento de ella, y cómo los *bonshommes* eran poco partidarios de la unión conyugal en general. Evocó una vez más la sabiduría bondadosa de Michel de Roquebrun, y mientras estaba relatando esto dio en acordarse también de Alfonse de Olmes y su triste sino. Todo esto quiso contárselo a Sofía para que ésta comprendiera la infinita variedad de los destinos humanos, viendo al mismo tiempo si la joven había madurado bien su decisión o estaba cediendo al capricho de una pasión momentánea. Isabel quería mucho a su sobrina y le habría dolido que ésta diese un paso precipitado. Habría preferido que dejase pasar más tiempo antes de comprometerse. Que viviese su placer y su pasión si quería, pero las obligaciones de un matrimonio eran otra cosa. Isabel reflexionó sobre estos impulsos suyos y se creyó obligada a contenerlos. Pero seguía temiendo que después de su boda Sofía no quisiera saber nada más en cuanto a los secretos de los *bonshommes*. Fue entonces cuando permitió por primera vez que Sofía ojease el *Cognoscere causas*.

—No te preocupes —dijo por fin Sofía, y besó a su tía en la mejilla—. Yo custodiaré tu tesoro. Hay una cueva en el Gorges-de-la-Peur. Llevaré tus libros allí el verano próximo.

Isabel, que tenía alguna noticia de esa caverna, preguntó si allí los libros estarían a salvo de la humedad y los bichos.

—Nunca hemos visto bichos en la cueva, y está muy alta sobre el nivel del río. Así que no hay nada que temer. El suelo no presenta ni el menor rastro de humedad.

Entonces decidió Isabel confiarle a su sobrina el *Cognoscere causas*, a fin de conservarlo para una época futura de espíritus abiertos a la conciliación y a la paz. A partir de entonces pudo aguardar sin remordimientos la fecha de la boda. Sofía sería la guardiana del tesoro. Se podía confiar en ella.

A ratos, oculta en una cámara apartada, Sofía ojeaba el secreto de los cátaros y profundizaba en aquella fe que tanto parecía molestar a los católicos en razón de su aborrecimiento del mundo, por una parte, y su promesa de reencarnación, por otra. La claridad del pensamiento de su tía la cautivó mucho más que las eruditas explicaciones de Hildegarda de Bingen, escuchadas en otros tiempos. Ahora que se acercaba cada vez más la celebración mundana de la boda, sentía anhelos de santidad. Burlándose de sí misma, Sofía buscaba refugio en el goce más salvaje con Jordán, como para demostrarse a sí misma lo atada que estaba a lo corporal. La movía un deseo de plenitud física del amor, tan exigente que a veces le hacía pasar más de un trago difícil a Jordán. Se empeñaba en realizar todo lo que se le ocurría, y en lanzarse al vértigo de los sentidos con excitación creciente, a ratos casi incontenible. Eso ahuyentaba durante algunos días la veleidad de entregarse a la búsqueda de sus raíces como creyente y entretenía la espera de las bodas de manera que Jordán podía considerarse afortunado. Y más aún cuando le dio el sí con una sonrisa radiante. Isabel bendijo el paño con que se ataba las manos unidas de los contrayentes. Todo parecía dispuesto para que la pareja disfrutase de su paz, pero estaba escrito que no iba a ser así.



Las *terrae linguae occitanae* no se limitaban a la baronía de Mirepoix. A las comarcas del Sabartés, del Minervois, del Razès y del Albigeois les pesaba cada vez más el tener que ver cómo se propasaban los de la Inquisición y no decir nada, o cómo los franceses merodeaban por el país y asolaban sembrados y viñedos cuando el tributo no llegaba a lo esperado por su codicia. Ramón de Trencavel, hijo del ejecutado vizconde de Carcasona, precipitó el alud cuando salió de sus posesiones en España cruzando los Pirineos y recorrió el valle del Aude para caer sobre aquella ciudad y recobrar el señorío de su padre. Acompañado de fuerte tropa de jinetes, se plantó delante de la ciudad amurallada. Pero los franceses no presentaron batalla, sino que se quedaron detrás de sus almenas, a ver si Trencavel se atrevía a ponerles cerco. Que no lo intentó siquiera, pues no contaba con fuerzas suficientes, dado el tamaño de la Cité. Pronto abandonó el plan de conquistar Carcasona y se conformó, lo mismo que antaño Ramón VII, atacando a los invasores por medio de reiteradas emboscadas. Esto le valió bastantes éxitos y muchos *faidits* se animaron también a salir de sus escondrijos y ensayar golpes de mano contra el francés. La resistencia se encendía en muchos lugares. Hasta que los franceses concentraron su caballería y salieron con

todo su poderío contra Trencavel. Como tenían la superioridad, el occitano, imposibilitado para presentar batalla en campo abierto, huyó precipitadamente con todos sus efectivos, Aude arriba y en dirección a los Pirineos. Allí se proponía esperar a que se consolidase la agitación contra el rey francés y cobrase fuerza suficiente para intentar la liberación de Occitania.

Mensajeros secretos llevaban noticias favorables de un lado al otro del país. Tan pronto se decía que Hugo de Lusignan, el conde de la Marche, proyectaba una insurrección del Poitou contra la tiranía de los parisinos, como se hablaba de una alianza con Enrique III de Inglaterra o con los duques de Bretaña. En el sur, Jaime I, el nuevo rey de Aragón, declaraba su intención de socorrer a Ramón de Tolosa contra Luis IX. En 1241, cuando el Señor llamó a Gregorio IX a su seno, y quebrado en apariencia el poder del papado, el emperador Federico II quiso frenar las pretensiones de poder temporal de la Iglesia en Italia; y esas hostilidades impedirían que el nuevo Papa Celestino enviase refuerzos contra Occitania. Las grandes líneas de la política auguraban la resurrección del Midi, y ya podían los dominicos dar por perdida su causa; de momento, en muchas poblaciones no se atrevían a salir sin escolta a la calle. Pese a su creciente actividad contra los *bonshommes* tenían los días contados.

No era de ese parecer Serenus, quien había distinguido con claridad el peligro que representaban aquellos conatos de resistencia, y acordó con Guillaume Arnaud, Pierre Sellan y otros inquisidores la necesidad de intensificar la persecución contra los herejes. Y donde no llegase la espada sería preciso hacer como en otra época Ulises frente a la hidra, atacar con el fuego. De manera que recurrieron de nuevo a los juicios sumarios, a encender otra vez las hogueras del brazo secular, tratando de dominar la herejía de una vez por todas. Serenus y sus colaboradores pusieron toda su ambición en lograr por fin un resultado que marcara huella; de sus reflexiones resultaron dos cosas: primera, que la instrucción o *inquisitio haereticae pravitatis* adquiriese un carácter cada vez más secreto; segunda, que se perfeccionaron los métodos para arrancar confesiones a los sospechosos. Como la mayoría de los herejes eran contumaces y aficionados a eludir la verdad mediante rodeos, se buscó la manera de facilitar el acceso a la verdad.

Fue así como Serenus descubrió el dolor. Ciertamente no podía pasar por ser el inventor de la tortura, las descripciones de cuya práctica en la Antigüedad abundaban en los libros. En Occitania, sin embargo, fue un precursor; los primeros intentos de sacar la verdad más a fondo y con mayor prontitud por el procedimiento de infligir dolor a los sospechosos produjeron resultados satisfactorios inmediatamente, hasta tal punto que la Inquisición ya no pudo prescindir de la tortura en sus averiguaciones. No menos eficaz era la medida de confinar a los sospechosos en celda aislada y prolongar la detención preventiva por tiempo indefinido. En sus instrucciones para los encargados de luchar contra la plaga de la herejía Serenus escribió: «Cuando se

encierra juntos a varios sospechosos ellos se ponen de acuerdo en cuanto a lo que van a declarar, y se reafirman en sus funestas doctrinas. De ahí que se imponga la detención individual y además no se admitirán canjes». Por otra parte, interesaba a Serenus establecer la veracidad de las confesiones, y lo mismo la sinceridad de las abjuraciones. También aquí tomaban cuerpo las experiencias de su primer año como inquisidor, cuando aconsejaba a sus alumnos: «Son varios los indicios que permiten distinguir cuándo es sincero el regreso a la fe verdadera: si el confeso denuncia a sus antiguos cómplices, si persigue a los heréticos con la palabra y la acción, si admite humildemente sus errores anteriores, los aborrece y abjura de ellos. [...] Por consiguiente, cuando sea entregado de nuevo al tribunal debe reconocer dichos errores manifestándolos verbalmente, debe condenarlos y abjurar públicamente de ellos, y confesar la fe católica. Sólo entonces se le concederá, a título de penitencia, el beneficio de la cárcel perpetua bajo reserva de un posible indulto». Por prudencia, Serenus se abstuvo de consignar al pergamino que ese beneficio de la cadena perpetua iba a resultar más que dudoso, porque las condiciones de muchos calabozos eran tales que no se salía de allí sino gravemente enfermo. Pocos volvían a ver la luz del sol. En cuanto a los indultos, mientras tuvo jurisdicción Serenus nunca concedió ninguno. Como ha quedado dicho, había perdido todo calor humano y sólo le quedaba el espíritu justiciero con que perseguía a los *bonshommes* dondequiera que fuesen habidos, y persuadido de estar cumpliendo con ello los justos designios de Dios.

En abril de 1242 se supo que había aparecido en la comarca de Sorèze más de una docena de heréticos, y no se descartaba que hubiese entre ellos varios obispos cátaros. Serenus entendió enseguida la importancia del caso y se puso en marcha hacia allí en compañía del franciscano Etienne de Saint-Thibéry y el dominico Raymond Carbonne. Una vez llegados al nido de herejes coincidirían con Guillaume Arnaud y otros dos hermanos, para emprender averiguaciones.

—Hay que erradicar la ralea infernal —se volvió hacia el franciscano mientras iban de camino—. Daremos un buen golpe a esos hijos de Satanás.

Saint-Thibéry asintió, adelantando belicosamente la mandíbula. Estaba por completo de acuerdo y no sería él quien invocase la misericordia franciscana. Cuanto más se acercaban al reducto de los herejes más consenso había entre los dominicos y el franciscano: la Iglesia estaba en peligro porque el rey, que había actuado con mano dura en otros muchos lugares, tratándose de Occitania demostraba una extraña indecisión. Y el brazo del nuevo pontífice todavía no llegaba a los Pirineos. Excepto por medio de sus predicadores, a los que había hecho inquisidores con el expreso deseo de que fuesen los portadores de la antorcha y de la espada. Poco después de reunirse con Guillaume Arnaud, éste los puso al corriente de la situación mediante un incendiario discurso, que caldeó los ánimos excluyendo de antemano toda posibilidad

de una instrucción imparcial. El segundo día empezaron a ser sometidos a la cuestión los *bonshommes* metiéndoles un clavo de hierro al rojo bajo la uña del pulgar izquierdo, cosa que hacía un daño de todos los demonios. Los inquisidores no torcieron el gesto y a los pocos minutos el *perfecto* confesó todo cuanto quisieron los instructores. Un día entero de trabajo y toda la habilidad del verdugo hicieron falta, sin embargo, para que se aviniese a dar los nombres de otros *elegidos*. Por fin se pudo vencer tal empecinamiento y poco después la Inquisición mandaba prender a más de veinte hombres y cinco mujeres. Los acusados fueron arrojados a un calabozo oscuro y se les prohibió hablar. El primero que transgredió la regla del silencio trabó conocimiento con el gato de nueve colas hasta que se desmayó del dolor. Lo cual sirvió de advertencia a los demás, tanto más eficaz por cuanto el azotado murió pocos días después de resultas de las heridas. El calabozo estaba inundado y apenas tenía un lugar seco para recogerse a dormir. Puestos en remojo los presos, no tardaron en pillar toses y escalofríos, y como además no había letrinas, vivían sumergidos en su hedor y excrementos. Las ratas saltaban tranquilamente por entre los cuerpos atormentados. El día del juicio los acusados lo confesaron todo, prefiriendo la muerte a continuar en aquella prisión. Ni uno solo de ellos abjuró de sus creencias ni se convirtió. Subieron sonriendo al carromato y ni siquiera se alteraron a la vista de los leños amontonados para quemarlos.

Así son todos, contumaces hasta la muerte, se dijo Serenus con rabia mientras asistía a la ejecución. No le daban pena, al contrario. Cuando empezaron a arder aquellos discípulos de Satán sintió una profunda satisfacción, la del deber cumplido.



A mediados de mayo, un mensajero anunció al alcaide de la fortaleza de Avignonet que el tribunal de Sorèze se disponía a trasladarse a su ciudad. Ramón d'Alfaro, sobrino y cuñado del conde de Tolosa, que llevaba apenas unos meses en el ejercicio de cargo, creyó ver una oportunidad y envió un emisario de su máxima confianza a Pierre-Roger de Mirepoix y Ramón de Péreille.

—Mi señor el conde de Tolosa no puede moverse de su lugar ni enviar refuerzos. Es menester acabar con Guillaume Arnaud y sus acompañantes, por lo cual debo rogar a Pierre-Roger de Mirepoix y demás defensores de Montségur que acudan a Avignonet, adonde van a llegar los inquisidores. Voy a darte además cartas para Pierre-Roger. Date prisa y cuando perezcan los inquisidores, te daré en premio el mejor corcel que se pueda encontrar en Avignonet.

El alcaide de Avignonet sabía bien a quién solicitaba auxilio. En los últimos años los barones habían acumulado motivos más que sobrados para estar indispuestos con los inquisidores. Guillaume Arnaud había excomulgado a tres miembros de su familia y estaban impacientes por lavar tal afrenta.

No se equivocaba Ramón d'Alfaro. Su mensaje produjo gran agitación en el *pog*, y más todavía la comunicación secreta dirigida a Pierre-Roger de Mirepoix: que el

atentado contra los inquisidores iba a servir de faro para la insurrección de toda Occitania y presagio funesto para franceses. Los señores de Montségur estaban al tanto de la rebelión del conde de la Marche y confiaban en una pronta intervención del rey inglés.

Pierre-Roger llamó a Sebastián y celebraron consejo de guerra en el castillo. Los siete caballeros se sentaron en la sala grande del *donjon* y bebieron una copa tras otra del vino espeso. Con puñetazos sobre la mesa sellaron su asentimiento a las palabras de Pierre-Roger cuando leyó el pasaje de la carta en que D'Alfaro solicitaba la ejecución de los inquisidores.

—Sosegad esos ánimos —levantó la voz Ramón de Péreille—. No conviene precipitarse. Si acudimos a la petición del alcaide, sacamos a Montségur de su anonimato y llamaremos la atención del rey. Si el atentado fracasa las consecuencias podrían ser graves.

—Hay otros aspectos que considerar —asintió Sebastián—. Aquí protegemos a los más destacados de entre nuestros *bonshommes*. Esto es el templo de la luz, el reducto de los *elegidos*, que aborrecen la violencia y se dicen servidores de la paz. No debemos comprometerlos, ni traicionar sus principios.

—En Sorèze los inquisidores mataron como reses a veinte *perfectos* y dieron suplicio a otras muchas personas. Los dominicos nunca abandonarán la persecución contra nuestros *buenos cristianos* si no les paramos los pies —objetó Pierre-Roger de Mirepoix, dando a entender que era partidario de iniciar hostilidades.

—Nosotros somos los caballeros protectores de los buenos, pero no hemos hecho ningún voto por la paz. Nuestro deber consiste en defender con valentía la justicia y la verdadera fe. Siendo así, ¿cómo íbamos a traicionar los principios de los *bonshommes*?

—Y ¿qué hay si fracasa el golpe de mano? —objetó de nuevo Sebastián.

—Todo es cuestión de prepararlo bien —replicó otro—. ¿Ha propuesto algún plan D'Alfaro en su carta?

—Sí —contestó Pierre-Roger—. El administrador de la fortaleza de Avignonet, un tal Golairan, nos franqueará la entrada de noche y nos conducirá a los dormitorios de los dominicos. Allí podremos cumplir con nuestro deber sin que nadie nos lo impida.

—¿Y la insurrección general? —preguntó Sebastián—. ¿Qué hay de la insurrección?

—El mismo Ramón de Tolosa la acaudillará, y dará el primer golpe tan pronto como reciba la noticia de nuestro éxito.

—Aquí dice que después de Hugo de Lusignan de la Marche, que ha obligado al rey Luis a presentar batalla, desembarcará en la Bretaña el rey Enrique de Inglaterra para atacar las tropas reales por retaguardia. Y que nosotros recibiremos refuerzos del rey Jaime, y así estaremos en disposición de expulsar a los franceses.

—Este plan me inspira presentimientos funestos —frunció el ceño Sebastián—.

No es una pelea noble, sino una emboscada traicionera e indigna de unos caballeros. Se nos aborrecerá por ello.

—Es menester que los inquisidores mueran. Hay que asegurar esa primera victoria y no es cuestión de reparar en leyes de la caballería.

—Los franceses tampoco se andan con chiquitas.

—Tendré mucho gusto en rebanarles el pescuezo personalmente —dijo un tercero.

Las voces y los vapores del vino confundieron los entendimientos. Los caballeros de Montségur acordaron acudir al llamamiento de Ramón d'Alfaro.

La mañana siguiente Sebastián se puso en camino hacia Château d'Embeyre para comunicarle a Jordán que dentro de pocos días todos partirían hacia Avignonet. El novel caballero y esposo aceptó la misión con alegría, sin pararse a pensar en posibles consecuencias. Como joven, era impaciente y llevaba demasiado tiempo reservando sus fuerzas; por eso saludaba la oportunidad de entrar, por fin, en acción. Sebastián se alegró de ello, en parte, pues él mismo también se consideraba un luchador y le complació que su yerno hiciese demostración de virtudes viriles. Pero, por otra parte, el proyecto de sorprender a los inquisidores durante el sueño seguía desagradándole. Ni él ni ninguno de los suyos debían manchar la espada con unas muertes a traición. Preocupado por el caso, decidió pedir consejo de Isabel, que estaba pasando unos días en su propiedad. Así que aprovechó una hora tranquila para salir con ella al prado, y le contó el terror que ejercía la Inquisición en las tierras bajas, y el plan consistente en asesinar a los inquisidores para terminar con sus estragos.

—Conocemos por muchos caminos los manejos de esos frailes —dijo Isabel, pensativa—. Sería deseable que acabasen las pesquisas, las persecuciones y los tormentos. Yo no vacilaría, ni siquiera en lo que se refiere a aprovechar la distracción de las víctimas. Porque no es menos traicionero lo que hacen los dominicos. En esta vida toda acción implica pecado, y el homicidio no es nada extraordinario, sino oportuno cuando la causa es justa.

—Pero no así, que no es caballeroso, hermana mía.

—Escucho tus objeciones morales —replicó Isabel—. Pero creo que no son aplicables en este caso, porque el espionaje inquisitorial contra los buenos y sobre todo la violación de las confesiones auriculares son engaños mucho peores. En el fondo creo que no hay abuso de confianza más grave que hacerles creer a los fieles que la confesión va a librarlos de sus pecados, siempre y cuando el arrepentimiento y la penitencia sean sinceros, y prometiéndoles guardar el secreto de los actos revelados en el confesionario, para transmitir después todo lo confesado a un tribunal que actúa en nombre de la justicia temporal y humana. En vez de aliviar las almas, se está interrogando ocultamente a un testigo; una idea así sólo podría ocurrírsele a Satán, pero no a nadie que tenga el más mínimo sentido de la justicia. No hay traición peor

que ésa. Por eso vuestro plan no va contra las leyes de la caballería; al fin y al cabo, se lucha con las mismas armas.

—¿Te parece disculpable matar en sueños a una persona desprevenida, que no tiene ni la menor sospecha de que su vida va a ser atacada?

—En ese caso yo lo disculpo, y yo misma te impondría mis manos para consolarte. Lo que no quiere decir que apruebe ese plan.

—¿Cómo?

—Su realización acarreará desgracias para nosotros.

—Pero mira, Isabel, que la eliminación de los inquisidores es el primer acto de nuestra insurrección. Queremos sacudirnos el yugo de los franceses.

—Será nuestra perdición —replicó Isabel, y le contó a Sebastián el sueño de su pelea a espada con el dominico—. *Ad finem*, exigían los fanáticos —susurró—. Y luego vi los caballeros franceses al pie del *pog*, y oí cómo silbaban las piedras arrojadas por los sitiadores. Al final vi una gran pira y una larga fila de *perfectos* que avanzaba hacia la luz purificadora, ofreciendo sus vidas en sacrificio. Vuestra insurrección irritará al rey francés, que es fuerte. Desde el primer momento la cruz que Felipe Augusto mandó llevar al Midi, hace más de treinta años, cuando éramos niños, no fue más que un pretexto. Ese rey no veía nuestra fe, sino nuestras tierras, y esa cruz que tomaron sus caballeros era el medio y la justificación que él necesitaba para conquistar Occitania.

Sebastián miró con incredulidad a su hermana.

—El poder, hermano mío. Todo es cuestión de poder.



Mano con mano, Jordán y Sofía pasearon por los prados en dirección a Gorges-de-la-Frau, aunque cada doce pasos se detenían para abrazarse, besarse y decirse zalamerías al oído. Las voces se acaloraban más a medida que ellos se acercaban a la cavidad natural, y de beso en beso las respiraciones se hacían más afanosas.

—Me parece que no voy a tener paciencia.

—Pues entremos en nuestro emocionante pasado —replicó Sofía, tomando la mano de Jordán que acariciaba tiernamente sus pechos y tirando de él en dirección a la cueva.

Deseaba celebrar allí la despedida de su amado, y recordar la embriaguez de sus primeros encuentros. La noticia de que Jordán iba a salir el día siguiente con el padre de ella y otros caballeros más suscitaba en ella sentimientos contradictorios. Por una parte, la enorgullecía que su hombre fuese llamado a participar en una expedición tan importante; ella sentía ya la causa de los occitanos y deseaba la expulsión de los franceses. Pero aún deseaba más la de los odiados inquisidores, y por eso le parecía bien el proyecto de caer sobre ellos y declarar las hostilidades contra el francés. Por otra parte, la empresa le daba miedo, y este sentimiento caía

sobre ella como la escarcha del invierno en un matorral. Por eso sentía el afán de asegurarse, como si la certeza de lo pasado pudiera servir como garantía del futuro. Aunque no concebía la idea con mucha claridad, le parecía importante que Jordán fuese a la batalla llevando todo el amor que ella pudiese darle, y además hacerlo en el mismo lugar donde por primera vez habían sido el uno del otro sin reservas.

El Hers bajaba demasiado crecido y el agua estaba muy fría. En su recorrido sobre las peñas, más de un golpe de la resaca les empapó las ropas y enfrió la impaciencia, aunque ésta se encendía de nuevo cada vez que se tocaban. Hasta que se hallaron frente a la gran cortina gris del salto de agua y dieron el paso siguiente. Entraron casi sorprendidos en la cueva y se arrancaron las ropas mojadas. La boca de Jordán, sedienta de amor, hizo ventosa en el cuello de ella. Sus manos recorrieron la espalda y agarraron con energía las nalgas. Ella empujaba con la pelvis contra la del hombre y disfrutaba el contacto piel a piel. Los labios de él emigraron lentamente cuello abajo, hacia el hueco de la clavícula y la redondez suave de los pechos. Evitó la aréola rosada besando en derredor, y su boca continuó hacia el ombligo y luego hacia las piernas, no sin besar la piel suave de la ingle. Con las manos emprendió una expedición, ¡ah!, con qué suavidad acariciaban los muslos hasta las rodillas, continuaban palpando hasta las pantorrillas, daban suave masaje a las plantas de los pies, primero el derecho y luego el izquierdo, para volver luego hacia arriba por la cara interior de la pierna y del muslo. Siempre arriba, muy despacio, como años atrás, cuando todavía era tímido y las yemas de sus dedos tartamudeaban. Ella se abrió de piernas para facilitarle la exploración. Él se detuvo y ella hizo puchero con los labios, pero él hizo como que no se fijaba en el triángulo mágico, sino que prefirió rozar con las palmas de las manos el vientre plano y regresar acariciando hacia la espalda, donde las manos al retorno de su viaje volvieron a aferrar los glúteos con vigor. De nuevo su boca subió y rozó los labios de ella. Sofía los entreabrió y las dos lenguas se entrelazaron. El mundo circundante había dejado de existir para ellos; estaban pendientes de sus caricias y su excitación nada más.

La hondonada se hallaba ya a oscuras cuando los enamorados salieron a través de la cortina de agua, y mientras volvían cuesta abajo se dieron más de un doloroso coscorrón. Por fin, al verse en lugar seguro volvieron a abrazarse y abrieron nuevo espacio a la ternura, menos urgente que antes pero no menos excitante. Corrieron por el prado persiguiendo las luciérnagas, que bailaban misteriosamente sobre la hierba, casi como haciendo de guías. ¿Sería verdad que aquellos cuerpos luminosos contenían almas de criaturas muertas recién nacidas, y que hacían señales a los vivos? En todo caso, Jordán y Sofía se tomaron de la mano y decidieron seguir las, hasta que llegaron a la linde del pantano que valle abajo defendía la propiedad contra visitantes inoportunos. Sentados sobre el tronco de un álamo derribado por la última tormenta, juntaron la mejilla y se quedaron contemplando la turbera, hablando apenas en susurros. El aire templado de la noche secó sus vestiduras. Se sentían fatigados, pero hondamente satisfechos. Así que siguieron abrazados y olvidaron el mañana. Los

párpados pesaban y era menester combatir el sueño. Apenas veían ya el revoloteo de las luciérnagas, ni les espantaron las sombras huidizas de los murciélagos. De pronto se sobresaltaron al ver un resplandor que corría sobre la turbera. Parecía una serie de pequeñas llamas que saltaban aquí y allá. Algunas crecían hasta la altura de un hombre, pero no se veía el fuego. Los cuerpos ondulantes de las sílfides se agitaban en halos de luz azul y blanca, como un corro de bellas adolescentes. Levantaban piernas y brazos, giraban sobre sí mismas.

—¿Has visto eso? —susurró Sofía muerta de miedo, al tiempo que le daba un codazo a Jordán.

Éste se frotaba los ojos, maravillado, pero las apariciones no se esfumaron. Jordán palideció.

—Son fantasmas. Espíritus que nos alumbran el camino —balbució.

—Son fuegos fatuos. Buen presagio. —Sofía escupió tres veces por encima del hombro izquierdo de Jordán—. Anuncian que regresarás sano y salvo.

—Así sea —contestó él, y se quedaron largo rato mirando como hipnotizados la danza de las sílfides, hasta que los fuegos palidieron y desaparecieron.



El viaje a paso de asno se eternizaba y todavía les faltaba para llegar a Avignonet cuando les sorprendió el crepúsculo. En vista de lo cual Serenus y sus acompañantes decidieron acampar en la linde de un bosquecillo. Extendieron las mantas sobre el suelo seco, bajo la relativa protección de las copas de los alcornoques, y manearon a los burros de manera que pudiesen pacer. Después de repartirse las guardias, porque no era cuestión de echarse a dormir sin tomar precauciones, rezaron sus salmos de vísperas, y por último cenaron *gastel* y bacalao, y circularon los pellejos de vino.

—En Sorèze plantamos una señal para los herejes —gruñó Guillaume Arnaud, satisfecho—. Ahora ya saben que no nos andamos con bromas, esos occitanos recalcitrantes.

—Mañana deberíamos predicar, tratar de tocar el corazón de esos creyentes —intervino Etienne de Saint-Thibéry, como para demostrar una vez más que los franciscanos eran más tolerantes que los dominicos.

Pero sus oyentes asintieron, pues quedaba entendido que el sermón sólo era un prolegómeno para los interrogatorios, conducidos con la mayor severidad. A aquella fortaleza soñolienta, Avignonet, cuyo mando había asumido recientemente un sobrino del conde Ramón, estaba haciéndole mucha falta la visita de los inquisidores, que deseaban anotarse allí un éxito definitivo y pararle los pies de una vez por todas a la ralea del diablo.

—Por lo que se refiere a la cuestión —continuó Guillaume Arnaud como quien no quiere la cosa—, convendrá perfeccionar más el procedimiento, en vista de sus excelentes resultados.

—Deberíamos elaborar una especie de manual para los inquisidores —propuso

Serenus—, para que cada uno sepa cómo conducirse en las diferentes fases de la instrucción. Cuando lleguemos a Avignonet me pondré a completar mis anotaciones de Sorèze. Y cuando regresemos a Tolosa le añadiré el capítulo sobre los interrogatorios y los comentarios jurídicos. De este modo cualquier autoridad, juez, párroco o fraile predicador dispondrá de una guía para saber cómo hay que tratar a los herejes.

Hasta el mismo Etienne de Saint-Thibéry asintió satisfecho, pues todos entendían que aparte de los inquisidores apenas se contaba con personal capacitado para realizar averiguaciones. El buen éxito de la empresa requería unas normas precisas, y ése era el terreno de los dominicos: para la persecución del error el celo no era suficiente, se necesitaba también exactitud y profundidad legal.

Serenus estaba orgulloso de sus ideas, pero lo habría estado más si hubiese sabido qué terreno tan fértil iban a encontrar las mismas entre las futuras promociones de su orden. En cierto modo Serenus se adelantaba a su época, y mientras hablaba con sus hermanos en su tono habitual, severo y nada humanitario, intuía que él y los suyos serían cada vez más odiados precisamente a causa de esa actitud característica. Cuando asumió su turno de guardia, poco antes de la hora de laudes, volvió a reflexionar sobre este problema del aborrecimiento humano e hizo nuevo y profundo examen de conciencia preguntándose si estaría en lo justo con su misión.

Lástima que la humanidad sea tan corta de vista, se dijo. Ni aprenden, ni entienden, ni creen. Pendientes de su existencia temporal, no se acuerdan del reino de los cielos. Pero ¿qué culpa tiene la oveja que no es capaz de hallar su camino? Es responsabilidad del pastor enseñarle ese camino, y mal pastor sería el que abandonase a la oveja descarriada. Sin embargo, también era lástima que haya que imponerles la salvación por medios tan coercitivos. Los medios empleados a mí me duelen incluso más que a ellos mismos, porque intuyo que el tormento es doble: el dolor de las carnes, y la tortura del alma que está prisionera del diablo. Muchas veces me dan pena. Es bien cierto que la justicia sin compasión no sería más que crueldad, pero la compasión sin justicia sería el principio de la disolución de todas las cosas. Eso no se puede consentir. Y lo peor de todo sería que yo consintiese la condenación de esas almas. Así pues, el amor a la verdad y a la justicia, lo mismo que mi oficio de pastor, me obligan a ser juez severo y a aplicarles la cuestión dolorosa. Debo hacerlo, no hay otro remedio. Sin embargo, preferiría no ser tan odiado. Que comprendieran que todo se hace para salvar sus almas, así les sería mucho más fácil confesar.

De vez en cuando le atormentaban estas contradicciones. Hacia la hora cuarta, cuando le relevó el franciscano, fue a acostarse lleno de inseguridad, y sus pensamientos intranquilos le persiguieron hasta en sueños. Se revolcaba de un lado a otro, empapado en sudor. En su mente oía un alarido interminable, y vio entre nubes algodonosas el semblante anciano del Padre celestial. De los labios agrietados brotó una espada. Serenus despertó oyendo un chasquido, y gritó.

El sol negro

Y amaneció. Serenus apartó la manta y despertó lentamente de un profundo sopor, de un sueño plúmbeo que le dejó el ánimo lleno de vagos temores. Pierre-Roger de Mirepoix se dio la vuelta al recibir el primer rayo de sol que entró en su alcoba y le cosquilleó la cara, se echó sobre su mujer y la penetró resoplando. Jordán se desprendió del abrazo de Sofía, la tomó cariñosamente de la mano y salieron al llano. Él iba feliz, impaciente por comenzar la aventura en que participaba y fortalecido después de la noche pasada en las turberas. Los signos habían sido positivos, indudablemente los fuegos fatuos presagiaban el éxito de la misión. Sebastián se hallaba ya en los establos, cepillando su corcel, y con cada pasada del cepillo le parecía estar barriendo una de las objeciones de Isabel contra la empresa. Occitania necesitaba la libertad; era menester que los inquisidores desapareciesen. Ramón de Péreille subió al *donjon* de Montségur y se quedó contemplando la comarca con aire pensativo. El camino era largo, convenía que se dieran prisa si querían plantarse delante de Avignonet al anochecer. Pero estaba seguro de que, con la ayuda del Espíritu divino, no debía faltarles el éxito. En el llano, Ramón d'Alfaro despertó y se frotó las manos. Era el día de la visita de los inquisidores y se propuso darles una gran bienvenida, con un banquete succulento. Aunque, eso sí, con platos selectos, respetando la frugalidad de los monjes, y que sirvieran al mismo tiempo como testimonio de hospitalidad. Les ofrecería la protección de la guardia de palacio y les asignaría, para pernoctar la sala grande del ala de invitados. Allí se hallarían a gusto, y cuando estuviesen bien dormidos se les daría el recibimiento verdadero a aquellos verdugos. Y que disfrutaran el sueño eterno. Sí, pensó D'Alfaro, aquél iba a ser un gran día.



Los dominicos y su acompañante cargaron las alforjas, con especial atención al pesado saco lleno de pergaminos, no fuesen a perderse sus títulos y legajos. Era especialmente valiosa la información acumulada sobre las actividades de los herejes en el país. Guillaume Arnaud se ponía frenético, sobre todo, cuando repasaba los

numerosos indicios que apuntaban a la participación de personas de la familia condal en las asambleas de los descreídos. Aunque hubiesen transcurrido siete años, aún tenía muy presente la afrenta de Tolosa y estaba dispuesto a vengarse de Ramón y de su parentela. Confiaba en que Avignonet le suministraría nuevas pruebas de aquella implicación. Arnaud no veía llegado el momento de dar principio a los interrogatorios y para disimular su contento ponía el semblante ceñudo mientras empuñaba con decisión el ronزال de su asno y se colocaba a la cabeza de la comitiva. Avanzaba a grandes zancadas, cortando el frío de la amanecida. Se anunciaba una jornada calurosa; convenía darse prisa, para cubrir al menos la mitad del camino antes de los grandes calores del mediodía y llegar a poblado con el anochecer. El día siguiente era la fiesta de la Ascensión del Señor, y no se viajaba.

Marcharon en silencio, cada inquisidor y cada escribano sumido en sus propios pensamientos. Una y otra vez recordaba Serenus la pesadilla de la madrugada anterior, y se estremecía al recordar el sonido de la espada. No lograba quitárselo de la cabeza por más que se empeñaba, ni quitarle importancia diciéndose que eran imaginaciones o haciendo burla de los sueños y fantasías en general. Al contrario, su razón se veía impulsada a cavilar sobre los temas centrales de la fe, a buscar soluciones de validez general que dejaran a los *bonshommes* sin réplica posible, a tratar de descubrir la ley natural. Y halló en su raciocinio que el orden de la naturaleza debió instituirlo Dios, lo que le llevaba a la cuestión de cómo se hizo carne la Palabra. Te preguntarás a ti mismo, iba diciéndose, si el Verbo fue a ocupar un cuerpo animado, ¿por qué el evangelista no mencionó el alma sino únicamente la carne cuando dice «el Verbo se hizo carne»? A esto te respondo, se replicaba siguiendo la cadencia monótona de sus propios pasos, que el evangelista quiso demostrar la realidad de la encarnación y rebatir a los maniqueos cuando afirman que la Palabra no entró en carne real, no siendo de recibo que la palabra del buen Dios se hiciese carne si ésta era una invención del diablo. Y hasta se sonrió cuando hubo encontrado este argumento, pero antes de que pudiese redondear una nueva demostración contra los heréticos oía otra vez aquel crujido de la espada.

Los frailes abandonaron la sombra protectora del bosque y salieron a terreno despejado. Los cascos de los animales levantaban nubecillas de polvo cuyo olor se mezclaba con los aromas vegetales del tomillo, la salvia, el estragón y el espliego. Bordeaban el camino perfumados matorrales de rosas silvestres y escaramujo. Las flores amarillas de la ginesta y los lirios de fuego atraían las abejas y los abejorros. Se oían cacareos y graznidos de alarma de las picazas, los mirlos y los grajos. El franciscano iba admirando las bellezas de la Creación. Aunque también Serenus era capaz de apreciar un paisaje y se enorgullecía, en su fuero interno, de la amenidad de

su país natal. Con frecuencia el camino atravesaba pequeñas manchas de arbolado que servían de refresco y alivio al caminante. Los prados alternaban con los sembrados de avena y trigo, y las laderas favorablemente orientadas aparecían cubiertas de viñedos. Ciertamente era una tierra amable y Serenus revivió por primera vez desde hacía mucho tiempo la sensación de estar unido a Occitania, aunque se negase a reconocerla como amor a la patria. En general desconfiaba de los sentimientos y prefería que la razón interviniese en todo, aunque no siempre lo consiguiera. También esto le daba miedo, y sin poder evitarlo se interrogaba acerca de su propio temor. ¿Por qué tengo yo, por qué tienen las personas miedo? Sumido en sus cavilaciones se alejaba de la contemplación del paisaje. Le resultaba más familiar ocuparse con palabras y razonamientos. Pero la respuesta que encontró no era la más idónea para tranquilizarlo. El miedo, se dijo, proviene del apego que los humanos tenemos a las cosas. Sentimiento mundano, del que uno debería avergonzarse. De nuevo oyó el chasquido de la espada, y se vio obligado a confesarse que el apego a la propia vida predominaba por encima de la ciencia y del celo religioso. Es decir, que temía por su vida. Lo cual era una necedad, y se prohibió a sí mismo aquel género de pensamientos temerosos.

Aún no era la hora sexta cuando avistaron Avignonet en el horizonte, y cuando salieron al camino real procedente de Castelnaudary montaron en sus asnos y se encaminaron hacia la ciudadela. Con la elección de tales cabalgaduras se trataba de demostrar pobreza y autoridad al mismo tiempo. Serenus llevaba el hábito con orgullo. Cuanto más se acercaban a las murallas más palidecía la imagen de la espada. Que Avignonet viese en su persona al inquisidor impávido y nada más.

Guillaume Arnaud encabezaba la fila, la sotana y el escapulario asomando debajo de la capa negra y reclamando respeto. La entrada de los seis frailes y los cinco escribanos se convertía en una demostración de fuerza. Ramón D'Alfaro salió montado en un estupendo corcel, la armadura reluciente, para ir al encuentro de los inquisidores. Tiró de las riendas a unos cinco cuerpos de distancia de Arnaud, echó pie a tierra y se acercó a paso medido. Cuando faltaban todavía unos dos pasos de distancia hizo una inclinación. Arnaud disfrutaba el acto de pleitesía del alcaide, por lo que se tomó su tiempo antes de apearse del burro y alzar la derecha en ademán de saludo. El alcaide titubeó un instante antes de abrir los brazos y adelantarse hacia el dominico. Pero Arnaud evitó el abrazo y el beso fraternal tendiéndole a Ramón la mano con el anillo. D'Alfaro aceptó el ofrecimiento con elegancia cortesana y se limitó a insinuar el besamanos, después de lo cual se irguió en toda su estatura y sacó pecho.

—En el nombre de Dios sed bienvenidos a esta fortaleza condal de Avignonet, reverendos, y recibid la seguridad de que vuestra loable y santa empresa cuenta con toda nuestra atención y pleno apoyo. Más aún que el deber de nuestros juramentos

ante el rey nos obliga a ello nuestra fe.

Una vez más D'Alfaro insinuó una inclinación y prosiguió:

—En el ala de invitados encontraréis dormitorio y escribanía. Pasad a verlos cuando gustéis. Por la noche se celebrará un banquete de recibimiento, atendida también la festividad de mañana.

—Las noticias que traemos no son para celebraciones. Que el recibimiento sea frugal —replicó el inquisidor en tono condescendiente—. Tenemos buenas referencias de vuestra hospitalidad. Conducidnos, por favor.

Ramón d'Alfaro asintió con la cabeza y echó a andar, recogiendo al paso las riendas de su cabalgadura. Apenas había vuelto grupas el caballo soltó dos importantes bostas. Arnaud saltó ágilmente a un lado, pero no pudo evitar el resbalón e hincó la rodilla en tierra justo donde habían quedado los cagajones. D'Arnaud se mordió los labios para contener la risa, y el inquisidor hizo otro tanto para que no se le escapase una blasfemia.

Los dominicos quedaron satisfechos después de ver los dormitorios y el escritorio, pero exigieron un recinto adecuado para servir de cárcel. Tras breve reflexión D'Alfaro les ofreció las mazmorras de su propia fortaleza, y cuando propuso además enviar la centinela del castillo para la custodia de los detenidos y la seguridad de los instructores, anfitrión y huéspedes quedaron perfectamente avenidos. Serenus y Etienne de Saint-Thibéry despejaron la escribanía y ordenaron los legajos por nombre y estado de la instrucción. En pocas horas consiguieron tener una cancillería perfectamente organizada, que hacía honor a la *inquisitio haereticae pravitatis*. Tras la festividad de la Ascensión darían principio a su trabajo.

Después de vísperas los frailes y los escribanos se reunieron con los señores de Avignonet en el salón de la fortaleza interior. A una de las mesas largas se sentaron los inquisidores con D'Alfaro y la alta nobleza; en la otra, los escribanos y los simples hidalgos. Sin embargo, en ambas se sirvió lo mismo: vino blanco especiado reemplazando al *sinopel* tinto y también licor de moras, asado de gallina y faisán, legumbres y pan blanco. Fue una acertada combinación de ágape señorial y refacción monástica que suscitó incluso los elogios del franciscano. Los platos se sazonaron con pimienta, jengibre y rábano picante, que daban sabor a los guisos y esparcían un fino aroma. Se sirvieron para untar salsas de pimienta, sal y vino. De modo que todos hallaron lo que les convenía, los frugales, así como los comilones. El anfitrión cuidó de reponer continuamente las jarras llenas de vino, y cuanto más circulaban más desahogada se hacía la conversación entre los escribientes y la gente sencilla. Hasta los severos inquisidores prescindieron de su silencio habiendo degustado las guindas al licor, y conversaban con los nobles. El ambiente se relajó, desaparecido el recelo inicial, y según transcurría la velada casi pareció que se habían sentado a la mesa los adversarios de un torneo, para comentar las incidencias de la competición y por qué

los unos habían ganado y los otros habían perdido. Aunque a los clérigos tampoco les interesaba demasiado confraternizar; y así, cuando en la mesa vecina alguien contó un chiste de subido color, una severa mirada de Guillaume Arnaud hizo que los escribanos encogieran los cuellos. Durante algunos minutos hablaron en voz baja y fingieron actitud seria, pero al poco volvieron a las bromas y entonces Serenus puso fin a la velada en tono brusco. De ninguna manera convenía que los inquisidores entraran en familiaridades con la gente autóctona, comprometiendo la dignidad del oficio. En dos días emprenderían unos interrogatorios que exigirían seriedad y disciplina, sobre todo por parte del personal subordinado. No obstante, cuando se encaminaron al dormitorio los unos iban despreocupados y los más, marcadamente alegres. Todos los miembros de la expedición ocuparon sus yacijas convencidos de que Avignonet era el lugar más seguro del mundo.



Acamparon en un bosquecillo a orillas del Rigole, a un par de leguas apenas de Avignonet, y se quedaron esperando el mensaje procedente de la fortaleza. Pierre-Roger de Mirepoix y sus ocho *faidits* habían salido temprano por la mañana y después de cabalgar por el camino de Foix, Pamiers y Mazères se presentaron en el punto de cita cuando ya anochecía. Sebastián, Jordán y sus cinco acompañantes tomaron por Laroque d’Olmes, Mirepoix y Salle sur l’Hers para unirse a los demás sin llamar demasiado la atención. Los dos grupos lograron cruzar el país sin ser reconocidos ni molestados, buscando ocasional refugio en los bosques de abedules. Después de la puesta del sol se les unieron unas cuatro docenas de aldeanos de Avignonet y alrededores, armados con hachas y capitaneados por dos oficiales del conde. Éstos trajeron las instrucciones de Ramón d’Alfaro, según las cuales todos debían esperar hasta la llegada del mensajero Golairan. De manera que se quedaron formando pequeños grupos que hablaban de la Inquisición y de los franceses, cuyas odiosas acciones recordaron, como si hiciese falta para corroborar su decisión de abatir sin contemplaciones a los esbirros papales. Mucho se habló de los tormentos de que habían sido víctimas los sospechosos de Sorèze en manos de Arnaud, Serenus, Etienne de Saint-Thibéry, Raymond Carbonne y los demás: las carnes pellizcadas con tenazas al rojo, los clavos, los azotes, las cuchilladas, hasta que los martirizadores oían lo que deseaban oír. Se contaron muchas historias de horror y conforme avanzaba la oscuridad más negros pintaban a los inquisidores, hasta que todos hirvieron en deseos de venganza y Pierre-Roger, fuera de sí, declaró con fuerte voz su intención de cortar personalmente la cabeza al verdugo Guillaume Arnaud y hacerse una copa con su cráneo. Excitados, salieron del bosquecillo sin esperar a la llegada del mensajero, y avanzaron hasta la mole oscura de las murallas de Avignonet, que se elevaban amenazadoramente recortadas contra el cielo nocturno. A un tiro de flecha estaba la leprosería, abandonada desde hacía varios años por haber expulsado los franceses a los últimos enfermos. Allí se escondieron los belicosos

caballeros y campesinos para vigilar la salida de Golairan, esperando impacientes el momento de entrar en acción.

La agitación de sus compañeros no dejó de contagiársele a Sebastián, quien sentía en su interior aquella tensión especial con la que se había familiarizado en sus partidas de caza. De nuevo se excitaba su virilidad: pelear, conquistar, vencer, con todos los sentidos atentos y hasta la última fibra de su ser. Su cuerpo irradiaba violencia hacia fuera y hacia dentro, y ese instinto barría todas las reflexiones, todas las consideraciones. Olvidados los escrúpulos, el código de la caballería y las advertencias de Isabel, casi podría decirse que Sebastián esperaba sentir el placer de matar.

Por fin se separó de la sombra del portal una figura furtiva que enfiló hacia el bosquecillo. Uno de los hombres del conde le salió al paso. Era, en efecto, el mensajero Golairan.

—Podéis entrar —susurró—. Los diablos del Papa duermen.

En un instante cerraron filas y salieron todos de la leprosería, caballeros y labradores, en dirección a la muralla. La puerta se abrió y entraron uno a uno en Avignonet. Y así como, a veces, un relámpago ilumina de súbito el paisaje en medio de la noche más tenebrosa, fue como si cayese sobre la modesta fortaleza una luz deslumbrante, y durante algunas horas la ciudadela salió de su anonimato para entrar en el panorama de la Historia con mayúscula. Si un oráculo les hubiese anunciado en ese momento «si pasáis esa puerta, destruiréis una gran cultura», indudablemente Pierre-Roger de Mirepoix y sus compañeros habrían entendido esa profecía en sentido favorable a sus designios, y se habrían equivocado. La media luna daba muy poca claridad, y nadie vio la larga fila de hombres que siguiendo los pasos de su jefe recorría las calles y se colaba por la puerta del ala de los huéspedes. Hasta aquel momento habían actuado en completo silencio. Pero entonces encendieron las antorchas e irrumpieron en el dormitorio lanzando fuertes alaridos de guerra. Los inquisidores se incorporaron espantados y miraron con ojos deslumbrados por la súbita luz. Ya se levantaban las primeras hachas, ya hería la primera espada. Por detrás los campesinos venían empujando, todos querían dar su golpe, todos querían participar. Los últimos no hicieron más que ensañarse con cadáveres, así de fácil fue el exterminio de los frailes. Otros de los que no llegaron a tiempo para tomar parte en la matanza corrieron al escritorio y se apoderaron de todo cuanto encontraron allí. Libros encuadernados y pergaminos sueltos fueron a parar a los sacos de arpillera y arrebatados entre roncadas exclamaciones de júbilo. Todos los que estaban allí sabían que la Inquisición cifraba toda su riqueza en las actas, los documentos. Destruirlos era dar un primer paso hacia la libertad. Los *faidits* y los campesinos dieron ese paso con la misma alegría con que, dos días más tarde, consignaban a las llamas todo aquel botín.

Sebastián iba casi pegado a Golairan, y entró hasta el fondo del dormitorio junto con un portador de antorcha. Allí levantaba la cabeza un fraile robusto, el cabello crespo revuelto alrededor de la tonsura y frotándose los ojos, sorprendido por el griterío general. Pero reaccionó enseguida y, poniéndose en pie, metió la mano debajo de la yacija. Era preciso evitar cualquier conato de resistencia; Sebastián saltó hacia el clérigo y le lanzó una estocada en diagonal hacia la nuca. Pero en el preciso instante en que la punta de la espada se acercaba a la cabeza de la víctima, éste volvió la cara hacia Sebastián. Los ojos dilatados de espanto y como si misteriosamente hubiese presentido lo que le esperaba. El acero lanzó un destello y la espada entró por la sien, con un chasquido, penetrando en los sesos. Los ojos perdieron toda expresión. Sebastián se quedó inmóvil, como herido por un rayo, la mirada fija en el rostro del que empezaba a caer y que de súbito se le antojaba conocido, demasiado conocido.

—¡Guillaume! —exclamó al tiempo que soltaba la espada.

Y se quedó inmóvil en medio de aquella sangrienta batalla y confusión; ni siquiera reaccionó cuando Ramón de Péreille le dio una palmada en la espalda para felicitarle.

—¡Bravo! ¡Has abatido a ese perro rabioso de Serenus!

Ya se oían las primeras voces ordenando retirada cuando Sebastián se inclinó sobre su víctima para examinar con atención todos los rasgos del rostro. Aunque tenía el lado derecho desfigurado, el perfil izquierdo le bastó: la ceja, la nariz, la boca, la línea de la mejilla y el enérgico mentón fueron suficientes para reconocer a su amigo de la juventud y escudero. Ahí tendido estaba Guillaume, el que le había salvado la vida en Damietta con ayuda del curandero árabe, el despedido por él en Venecia sin una palabra de gratitud. Sebastián meneó la cabeza, pero sin dar un paso, siempre mirando al muerto. Por último Pierre-Roger se lo llevó casi a rastras.

—¡Vámonos! —le apremió—. Hay que desaparecer de aquí para que no se sepa quién ajustició a los inquisidores.

El estrépito en el ala de los invitados había causado algún revuelo en Avignonet. Algunos vecinos salían a la calle, a ver qué pasaba. Junto a la ciudadela comandada por D'Alfaro estaban acuartelados algunos soldados franceses, cuyo capitán se asomó a la puerta y llamaba a la guardia, teóricamente apostada por D'Alfaro para protección de los clérigos. Los caballeros de Montségur comprendieron la necesidad de darse prisa. Pierre-Roger y Sebastián corrieron por las calles buscando la puerta de la muralla. Allí sus ayudantes tenían preparados los caballos. Pese a la oscuridad los occitanos salieron al galope, y así pusieron tierra por medio durante un cuarto de hora, para continuar después al paso. De pronto, Pierre-Roger soltó una maldición:

—¡He olvidado el cráneo de Arnaud!

Todos se echaron a reír, excepto Sebastián.

El rostro de Guillaume se le apareció a Sebastián durante todo el camino de retorno a Montségur, e iba rememorando su infancia, de manera fragmentaria al principio y luego cada vez más concreta. Se vio a sí mismo revolcándose con Guillaume en el patio del castillo, en uno de sus frecuentes desafíos. Más tarde, en la sala ayudando a Simón Lemaitre, el *sénéchal*, y aprendiendo modales en la mesa. El padre de Sebastián les recordaba que los huesos roídos no deben devolverse a la cazuela, ni hay que sacar la mostaza ni la salsa con los dedos. Les encarecía la prohibición de sonarse en el mantel o echarse sobre la mesa para alcanzar un plato. También era recomendable procurar no rascarse el cuello con las uñas. Ellos siempre asentían muy serios, pero luego hacían lo que veían en los demás; por muy hidalgos que fuesen, todos se sonaban las narices con las mismas manos que iban luego a la comida, sobre todo cuando no había damas por allí. Y no sólo las peleas y los años de servicio recordaba Sebastián, sino también la notable inteligencia que demostró Guillaume en las clases de lectura y que había hecho de él un erudito, como más de una vez se le profetizaba burlonamente. Sólo que un erudito de un género especial, de los que utilizaban su ciencia como arma contra quienes tuviesen creencias distintas a las de ellos. Cavilaba Sebastián por qué le habría elegido el destino a él para acabar con aquel inquisidor precisamente. A cualquier otro, no le habría importado, porque mientras aguardaban en la leprosería había descartado los últimos escrúpulos. No le habría afectado matar a cualquier otro de aquellos verdugos. Pero Guillaume precisamente, lo cambiaba todo. ¿Por qué?, se preguntaba Sebastián, ¿por qué? Prisionero de esta pregunta, iba cabalgando indiferente a cuanto le rodeaba y dejó que lo condujeran de vuelta a Montségur.

El atentado fue la señal que Occitania esperaba. Ramón salió de Tolosa con una tropa sorprendentemente bien equipada de caballeros y *faidits*, y conquistó el Razès y el Minervois en una rápida serie de golpes de mano antes de continuar hacia Narbona. En cuyo castillo montó una fastuosa celebración durante la cual tomó juramento de fidelidad a los barones occitanos y se hizo proclamar conde de las *terrae linguae occitanae*, el título al que se había visto obligado a renunciar cuando la paz de Meaux. Pero, mientras Ramón soñaba con la liberación definitiva de Occitania, el rey Luis infligía una derrota aplastante a Hugo de Lusignan, conde de la Marche. Luego cayó sobre Enrique III de Inglaterra, que acababa de desembarcar en Royan. En Taillebourg el ejército francés machacó a los ingleses. Lógicamente crecido por estas victorias, Luis IX enfiló con sus tropas hacia el sur. Cuando llegaron al Perigord recibió la sumisión del conde de Foix. Y aún no remontaba el rey por el Garona cuando ya Ramón enviaba negociadores a Blanca de Castilla ofreciendo humildemente la sumisión. Había comprendido que su insurrección no tenía ninguna

oportunidad, porque los reyes españoles no movían un dedo para salvar a Occitania, ni el emperador tampoco. Así que el país quedaba a merced del francés. Con la paz de Lorris, en las cercanías de Montargis, Ramón aceptó una nueva amputación de su condado y se obligaba mediante solemnes juramentos a erradicar la herejía. Con la mano sobre la Biblia y en voz alta y bien audible juró limpiar Montségur, el reducto de los *bonshommes* tan odiado por los católicos, como si fuese una guarida de bandoleros.

Con todo, aún le restaba a Ramón algo de su astucia occitana para prometer solemnemente en enero de 1243, ante los obispos y abades occitanos y aquitanos reunidos en Béziers, que lucharía contra los hereéticos con todos los recursos de su administración. Con esto confiaba en librarse de la Inquisición de los dominicos. La administración condal se lanzó a las pesquisas con un celo perfectamente describable, de manera que casi todos los *perfectos* tuvieron tiempo para ponerse a buen recaudo antes de que los alguaciles llegasen. Y cuando casualmente atrapaban a alguno le devolvían la libertad a cambio de un rescate, como sucedió en Fanjeaux, donde el delegado del conde soltó al obispo cátaro Bertrand Marty contra el pago de trescientos *sous*. En cuanto a los dominicos, en parte se hallaban todavía conmocionados y espantados por la matanza de Avignonet, y en parte impresionados por el celo condal en la persecución contra los herejes. Incluso rogaron al nuevo Papa Inocencio IV que les dispensara de las funciones inquisitoriales. Pero el pontífice no otorgó la dispensa sino, muy al contrario, insistió en que se persiguiera a la heterodoxia con más energía que la que estaban poniendo las tropas de Ramón en aquellos momentos. Poco después, en primavera, los obispos católicos y los gobernadores nombrados por el rey francés en Occitania decidieron poner sitio a Montségur.



Todavía continuaba la vida en el *pog* al ritmo acostumbrado. Aunque se había disipado ya la euforia que trajeron a su retorno los combatientes de Avignonet. Porque los *elegidos* rechazaron casi unánimemente la matanza señalando que suponía una provocación contra el rey francés y un desafío al nuevo Papa, con lo cual se les convertía en aliados, y juntos serían más fuertes que ellos. Además, los *bonshommes* dijeron que ellos veían su misión en salvar a los ángeles caídos mediante la palabra y el buen ejemplo, no con acciones violentas. No obstante, muchos *parfaits* trataron de aprovechar las conquistas de Ramón en el Razès y el Minervois a fin de recuperar aquellos obispados, y salieron de dos en dos, como solían, para dispersarse por el país. Pero fue entonces cuando la noticia de Taillebourg acabó por desanimarlos; acostumbrados a esconderse, los *buenos cristianos* de Occitania apenas salían de las alquerías más remotas. Con el acto de sumisión de Ramón en Lorris la Iglesia de los *bonshommes* pasó definitivamente a la clandestinidad. Y también el templo de la luz en el *pog* perdió buena parte de su brillo; desde el sínodo de los católicos en Béziers,

allí todo el mundo se dedicaba a consolidar las fortificaciones de la montaña. Tras una reunión de Pierre-Roger de Mirepoix con el obispo de Montségur bajaron varias cajas de oro y las enterraron en varios escondites secretos al pie del *pog*. Por lo que pudiera ocurrir.

Sebastián vivía retirado en su Château d'Embeyre y no se avenía con su propio destino. Tenía pesadillas todas las noches y lo que más le atormentaba era la visión de su amigo muerto, traspasado por la propia espada de Sebastián. Tan pronto como regresaron de Avignonet quiso hablar con Isabel, y se lo contó todo. Ella le escuchó en silencio, aunque al ver su gran dolor le tomó de la mano y la retuvo hasta el final del relato.

—No hay mal que por bien no venga —dijo por último ella, y le aconsejó que profundizase en la meditación acerca de su propia vida.

Durante los meses de victoriosa cabalgata de Ramón VII a través de Occitania mantuvo Sebastián su encierro en el valle del Hers, intentando poner orden en su propia existencia. ¿Por qué no seré yo como mi halcón, pensaba, que sólo se ocupa de lo presente sin pensar en el ayer ni en el mañana? Entonces podría cumplir con las misiones que se me encargasen sin necesidad de cavilar sobre su sentido. ¿Que hay que acabar con un enemigo? Pues se le mata. ¿Que hay que socorrer a un amigo? Pues se le ayuda. ¡Sería tan sencillo pensar sólo en lo inmediato y poder dedicar a ello todas las fuerzas! Pero a nosotros, los humanos, lo pasado y lo por venir nos atormentan. Y mientras pensaba esto iba viendo las escenas de su vida y se llenaba de melancolía; casi todos eran momentos dolorosos, y se deprimía tanto al recordarlos que incluso le entristecían los breves instantes de felicidad efímera.

Al principio ni siquiera Juditha logró sacar de esta murria a su esposo, por lo que decidió aliviarle al menos la existencia prodigándole todo su amor. Añadía al *sinópel* de sus propios viñedos una cantidad de *Valeriana officinalis* recogida por ella misma excavando las raíces en las noches de luna llena. Una vez lavadas, las echaba al tonel y al cabo de algunas semanas este vino desarrollaba un maravilloso efecto tranquilizante. Unas copas tomadas por la noche hacían posible que Sebastián descansara en paz. Y para ayudarle a relajarse, muchas noches Juditha le daba masaje en la espalda con aceite de nueces, amasando los músculos hasta ablandarlos y quitarles el agarrotamiento. Lo cual él agradecía sobremanera, hasta tal punto que solía darse la vuelta para ofrecer algo más que la espalda a las caricias y así la complacía a ella. Entonces se abrazaban con pasión, como cuando estaban en Marotta; en el acto del amor Sebastián encontraba un refugio consolador y olvidaba durante algunas horas los temores y los remordimientos. Sin embargo, el tono predominante de su ánimo siguió siendo la melancolía hasta que los franceses se presentaron en la parte baja del valle del Hers para subir hacia el *pog* de Montségur y dar principio al asedio.

Muy otro fue el humor de Jordán de Mas durante los meses siguientes a la aventura de Avignonet. El golpe de mano contra los inquisidores era su primer hecho de armas y estaba no poco orgulloso de haber esgrimido la espada contra el inquisidor Raymond Carbonne, tan temido en toda Occitania. Así que regresaron a Montségur y ante la noticia de que Ramón de Tolosa se proponía echar de Occitania a todos los franceses, él se marchó a la comarca del Minervois con tres de los cinco caballeros de Château d'Embeyre para unirse a las tropas condales. El grupo no tardó en celebrar sus primeras victorias. Jordán en persona consiguió derribar al comandante de los franceses frente a Minerve, lo que le valió un asiento en la mesa del conde Ramón durante el banquete triunfal celebrado en Narbona. Cuando Ramón decidió que no presentaría batalla al rey Luis despidió a Jordán dándole licencia para regresar a Montségur, adonde llegó más decidido a combatir que nunca.

No quiso regresar a Gorges-de-la-Frau, sino que sacó a Sofía de la *cabane* y se la llevó al *pog*. Allí participaba en los trabajos de fortificación y no pensaba sino en batallas y expediciones. Los últimos meses habían hecho de él un auténtico caballero, aunque sin detrimento de la sensibilidad que tanto apreciaba Sofía en él. En esta cualidad incluso mejoró y en las horas que pasaban juntos vivieron de nuevo, y muchas veces, la plenitud de aquella última noche en la cueva y la turbera. Jordán se sentía repleto de una vitalidad desbocada. Ardía en deseos de luchar por su vida y por su libertad, y en espera de ello quería disfrutarlo todo a fondo. Siempre acudía dondequiera que hiciese falta su presencia y en muchas ocasiones tenía la sensación de estar viviendo dos vidas en una. Sofía también se daba cuenta de ello y por más que la complaciese que su apasionado caballero estuviera tan pendiente de ella, a veces se preocupaba pensando que nadie puede vivir dos vidas sin tener que pagar un precio. Y tenía miedo del día en que el destino les exigiera ese precio; sabía que la vida estaba en juego y que la muerte podía reclamar a Jordán. Entonces se entristecía y lamentaba el goce presente diciéndose que menos sería más con tal de que durase. No lograba concebir su propia vida sin Jordán, y temía la soledad, no querría vivir sin él. ¿Acaso no era el centro de su joven existencia? ¿De qué le valía a ella la vida sin Jordán? En este punto recordó que poco antes de su boda había sentido el deseo de una vida de santidad. Sólo eso podría valer la pena, se dijo Sofía mientras intentaba recordar lo leído en el *Cognoscere causas* para comentarlo con Isabel.

Isabel vivía como una ermitaña, saliendo de la celda apenas para lo más necesario. Como se había alejado del estudio y de la escritura, pasaba la mayor parte del tiempo en meditación sobre su camastro. Volvía los pensamientos hacia su interior y profundizaba, tras despejar la procesión de los recuerdos, purificándolos hasta vaciarlos de toda impresión terrenal de los sentidos. Entonces se llenaba de luz divina y quedaba arrebatada para el mundo. No tenía más vínculo terrenal que la relación

con Sofía, y se alegraba al comprobar en su sobrina la eficacia de las ideas del *Cognoscere causas*. Pensaba Isabel que tal vez le estuviese reservado a Sofía el destino de ser la única que conservase para otra época futura la verdadera, la pura fe de los *buenos cristianos*. Para un tiempo libre de luchas y de guerras, en que les sería concedida a los humanos la posibilidad de volver sin ira la mirada hacia sus propias raíces. En cualquier caso le había correspondido la custodia del legado de los cátares, pues nadie sino ella sabía dónde se ocultaba la obra de la reconciliación. Fue Sofía, tan pronto como Jordán salió hacia el Minervo, quien cargó libro a libro para transportarlos a la cueva, en cuyo rincón más oculto los depositó sobre un saliente de la roca. Isabel no ignoraba que Sofía era un alma elegida de Dios, pero no deseaba que fuese una *elegida* tal como lo entendía la Iglesia de los *buenos cristianos*. Porque en tal caso no dejaría de sufrir las persecuciones de la Inquisición, por una parte, y por otra, tendría que someterse al sistema de preceptos de los *bonshommes*, y eso no lo deseaba Isabel. No, se repetía siempre. Era menester que Sofía fuese libre para poder transmitir la esperanza. Y eran muchas las esperanzas que Isabel tenía depositadas en su sobrina: que permaneciese fiel a la vida, pero manteniendo abierta una vía hacia la fe. Es decir, que conciliase los contrarios en su persona, anulando el dualismo puro y duro. Así pensaba Isabel en ella, y deseaba que Sofía disfrutase plenamente de los bienes de la Creación, aunque sin abusar. Con humildad. En la vida cumple tener siempre humildad. Además, era necesario que Sofía continuase la obra de su madre y llegase a ser una gran sanadora, capaz de aliviar los sufrimientos de los demás y de vencer a las enfermedades y a los achaques. En una palabra, reunir en la misma existencia el amor a sí misma y el amor al prójimo, eso era lo que Isabel deseaba que consiguiese Sofía. Con frecuencia hablaban de lo que encerraba el futuro, sin olvidar que para la esposa de un caballero belicoso, muchas veces las cosas se presentaban de manera muy distinta de lo que hubiesen previsto.

Cuánta razón tenían. En Montségur, apenas avistaron las tropas del rey, cambió el destino de todos los residentes. Isabel, consciente de que se acercaba el fin, callaba. Pronto sería necesario prodigar consuelo y predicar fe en el porvenir, así que no era cuestión de albergar aprensiones. De todas maneras, el miedo no dejaría de apoderarse de los humanos, porque siempre que está la mesa puesta viene el diablo y lo echa todo a rodar.



Hugues des Arcis, el senescal francés, acercó las tropas y sentó sus reales al pie del *pog*. La extensa pradera en donde habían acampado hasta entonces los numerosos mercaderes que aprovisionaban a Montségur —y venían a ser como la base material del templo de la luz— quedó convertida en territorio enemigo. Con la aparición de los jinetes realistas quedaban inservibles para los *bonshommes* los accesos habituales;

no se podía subir por Lavelanet ni por el valle del Hers. Todavía no estaban reducidos, sin embargo, a la vía de la pared norte, muy difícil y practicable sólo para los buenos conocedores de la región. Seguía expedito el camino por el Roc de la Tour, que estaba en manos de los sitiados gracias al bastión y a la *barbacane* de la otra ladera del Pas de Trébuchet. De manera que los franceses no conseguían cerrar el cerco.

Apenas hubo ocupado Hugues des Arcis aquellos valles, se le unieron las tropas de los obispos de Narbona y Albi. Cuestión de que viesen los herejes que tanto la corona como la Iglesia iban en serio. Los católicos sabían que la empresa sería larga, de manera que montaron su campamento dotándolo de las mayores comodidades posibles. No sólo plantaron tiendas de campaña, sino que además construyeron en la ladera opuesta unas cabañas de madera para los nobles y una iglesia de rollizos, que coronaron con una cruz dorada y orientada de manera que lanzase reflejos a la puesta del sol y les encendiese las tripas a los herejes.

A menudo se reunían delante de sus lujosas chozas Hugues des Arcis y Pierre Amiel, el obispo de Narbona, para contemplar la pared rocosa en cuya cima estaba entronizado el templo de Satanás, como le llamaban los católicos al odiado *pog*.

—Hay que encontrar la manera de subir sin arrostrar demasiadas bajas —comentó Amiel—. Mis caballeros no tienen costumbre de haraganear al pie de una montaña sin hacer nada.

—Y los míos menos aún, porque han vivido muchas victorias desde el desafío que nos lanzó el conde de la Marche, y están acostumbrados a los éxitos fáciles —replicó el *sénéchal*, pensativo.

—Se necesitan escaladores que exploren la montaña y busquen el camino idóneo.

—Pero ¿dónde vamos a encontrarlos?

—Hay que buscar entre los vizcaínos, que son gente avezada a este género de cosas —replicó Des Arcis—. Tengo algunas relaciones en Bilbao.

Pocas semanas después, dos docenas de vascos se incorporaban al ejército real y emprendían un minucioso reconocimiento por todos los lados del *pog*. Reptaban como serpientes sobre los cantos rodados y escalaban las resquebrajadas paredes de roca como gamuzas. No olvidaron ningún lado de la montaña, como si desconocieran el vértigo. A finales del otoño conocían el camino al Roc de la Tour y la situación de las norias, y además todas las rutas para escalar la montaña. Sabían a qué días se presentaban qué mercaderes y cuánto traían. Descubrieron todas las comunicaciones secretas entre los de arriba y los de abajo. Y cuando hubieron juntado todos los detalles, por minúsculos que pareciesen, se los presentaron al *sénéchal*. Hugues des Arcis decidió lanzar el ataque antes de que comenzase el invierno. Celebró consejo

de guerra con Pierre Amiel y con Lukas de Durand, el recién llegado obispo de Albi. Todos coincidieron en la necesidad de tomar previamente el Roc de la Tour antes de intentar el asalto a la *barbacane*. Uno a uno fueron elegidos los hombres que correrían el albur, en total quince, guiados por tres de los vascos, y los enviaron a practicar en otro lugar las artes de la escalada. Por último, estudiaron un plan para sorprender a los centinelas mediante una maniobra de diversión, que consistió en celebrar aparentemente una gran fiesta.

Encendieron cinco hogueras para asar los cochinos, y los tambores tocaron a generala para reunir a todo el mundo, hombres de a caballo y mesnaderos. Para que cupieran todos, estrecharon las filas de bancos y de mesas largas. Los mozos repartieron copas y pesadas jarras de vino clarete, saludadas por la aclamación general. La carne de cerdo asada difundía un aroma apetitoso y el buen humor se generalizó. Para amenizar todavía más el banquete, Hugues des Arcis había mandado traer unos saltimbanquis que hacían demostración de su arte en un trozo de terreno despejado. Las risas y los aplausos de los soldados despertaban los ecos de las montañas y no cabía duda de que la algazara sería oída desde la fortaleza, en cuya torre siempre se turnaban los centinelas de dos en dos. Además, los generales contaban con la presencia de espías del enemigo por los alrededores de su propio campamento, en lo que no andaban equivocados. El vino corrió en abundancia y las grasientas porciones predisponían a otros placeres. Pronto los franceses se pusieron a cantar y alborotar, dispuestos a continuar el jolgorio mientras aguantase el cuerpo.

Los del grupo seleccionado miraban con envidia desde sus escondrijos al pie del Roc de la Tour, pero se consolaban pensando que el homenaje iba para ellos, para asegurarles la ventaja de la sorpresa y facilitarles la difícil misión de asaltar el bastión sobre la roca. De ellos exclusivamente dependía la posibilidad de tomar Montségur, porque era preciso hacerse con el Roc de la Tour para poder cerrar el cerco. Los dieciocho hombres sabían también que tanto el bastión como la *barbacane* de enfrente estaban atestados de ballesteros, de famosa y temible puntería, cuyos dardos eran capaces de atravesar una coraza. Mientras arreciaba el estrépito de la fiesta en el llano, más de uno de los emboscados se puso a rezar. Cada uno quería salir de la batalla sano y salvo. Poco importaba en tales momentos a ninguno la bula de la cruzada; sólo era cuestión de sobrevivir..., y con gloria, si fuese posible.

Los fuegos se extinguieron poco a poco. Una media luna lívida caía hacia poniente y los soldados se encaminaron tambaleándose hacia sus tiendas de campaña. Sobre los montes caía una noche negra como boca de lobo. Entonces los capitanes de los vizcaínos dieron la orden a sus hombres, que salieron con precaución de sus provisionales madrigueras e iniciaron la escalada por una grieta de la ladera. Ésta

tomaba una dirección cada vez más vertical, hasta convertirse en chimenea de piedra. Subiendo en silencio llegaron a una plataforma de piedra; de ahí para arriba el Roc de la Tour continuaba casi vertical. De nuevo utilizaron una grieta de la roca para proseguir la escalada hasta alcanzar un segundo rellano, más pequeño que el anterior. Echaron una soga para subir las armas y la impedimenta dentro de un saco. Pese a la dificultad de la ascensión los vascos encontraban el camino casi a ciegas y consiguieron subir sin que los viesen los centinelas. Faltarían unos cincuenta pies para llegar hasta las almenas del bastión. Eran de roca prácticamente lisa, sin salientes ni grietas; quien quisiera subir por allí necesitaría cualidades de cabra montesa. Por fortuna estaba oscuro y los hombres no veían que la pared apenas ofrecía una ruta para subir; los vascos, que sí lo sabían, estaban seguros de sus recursos. Ellos subirían primero y cuando hubiesen alcanzado la almena más practicable, a plomo sobre la plataforma posterior y oriental donde se alzaba el bastión, le atarían una doble soga y por ésta treparían los demás.

Arriba todo estaba en silencio. Seguramente los centinelas dormían y si alguno montaba la guardia, sin duda sería en la parte occidental de la plataforma, desde donde se dominaba el Pas de Trébuchet que razonablemente era el único camino practicable para un asalto. A nadie se le ocurría que éste pudiese venir por el lado opuesto, el del abismo..., excepto a los vascos, y éstos escalaron los cincuenta pies que faltaban con tanta habilidad como si los ángeles hubiesen tendido una escala para ellos. El primero en llegar ató la soga a la almena y echó los extremos abajo. El segundo hizo lo mismo en la almena contigua. El tercero saltó y empezó a recorrer agachado los adarves. Abajo, los soldados aferraban las cuerdas, apoyaban los pies en la muralla y empezaron a trepar izándose a pulso. Nueve soldados del rey consiguieron llegar a los adarves del Roc de la Tour cuando uno del grupo que los seguía pisó un pedrusco medio desprendido, que cayó al abismo con estrépito y despertó a los centinelas.

—¡Alarma! —gritó uno de éstos.

—¡Aquí los ballesteros! —vociferó el otro.

En un abrir y cerrar de ojos empezaron a silbar los dardos y por los gritos se conoció que habían herido a alguno. Entre maldiciones, los mesnaderos que habían quedado en la plataforma estrecha al pie del bastión intentaron agarrar las sogas para subir cuanto antes. Pero los ballesteros que les apuntaban desde las almenas del lado oeste eran cuatro, y contaban con ocho auxiliares para tensar las cuerdas de las ballestas y colocar los dardos. El diluvio de proyectiles fue diezmando a los invasores, que caían uno a uno y quedaban abajo destrozados. Pero doce franceses se hallaban ya con los cabecillas vascos en el interior del bastión. En la plataforma oriental abatieron con sus hachas a la soñolienta guardia y se apoderaron de las ballestas de éstos. Enseguida se dividieron en dos grupos los atacantes; mientras algunos mantenían la plataforma oriental, los demás echaron a correr por los adarves y asaltaron la parte que defendía el paso buscando la decisión en pelea hombre a

hombre.

Cuando amaneció un sol pálido sobre las cimas de los montes quedaban con vida cinco atacantes, pero la defensa estaba exterminada y el Roc de la Tour, en poder de los franceses.



El asedio de Montségur pareció medicina para el espíritu de Sebastián. Apenas hubieron acampado los franceses en el llano al pie del *pog*, él olvidó su melancolía y se acordó de que era caballero. Y el oficio de los caballeros era la guerra.

—No puedo quedarme aquí mirando —dijo—. Mi lugar está allá arriba, con los del *pog*.

Juditha asintió:

—Es el lugar de todos nosotros. Vamos allá.

Tres días después Sebastián entregó la administración de su propiedad al hombre de más confianza y le explicó la manera de enviar mensajeros al *pog*. Enseguida salió con Juditha y con una acémila bien cargada para enfilarse hacia el flanco norte por un valle lateral. De este modo alcanzaron sin ser molestados el Pas de Trébuchet y entraron en la fortaleza por la puerta de la *barbacane*. Era tan grande la aglomeración que tuvieron no escasa dificultad en llegar hasta las *cabanes* de la ciudadela, y cuando encontraron la suya la hallaron ocupada por cuatro *perfectos* del Minervois que se habían refugiado en el *pog* después de la última sumisión de Ramón. Faltaba espacio en la cima de Montségur, ya que vivían en el recinto como un centenar de caballeros y *faidits*, unos doscientos *elegidos* y más de seiscientos *croyants*, en total, más de un millar de personas hacinadas en tan estrecho lugar. Sebastián y Juditha se acogieron a la *cabane* de Jordán y Sofía que era de dimensiones relativamente generosas. Sofía se alegró de recibir a sus padres, y Jordán se entendía muy bien con Sebastián.

Los hombres planearon la defensa de la fortaleza y formaron grupos para cubrir las distintas secciones de la muralla por si los franceses intentaban un asalto. Sebastián hizo lo de siempre en ocasiones similares, dar instrucción a los hombres. Como tenían pocos caballeros y *faidits*, Sebastián enseñó a algunos *croyants* el tiro con la ballesta y también el manejo de los cangilones de pez ardiendo. Procuraban sobre todo reforzar las defensas hacia el sur; de acuerdo con Pierre-Roger de Mirepoix y Ramón de Péreille colocaron avanzadillas y emboscadas para dificultar el acceso a los franceses. Enviaron refuerzos al bastión del Roc de la Tour y a la *barbacane* a fin de prevenir un asalto por ese lado. Con estas disposiciones predominaba en la fortaleza una sensación de confianza; pese a la superioridad numérica de los franceses, apenas nadie creía que hubiese verdadero peligro. Todos sabían que la bula de la cruzada se ganaba con cuarenta días de presencia y aunque los franceses se

quedaran durante más tiempo, nunca perseverarían lo suficiente para poner a Montségur en un auténtico apuro. Este sentimiento les permitía a los habitantes del *pog* soportar la estrechez con más paciencia. Para los *perfectos*, el asedio era una prueba en el camino hacia el total renunciamiento a las cosas de este mundo. En cuanto a los *croyants*, conscientes de que todavía no eran perfectos y por consiguiente podían pecar, les dio por disfrutar de la vida. En aquel hacinamiento el aire se cargaba de promiscuidad; más de uno encontró mujer dispuesta, y adulteraban a más y mejor. A menudo los centinelas fueron sorprendidos en pleno acto con sus enamoradas en los adarves, y cuando se les reprochaba replicaban con insolencia que así se mantenían despiertos. De modo que a los seis meses de asedio —tanto tiempo llevaban ya los franceses acampados en el llano— nadie habría dicho que los presentimientos de Isabel iban por buen camino. Ciertamente, ella había previsto un cerco alrededor de Montségur, pero doloroso; en cambio ellos aún podían confiar en que la pesadilla no llegase a realizarse. Al mismo tiempo Isabel empezó a dudar de su clarividencia mientras observaba cómo se tomaban la cuestión a la ligera los inquilinos del *pog*. Después de tanto tiempo de encierro sentía de nuevo el anhelo de subir a la montaña y vivir en la ermita, cerca de la luz de Dios. Fue entonces cuando los franceses celebraron su banquete y todo cambió.

Los preparativos de los franceses no pasaron desapercibidos; Pierre-Roger de Mirepoix y Ramón de Péreille debatieron la situación con sus pares, entre los que figuraban Sebastián y su yerno Jordán de Mas. Hasta ver que los preparativos eran para una gran celebración.

—¡Ah! —se burló el señor de la fortaleza—. Parece que están cansados de su campaña y necesitan hacer algo para tener contentos a los mesnaderos.

—De poco les servirá. Está al caer el invierno. Con los fríos la desmoralización cundirá más aún.

—Si tuvieran cortesía los franceses deberían invitarnos —bromeó un tercero—, y después podríamos celebrar una justa.

—Pues aprovechemos la jornada y celebremosla nosotros también —propuso Jordán.

—Hace meses que estamos de celebración aquí arriba —replicó Pierre-Roger, con lo que desahogaba su contrariedad por la relajación que veía en el interior del reducto.

—Si no la celebramos, podríamos intentar una salida —sugirió de nuevo Jordán.

—Demasiado atrevido. Montségur está concebida para la defensa, no para el ataque —contestó Pierre-Roger, y los demás asintieron.

—Tal vez deberíamos extremar nuestra atención en vista de este jolgorio —apuntó Sebastián.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ramón de Péreille.

—Ese banquete podría ser una celada, una maniobra de diversión.

—Tonterías —gruñó Pierre-Roger—. Para nosotros es un día como otro cualquiera. Dejemos que vaya cundiendo la indisciplina entre los franceses.

Con esto se despidieron. Pero Sebastián quedaba intranquilo. Cuando se hizo de noche y los de abajo encendieron las hogueras, él llamó a Jordán y se llevaron a tres hombres que sabían manejar la ballesta para una inspección de las defensas por el lado sur, en cuyo puesto avanzado pensaban montar la primera guardia. Desde allí se veía bien el campamento francés. Se distinguía incluso a los que estaban más cerca de las hogueras y si tomaban un trago de vino o un trozo de asado. Era una comilona de las que hacen época, y después de medianoche, cuando los sitiadores borrachos empezaron a desfilar hacia sus tiendas de campaña, Jordán apoyó una mano en el hombro de Sebastián.

—No creo que vayan a atacar hoy. Se retiran a dormir la mona.

Sebastián asintió y despidió a Jordán con sus tres ballesteros. Pero él se quedó en su puesto. Notaba una extraña comezón en las tripas y eso le ayudó a mantenerse despierto. La noche era oscura, pero los ojos de Sebastián se acostumbraron y vigilaba con atención todos los movimientos de los de abajo. Sin embargo, éstos seguían recogiendo y no se veía nada sospechoso. Cualquier persona razonable habría llegado a la conclusión de que esa noche no habría ataque. Pero la extraña inquietud no le abandonaba.

De súbito se oyó un ruido y luego gritos, todo ello por la parte del Roc de la Tour. Sobresaltado, Sebastián echó a correr hacia la ciudadela y por el dédalo de calles hasta la *barbacane*. El griterío aumentaba y comenzó a oír los chasquidos de las ballestas y el silbido de los dardos. Sebastián dio la voz de alarma. Los centinelas de la *barbacane* dormían. En un rincón de la torre se agitaba una forma blanca y se oían quejidos. El centinela estaba practicando su particular sistema para mantenerse despierto, pero no oía nada, ni siquiera cuando Sebastián se plantó cerca de la pareja dando voces. Luego se armó el tumulto y se perdió un tiempo precioso hasta que los ballesteros ocuparon sus puestos detrás de las almenas y empezaron a atisbar en busca de enemigos a quienes disparar. Pero el bastión del Roc de la Tour quedaba demasiado lejos y no se dominaba bien. Los franceses habían sido muy hábiles. Sebastián trató de conducir un pelotón por el Pas de Trébuchet, mas cuando llegaron al pie del bastión fueron recibidos con un diluvio de flechas y no tuvieron más remedio que replegarse. Al amanecer el bastión quedaba en manos del enemigo.

Era preciso actuar sin demora. Recordando las experiencias de Damieta, Sebastián mandó fabricar unas pequeñas catapultas y las instaló en el paso. Disparaban pedruscos del tamaño de una coliflor hacia el lado occidental del bastión. Pero las máquinas eran poco precisas y tiraban demasiado alto o demasiado bajo. De modo que no consiguieron evitar que los franceses apostaran sus arqueros y lanzaran una tempestad de proyectiles sobre el Pas de Trébuchet. En cuanto al flanco oriental del Roc de la Tour, no recibía ataque alguno y los vigías de Pierre-Roger tuvieron que

contemplar, sin poder hacer nada, cómo los atacantes acumulaban cada vez más armas y pertrechos izándolos por aquel lado del bastión. Las posiciones francesas se reforzaban a ojos vista. Quedaba cerrado el acceso al *pog* por el Pas de Trébuchet y la situación empezaba a resultar comprometida.

Cubriéndose con un diluvio de piedras de las catapultas, Sebastián y un puñado de *faidits* intentaron todavía el asalto al bastión, pero fueron rechazados con energía y tuvieron que conformarse con defender el paso, mas fue en vano. En una noche sin luna los franceses, conducidos por sus exploradores vascos, dieron un golpe de mano y tomaron el paso. El anillo del cerco quedaba completo.

El invierno comenzó seco y muy frío. El manantial de la pared norte apenas daba agua y las norias y los pozos se congelaron. Fue preciso racionar el agua. Las mujeres hacían largas horas de cola para llenar las jarras. Desaparecida la sensación de seguridad, comenzaba a cundir el miedo. Que aumentó muchos puntos cuando el obispo de Albi hizo instalar varias catapultas para las cuales mandó explamar alrededor del Pas de Trébuchet. Al pie del Roc de la Tour montaron una máquina grande, con lo cual la *barbacane* empezó a recibir proyectiles de todos los calibres. Sin embargo, una vez más pareció que la fortuna se colocaba a favor de los *bonshommes*, cuando escaló la difícil pared norte un maestro de la construcción de máquinas de guerra, Bertrán de la Beccalaria, quien construyó e instaló en la *barbacane* tres artefactos excelentes que disparaban piedras del tamaño de sandías con gran rapidez y precisión. Esto animó a los defensores, que cargaban proyectiles con toda la celeridad que podían. Durante varias jornadas, franceses y occitanos se bombardearon así mutuamente, hasta que los de la *barbacane* agotaron la munición. A su vez esta circunstancia animó a Hugues des Arcis y dio la orden de asaltarla.

Era día de Navidad y Jordán estaba al mando en la *barbacane*. La brisa del llano traía las voces de los franceses. Cientos de soldados congregados en el campamento asistían a la misa solemne que conmemoraba la natividad del Señor. Y como el oficiante era el obispo de Albi las catapultas del Pas de Trébuchet no funcionaban. Movida quizá por alguna intuición, Sofía se acercó por detrás y apoyó una mano sobre el hombro de Jordán. Éste se volvió sorprendido y la vio plantada allí, maravillosamente hermosa. La belleza de sus facciones se grabó a fuego en el alma de Jordán, de un modo casi doloroso. Ella formó un beso con sus labios suaves y él le abrió los brazos, dejando que ella se desmayara sobre su pecho.

—Ése era nuestro lugar —susurró ella acariciándole los cabellos.

—Sí —contestó él y por un momento pareció que iba a tartamudear, como en otros tiempos—. Y yo..., yo lo defenderé contra los franceses, con todas mis fuerzas.

Entonces los labios de ambos se encontraron. Fue un beso como el de la primera

vez, suave, tímido, a manera de tentativa. Cada uno vivificaba al otro con su aliento. Del valle subió un hosanna en el mismo instante en que se rozaban las puntas de sus lenguas. Se fundieron en el beso, empujándose con los cuerpos como si fuesen a unirlos allí mismo, y permanecieron un rato inmóviles. Los cabellos de ella olían a tierra y a humo, la piel exhalaba un perfume de manzanilla y cuando Jordán lo aspiró fue como una caricia interior. Al mismo tiempo Sofía respiraba la virilidad de Jordán y se refugiaba en sus brazos. Abrieron los ojos y se miraron, sintiéndose uno: fue un instante delicioso. Pero no duró. Desde abajo, apenas terminó la misa disparaban pedruscos como melones. Era preciso que Sofía saliera de allí y antes de que Jordán abriera la boca ella supo que iba a decirlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, la visión de él se volvió borrosa y empezó a sollozar. Ella no deseaba la separación, quería llevárselo a la *cabane*, echarse con él en la yacija y así, los dos juntos, olvidar el mundo. Pero él era un caballero. La apartó con suavidad, le dio un beso en la frente y giró sobre sus talones para ir a ocupar su puesto.

Los franceses apuntaron su catapulta al rincón de la *barbacane* situado más a levante y disparaban a buen ritmo. Apostaron arqueros en apoyo del ataque; éstos cubrían a los mesnaderos que corrían a apoyar escalas contra la muralla. Con riesgo de su vida los *croyants* derramaban pez y agua hirviendo sobre los asaltantes y mientras celebraban el derribo de alguno se llevaban la mano al pecho para aferrar la flecha clavada en sus carnes; algunos defensores caían de frente y se precipitaban al mismo abismo que los atacantes abrasados. Pero los franceses lanzaban una oleada tras otra de soldados dispersos en grupos reducidos; por último, tres vascos que habían escalado ágilmente la muralla lograron saltar a los adarves. Jordán desenvainó la espada y corrió hacia los invasores seguido por Bertrán de Bardenac, también espada en mano. Atacaron a los vascos, pero éstos sabían defenderse con sus mazas. Llegaba ya un segundo grupo de asaltantes. Bertrán gritó. De la fortaleza acudieron varios *faidits* y escuderos. Unos ballesteros pasaron corriendo. Se luchaba hombre contra hombre en toda la corona exterior del bastión. La confusión era enorme. Tan pronto como conseguían echar abajo a unos cuantos atacantes, otros tantos asomaban por fuera de las almenas. Pero los defensores lucharon con encarnizamiento, con el valor de la desesperación. Al ver que no lograban tomar la *barbacane* al primer empuje, los franceses intensificaron el bombardeo con las catapultas sin reparar en sus propios hombres. Bertrán cayó alcanzado por una piedra. Por retaguardia venían refuerzos, pero durante unos instantes Jordán se vio solo peleando contra los franceses. Dos de éstos cayeron bajo el diluvio de flechas, y Jordán abatió a otro de un tajo que casi lo decapitó. Pero el último quedó con espacio desahogado para manejar su maza y le acertó a Jordán en el cuello con la bola de pinchos de hierro. En ese instante un dardo de ballesta tumbó al adversario. Ambos cayeron. El cuello de Jordán manaba sangre y se sintió mojado hasta el pecho. Notó un extraño entumecimiento y oyó que Ramón

de Péreille gritaba:

—¡Se retiran! ¡La *barbacane* es nuestra!

Se le nublaba la vista. Un *elegido* se acercó y le impuso la mano para darle la bendición. Jordán sentía un gran calor en el pecho y el cuello. Respiraba con dificultad. La mano apoyada en su frente ardía. Jordán vio una luz muy clara, deslumbrante. Quiso decir algo, ponerse en pie, abrir los brazos para tocar lo que veía. Entonces la vio a ella. Estaba cada vez más cerca. Su boca, aquellos labios rojos. Más cerca todavía, rozó la boca de él con sus labios y en su mente no quedó más que un grito: Sofía.

Ella lo vio caído en un charco de sangre, la cara pálida y los ojos cerrados.

—Murió habiendo recibido el consuelo —murmuró el *perfecto* antes de alejarse.

La *barbacane* cayó dos semanas después y todos los que vivían en las *cabanes* exteriores al recinto de la fortaleza abandonaron sus viviendas y huyeron a refugiarse detrás de las gruesas murallas. La cima quedó abandonada. En cuestión de días los franceses reforzaron la plataforma de la *barbacane* para instalar una catapulta gigantesca que hacía llover grandes pedruscos al interior de la ciudadela. Hora tras hora llegaron los proyectiles como puños enormes, con gran estrépito, demoliendo paredes y techos. Apenas hubo edificación que pudiera resistir; muy pronto quedaron agujereados todos los tejados y muchas casas estaban completamente derruidas. También destruyeron dos cisternas y varios depósitos de víveres. Los espantados habitantes del *pog* se hacinaban en el patio de armas.

A los pocos días el asedio se convirtió en un auténtico martirio. Un viento gélido azotaba sin piedad el patio de la fortaleza. Los sitiados perdían fuerzas semana a semana y todos los días alguien llamaba a Juditha para que atendiera algún caso urgente, sabañones y congelaciones, fiebres y convulsiones, vómitos, diarreas y pulmonías. Casi todos los días los *perfectos* administraban el último consuelo a alguno. Para evitar que los franceses calcularan las bajas, echaban los cadáveres en una de las cisternas inutilizadas. Las cabras dejaron de dar leche, los gallineros estaban vacíos y pronto empezó a faltar hasta la harina. Los defensores pasaban hambre y no tardaron en adquirir un aspecto fantasmagórico. Muchos anhelaban la muerte, más clemente que la hambruna y el miedo.

Pero eran más los partidarios de resistir con valentía y esperando una salvación en el último momento. Casi todas las semanas se presentaba un mensajero con halagüeñas noticias. Que Ramón VII estaba aprestando un nuevo ejército para librar definitivamente a Occitania del yugo francés. Que el emperador Federico apiadado del triste sino de los *bonshommes* acudiría al rescate de los occitanos. Nada de eso era cierto. Ramón VII no se acordaba de los sitiados de Montségur en absoluto, sino que visitaba al Papa de Roma para reiterarle su fidelidad y tratar de lograr la anulación de su matrimonio con la estéril Sancia de Tolosa y, eventualmente, engendrar herederos

con una nueva esposa. El emperador seguramente no sabría siquiera por dónde caía Montségur, y tenía que hacer a manos llenas con sus negocios de Alemania e Italia, ¡como para ocuparse de unas tierras perdidas allá por las estribaciones de los Pirineos! Sin embargo, muchos preferían aferrarse a aquellas esperanzas, por tenues que fuesen, y no daban por perdida la lucha mientras pudieran seguir disparando con la ballesta grande, que precisaba de varios hombres y un cabrestante para armarla y que les permitía dominar todo el alto. Por el camino entre la *barbacane* y la fortaleza podrían lanzar, a la primera oportunidad, un ataque sorpresivo y recuperar aquel puesto avanzado. En esa posibilidad confiaban los caballeros y los *faidits* a las órdenes de Pierre-Roger para librarse del estrangulamiento a que les sometían los franceses.

Sofía se retiró a la celda con Isabel para guardar el luto, al tiempo que trataba de mitigar el dolor por medio de la meditación. Pero la pérdida sufrida la deprimía y no encontraba en su alma el sosiego necesario para apartar la mente de las cosas mundanas. Así son las cosas. Cuando uno se va, es menester que sea llorado. Isabel lo sabía y procuraba consolar a Sofía en la medida de lo posible. Abrazó a su sobrina y dejó que llorase. Le acariciaba los cabellos, le secaba las lágrimas y musitaba palabras de esperanza: Isabel estaba convencida de que Jordán habría escapado de la rueda del eterno retorno y habría encontrado su camino para reunirse con Dios. Y eso era bueno, pensaba, porque la rueda de la violencia en donde se movía el mundo de los caballeros no tenía ningún sentido. Así había ocurrido con Bernard, y lo mismo con Jordán. Esto le dijo a Sofía al tiempo que le acariciaba la mejilla. Algún día ella estaría en condiciones de entenderlo, pero aún era demasiado pronto. Le habría gustado a Isabel poder compartir la pena de su sobrina y ayudarla a pedir cuentas a Dios. Pero la gravedad de la situación la obligaba a pensar en lo venidero.

—Debes marcharte de Montségur —insistía—. Tú eres la única que sabe dónde está nuestro legado. Guárdalo y andando el tiempo confíalo a manos seguras.

—¡Ay, Isabel! ¡Me encuentro tan fatigada y vacía!

—Lo sé, he vivido lo que tú sientes ahora. Apura el dolor pero no olvides que de entre todas las pasiones del alma, la tristeza es la más perjudicial para el cuerpo.

—¡Era tan joven! ¿Comprendes? Es lo que más duele.

Isabel calló. Sus recuerdos la retrotraían al mundo y la obligaban a contemplar una vez más su propio dolor. Al cabo de un rato meneó la cabeza. Sí, caballeros, pensó. Vosotros lo tenéis más fácil. Vosotros combatís y nos dejáis, y nosotras nos quedamos solas.

—He salvado de la biblioteca algunos libros importantes —habló Isabel por fin, indicándole un baúl puesto en un rincón de la estancia—. Allí encontrarás, además de la *Interrogatio Ioannis*, la famosa *Visio Isaiae* que la Iglesia católica se empeña en no querer reconocer. En cuanto a los escritos contra los *bonshommes*, creo que vale la

pena conservar el *Tractatus adversus Petrobrusianos* del venerable Pedro, así como el *Opusculum contra haereticos*, el *De fide catholica contra haereticos sui temporis*, la *Hystoria Albigensis*, la *Manifestatio haeresis Catharorum* y el *Liber antihaeresis*. Lléalos con los demás para que, en el futuro, las personas inteligentes puedan discernir cuál fue el camino que recorrimos hasta llegar al *Cognoscere causas*. Te ruego encarecidamente que guardes nuestro tesoro.

Sofía asintió.

Dos semanas después ella y un paje que conocía bien los alrededores se hicieron descolgar con sogas por el lado norte, donde los franceses tenían menos tropas. El paje llevó los libros a la espalda en una mochila y acompañó a Sofía hasta el valle del Hers y su Château d'Embeyre. Como el camino de regreso era demasiado arriesgado, retuvo a su acompañante. Ante la inseguridad de la situación no era mala idea contar con un posible combatiente más. Los libros los guardó en su propia alcoba, ya que en invierno la cueva quedaba inaccesible. En primavera, cuando se produjese el deshielo, envolvería los libros en telas enceradas y los transportaría ella misma, uno a uno. Mientras tanto trataría de leerlos, a ver si los textos eruditos distraían su aflicción y le permitían buscar el consuelo de la fe. Agradecía a Isabel que le hubiese enseñado lo cerca de Dios que se podía llegar y cómo era posible el diálogo con Él. Y en efecto, mediante ese diálogo y después de rebelarse y pedirle cuentas, acabó por asumir los hechos y halló que, si bien la pena no disminuía, al menos cobraba un sentido.

Mientras tanto, en Montségur pasaban los días y mermaban las provisiones y el agua. La desesperación era el estado de ánimo dominante y las visiones premonitorias de Isabel se convirtieron en realidad. Los sitiados sufrían el hambre, la sed, la mordedura del frío, y desesperaban viendo que su situación no tenía salida. El invierno era el mejor aliado de los franceses, al impedir que los mensajeros siguieran pasando por la vía de la pared norte recubierta de hielo. Sin provisiones y sin noticias del exterior, era el colmo del abandono. Quedaba desvalido el templo de la luz.

Fue entonces cuando Pierre-Roger ordenó el asalto a la *barbacane*.



La salida estaba prevista para el amanecer y la suerte designó a Sebastián para capitanearla. Él aceptó la misión agradecido, puesto que suponía la oportunidad de luchar por una causa justa. Tal vez la jornada inminente le permitiría saldar la deuda que sentía como un lastre desde la muerte de Alberto Ganzague, y que él mismo había aumentado con la de Guillaume. Preocupado por estos pensamientos, decidió consultarlos con Isabel.

Ella le recibió sonriente. En su rostro no se veía el menor rastro de preocupación ni de privaciones, al contrario, parecía tener el ánimo alegre.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila teniendo a los franceses ante nuestras puertas?

—Todo esto, mi querido hermano, yo lo había sentido ya. Lo que pueda venir ahora no me da miedo. Nuestro dolor es de este mundo; fuera de él somos libres. Sofía, en cambio, sufre porque es demasiado joven todavía. Aún no ha llevado a término su misión. Yo soy vieja, tengo edad suficiente para la despedida, y me iré de buena gana.

—Hablas como si no creyeras en nuestra victoria. Mañana por la mañana asaltaré la *barbacane* y confío en reconquistarla, así me asista Dios.

Isabel miró a su hermano y sus ojos se oscurecieron al tiempo que asentía lentamente con la cabeza. Animado por ello, Sebastián le habló de sus remordimientos y de cómo esperaba limpiarse combatiendo por la causa justa. En la ocasión desahogó todo lo que oprimía su espíritu y fue suficiente para que se sintiera más ligero de corazón. Isabel escuchaba con paciencia. De vez en cuando cubría la mano de él con la suya y le consolaba con ese roce. Fue casi como antaño, cuando eran íntimos amigos. Como entonces, él se refugió en la protección de su hermana, sintiéndose casi uno con ella, de la misma carne y la misma sangre.

Ella tuvo la misma sensación y ahogó un sollozo, porque sabía que era una despedida. Pero no quiso que él se diese cuenta. Que acudiese al combate lleno de valor y de fe en la victoria; en ello encontraría su plenitud. Como entonces Bernard. Cuánto se parecían. Tenían aquella inquietud interior que los empujaba a ser soldados, y sólo pensaban en la gloria, como los niños. Como si no existieran cosas más importantes. De ahí que se aferrasen a ideas como guerra justa, fidelidad, socorrer a los débiles como si alguien los hubiese nombrado ángeles de la guarda. Sonrió pensando que eso eran precisamente. Ángeles caídos. Merecían la salvación. Al pensarlo apoyó la palma de la mano sobre la cabeza de Sebastián y murmuró una bendición.

—Triunfarás y expiarás esa culpa tuya tan grande.

—Gracias.

Él se quedó un rato sentado junto a ella. No hizo falta hablar nada más. En la celda de Isabel se sintió de nuevo Sebastián como en su hogar.

Cuando él salió Isabel lloró. Todo es más sencillo para el que se marcha. El llanto era como una liberación. Pronto se vería libre del dolor de las despedidas. Sofía a salvo en su Château d'Embeyre, Juditha continuaría su camino y Sebastián iba en pos de su destino. Pronto iba a quedarse sin nada que la retuviera en el mundo. Podía permitirse, ante aquella despedida, un último acceso de aflicción. Ninguna escritura prohibía que los *perfectos* sintieran pena.

Eran treinta, cinco caballeros, cuatro escuderos y veintiún *croyants*. Sebastián comentó con ellos la operación, y quién debía hallarse en qué lugar y cuándo, y lo que haría al recibir la señal convenida. Varias veces se pasó revista al plan, hasta que cada uno hubo comprendido el juego de fuerzas, consistente en una división de los efectivos en tres grupos. El de Sebastián cubriría la puerta de entrada del bastión y debía conquistar el adarve orientado al norte. Antonin sería el responsable de la cara sur y Édouard al frente de los más fuertes y más rápidos asaltaría la plataforma para inutilizar la catapulta gigante. Ésa era la misión principal y si salían con bien de ella habría alguna esperanza para Montségur todavía. Era preciso que la coordinación funcionara sin ningún error.

—Demostrad vuestra valentía y no olvidéis que combatimos por una causa doblemente justa, por la liberación de Occitania y por la verdadera fe —terminó Sebastián.

De modo que hicieron de tripas corazón cuando vieron, al despuntar la primera claridad del día, el paso en parte destruido por donde cruzarían sigilosamente para acercarse por el lado de levante sin ser vistos por los franceses. El portal estaba atrancado, por supuesto. Dos mozos saltaron como felinos sobre las peñas y empezaron a escalar una esquina de la muralla, hasta superar las almenas y dejarse caer al interior sin hacer ningún ruido. Uno de ellos intentó quitar la cadena, y el otro quiso descorrer los dos cerrojos de hierro. Se oyó un golpe metálico, un *quién vive*. No hubo respuesta. Otra voz. Los eslabones de la cadena corrieron por el suelo y el otro invasor tiró de los pesados portales, que se abrieron poco a poco. El centinela dio la voz de alarma. Sebastián dio dos silbidos de aviso, salió de su escondite y corrió hacia la puerta, cuyas dos hojas empujó dejándolas abiertas de par en par. Sus hombres le seguían los pasos y todos entraron en tromba. Enseguida los de arriba saludaron con un diluvio de flechas, y Sebastián les hizo seña de que se dispersaran. A los hombres de Edouard les tocó avanzar bajo la granizada hacia la plataforma de la *barbacane*; aún no habían llegado a la escalera cuando cayeron ya dos de ellos. Sebastián, por fortuna, pudo subir a los adarves sin oposición prácticamente, porque el ballestero que llevaba le acertó en el pecho al único centinela apostado en aquel lado. En el opuesto, el grupo de Antonin quedó expuesto a la puntería de los arqueros franceses y cayeron uno tras otro. Sebastián se apresuró a tomar la parte de la muralla que estaba sobre la entrada y mandó a sus ballesteros que la defendieran y no dejaran subir ni bajar a ningún francés; después de lo cual envió a los suyos por el norte y él mismo, espada en mano, corrió al lado opuesto en contra de lo que tenían previsto en el plan, a fin de socorrer a Antonin y los suyos. Era preciso eliminar a los arqueros cuanto antes. Pero éstos disparaban demasiado rápido y demasiado bien. Sebastián no pudo pasar; en cambio su grupo, conducido por el osado Huc de Embeyre, fue subiendo por la izquierda, sin dejar de pelear, hasta la plataforma, donde se tropezó

con una obstinada resistencia.

Ahora estaban ya despiertos todos los franceses y eran más numerosos en la *barbacane* de lo que habían previsto los occitanos. Sebastián y los suyos se veían en inferioridad numérica. Pero él no pensó en la retirada. Era necesario destruir la catapulta y ese objetivo determinaba su conducta. De reojo vio que el grupo enviado al efecto había alcanzado la plataforma, aunque peleaban todavía con la guarnición. Necesitaban ayuda. Sebastián corrió escaleras abajo y se llevó consigo a los tres del grupo de Antonin que todavía estaban ilesos. Dos caballeros les cerraron el paso. Cruzaron las espadas con rabia, acero contra acero, hasta que saltaron chispas. Sebastián forzó el acceso hacia la catapulta. Precisamente Edouard estaba encendiendo los atados de ramas secas que habían transportado a espaldas, cuando se le acercó por detrás un francés con la espada en alto. Sebastián se aproximó de un salto y la espada del sorprendido adversario voló por el aire. Las ramas secas ardieron. El francés huyó. La catapulta debe arder, martilleaba en su cerebro mientras arrinconaba al francés. Pero venían más y Edouard se hallaba aislado. Se defendía espada en mano para evitar que el enemigo se acercase a apagar el incendio. En derredor el griterío era estentóreo; imposible ver qué giro estaba tomando la escaramuza. Aparecieron dos franceses más y Sebastián peleó como si esgrimiese no una, sino dos espadas. Su cuerpo desarrollaba energías insospechadas. Peleó como entonces en Mantua, sólo que esta vez se hallaba en juego algo más que un halcón.

Las llamas de la catapulta incendiada se alzaron al cielo iluminando la escena, y la alegría de Sebastián fue tan grande que le prestó nuevas fuerzas. Asestó una tremenda estocada a la cabeza de uno de los franceses, que le arrancó el casco. Vio los ojos dilatados de terror, la boca abierta. Con el mismo impulso asestó un golpe de plano a otro, que lo derribó. Sebastián se volvió hacia el fuego. Las llamas amarillas y azules devoraban la máquina infernal. Lo hemos conseguido, pensó Sebastián sin darse cuenta de que se le acercaba por detrás otro enemigo. En el preciso instante en que él se distraía contemplando el fuego, la estocada dirigida por detrás penetraba en su nuca. Hubo un leve chasquido, inaudible en medio del tumulto general, y Sebastián quedó tendido en el suelo, muerto.

Una jauría numerosa puede con la liebre más ágil. La superioridad numérica de los franceses era abrumadora, y los occitanos fueron cayendo uno a uno. Al otro lado, desde la fortaleza, Ramón de Péreille miraba, y también lo veía Pierre-Roger de Mirepoix. Ambos se consultaron si podían acudir en socorro de los asaltantes. Pero los efectivos escaseaban. Les quedaba una veintena de *faidits* y entre los *croyants* apenas se contaban ochenta hombres capaces de manejar un hacha de guerra. Si los enviaban a la *barbacane*, la fortaleza principal quedaba desguarnecida, y ellos tenían muy presente el destino que había corrido la ciudad de Béziers allá por el *anno domini* 1209. Así que doblaron la guardia en la puerta y no enviaron refuerzos. En la

barbacane iban desangrándose los treinta más valientes de Montségur. Ramón de Péreille y Pierre-Roger de Mirepoix vieron cómo los franceses cerraban de nuevo la puerta; desde los adarves, algunos amenazaron con el puño a los de la fortaleza. La *barbacane* quedaba en manos del enemigo.



Un sol como una amapola amaneció sobre la tierra silenciosa y aterida de frío. Hacia el sur los montes cubiertos de nieve devolvieron con sus reflejos el saludo del nuevo día. En los valles, la sombra y en el despeñadero, negrura total. La tierra salvaje del Aude tiene para todos los gustos, con sus extremos contradictorios. Pero si Aude es un nombre femenino, ¿dónde queda lo dulce y maternal, dónde la ternura? Bajo ese sol frío no se detecta ni rastro de amor o de misericordia. Los opuestos luchan y los humanos pierden. Al amarillear el sol, los franceses arrojaron los cadáveres de los occitanos por encima de la muralla, hacia la dorsal entre el puesto avanzado que ellos dominaban y la ciudadela. Pero no juntos ni revueltos; a los suyos los bajaban con cuerdas por el lado del Pas de Trébuchet, para que los sitiados no pudieran calcular las bajas que habían sufrido ellos. Por el mismo paso subían a reforzarlos nuevas columnas de mesnaderos; la *barbacane* estaba cada vez más guarnecida porque el senescal del rey sabía que era la clave de la victoria, y Hugues des Arcis no deseaba otra cosa.

Cuando el sol tomó color blanco Ramón de Péreille y Pierre-Roger de Mirepoix se asomaron otra vez a levante y abarcaron las dimensiones de su derrota. ¡Tantos cadáveres! Estaban compungidos. Montségur no tenía defensa. Miraron abajo, hacia el campamento de los franceses, y también hacia ese otro abismo que se abre en el alma cuando el hombre ya no sabe a qué santo encomendarse. El sol blanqueaba y los señores occitanos se pusieron lívidos.

La noticia de la derrota corrió como incendio en un sembrado, y el aire se llenó de lamentaciones. Treinta mujeres acababan de perder a sus maridos, y mil seres humanos acababan de perder toda esperanza. Muchos se acurrucaron en el suelo del patio, y lloraban. Otros subían corriendo a los adarves y se quedaban mirando sin ver, las miradas extrañamente ausentes. Algunos prefirieron permanecer en sus habitaciones y sus celdas, para volver la atención hacia su fuero interno. Dios se apiadó de algunos permitiendo que olvidaran sus funestos pensamientos; a otros, en cambio, el miedo a lo inminente no les daba un instante de paz. Una sola circunstancia aliviaba el tormento de los sitiados, que estaban ya a comienzos de marzo, y el sol desplegabá algo de fuerza para calentar los cuerpos de los hacinados en el patio. Muchos miraban al cielo con ojos suplicantes, como si el sol fuese a socorrerlos. Y aunque el sol, como todas las demás cosas de este bajo mundo, era una creación de Satán, con toda su luz y su calor era un alivio.

Cielo azul, sol restallante: un día como para cantar encendidas alabanzas a la creación del Señor. El obispo de Albi, Lukas de Durand, se asomó al porche de su barracón y dirigió al cielo una mirada como de conspirador. Como si hubiese hecho un pacto con las potencias de allá arriba y ese pacto estuviera cumpliéndose. Se arrellanó en el sillón mientras recibía el parte del comandante de la *barbacane*. Por último, gruñó de buen humor:

—Dios ayuda a los justos.

Fruunció el ceño al tiempo que volvía los ojos hacia el sol. Qué bendición aquella luz primaveral. Por fin acababa el invierno. Al principio creyó ser víctima de una ilusión, cerró los párpados y se frotó los ojos y la frente. Luego miró de nuevo al cielo. Una pequeña mancha negra se había colocado delante del sol. Parecía una mosca al borde de un plato blanco.

El sol relucía con demasiada fuerza y Lukas no pudo sostener la contemplación mucho rato. Deslumbrado, apartó la mirada y se quedó sumido en sus pensamientos. No faltaba mucho para el fin del asedio, la fortaleza estaba casi madura para el asalto definitivo. Sin embargo, era bien sabido que las defensas a ultranza, o entre la espada y la pared como podrían describirse, solían ser muy tenaces. No sería la primera vez que un ejército levantase el sitio, descorazonado por la imposibilidad de vencer el coraje suicida de los defensores y por haber cundido la desmoralización y el descontento entre la tropa. En todo el mundo católico se recordaba cómo no en una oportunidad, sino en dos, el emperador Federico había preferido una rendición pactada frente a los obstinados milaneses renunciando a la capitulación total. Lukas se dijo que ya iba siendo hora de retirar a sus mercenarios; si la decisión se retrasaba demasiado quizá no llegarían a explotar el éxito de la jornada. Apretó los dientes con rabia y miró de nuevo al cielo, como para implorar una solución. Y hete aquí que la mancha oscura había aumentado de tamaño.

Un semicírculo oscuro tapaba el disco brillante en una décima parte poco más o menos. Como cuando se desliza una moneda sobre otra, la mancha oscura iba comiéndole terreno al astro rey. Lukas se rascó el cogote y oyó la trompeta, porque cuando el cuarto ángel tocó la trompeta la tercera parte del sol quedó herida de muerte y el día perdió una tercera parte de su esplendor. En efecto la sombra cubría ya la tercera parte del sol y flotaba en el aire una sospecha de crepúsculo. Pero no era el oscurecimiento gradual que conocemos, con su luz suave, sino más bien como una sombra gris. Los pájaros iniciaron sus gorjeos vespertinos y aquello era un tralará y tirilirí que chocaba curiosamente con la amenaza implícita en el fenómeno de un sol que se oscurece. Lukas no conseguía entender lo que veía.

Mientras tanto, los soldados iban congregándose delante del campamento y levantaban los rostros al cielo, entre griterío y aspavientos. Los más atrevidos corrieron hacia donde estaba su obispo y le rogaron, la rodilla hincada en tierra:

—Señor, explícanos lo que pasa en el cielo o vamos a volvernos locos. ¿Qué

significa este sol?

El obispo reaccionó con rapidez.

—El sol no quiere seguir alumbrado a los herejes, en cambio a nosotros nos pone de manifiesto el poder de Nuestro Señor, que incluso les quita la luz del día a los secuaces de Satán.

La oscuridad progresaba y los seres humanos caían de rodillas. Por todas partes se elevaban oraciones al cielo. El sol era como un punto brillante en medio de una hoz delgada. Hasta que también la hoz desapareció, y en aquel momento se vio como un diamante montado sobre un anillo de oro muy fino. Pero entonces...

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

... El Cordero abrió el sexto sello: por la parte de poniente la oscuridad se acercaba como una tempestad, sólo que mil veces más rápida y más negra que ninguna tormenta corriente. El sol se oscureció como un velo de luto. Pasaron venados huyendo al galope y una raposa alocada en busca de su madriguera. Las campanillas que empezaban a asomar en los rincones abrigados cerraron sus cálices. El último filo de sol desapareció y se hizo la noche cerrada. Alrededor de un sol negro se veía una corona brillante.

Padre nuestro, líbranos del mal.

Rezaban a gritos, o en voz baja, o despacio, o deprisa, con las gargantas reseca o con las voces llorosas. Todos rezaban.

Señor, si esto es el fin del mundo apiádate de mí, miserable pecador, heme aquí arrepentido ante Ti.

Los humanos temblaban de miedo y de frío. El anillo ardiente alrededor del sol negro era un espectáculo terrible. Los fuegos del infierno, sin duda. Todavía tiene tapa la caldera, pero ¡ay de los vivientes cuando se abra el abismo y los infiernos se traguen a los réprobos! La corona de fuego reluce en un cielo oscuro y sus llamas arden como un lejanísimo auto de fe.

Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.

Así claman todos, inclinándose hasta dar con la frente en tierra.

Señor; perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

El anillo se desplaza, se apaga al lado derecho, se intensifica al izquierdo. Aparece el crepúsculo gris. El Señor les ha perdonado sus deudas; poco a poco se aparta del sol ese disco negro. Los pájaros vuelven a piar. Las campanillas y demás flores tempranas abren de nuevo sus corolas. La noche retrocede, el paisaje recobra sus colores, el aire se calienta. Aparece un tercio de sol luminoso. El día retorna.

Alabado sea Dios.

Más y más luz y calor. Se vuelve a sellar el libro, los ángeles recogen las trompetas. El Cordero devuelve el libro a la mano derecha del que está sentado en el trono. Desaparecen los veinticuatro tronos y palidece el arco iris. La puerta del cielo se cierra. Cielo azul, día esplendoroso que alaba al Señor en los tonos más

encendidos. Os habéis precipitado, heraldos del fin.

Una pequeña mancha negra sobre el sol, todavía, hasta que la mosca emprende el vuelo. Brillo total, limpio y claro. Primera hora de la tarde. Como si no hubiese pasado nada.

—Hay que saber leer los signos —gruñó el obispo, volviéndose hacia el senescal, que todavía estaba pálido—. Conviene que negociemos con los heréticos.

Hugues des Arcis asintió y despachó al *pog* a un caballero de su confianza en calidad de mensajero, para que preguntase si los señores occitanos estarían dispuestos a parlamentar. Ramón de Péreille y Pierre-Roger de Mirepoix, al ver que se acercaba el enviado de los franceses, se consultaron brevemente y convinieron en ofrecer negociaciones a los franceses. De manera que casi tan pronto como llegó el emisario volvió grupas para llevar la buena noticia. Y apenas una hora más tarde los dos bandos se reunían en un otero frente a la tienda del comandante, saludándose con muchas zalemas y rivalizando en demostraciones de cortesía. Después de los preámbulos el senescal se puso serio.

—Hay que saber leer los signos —dijo, e hizo una pausa para que todos recordaran la reciente oscuridad—. El rey quiere vuestra fortaleza. Estimo que deberíais plegaros a la voluntad real.

—Estamos aquí para demostrarle al rey que no somos enemigos suyos. En condiciones favorables nunca nos oponemos a esa voluntad.

Así empezaron a dar vueltas, a explorarse mutuamente, a hablar con habilidad y no decir nada para tirar de la lengua al oponente y averiguar en qué grado estaría dispuesto a ceder. Tantas precauciones eran debidas, en parte, a la impresión que había dejado en todos ellos el oscurecimiento del sol. Y todos deseaban una solución aceptable porque todos, Hugues des Arcis, Ramón de Péreille, Lukas de Durand y Pierre-Roger de Mirepoix, estaban hartos del asedio y de la guerra.

—Como cuando dijo el hijo pródigo a su padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo —inició el obispo de Albi con la parábola del hijo pródigo las negociaciones para la rendición—, y el padre mandó sacar el traje mejor y ponérselo al hijo, y celebraron un alegre convite.

Miró a Ramón y a Pierre-Roger, a ver si le habían entendido, pero sus dos interlocutores se limitaron a asentir con la cabeza sin decir nada.

—Los heréticos que abjuren de sus errores serán recibidos en el seno de la Iglesia —prosiguió el obispo.

—Así es —corroboró el *sénéchal*—. El rey Luis desea salvar las almas descarriadas. Pues el hijo estaba muerto, pero cuando regresó fue como si hubiese resucitado. El rey promete la libertad a los que no sean herejes.

Durante unos momentos callaron todos, y luego Ramón de Péreille preguntó:

—¿Y los que no abjuren?

—El que proclama la herejía y no renuncia a Satanás no tiene salvación en este mundo —se encogió de hombros Lukas de Durand.

Pierre-Roger de Mirepoix asintió. Ramón de Péreille no decía nada.

A primera hora de la noche quedaron negociadas las condiciones para la rendición de Montségur. A los occitanos se les concedió un plazo de dos semanas antes de entregar la fortaleza a los franceses; dentro de esos quince días todos, caballeros y *faidits*, nobles y villanos, podrían salir con todos sus bienes sin ser molestados, siempre y cuando no fuesen *perfectos* o abjurasen públicamente en presencia del obispo. Además, se sometían a la jurisdicción de la cancillería inquisitorial establecida en Foix. En cuanto a los *perfectos* contumaces, serían entregados a la muerte en la hoguera. Como garantía de este acuerdo ambos, Ramón y Pierre-Roger, debían entregar en rehenes a seis personas de sus familias. Lo cual hicieron al día siguiente.

Los habitantes de Montségur oyeron las condiciones de la rendición como quien acepta un juicio de Dios y más bien con alivio, y algunos incluso con alegría. Los nobles y los labriegos recogieron sus cosas y empezaron el descenso por la accidentada senda, pasando frente al campamento de los franceses y hacia el llano, camino de Foix. Los soldados franceses siguieron con la mirada, en silencio, a los que se retiraban. No hubo gestos de victoria ni exclamaciones de odio. Todo sucedió como si el cielo oscurecido todavía los oprimiera a todos, como si estuvieran conscientes de que todos eran hijos de Dios. En aquellos días, el espectáculo de la peregrinación silenciosa de los occitanos era como un presentimiento de paz que flotase en el aire; pero esta sensación fue desvaneciéndose conforme se acercaba el 16 de marzo de 1244, que era el día señalado para la salida de los *elegidos*, y ninguno de éstos había abjurado. Todo el mundo sabía lo que esto significaba.

Arriba en la ciudadela los *perfectos* mantenían una apariencia de total aceptación, en paz consigo mismos y con Dios. Frecuentaban mucho la capilla y cantaban himnos sacros. Regalaron todos sus bienes a los *croyants* y rezaron junto con las familias para infundirles valor y consolarlas por haber preferido la opción de seguir con vida. Al mismo tiempo eligieron en secreto a aquellos de los *parfaits* destinados a preservar la Iglesia para el futuro, y los descolgaron de noche por la pared norte. De esta manera escaparon Amiel Aicard, Poitevin y Hugo de Lavaur, que además conocían los escondrijos de las cajas de oro en los bosques; precisamente fue Amiel Aicard quien logró mantener durante largos años la fe de los *bonshommes*.

Abajo, en el campamento, los franceses comenzaron a desplegar una actividad extraordinaria. En el glacis del *pog*, que hasta entonces no habían ocupado por razones de seguridad, los servidores y los mesnaderos levantaron tres piras cuadradas de siete pies de alto por cinco pasos de ancho y doce pasos de largo. Delante de cada una

erigieron un andamio un poco más alto que el amontonamiento de combustible y además, a una distancia prudencial frente a las piras, una tribuna, como para los espectadores de un torneo que fuese a celebrarse. Durante varias jornadas retumbaron en aquellos montes los ecos de los hachazos y los martillazos. El ambiente era como de feria popular; los soldados, exhaustos después de diez meses de campaña, anhelaban cualquier distracción. Y como la noticia de la caída de Montségur circuló pronto por la comarca y no tardaron en presentarse gentes y gentecillas de todos los pelajes, no era distracción lo que faltaba. Los narradores de historias ocuparon las tribunas para contar las últimas atrocidades de los calabozos sarracenos de Granada o el mundo esplendoroso de los palacios de los sultanes. Los titiriteros hacían exhibición de sus habilidades en la explanada, junto con los hombres-serpiente y la mujer barbuda. Luego llegaron los cómicos y por último las ramerías dispuestas a hacerse cargo de las necesidades masculinas. Subían los panaderos y los vinateros. En cuanto a los nobles, terminadas las batallas, distraían el ocio con partidas de caza y así no faltaron a las mesas venados ni jabalíes, para satisfacción general. Todos ansiaban disfrutar de la vida a borbotones, como para olvidar cuanto antes el terror de la oscuridad. En estas condiciones, el auto de fe se anunciaba como una diversión más. Lo que podía parecer a los occitanos de arriba, en el castillo, una terrible antorcha, para los franceses no era sino promesa de tiempos mejores.



Para Juditha eran tiempos difíciles. Pasaba muchas horas en las almenas del *donjon*, mirando hacia la *barbacane*. Los cadáveres ya estaban retirados y llevados a una fosa común, junto con los inhumados provisionalmente en la cisterna, pero Juditha aún contemplaba el rostro del único a quien había amado. Tenía una expresión insólita, entre incrédula y jubilosa, aunque el cráneo estaba horriblemente fracturado. Como nadie le había cerrado los ojos, ella pudo ver aquellas pupilas doradas sin vida. Escapó el lagarto por la boca y no volvió.

Durante sus visitas al *donjon* y mientras el viento le alborotaba los cabellos, miraba al horizonte en busca de un signo, pero no divisaba ninguno. Siempre esperaba hasta la puesta del sol, cuando todas las peñas se encendían de rojo. El espectáculo de la naturaleza la conmovía invariablemente, y cosquilleaba un nervio vital interior en ella. Luego subía por el este y se extendía aquella oscuridad nocturna de cuyas infinitas dimensiones había discutido tan a menudo con Isabel, y entonces Juditha acusaba la soledad. Al principio era como una leve lástima de sí misma que brotaba poco a poco del corazón, pero luego tomaba un carácter corporal. Como si estuviera de pie en una oquedad de la roca y empezase a subir el nivel de la fuente que le bañaba los pies; la humedad y el frío subían por las piernas hasta las rodillas, escalaban los muslos, sumergían el torso y los brazos, los hombros, el cuello, la nuca, hasta salpicar la barbilla y más arriba, insinuándose entre los labios, garganta abajo. Y finalmente las aguas se cerraban por encima de la cabeza y lo llenaban todo, y la

vida se inmovilizaba congelada.

La soledad atormentaba a Juditha, sobre todo, en las horas íntimas cuando pensaba en Sebastián y lo echaba dolorosamente en falta. Habría dado casi cualquier cosa por volver a verlo. ¿Quizá en el otro mundo? ¿Volvían a verse allí las personas tal como se habían conocido en este mundo? ¿O los que morían eran obligados a desprenderse de todas las circunstancias del aquí y ahora, del mundo de lo material, para poder entrar en ese otro mundo del Espíritu Santo? ¿El nuevo cielo de Dios era un paraíso tangible, o una forma de existir totalmente distinta? ¿Se encontraban de nuevo los seres queridos y, si así era, llegarían a reconocerse mutuamente? Eran preguntas a las que no se hallaba contestación y aun el intento de responder a ellas daba muy menguado consuelo. El dolor quedaba y el duelo proseguía; así era como vivía ella su soledad.

Pensó Juditha si aceptaría el *consolamentum*, como hacían muchos de quienes la rodeaban. De ese modo podría avanzar tranquilamente hacia la hoguera y encontrar el nuevo cielo. Pero la idea de su propia muerte le infundía espanto. Sentía con intensidad el pulso de la vida y cada anochecer le recordaba de nuevo el poder y el placer secreto de la existencia. Y los amaneceres también infundían vitalidad a la solitaria y calentaban su corazón cuando veía las heladas cimas del sur que lanzaban destellos al sol. A veces los Pirineos resplandecían como si alguien levantase un collar de brillantes a contraluz, y cualquiera sabía de qué estaban hechas en realidad aquellas cumbres.



Al amanecer salieron los últimos *faidits* y *croyants* con Ramón de Péreille y Pierre-Roger de Mirepoix y cruzaron hacia el campamento francés. Allí Hugues des Arcis esperaba ya al señor del castillo y recibió con gran ceremonia las llaves de la puerta meridional. La fortaleza quedaba así expedita y lista para ser ocupada por las tropas del rey. Sonaron abajo las cornetas para despedir a los que se iban y anunciar a los nuevos amos. Como si los espíritus también quisieran dar una señal, se levantó la niebla al tiempo que los soldados franceses empezaban a enfilear senda arriba hacia la cima. Los oficiales llevaban el uniforme de gala y pese a lo empinado de la cuesta procuraban avanzar con cierta solemnidad. Los estandartes relucieron bajo el sol. Desde el valle seguían tocando las cometas y cerraban el desfile los abanderados del rey y de los obispos de Albi y Narbona. El día de la rendición de Montségur era la gran jornada triunfal de Hugues des Arcis.

Muchos *elegidos* miraban desde los adarves la aproximación de las gentes de armas que pronto los escoltarían por aquel mismo camino hasta la explanada al pie del *pog* donde las tres piras señalaban el inminente desenlace. Todavía no abjuraba ni uno solo de los *bonshommes*, pese a que desde hacía días estaban siendo visitados por los dominicos, que con lenguas melifluas trataban de ganarlos para la verdadera fe católica. Isabel dedicaba largos ratos a escuchar aquellas disputas y le enfurecía oír a

aquellos canonistas acérrimos. Defendían el dogma eclesiástico al pie de la letra y antes hubieran perdido el contacto con Dios que una argumentación erudita. Lástima que sean tan pedantes, pensó Isabel, así no podré decirles nada del *Cognoscere causas*. Y cuando le tocó hablar con ellos les dijo que sintiéndolo mucho no podía abjurar. Casi pareció que los frailes católicos también lo lamentaban. Isabel estaba segura de su decisión y no veía llegado el momento de abandonar este valle de lágrimas. En los últimos días había visto varias veces la luz que alumbraba su camino, y percibió la gloria de Dios y la pureza del Espíritu Santo.

No era, en cualquier caso, la actitud de la mayoría de los *perfectos*. Muchos de éstos tenían miedo y cuando los franceses subieron por la senda empezaron a buscar escondites. Los más valerosos se plantaron en primera fila como si no hubiese más. Pero no habían contado con la meticulosidad de los inquisidores. Apenas el capitán francés tomó posesión de Montségur mandó leer la nómina de todos los *bonshommes*. El que oyese su nombre debía dar un paso al frente y encaminarse hacia la salida pasando por entre dos filas de soldados, hasta entregarse a la custodia de unos escoltas. Cuando se hubieron leído todos los nombres el francés preguntó dónde estaban los que faltaban. Al mismo tiempo contemplaba un reducido grupo de infelices formado aparte.

—Y vosotros, ¿quiénes sois?

Eran parientes de los *perfectos* y acababan de recibir los sacramentos a última hora, habiendo decidido que no querían seguir viviendo sin su esposo o esposa.

—Nosotros también somos *buenos cristianos* —explicó Arnaud Domec—. Hemos visto la luz del Espíritu Santo y damos testimonio de ella ante vosotros, los seguidores obstinados de una fe que no conoce la misericordia.

—¿Por qué no figuráis en nuestras nóminas?

—Porque hemos recibido el *consolamentum* en estos últimos días.

—¿Conque son éstos vuestros conversos? —dijo el capitán con sarcasmo volviéndose hacia los dos dominicos.

Éstos callaron y bajaron las cabezas. ¡Qué sabría aquel militar de la contumacia de los herejes! El capitán se volvió de nuevo hacia Arnaud Domec.

—¿Y los demás? ¿Los que hemos llamado y no aparecen?

—Eso no lo sabemos. Tal vez no fuesen *bonshommes*, o tal vez se hayan marchado de Montségur.

—Lo veremos —gruñó el francés, y mandó que el grupo se reuniese con los demás herejes que aguardaban junto a la salida.

Luego envió a peinar la fortaleza. Pronto se oyeron los primeros gritos. Los mesnaderos sacaban a las mujeres y a los hombres tirándoles de los cabellos. Conducidos a presencia del capitán, éste les requirió los nombres. Los que se negaban a contestar recibieron puntapiés y los más obstinados, algún que otro puñetazo en la cara. Poco a poco salieron todos y por último sólo quedaron tres nombres faltantes: Amiel Aicard, Poitevin y Hugo de Lavaur. El capitán se encogió de hombros y dio la

orden de bajarlos a todos. Los *bonshommes* iniciaron el descenso en fila de a dos o tres, las mujeres delante en túnicas blancas y con velos de novia, luego los hombres en sus hábitos sencillos. Todos rezaban el padrenuestro, serios, con voces firmes.

Fue larga la procesión que contemplaron Ramón de Péreille y los demás que habían quedado en libertad, pero obligados a presenciar la ceremonia desde la tribuna por invitación del *sénéchal*. Que viesen aquellos occitanos recalcitrantes, decidió Hugues des Arcis, que el rey no estaba para bromas. Sin embargo, para el señor de la fortaleza fue más que una humillación, porque al acercarse los *elegidos* pudo reconocer, pese a los velos, a su mujer Corba y a su hija Esclaramunda. Los ojos se le llenaron de lágrimas y prescindiendo de su vanidad lloró sin importarle que lo viese todo el mundo.

Juditha, que se hallaba un poco apartada, contempló aquel llanto y sintió un pequeño consuelo al ver que no estaba sola con su pena por Sebastián, y ahora también por Isabel, que iba con las demás hacia el patíbulo como si fuese la cosa más natural.

Frente al lugar de la ejecución, el obispo de Narbona había mandado levantar un estrado, en donde se exhibía el pergamino con los nombres de los condenados. Junto a este pupitre, al lado del obispo revestido de todos sus atributos fue a colocarse un dominico de hábito blanco y manto negro. El primero preguntaba el nombre a cada uno de los *perfectos* y luego, si renunciaba a sus errores para solicitar el retorno al seno de la santa Iglesia católica. Todos dijeron sus nombres, pero no hubo ninguno que quisiera negar a su verdadero Dios. La mayoría de ellos eran apartados a la izquierda, donde se alzaba el andamio. A algunos el inquisidor los enviaba hacia una tienda de campaña puesta a la derecha y fuertemente custodiada. Poco a poco fue llenándose el cadalso, flanqueado de arqueros a fin de evitar cualquier intento de fuga. Entonces prendieron fuego a las piras por los cuatro costados y también por en medio. Las amarillentas llamas empezaron a devorar la leña seca. Sobre el campo de la venganza comenzó a vibrar el aire conforme los fuegos cobraban intensidad, y el cielo palideció.

Todos se acercaron, los caballeros, los mesnaderos, los clérigos, los villanos, y también los titiriteros, los cómicos y los buhoneros. Ni siquiera las prostitutas dejaron de asistir al espectáculo. Los que no cupieron en las tribunas formaron un semicírculo al tiempo que se disputaban las primeras filas para ver mejor la ejecución. Los espectadores contaban chistes, charlaban y bebían. Cuando se encendieron las hogueras el gentío aplaudió, e incluso hubo algunos vivas para el rey y el Papa.

El único que miraba el patíbulo con aire disgustado era Lukas de Durand. Ahora que estaba todo dispuesto para el auto de fe él se sentía contrariado. Habría preferido

con mucho una conversión en masa de los *bonshommes* y no estaba muy seguro de que fuese buena cosa exterminar a los heréticos. ¿Habría obrado así Jesucristo? Pero por otra parte, ¿no ha escrito Pedro que «este cielo y este mundo destinados están al fuego»? De entre todos los elementos, considera él más idóneo el fuego para consumir lo que es perecedero. Sólo el fuego tiene el poder de purificar las almas. Según esto, la eliminación de las obras del diablo demanda el fuego purificador.

—Sí —murmuró el obispo de Albi—. Según la fe, los elementos de la tierra quedarán hechos ceniza y los cielos se desintegrarán y no sólo para limpiarlos de lo perecedero, sino también de la mancha del pecado que tienen adherida por haber sido habitación de pecadores.

En ese momento reparó en que el obispo de Narbona estaba mirándole con atención, ya que esperaban su señal para proceder. Lukas de Durand asintió con aire fatigado y dio principio a la ejecución.

Juditha no quería mirar, pero el fuego crepitante fijaba su atención y la obligaba a dar testimonio de la aniquilación de los *buenos cristianos*. A éstos los verdugos les endosaban unas capuchas negras y los arrojaban de los andamios al fuego. Algunos *parfaits* y *parfaites* no esperaron a que les diesen el empujón, sino que saltaron a las llamas entonando himnos.

La procesión de los ensotados de blanco era larga y avanzaba poco a poco. Iban con dignidad, en el anonimato y la humildad de las envolturas idénticas, para dar testimonio de la existencia inefable del Creador; desprovistos de sus rasgos particulares de seres humanos, se fundían en la masa de los *elegidos* y se hubiera dicho que no iban a la hoguera, sino directamente al Paraíso conducidos por sus buenos pastores. Los ojos le ardían de dolor a Juditha, pero ninguna lágrima emborronó su mirada. Si quería ser testigo era preciso verlo todo. Y luego, cuando la cola de los destinados a morir fue acortándose, descubrió a Isabel en la figura de una mujer alta y esbelta cuyo largo cabello negro caía en cascada sobre los hombros. Hacía mucho tiempo que Isabel no se soltaba el cabello. Caminaba con paso medido y tranquilo y se encaminó hacia uno de los andamios que le indicó un escribano. Sus grandes ojos estaban fijos en un punto de luz clarísima invisible para los demás, pero Juditha se dio cuenta de que no miraba hacia las llamas de la hoguera. Durante la fracción de un instante le pareció a Juditha que su mirada se cruzaba con aquella visión de iniciada y la invadió un sentimiento de total aceptación. Y aun antes de que Isabel pasara de largo frente al verdugo con paso casi orgulloso para arrojarse a las llamas, Juditha supo que todo estaba bien. Su amiga cayó y las llamas crecieron; en el fuego las formas desaparecían convertidas en llama y en luz. En aquel resplandor la pira se disolvía, era una zarza ardiente y en ello se manifestaba una voluntad sobrenatural, no ya la acción de mano humana. La luz de la esperanza y la paz se revelaban a quien tuviese ojos para ver.

Juditha se quedó largo rato contemplando el fuego y las lágrimas sólo acudieron cuando la hoguera quedó reducida a brasas.

En cuanto a los espectadores, si habían ovacionado la caída de las primeras víctimas, al cabo de un rato fueron quedando en silencio. Un hedor dulzón flotaba en el aire y el humo escocía en los ojos. Transcurrida una hora y viendo que los sacrificios proseguían, hasta los franceses empezaron a poner caras serias. Hasta que callaron todos. El fuego crepitaba y se escuchaban también los sollozos de los occitanos que asistían atónitos a la matanza. Cuando el último *perfecto* se lanzó al fuego con la alabanza de Dios en los labios, todos los ocupantes de las tribunas se pusieron en pie.

El obispo De Durand alzó los brazos y pronunció una oración:

—Señor Dios nuestro, acógelos en tu seno y apiádate de sus almas. Quita de ellos sus culpas y purifica sus pecados. Amén.

—Amén —contestaron todos, y se dispersaron con rapidez queriendo alejarse cuanto antes del lugar de la ejecución.

Muchos buscaron el olvido en el vino o cualquier otra distracción. Poco tiempo después nadie se acordaba ya del espantoso juicio de Dios.

Juditha se echó a las espaldas su alacena y bajó hacia el valle con paso fatigado. Se sentía inmensamente vacía. No veía el bosque espeso ni las primaveras amarillas que anunciaban la estación bonancible, ni oyó los chillidos del buharro ni el martilleo del pico carpintero. Tampoco percibió su olfato el olor del deshielo arriba ni el perfume de la hierba joven abajo. Tenía los miembros entumecidos, el corazón insensible, los ojos vacíos de lágrimas. Al anoecer se limitó a tumbarse detrás de un matorral y durmió.

Apenas repuesta reanudó la marcha al día siguiente. Al llegar a una bifurcación del camino su alma despertó del sopor y se preguntó adónde iría. Si continuaba de frente llegaría a Foix, que era el lugar asignado según la orden de las tropas pontificias. Si torcía a la derecha retornaba a Montségur por el lado norte y podía volver a Gorges-de-la-Frau por senderos que sólo ella conocía. Todavía estaba Juditha indecisa en la encrucijada cuando salió del sendero lateral una anciana que arrastraba un saco de arpillera, el cual arrojó jadeando al suelo, casi a los pies de aquélla.

—¿Tú quién eres? —le preguntó.

—Soy Juditha, la curandera de Montségur.

—¿Has sobrevivido a la gran quema?

—Permitieron que saliéramos del *pog* contra la promesa de presentarnos voluntariamente a la Inquisición de Foix. El que no lo haga, reo es de muerte.

—¿De veras irás a Foix? —replicó la vieja casi en tono de incredulidad—. Mira que éstos prometen mucho y cumplen poco.

—No sé qué hacer —susurró Juditha con desánimo.

—Entonces, acompáñame y no corras a tu propia perdición. Tengo mi cabaña en el caserío de Bénaix. Hay sitio para dos.

—Gracias —contestó Juditha, no muy decidida.

La vieja lo notó y, sentándose sobre su saco de nabos, esperó a que Juditha hiciera lo propio y le contó una antigua fábula.

—En un monasterio había un gato que había muerto todos los ratones del cenobio, salvo uno que era muy grande, el cual no podía tomar. Pensó el gato en su corazón de qué manera lo podría engañar que lo pudiese matar, y tanto pensó en ello que acordó entre sí que se hiciese hacer la corona, y que se vistiese hábito de monje, y que se sentase con los monjes a la mesa, y entonces que habría derecho del ratón, e hízolo así como lo había pensado. El ratón desde que vio el gato comer con los monjes hubo mucho placer y pensó, pues que el gato era entrado en religión, que en adelante no le haría daño ninguno. De tal manera que se vino el ratón a donde los monjes estaban comiendo, y comenzó a saltar acá y allá. Entonces el gato volvió los ojos como aquel que no miraba ya vanidad ni locura ninguna, y compuso el gesto muy benigno y humilde. Y el ratón en viéndolo se fue acercando poco a poco, y el gato cuando lo tuvo cerca le echó las uñas muy fuertemente, y empezóle a apretar muy fuertemente la garganta. A lo que dijo el ratón: «¿Por qué me haces tan grande crueldad que me quieres matar, siendo monje?». Entonces dijo el gato: «No prediques ahora tanto para que yo te deje, pues, hermano, sepas que cuando quiero soy fraile y cuando quiero soy canónigo, y por eso hago así». Y se lo comió.

Las dos mujeres callaron y se quedaron mirándose largo rato. Por último, se pusieron en pie y Juditha se echó a espaldas la alacena, y la anciana el saco de nabos. La vieja iba delante, callada y jadeando, para indicar el camino. Éste enfilaba hacia Lavelanet, pero luego se entraba en un alcornocal y se convertía en una senda estrecha.

—Aquí no nos tropezaremos con nadie —dijo para tranquilizar a Juditha, al ver que ésta echaba ojeadas temerosas a su alrededor.

Porque comenzaban a rebullir dentro de ella las ganas de vivir, y con ello el miedo a ser atrapada por los esbirros de la Inquisición. Pero no ocurrió tal cosa, sino que algunas horas después arribaron a Bénaix y entraron en la sencilla *cabane* de paredes ennegrecidas por el hollín.

—Puedes quedarte a descansar el tiempo que quieras —dijo la vieja al tiempo que se acercaba a la *fonghana*.

Juditha se sentó en la yacija del rincón y se quedó contemplando los sencillos gestos de su anfitriona, que soplaba hábilmente las brasas y amontonaba teas para reavivar el fuego y poner a calentar la olla.

—No es más que un caldo —explicó la anciana—. Pero de pollo, que restaura las

fuerzas.

Hecho esto, vació el saco y amontonó los nabos en un rincón. Lo hacía todo con movimientos medidos, exactos y sin apresuramiento. Juditha se sintió a gusto en la casucha y mientras cavilaba sobre la fábula del gato y el ratón agradeció los consejos de la vieja.

—Habrà sido horrorosa la quema de los de Montségur, ¿quieres contarme lo que pasó? —dijo la anciana cuando estuvieron sentadas a la mesa cucharas en mano.

Juditha asintió y cuando hubo vaciado la escudilla empezó a hablar, al principio de manera dubitativa, pero luego a borbotones, interrumpiéndose de vez en cuando para llorar. Describió también los últimos días en el *pog* y a medida que hablaba descubrió que le hacía bien el desahogarse contando aquellos horrores. Retrocediendo cada vez más en su relato acabó por hablarle a la vieja de sus días en Marotta, cuando la llamaron para que atendiese a Bixente, y las circunstancias de su enamoramiento de Sebastián. Lo revivía todo en su relato y fue como si por primera vez, en la *cabane* de aquella vieja, se despidiera definitivamente de Sebastián y de Isabel. Con esta despedida renació su brío acostumbrado y llena de afán de vivir decidió regresar cuanto antes a Château d'Embeyre para reunirse con Sofía. Juntas decidirían lo que conviniese hacer en adelante. La vida debía continuar. Además, pensó Juditha, soy curandera y hago falta. Aún he de socorrer a muchas personas.

Pasó la noche en la cabaña de la vieja, pero regresó al camino la mañana siguiente. Calculaba pasar por la senda junto al Pie de Méde hacia Fougax-et-Barrineuf y desde allí le quedaba media jornada para reunirse con su hija. La senda cruzaba por entre bosques de mucha espesura y pocos la frecuentaban, así que Juditha no temió ser descubierta. Iba caminando con despreocupación y sin duda habría llegado, si no fuese porque aquel día precisamente un pelotón de soldados pontificios bajaba por el flanco oriental desde Montségur. El oficial desconfió al ver una mujer caminando sola por aquellos andurriales, por lo que decidió interpellarla. Le preguntó adónde iba, el nombre, las circunstancias familiares y, por último, qué era lo que llevaba en la alacena.

—¿Qué es esto? —inquirió con brusquedad al tiempo que sacaba unas raíces.

—Raíces de valeriana —replicó Juditha en voz baja.

—¿Para qué sirven?

—Soy curandera.

El legado soltó una carcajada y llamó a un soldado.

—Átame a esa bruja. La llevaremos a Foix y se la presentaremos al inquisidor.

Así ocurrió y Juditha pudo considerarse afortunada porque los soldados iban fatigados y ella misma, desmejorada a causa de las tribulaciones sufridas y envuelta en harapos, no les inspiró a los mesnaderos más que algunas chanzas groseras. De lo contrario lo habría pasado peor, pero ellos se limitaron a conducirla hasta la cartuja

de los dominicos, donde un malhumorado escribiente tomó nota de los datos antes de llamar al inquisidor.

—Esa mujer dice ser curandera. Mirad lo que llevaba en el cesto —dijo apuntando a las raíces y las hierbas de la alacena de Juditha—. A mí me parece una bruja, si os vale de algo mi opinión.

Con un gruñido, el inquisidor escarbó en la alacena, sacó las hierbas y halló en el fondo los instrumentos para las sangrías y las operaciones de cataratas. Al ver aquel instrumental se puso muy serio.

—¿De dónde ha salido? —preguntó con severidad.

—De Montségur. Unos soldados se tropezaron con ella —contestó el escribano.

—Una bruja, eso será. ¡Que la encierren!

Un alguacil tomó de la muñeca a Juditha y la condujo casi a rastras por pasillos malolientes y escaleras resbaladizas, hasta que llegaron a una mazmorra cuya puerta claveteada de hierro rechinó al abrirla. El guardián la empujó adentro y echó la llave. Olía a podrido y Juditha sintió náuseas. Con las manos por delante, anduvo a tientas bordeando la húmeda pared y tuvo la suerte de encontrar un lugar seco a varios pasos de la puerta. Poco a poco se dejó caer al suelo. Se oyó un roce y una rata saltó por encima de sus piernas. Luego se hizo el silencio.

Fue el criado Manuel quien trajo la noticia de la gran quema. Sofía se encerró largos días en su habitación del Château d'Embeyre para llorar el destino de Isabel. Luego se puso a esperar a su madre. Pero Juditha no aparecía. Por último, llamó a Manuel y lo envió a Montségur a fin de que procurase hacer averiguaciones. Pasaron los días y la inquietud de Sofía aumentaba de hora en hora. Hasta que regresó Manuel diciendo que Juditha se había marchado sin que nadie la molestase. Varios conocidos la vieron mientras se alejaba valle abajo, la alacena a la espalda. Sin embargo, nadie la había visto en Lavelanet, ni en Mirepoix, ni en Foix.

Se habrá retirado a solas, pensó Sofía ya más tranquila. Tal vez necesita guardar el duelo por lo ocurrido. A su tiempo regresará, y juntas saldremos adelante en la vida, se dijo. Con el tiempo logró dominar su intranquilidad y en vez de quedarse esperando la llegada de su madre, iba a ver la gruta detrás del salto de agua y leía las escrituras de Isabel. Llegó a profundizar en el mundo de ideas de los *bonshommes* hasta que ella misma se sintió guardiana del legado de los cátaros. ¡Quién sino ella misma estaba al corriente de tantos secretos! Hasta el día en que, pensándolo, se sonrió: aún vivían muchos *perfectos* y precisamente la aldea y el castillo de Montailou se mantenían incólumes, protegidos por el desfiladero de Gorges-de-la-Frau y el Château d'Embeyre a la entrada del valle. Y no era Montailou el único reducto. Sin embargo, la Inquisición seguía actuando y era

incluso más eficaz en su actividad secreta que en la pública; Sofía era demasiado inteligente para engañarse a sí misma, y no dudaba de que los inquisidores acabarían por triunfar. Cuando muriese el último *elegido* sólo quedarían, para contar a la posteridad quiénes fueron los *buenos cristianos*, las escrituras que se hubiesen salvado. Y la guardiana de ese tesoro era ella, Sofía Lemaitre, la sobrina de la iluminada Isabel Lemaitre.

Pasó un mes, pasó un año, y Juditha no regresaba. Pasaron el verano y el otoño, y como no se recibían noticias de ella, Sofía se puso en camino. Lo primero, subir al *pog*. Quería contemplar la montaña fatídica.

La niebla lo invadía todo, oscureciendo la luz, empapando el aire y atenuando los ruidos. La hierba, aplastada por la persistente lluvia y saturada de agua, chapoteaba a cada paso. Sofía avanzaba viendo ante sí el vaho de su propia respiración, hasta que se dio cuenta de que tiritaba y no por los recuerdos, sino por el frío que hacía. Se hallaba en la explanada, en el *Prat deis Cremats*, pero no se veía ni rastro en el suelo. Miró en derredor, por si quedaba una piedra que le contase la historia de los *bonshommes* que se echaron al fuego. El prado estaba invadido de matorrales, zarzamoras y saúcos. Allí no pastaban ganados, ni siquiera acudía a ramonear ningún rebeco. Estaba todo solitario y abandonado como si ella fuese el primer ser humano que se aventuraba por aquellos parajes. Las piedras callaban. Al avanzar el día empezó a levantarse la niebla. Todavía no se divisaba el *pog*. Juditha se detuvo. El camino había sido fatigoso. La niebla seguía disipándose como si una mano invisible levantase un velo tras otro. Entonces los rayos de sol irrumpieron, el aire se volvió transparente. Y allí estaba el *pog*, el templo de la luz, sus paredes lisas y blancas tendiendo hacia el cielo. Y allá arriba, la fortaleza, blancas y desafiantes sus murallas. Los ojos de Sofía sonreían, la boca quiso hacer otro tanto pero no pudo; dolía demasiado la pérdida de tantos seres humanos, y lloró porque le dolía sobre todo la pérdida de Isabel, Sebastián y Jordán.

Las lágrimas surtieron su eficacia liberadora y la dispensaron de tener que subir para rememorar desde la *barbacane* la pena por la pérdida de Jordán. Bastaba con despedirse allí mismo, en el *Prat deis Cremats*.

Con el sol retomaban los perfumes florales, el romero, el tomillo, el espliego, junto con el olor denso de la tierra. Traían consigo las esencias de la vida. El tomillo estimula el espíritu y levanta el ánimo; el romero tonifica el corazón y confiere vigor para toda la jornada; el espliego sosiega y quita el temblor de los miembros. En aquellos aromas residía una ciencia profunda, la ciencia de la purificación y de la fuerza, de la templanza y la perseverancia. De vez en cuando se confundía con éstos el fresco olor de la menta y su magia.

Cuánto vigor en aquella tierra. Sofía la amaba y se sintió llena de un afán incontenible de vivir mientras contemplaba las montañas, cuyas cimas iban

apareciendo por entre cúmulos de nubes en distintos matices de azul claro y gris hasta la blancura deslumbrante de las cimas. En la sombra de las hondonadas oscurecía el verde saturado de los bosques. La naturaleza jugaba con todos los matices del gris y terminaba en un blanco esplendoroso que evocaba la claridad de los secretos sagrados, tal como los había contemplado Isabel en sus retiros.

—Sí —murmuró Sofía—. Dios se aparece siempre en la luz y triunfa siempre sobre la oscuridad. En eso consiste la verdad.

Aspirando los aromas, seguía embebida en la contemplación de las montañas mientras la brisa le azotaba la espalda. Plantó los pies en el suelo, decidida a no olvidar nunca aquella tierra. Asumió el anhelo de vivir y lo revistió de esperanza.

—Si Dios quiere —dijo en voz alta—, encontraré a mi madre.

Y emprendió el camino hacia Foix.

No tuvo demasiada dificultad en hacerse admitir por el dominico que dirigía los asuntos de la Inquisición en Foix. Era un fraile muy anciano el que la miraba de pie junto a su pupitre. La escasa corona de cabello blanco alrededor de la tonsura casi semejava la aureola con que se pinta a los santos en los códices iluminados, y pese a la flacura de su rostro se advertía cierta bondad en sus ojos oscuros. La voz, aunque algo cascada, tenía un tono asombrosamente cordial cuando preguntó:

—¿Qué se te ofrece, hija mía?

—Reverendo padre —empezó Sofía sin saber qué pensar de tan amable acogida, que no cuadraba en absoluto con los personajes inquisitoriales de anteriores encuentros—. Estoy buscando a mi madre. Estuvo en el gran auto de fe de Montségur; pero no es ninguna hereje.

—Entonces queda tranquila, que no le habrá pasado nada —replicó el fraile siempre en tono benigno.

—Ha pasado año y medio sin recibir noticias de ella, por eso estoy preocupada.

El inquisidor se rascó la nariz.

—Mi antecesor, el que instruía aquí las causas hasta hace cuatro meses, sólo dejó tres asuntos sin resolver. Los consideraba serios, pero no urgentes. Se trataba de hechicerías prohibidas, brujería y necias supersticiones, aunque sin más trascendencia.

Desconcertada, Sofía miró al dominico y por fin balbució:

—¿A qué llamáis brujería y supersticiones?

—¡Ah! —se animó el viejo—. Tenemos ahí una loca que dice ser curandera y lleva un cesto con instrumentos que todavía no he visto. Dice que son para curar las cataratas.

A Sofía se le escapó un grito.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó el inquisidor.

—¿Sabéis cómo se llama?

El monje denegó con la cabeza.

—Pero podemos llamar al escribano —agregó, compadeciéndose de la desesperación que traslucía la voz de Sofía.

Golpeó el pupitre con un pequeño mazo de madera y al instante apareció el jorobado que hacía las funciones de sirviente.

—Decidme, ¿vive todavía la bruja que tenemos en los calabozos? ¿Y cómo se llama? —interpeló el fraile al criado.

—Juditha no sé qué —replicó sin titubear.

—¡Sí! —exclamó Sofía con un temblor en las comisuras de la boca.

El viejo dominico le dirigió una mirada penetrante antes de preguntarle:

—Y dime, hija mía, ¿tú la tienes por hechicera?

—¡Oh, no, reverendo padre! —tartamudeó Sofía—. ¡Nunca!

—Traedla aquí —ordenó el inquisidor antes de inclinarse con fatiga sobre su pupitre, los párpados cerrados. Luego prosiguió hablando muy despacio—: No sé si te conviene verla. Nuestras celdas son húmedas y frías, y la estancia en ellas constituye una prueba dolorosa. Porque las reglas prescriben que la detención además de castigo y cautela sea instrumento para la averiguación de la verdad. Nos vemos obligados a ejercer el rigor contra los contumaces, aunque tengamos lástima de ellos. Tarde o temprano, la mayoría prefiere acabar de una vez y se acoge a la verdad.

—Pero ¿y los que son inocentes?

—El Señor conocerá a los suyos —replicó el inquisidor, pero hablando en tono rutinario y sin encono.

—Quiera Él reconocer a mi madre como una de los suyos —se armó de valor Sofía— y servirse de vos, reverendo padre, como instrumento de su gracia, de manera que se revele la verdadera voluntad divina y ella quede en libertad.

El dominico se quedó un instante mirándola con sorpresa y luego cedió.

—Siempre y cuando sea realmente tu madre.

Callaron y esperaron.

Las ropas colgaban de su cuerpo famélico hechas andrajos, el cabello estropajoso, la piel llena de llagas que supuraban, todo el cuerpo mugriento, repugnante. Parecía una leprosa o algo peor todavía. Pero Sofía no titubeó ni un instante, sino que se precipitó hacia aquella figura lamentable y la abrazó. El monje alzó las cejas con incredulidad, frunció la nariz y se apartó de la escena. Como también le desagradaba escuchar aquellos sollozos secos, convulsivos, pasó a una estancia contigua y ordenó al escribano que buscara el antiguo legajo.

—Su nombre es Juditha, curandera de Montségur. Contumaz, no admite haber incurrido en ningún error. Dice tener su ciencia de la santa Hildegarda. Que conoce treinta puntos de sangría y cerca de cien plantas medicinales. Que reza a nuestro Señor Jesucristo. Dice el padrenuestro verdadero. Habla de los cuatro humores

corporales y declara que nunca ha prestado falso testimonio ante el Señor. Pero ha faltado a la orden de presentarse voluntariamente a la Inquisición y fue habida en una senda oculta de los alrededores del Pie de Méde, lo cual la convierte en sospechosa... Por cierto —completó el escribano su resumen de lo que constaba en autos—, que no se han hallado testigos de cargo.

—¡Ah, sí! La santa Hildegarda —gruñó el dominico—. Esa mujer sabía muchas cosas salutíferas y convenientes, pero de eso hace cien años, ¡y dice haber aprendido de ella esa desgraciada!

El escribiente asintió. La mirada del inquisidor adquiría una agudeza aquilina mientras él se volvía hacia Juditha y le preguntaba en voz baja:

—¿Es verdad eso?

Juditha abrió mucho los ojos y miró al dominico.

—¿Te reafirmas en que eres una curandera y seguidora de santa Hildegarda? —insistió él.

Juditha asintió. El fraile se quedó extrañamente inmóvil. Le vibraban las aletas de la nariz y de pronto soltó un tremendo estornudo. Él se limpió con el dorso de la mano y luego hizo un ademán despectivo.

—Vete de aquí —dijo secamente—. Con Dios, pero vete de aquí.

Y se marcharon.

Cuando se vieron a solas, el escribano se volvió hacia el inquisidor.

—¿Por qué las habéis soltado?

—¿No viste cómo abrazaba la joven a la vieja?

—Sí.

—Una persona capaz de vencer así la repugnancia debe hallarse tan cerca del Señor como en su día lo estuvo Jesús de Lázaro.

El escribano se quedó boquiabierto.

—Anda —gruñó el inquisidor—. Ve y quema ese legajo.

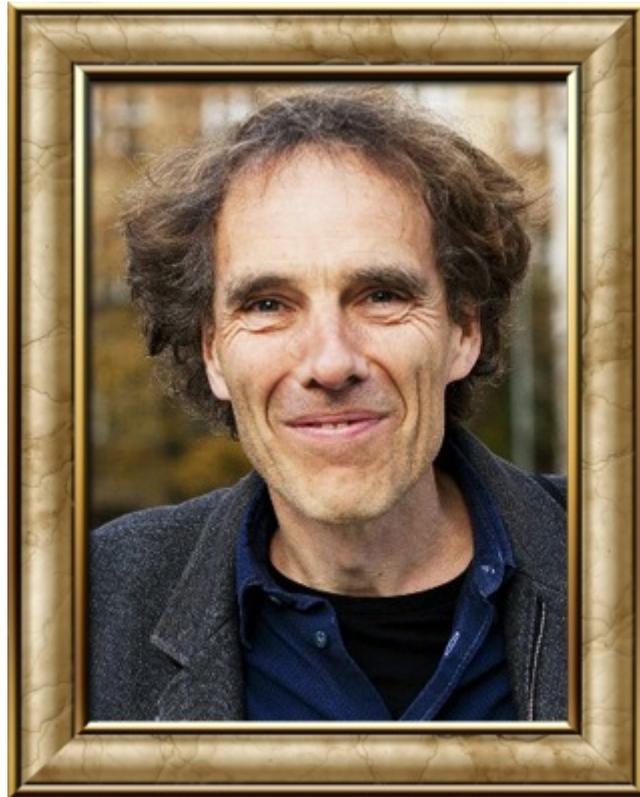
El escribano hizo lo que se le ordenaba.

Cuadro cronológico

- 1127 Muere Guillermo IX de Aquitania, «el primer trovador»
- 1163 Primera piedra de la catedral de Notre-Dame de París
- 1165 Disputa pública entre cátaros y católicos en Lombers, cerca de Albi; Chrétien de Troyes escribe la novela *Erec y Enida*
- 1167 El sínodo de St. Félix de Caraman crea la primera diócesis cátara en el Valle de Arán
- 1170 Nacimiento de Domingo de Guzmán, el fundador de la Orden de los dominicos
- 1180 Felipe II Augusto, rey de Francia
- 1183 Fallecimiento de Chrétien de Troyes, el poeta francés más grande del siglo XII
- 1184 El concilio de Verona crea la Inquisición
- 1188 Nacimiento de Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII de Castilla y Leonor de Inglaterra
- 1190 Muere durante la cruzada el emperador Federico I Barbarroja; coronación de Enrique VI
- 1193 Nacimiento de Alberto Magno
- 1194 Nacimiento de Federico II
- 1196 Ramón VI sucede a su padre en el condado de Tolosa
- 1198 Inocencio III, Papa
- 1199 Fallece Ricardo Corazón de León; Juan Sin Tierra, rey de los ingleses
- 1200 Esponsales de Blanca de Castilla con Luis VIII de Francia
- 1204 Repoblación del *pog* de Montségur
- 1207 Ramón VI, excomulgado
- 1208 Asesinato del legado pontificio Pierre de Castelnau; Francisco de Asís funda la Orden franciscana
- 1209 Empieza la cruzada contra los cátaros; toma y destrucción de Béziers; Simón de Montfort, conde de Carcasona
- 1210 Juan I de Brienne, rey de Jerusalén, no consigue acceder al trono; la ciudad de Minerve, tomada por Simón de Montfort
- 1211 Victoria de Simón de Montfort sobre Ramón en Castelnaudary; primer asedio de Tolosa

- 1212 Coronación de Federico II; miles de niños cruzados parten hacia Italia y perecen en camino o son reducidos a la esclavitud
- 1213 Muerte de Pedro II de Aragón en la batalla de Muret; huida de Ramón VI a Inglaterra
- 1214 Nacimiento de Luis IX de Francia
- 1215 Cae Tolosa ante Simón de Montfort; el cuarto concilio lateranense corrobora su título de conde de Carcasona
- 1216 Fundación de los dominicos; fallecimiento del Papa Inocencio III y proclamación de Honorio III como sucesor; asedio de Beaucaire por Ramón VII
- 1217 Cuarta cruzada bajo Andrés de Hungría, asedio de Damietta; toma de Tolosa por Ramón VI
- 1218 Durante el sitio de Tolosa cae Simón de Montfort mortalmente herido de una pedrada lanzada por mujeres
- 1219 Toma de Damietta por los cruzados; el príncipe Luis intenta poner cerco a Tolosa pero luego se retira
- 1220 Federico II, coronado emperador; terminación de la fachada de Notre-Dame de París hasta la galería real
- 1221 Fallecimiento de Domingo de Guzmán; derrota de los cruzados en la batalla decisiva por Damietta, fracaso definitivo de la cuarta cruzada y regreso
- 1222 Fallecimiento de Ramón VI; le sucede Ramón VII como conde de Tolosa
- 1223 Fallecimiento de Felipe II Augusto; Luis VIII, rey de los franceses
- 1224 Amaury de Montfort cede al rey Luis VIII el condado de Carcasona y abandona Occitania
- 1226 Segunda cruzada contra los cátaros acaudillada por Luis VIII, que fallece en campaña; Luis IX (el santo), rey a los once años de edad, regencia de su madre Blanca de Castilla; dieta de Federico II en Cremona y ruptura de hostilidades con la Liga lombarda; fallecimiento de Francisco de Asís
- 1227 Muere Honorio III, le sucede Gregorio IX; Federico II desiste de la cruzada debido a una epidemia y el Papa lo excomulga
- 1228 Federico II emprende la quinta cruzada
- 1229 Sumisión de Ramón VII en el tratado de Meaux; firma de la paz en París el día de Jueves Santo; Federico II se apodera de Jerusalén
- 1233 El Papa Gregorio IX introduce formalmente en Occitania la Inquisición, adjudicada a los dominicos
- 1234 Canonización de Domingo; finalizada la regencia de Blanca de Castilla, Luis IX pasa a ocuparse de los asuntos del reino
- 1235 Asalto al convento de los dominicos de Tolosa
- 1240 Insurrección de Ramón II Trencavel; toma de Peyrepertuis por los franceses; la familia D'Este asume la regencia en Ferrara
- 1241 Fallecimiento de Gregorio IX, le sucede Celestino IV
- 1242 Matanza de inquisidores en Avignonet el 28 de mayo; insurrección de Ramón VII; victoria de Luis IX en Taillebourg
- 1243 El concilio de Béziers decide el asedio de Montségur
- 1244 Caída y rendición de Montségur; los cristianos pierden definitivamente Jerusalén, conquistada por los sarracenos; ingreso de Tomás de Aquino en la Orden de los dominicos

- 1247** Quema de 80 cátaros en Agen por orden de Ramón VII
- 1248** Luis IX parte para la cruzada; en Francia, nueva regencia de Blanca de Castilla
- 1249** Toma de Damietta por Luis IX, pero el rey es capturado y se ha de pagar un cuantioso rescate; fallecimiento de Ramón VII
- 1250** Muerte de Federico II; terminación de la catedral de Notre-Dame de París
- 1252** Inocencio IV autoriza oficialmente el empleo de la tortura en las causas inquisitoriales; muerte de Blanca de Castilla, luego elevada a los altares
- 1255** Conquista de Quéribus
- 1270** Luis IX sale por segunda vez para la cruzada y perece; elevado luego a los altares
- 1271** Fallece Juana de Tolosa sin dejar descendencia; Occitania pasa a la corona de Francia
- 1274** Muerte de Tomás de Aquino
- 1280** Muerte de Alberto Magno
- 1307** Bernard Gui, inquisidor en Tolosa
- 1310** Bernard Gui escribe la *Practica inquisitionis haereticae pravitatis*, su manual para inquisidores
- 1539** El edicto de Villers-Cotterêts impone la lengua única francesa



GEORG BRUN. Soy profesor en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Berna. Mi investigación y docencia están impulsadas por un gran interés en la metodología, especialmente en los métodos de formación de conceptos, argumentación, justificación y decisión racional. Los métodos filosóficos, tal como los entiendo, no solo se pueden aplicar a cuestiones filosóficas, sino que también se pueden usar de forma efectiva en muchos otros contextos como medio para analizar y reconstruir conceptos, afirmaciones, debates y decisiones.

Los proyectos específicos en los que he estado trabajando abarcan una amplia gama de temas que abordan cuestiones de epistemología, filosofía e historia de la lógica, teoría de la argumentación, filosofía del lenguaje, filosofía de la ciencia, teoría de los símbolos y metaética. Mi investigación busca explicaciones y equilibrios reflexivos, y algunas veces investiga estos métodos.